



INSTITUTO DE CIENCIA POLÍTICA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

Participación política fragmentada.

La compleja relación entre participación electoral y no electoral en países democráticos

POR RODRIGO MEDEL SIERRALTA

Tesis presentada al Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile para optar al grado de Doctor en Ciencia Política

Profesor guía: Juan Pablo Luna

Comité: Nicolás Somma, Sofía Donoso, Hillel Soifer, Carla Alberti.

Diciembre, 2019

Santiago, Chile

©2019 RODRIGO MEDEL SIERRALTA

Agradecimientos

Esta tesis no habría sido posible sin el apoyo de múltiples personas e instituciones. En primer lugar, me gustaría agradecer a mi tutor de tesis, Juan Pablo Luna, por haberse preocupado constantemente de mi formación como investigador a lo largo del doctorado. Sin su guía esta tesis no habría sido posible.

También me gustaría agradecer muy especialmente a Nicolás Somma y Sofía Donoso, miembros de mi comité y mentores en mi formación académica. El constante intercambio de ideas con ambos fue fundamental para armar el argumento y para la reflexión teórica.

A lo largo de mi doctorado fue clave el respaldo recibido de parte del Centro de Estudios de Conflicto y Cohesión Social (COES), CONICYT/FONDAP/15130009. Sin este respaldo no habría podido participar en los congresos LASA 2015, 2015 y 2019, instancias que resultaron claves para madurar la ideas que dieron origen a este manuscrito.

Me gustaría agradecer a mi familia, a mis dos padres, a sus parejas y mis tres hermanos. Todos siempre confiaron en mí y me apoyaron en los momentos difíciles del tránsito doctoral.

Por último, lo más importante, esta disertación está dedicada a Mila, mi compañera de vida, por el amor que sigue creciendo entre ambos a cada momento y por hacer cada día especial. Pronto no acompañará nuestra pequeña Luciana. Junto con Borja son el equipo de vida con el que enfrentaré los próximos desafíos.

Resumen

Un requisito básico para que un gobierno sea clasificado como una democracia es que la ciudadanía pueda expresar, de manera directa o indirecta, por mecanismos electorales o no electorales, sus preferencias políticas hacia los gobiernos de turno. Lo anterior implica que cuando quieren hacerse escuchar, los ciudadanos votan, pero también buscan incidir por medio de campañas, petitorios, protestas, donaciones, contacto a políticos, entre otras acciones orientadas a generar influencia en la política institucional. Uno de los supuestos que asumen muchos gobiernos es que las acciones no electorales son realizadas por ciudadanos que ya participaron por vías electorales, es decir, son acciones que vienen a ser un complemento del voto, por lo que la participación no electoral es un subconjunto de la participación electoral. Pero en todas las democracias habitan ciudadanos que participan por vías no electorales que no votan, es decir, que fragmentan su participación en su dimensión no electoral. Dicha fracción de ciudadanos puede representar una porción muy marginal, como en el caso de los países nórdicos con un porcentaje de fragmentación casi inexistente, pero también puede representar una porción significativa, como en el caso de Chile donde cerca de un tercio del total de ciudadanos que se expresan por vías no electorales no vota. Aquel tipo de ciudadano, muy propenso a manifestarse por vías no electorales pero muy reacio a hacerlo con el voto, es el centro de esta tesis.

Las preguntas de investigación que se buscan resolver son, ¿de qué depende que los ciudadanos activos en participación no electoral integren, o fragmenten, dicha participación con el voto? y, en segundo lugar, ¿por qué en ciertos países los activistas tienden a integrar casi en su mayoría su participación no electoral con la electoral mientras que en otros existen porcentajes tan altos de activistas con participación fragmentada?

Para responder a estas preguntas, propongo una teoría de la participación política que permita identificar el vínculo que está mediando entre la participación electoral y no electoral. Con elementos del modelo cívico voluntarista y de una serie de teorías electorales, mi argumento es que el espacio que ha servido tradicionalmente de puente entre ambas dimensiones de la participación política son las organizaciones de la sociedad civil, lugar donde los ciudadanos obtienen los recursos y motivaciones necesarios para involucrarse en acciones no electorales, pero también donde suele existir un contexto que estimula las predisposiciones normativas y sociales hacia el voto. De manera tal que, en países con participación integrada, las organizaciones de la sociedad civil son las que producen un refuerzo entre ambas dimensiones, lo que lleva a la participación integrada.

La hipótesis general de este estudio es que el nivel de fragmentación de la participación política varía según cuán expuestos están los activistas de cada país a contextos que estimulen las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto. En relación con esto, la fragmentación puede ocurrir por dos vías. La primera es que se trate de activistas individualizados, que no cuentan con membresías organizacionales, que tienden a la acción directa que no le rinde cuentas ni a los políticos ni a compañeros de organización. La posibilidad de fragmentación no electoral de tipo individual resulta plausible en contextos donde existe un debilitamiento del carácter asociativo de la sociedad civil pero también una expansión de las posibilidades de participación. Es decir, en contextos donde los ciudadanos tienen a su disposición mayor gama de posibilidades para expresar su malestar o apoyo hacia los miembros de la política sin necesidad de organizarse.

La segunda posibilidad, algo más compleja, se produce cuando ciudadanos tienen membresía a organizaciones que logran activar a sus miembros políticamente pero no así reforzar en ellos las predisposiciones normativas y sociales hacia la política electoral. Por lo tanto, planteo que cuando hay ciudadanos organizados que llevan a cabo participación fragmentada no electoral, las organizaciones a las que pertenecen no le están promoviendo el interés por el camino electoral.

Para que ocurra lo anterior, los miembros de las organizaciones de la sociedad civil deben tener un distanciamiento efectivo con la política. Ello implica que las organizaciones deben tener un distanciamiento ideológico (malestar o sensación de ineficacia) y material (autonomía de recursos). Cuando la sociedad civil organizada está escindida de la política institucional y además no depende de ella para su existencia, dichos espacios sociales, fundamentales para la participación no electoral, dejan de ser un contexto que incentiva, e incluso en algunos casos desincentiva, la participación electoral.

Utilizo un diseño de investigación de métodos mixtos para probar mi teoría. En una primera fase realizo un análisis estadístico de N grande que busca determinar la importancia causal de las organizaciones en canalizar y potenciar la acción electoral de quienes se expresan más allá de las urnas. Para ello, utilizo una base de datos que me permite la comparación de 22 democracias electorales con características similares entre sí, pero con alta variación en la variable dependiente (fragmentación-integración de la participación). Por medio de métodos de regresión multivariada utilizando efectos fijos e interceptos aleatorios, compruebo que las organizaciones son eficientes en canalizar la participación no electoral hacia el voto, excepto en un grupo de países donde quienes se expresan por vías no electorales no reaccionan a las organizaciones de la misma manera. Dentro de ellos está Chile,

caso que tomo en la segunda parte del análisis para estudiarlo en profundidad y encontrar los mecanismos que llevan a que sea un país donde, en promedio, las organizaciones no estimulan el voto. A nivel subnacional extraigo evidencia de casos comparativos de organizaciones estudiantiles y laborales del sector público, ambas con acercamientos hacia la política y autonomía de recursos muy disímiles. Para el análisis cuento con 27 entrevistas semiestructuradas realizadas a dirigentes de ambos sectores de la sociedad civil y complemento con una base de datos de encuesta en marcha realizadas a protestas estudiantiles y laborales. Esta evidencia cuantitativa y cualitativa extraída de diferentes fuentes respalda las expectativas de la teoría y comprueba que en Chile ambos mecanismos de fragmentación estarían operando. Se trata de una sociedad con alta propensión a la movilización, pero con muy bajos niveles de organización y/o con organizaciones que no estimulan la participación electoral

Tabla de Contenidos

| | |
|--|-----------|
| PREFACIO | 10 |
| 1. INTRODUCCIÓN | 13 |
| EL PROBLEMA DE ESTUDIO | 14 |
| EL ARGUMENTO EN BREVE. | 16 |
| DISEÑO DE INVESTIGACIÓN..... | 19 |
| <i>Análisis de N grande entre países</i> | 19 |
| <i>Análisis de caso. Variación subnacional</i> | 22 |
| DESCRIPCIÓN DE LOS CAPÍTULOS | 24 |
| 2. MARCO TEÓRICO. HACIA UNA TEORÍA MICROESTRUCTURAL DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA..... | 27 |
| PARTICIPACIÓN NO ELECTORAL. EL MODELO CÍVICO VOLUNTARISTA | 30 |
| PARTICIPACIÓN ELECTORAL. DEBER CÍVICO Y PREFERENCIAS POLÍTICAS | 33 |
| QUÉ SE SABE SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LO ELECTORAL Y LO NO ELECTORAL | 37 |
| LO QUE NO SABEMOS SOBRE LA RELACIÓN ENTRE PARTICIPACIÓN NO ELECTORAL Y VOTO | 40 |
| PARTICIPACIÓN POLÍTICA INTEGRADA: EL PUENTE SON LAS ORGANIZACIONES. | 41 |
| PARTICIPACIÓN POLÍTICA FRAGMENTADA: EXPLICANDO LA RUPTURA | 46 |
| ¿POR QUÉ LA AUTONOMÍA DE LA SOCIEDAD CIVIL? VINCULANDO LA POLÍTICA, LAS ORGANIZACIONES Y LOS CIUDADANOS..... | 49 |
| EXPECTATIVAS TEÓRICAS..... | 53 |
| CONCLUSIONES..... | 54 |
| 3. PARTICIPACIÓN POLÍTICA FRAGMENTADA: UNA PROPUESTA PARA MEDIR PARTICIPACIÓN POLÍTICA..... | 57 |
| PARTICIPACIÓN POLÍTICA: HISTORIA DE LA MEDICIÓN DEL CONCEPTO. | 58 |
| PARTICIPACIÓN POLÍTICA. ¿UN CONCEPTO BI-DIMENSIONAL? | 60 |
| ANÁLISIS FACTORIAL: EXPLORANDO LAS DISTINTAS DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN | 62 |
| TESIS DE LA COMPLEMENTARIEDAD Y TESIS DEL REEMPLAZO | 69 |
| RESULTADOS DESCRIPTIVOS..... | 72 |
| CONCLUSIONES..... | 75 |
| 4. EL ROL DE LAS ORGANIZACIONES EN LA PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA..... | 78 |
| EXPLICACIONES ALTERNATIVAS. OTRAS ENTRADAS POSIBLES PARA PENSAR EL FENÓMENO DE LA FRAGMENTACIÓN/INTEGRACIÓN DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA | 80 |
| ¿QUIÉNES FRAGMENTAN LA PARTICIPACIÓN? LA ENTRADA DESDE LOS ACTIVISTAS | 83 |
| RESULTADOS DESCRIPTIVOS Y DE CORRELACIONES | 85 |
| CORRELACIONES BIVARIADAS | 87 |
| MÉTODO Y VARIABLES INDEPENDIENTES..... | 89 |
| RESULTADOS ANÁLISIS MULTIVARIABLE | 91 |
| DISCUSIÓN SOBRE LA RELACIÓN ENTRE DEBER CÍVICO Y MEMBRESÍA A PARTIR DE CASOS CONCRETOS. | 94 |
| CONCLUSIONES..... | 96 |
| 5. ORGANIZACIONES Y DEBER CÍVICO. UN EFECTO DE INTERACCIÓN. | 98 |
| ORGANIZACIONES Y ASPECTOS NORMATIVOS Y SOCIALES DE VOTO..... | 100 |
| EL ACTIVISTA FRAGMENTADO INDIVIDUAL..... | 102 |
| EL ACTIVISTA FRAGMENTADO ORGANIZADO | 104 |
| EXPLICACIONES ALTERNATIVAS | 105 |
| DATOS Y MÉTODO | 106 |
| <i>Variables dependientes</i> | 106 |
| <i>Variables independientes</i> | 107 |
| <i>Análisis</i> | 109 |
| RESULTADOS | 110 |

| | |
|---|------------|
| <i>Modelos multinomiales</i> | 110 |
| <i>Modelos logits binomiales</i> | 113 |
| <i>Modelos de interacción</i> | 115 |
| <i>Triple interacción. Deber cívico, membresía y conglomerados de países.</i> | 120 |
| CONCLUSIÓN..... | 124 |
| 6. DESCONFIANZA Y AUTONOMÍA. DISTANCIAMIENTO EFECTIVO DE LA SOCIEDAD CIVIL MOVILIZADA CON LA POLÍTICA EN CHILE | 125 |
| ACERCAMIENTOS DISÍMILES CON LA POLÍTICA INSTITUCIONAL: EL CASO DE ESTUDIO | 128 |
| MALESTAR Y AUTONOMÍA CON LA POLÍTICA INSTITUCIONAL. ESTUDIANTES Y SINDICATOS..... | 135 |
| MOVIMIENTO ESTUDIANTIL | 137 |
| <i>Malestar con los partidos tradicionales y con el gobierno</i> | 137 |
| <i>Autonomía de recursos</i> | 141 |
| MOVIMIENTO LABORAL DEL SECTOR PÚBLICO..... | 143 |
| <i>Malestar con la política institucional</i> | 143 |
| <i>Recursos</i> | 147 |
| <i>Resumen del argumento e hipótesis derivadas</i> | 149 |
| DATOS Y MÉTODOS..... | 151 |
| RESULTADOS | 154 |
| <i>Resultados descriptivos y test bi-variados</i> | 154 |
| <i>Análisis multivariado</i> | 159 |
| CONCLUSIÓN..... | 163 |
| 7. CONCLUSIÓN | 166 |
| HALLAZGOS EMPÍRICOS | 170 |
| IMPlicANCIAS SUBSTANTIVAS | 174 |
| <i>¿Es buena o mala para la democracia la participación fragmentada?</i> | 174 |
| <i>¿Cómo integrar la participación política?</i> | 180 |
| IMPlicANCIAS TEÓRICAS | 181 |
| DIRECCIÓN PARA FUTURAS INVESTIGACIONES | 182 |
| APÉNDICE | 185 |
| ANEXO ENTREVISTAS..... | 185 |
| REFERENCIAS | 187 |

Lista de Figuras

| | |
|---|----|
| FIGURA 1.1. PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA NO ELECTORAL EN 22 DEMOCRACIAS. | 15 |
| FIGURA 2.1. MAPA DEL ARGUMENTO | 48 |
| FIGURA 2.2. MAPA DEL ARGUMENTO | 52 |
| FIGURA 3.1. LAS DIFERENTES ACCIONES POLÍTICAS (ISSP, 2004-2014)..... | 63 |
| FIGURA 3.3. LAS DIFERENTES ACCIONES POLÍTICAS (ISSP, 2004-2014)..... | 66 |
| FIGURA 3.4 DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA | 67 |
| FIGURA 3.5. MODELO TEÓRICO DE TESIS DE COMPLEMENTARIEDAD Y TESIS DE REEMPLAZO | 72 |
| FIGURA 3.6. LAS FORMAS DE LA PARTICIPACIÓN..... | 74 |
| FIGURA 3.7. MODELO TEÓRICO PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA..... | 76 |
| FIGURA 4.1. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA NO ELECTORAL ENTRE LOS PAÍSES DE LA MUESTRA | 86 |
| FIGURA 4.2. CORRELACIÓN ENTRE OLA 2004 Y OLA 2014..... | 87 |

| | |
|--|-----|
| FIGURA 4.3. CORRELACIÓN ENTRE MEMBRESÍA Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA ENTRE LOS ACTIVISTAS DE CADA PAÍS PARA TODA LA MUESTRA. | 88 |
| FIGURA 4.4. CORRELACIÓN ENTRE MEMBRESÍA Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA ENTRE LOS ACTIVISTAS DE CADA PAÍS EXCLUYENDO A ESTADOS UNIDOS Y SUIZA. | 89 |
| FIGURA 4.5. CORRELACIÓN ENTRE DEBER CÍVICO Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA | 95 |
| FIGURA 5.1. EXPLICANDO LOS DISTINTOS PERFILES DE PARTICIPACIÓN. MODELO LOGÍSTICO MULTINOMIAL (REFERENCIA: INACTIVOS) | 112 |
| FIGURA 5.2. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL CON INTERACCIÓN ENTRE DEBER CÍVICO Y MEMBRESÍA. | 118 |
| FIGURA 5.3. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL CON INTERACCIÓN ENTRE FACTOR DE DEBER CÍVICO Y MEMBRESÍA. | 119 |
| FIGURA 5.4. TRIPLE INTERACCIÓN ENTRE DEBER CÍVICO, MEMBRESÍA Y CONGLOMERADO DE PAÍSES. | 122 |
| FIGURA 5.5. EXPLICANDO LOS DISTINTOS PERFILES DE PARTICIPACIÓN. MODELO DE TRIPLE INTERACCIÓN | 123 |
| FIGURA 6.1. CORRELACIÓN ENTRE VOTO Y PROTESTA (WVS 6) | 130 |
| FIGURA 6.2. CORRELACIÓN ENTRE VOTO Y PROTESTA (ISSP 2014) | 131 |
| FIGURA 6.3. EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA EN CHILE DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARADA | 132 |
| FIGURA 6.4. ACTIVISTAS ORGANIZADOS QUE NO VOTAN | 133 |
| FIGURA 6.5. PROBABILIDAD PREDICHA DE VOTAR DE LOS ACTIVISTAS DE CUATRO PAÍSES | 134 |
| FIGURA 6.6. PORCENTAJE DE VOTANTES PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES. | 155 |
| FIGURA 6.7. TEST DE DIFERENCIA DE PROPORCIONES EN EL VOTO PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES. | 156 |
| FIGURA 6.8. PROMEDIO DE CERCANÍA A LOS PARTIDOS PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES. | 157 |
| FIGURA 6.9. PROMEDIO DE INTERÉS POR LA POLÍTICA PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES. | 158 |
| FIGURA 6.10. PROMEDIO DE INTERÉS POR LA POLÍTICA PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES. | 159 |
| FIGURA 6.11. INTERACCIÓN ENTRE ORGANIZACIONES Y CONVOCATORIA SOBRE LA PROBABILIDAD DE VOTAR. | 163 |
| FIGURA 7.1. DESIGUALDAD EN LA VOZ POLÍTICA POR NIVEL EDUCACIONAL | 176 |
| FIGURA 7.2. DESIGUALDAD EN LA VOZ POLÍTICA POR NSE AUTO PERCIBIDO | 178 |

Lista de Tablas

| | |
|--|-----|
| TABLA 1.1. SELECCIÓN DE CASOS DEL ESTUDIO. | 22 |
| TABLA 3.1. ROTACIONES NO ORTOGONALES (OBLICUAS) | 65 |
| TABLA 3.2: DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA. | 68 |
| TABLA 4.1. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS DE LAS VARIABLES | 91 |
| TABLA 4.2. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA/FRAGMENTADA. | 93 |
| TABLA 5.1. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS | 108 |
| TABLA 5.2. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL (REFERENCIA: FRAGMENTADA NO ELECTORAL). | 114 |
| TABLA 5.3. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL (REFERENCIA: FRAGMENTADA NO ELECTORAL). | 117 |
| TABLA 5.4. CONGLOMERADO DE PAÍSES. | 121 |
| TABLA 6.1. DIFERENCIAS ENTRE LAS ORGANIZACIONES VINCULADA AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LAS VINCULADAS A LAS CENTRALES SINDICALES. | 150 |
| TABLA 6.2. TERRENOS Y MUESTRAS DE LA BASE DE DATOS CCC | 152 |
| TABLA 6.3. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS ENCUESTA EN MARCHAS CCC. | 160 |
| TABLA 6.4 EXPLICANDO LA PROBABILIDAD DE VOTAR. REGRESIÓN LOGÍSTICA BINOMIAL. | 161 |

Prefacio

Cuando entré a estudiar sociología en la Universidad de Chile, el año 2006, me encontré de golpe con un ambiente altamente politizado. El primer semestre pasó entre asambleas, paros, tomas, organización de actividades, firmas de petitorios, mítines, colectas de dinero y protestas. Ese mismo año había estallado el movimiento secundario, que encontró en el movimiento estudiantil universitario un fuerte aliado. Durante los cinco años que estuve como estudiante no hubo uno sólo en que tuviéramos un año académico normal, lo que era a su vez motivo de orgullo entre muchos de nosotros. Los primeros semestres de cada año la pregunta era siempre cuándo empezaban las movilizaciones, al punto en que recuerdo a más de un profesor decirnos abiertamente al principio de cada semestre que dicho programa era “tentativo” y que será modificado en función de las movilizaciones de ese año.

Si tuviera que resaltar un solo rasgo definitorio de toda mi experiencia de movilización en la Universidad de Chile, es que se trataba de una politización alejada de la política institucional. Se discutía mucho de contingencia, se sabía mucho de política estudiantil y también de política institucional, se protestaba y proliferaban los “colectivos” estudiantiles, pero no se creía ni en los partidos políticos tradicionales ni en las elecciones. Sobre todo, me llamaba mucho la atención el discurso anti voto que existía entre los estudiantes, sobre todo, entre los más politizados. No era un apoliticismo por desinterés, al contrario, se discutía bastante de lo que pasaba en el parlamento, pero no votar era parte del “animal político” que nos definía.

Una tarde del año 2008, mientras participa en una actividad de la toma de mi campus Juan Gómez Millas, me increpó un compañero de un colectivo en el que militaba por sugerir que estaba pensando sufragar para las elecciones presidenciales del 2009. El argumento lo recuerdo bastante bien: votar era validar a una clase política que no hace nada y que los únicos cambios se van a lograr por medio de la movilización. Luego, en repetidas ocasiones me volvió a consultar para si había sacado esa idea “burguesa” del voto de mi cabeza. Éramos estudiantes politizados, con alta actividad política, pero alejados del voto.

Una vez en el doctorado de Ciencia Política, varios años después, volví a interesarme por la abstención, pero ahora desde otra perspectiva. Chile había hace poco derogado la obligatoriedad del voto y estábamos en un momento donde las tasas de participación electoral eran de las más

bajas de la historia del país. Para mí resultaba evidente que dichos niveles de abstención no reflejaban un bajo interés de la población por la política. Sobre la base de mi experiencia en Juan Gómez Millas, estaba convencido de que gran parte de lo que explicaba las tasas decrecientes de sufragio, no sólo en Chile, sino en el mundo, decía relación con una población importante que se expresaba por vías no electorales en reemplazo de las vías electorales. Por lo mismo, decidí escribir algo al respecto en un curso doctoral sobre política chilena. El primer paso fue leer algo desde la experiencia comparada y la sorpresa fue total al encontrarme con la literatura que hacía alusión al fenómeno. Se trataba de años de evidencia acumulada que rechazaba esencialmente la historia que existía en mi cabeza. Lo electoral y lo no electoral, lejos de reemplazarse mutuamente, se tienden a complementar y a reforzar en el resto del mundo. Las múltiples evidencias empíricas dan cuenta de que quienes discuten de política en una asamblea, marchan, firman petitorios, o protestan de diversas maneras, en general también votan. La literatura más sistemática sobre participación política ve a la protesta y la participación no electoral como una extensión democrática del voto. Mientras revisada esta literatura me pareció que la pura idea de que acciones no electorales no estuvieran asociadas al voto resultaba teóricamente inviable, ¿por qué alguien que rompe la barrera más demandante de participación política, la no electoral, no iría a querer complementar con la más asequible, la electoral?

Esta literatura me generó una enorme intriga, o había interpretado mal mi experiencia vital o en Chile ocurre algo anómalo. Había visto y escuchado, incluso en las mismas marchas, a ciudadanos altamente politizados llamando a no votar, lo había visto toda mi vida. Luego de entregar, lleno de dudas, el trabajo para el curso, me propuse investigar un poco más.

Revisando diversas encuestas internacionales sobre participación política me encontré con dos observaciones empíricas que dieron origen a esta tesis. La primera observación empírica es que Chile, efectivamente, se apartaba de la regla: se trata de un país donde la correlación entre participación electoral y no electoral es negativa. Me llamó sobre todo la atención el fragmento de ciudadanos que se manifestaba políticamente por vías no electorales, pero no complementaba con el voto. A partir de ello se me ocurrió que en Chile la participación que supuestamente debía estar integrada se manifestaba en distintos fragmentos de manera también importante.

La segunda observación empírica es que Chile no estaba solo. Aunque no es la tendencia, hay un número relevante de democracias con porcentajes altos de participación fragmentada.

Busqué información sobre este fenómeno sin nombre en la literatura, ese que ocurre cuando quienes se movilizan no votaban. Pero luego de buscar por diversas fuentes, me convencí de que los estudios actuales de participación política encuentran ahí un vacío. Las teorías de participación no electoral dan tan pocas luces como las de participación electoral. Nada permite predecir cuándo y por qué un país, como Chile, tiene tan altos porcentajes de “participación política fragmentada”, que es como decidí bautizar temporalmente al fenómeno.

Esto tiene consecuencias también prácticas. Una de ellas ocurrió cuando redactaba las conclusiones de mi tesis: el 19 de octubre del 2019. Un estallido social sin precedentes con episodios inusitados de violencia azotó a la ciudad de Santiago, lo que se expandió al resto de las regiones de Chile durante los días posteriores. Dentro de las muchas preguntas que se escuchaban en esos días agitados, me sonaba mucho la de quienes no entendían cómo un gobierno democráticamente electo podía tener en menos de dos años a toda una población civil movilizadada en contra. La respuesta que daba en esa ocasión era simple: menos de la mitad de la población votó en las presidenciales, dentro de las cuales sólo un 20% del total del padrón votó por Piñera. Pero entonces viene la segunda pregunta, de respuesta no tan simple, ¿cómo explicar que una sociedad con tanto interés por la política, volcada de manera masiva hacia acciones no electorales, no haya concurrido a las urnas para manifestar sus preferencias? Si Chile no está solo en esto, la respuesta tiene que venir desde una perspectiva comparada. En esta tesis espero ofrecer elementos que nos ayuden a entender este fenómeno.

Introducción

"El llamado que hacemos a los jóvenes, pero también al conjunto de la población chilena, es que ante la incapacidad y la crisis institucional que vive el país, el día de las elecciones no concurran a las urnas"

Eloísa Díaz (El Mostrador, 2012), Vocera de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios de Chile (ACES)

El 8 de octubre del 2019 el presidente de Chile, Sebastián Piñera, señalaba en un programa matutino que el país era un verdadero “oasis en una América Latina convulsionada”(Baeza, 2019). La situación aparentaba ser tan estable, que el principal tema de la agenda por esos días era que el país se aprontaba a recibir dos importantes cumbres internacionales a fines de ese mismo año. Sólo 10 días después el país vivió un estallido social sin precedentes, con expresiones que iban desde manifestaciones y concentraciones masivas hasta saqueos a tiendas comerciales. Un momento culmine fue el viernes 26 de octubre donde más de 1.2 millones de personas se concentraron en un centro neurálgico de la capital chilena para manifestar su rechazo al gobierno, en lo que se considera la manifestación más masiva desde la transición a la democracia en 1990 (Montes, 2019). Cientos de miles protestaron también en regiones, donde abundaban los carteles que pedían la renuncia de Piñera, y encuestas de las semanas posteriores mostraban que el presidente contaba con una base de apoyo menor al 10% (Bío-Bío, 2019).

Para muchos resultaba incomprensible que a menos de dos años de haber salido elegido con más del 54,5% de apoyo electoral (Servicio electoral de Chile, 2017), en ausencia de un escenario económico adverso y con un gobierno que buscaba ejercer liderazgo internacional, la población haya manifestado en las calles tales niveles de rechazo a un gobernante que ni siquiera llegaba a la mitad de su período. A lo que no se le prestaba suficiente atención era que el gobernante nunca contó con bases sólidas de apoyo. Había salido elegido en una elección donde menos del 46% del padrón había participado, por lo que, en la práctica, había salido electo sólo con el 26%

de apoyo del total del padrón electoral (Servicio electoral de Chile, 2017). Quizás un supuesto implícito del gobierno fue que el 56% de la población que no votó era un sector apolítico, y que abstenerse de las urnas anticipaba una baja propensión a participar en general. No obstante, la mayoría de los manifestantes de la marcha del 26 de octubre eran jóvenes, la mayoría menores de 30 años, justamente los que menos votan, por lo que muchos de ellos pertenecían al 56% de la población que no se había manifestado en las urnas para la última elección. De hecho, de acuerdo con la encuesta Cadem realizada incluso algunos días antes de la marcha multitudinaria, un 57% de los jóvenes entre 18 y 34 años declaró que había participado en al menos una acción no-electoral en el contexto de las movilizaciones (Cadem, 2019), bastante más que el 33% de la población de esa edad que votó en la segunda vuelta presidencial (Servicio Nacional Electoral, 2017). Era sin duda un movimiento que desbordaba a la población votante y que ponía en jaque a un gobierno que se quedaba sin bases de apoyo popular.

Este fenómeno no es exclusivo del caso chileno. En todas las democracias existe un porcentaje, mayor o menor, de ciudadanos que están activos políticamente, pero sólo por fuera de las urnas. Aquella fracción de la población, muy propensa a manifestarse por vías no electorales pero muy reacia a hacerlo con el voto, es el centro de esta tesis.

El problema de estudio

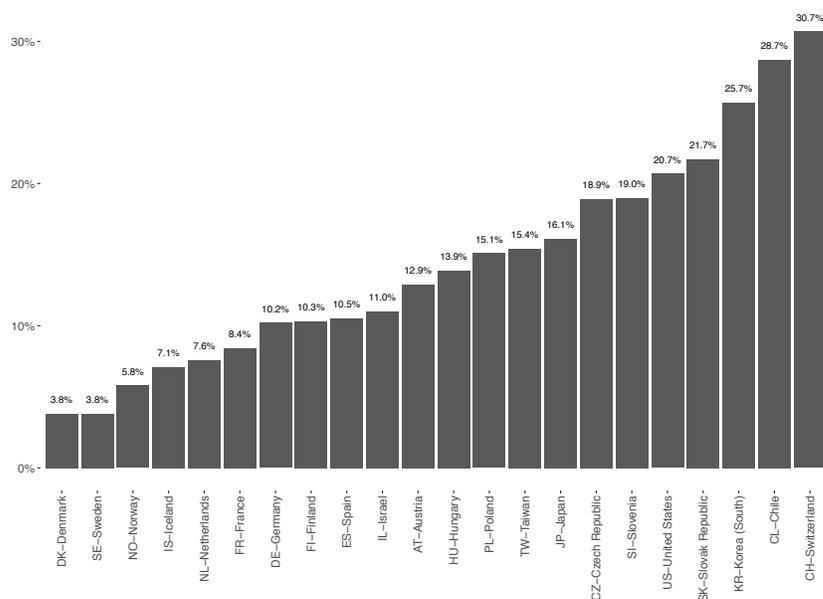
La viñeta anterior busca resaltar la importancia práctica que tiene estudiar a este grupo de ciudadanos. En un momento en que distintos países están enfrentados al fenómeno de la abstención progresiva de su población en edad de votar, como Chile, resulta enigmático que un importante sector de la ciudadanía, pese a estar interesada en la política y dispuesta a participar de ella por caminos no electorales, decida no participar por medio de las urnas. El avance de la participación electoral ha sido una constante las últimas décadas (Blais, 2010), especialmente con la llegada de tecnologías digitales que acercan la participación directa a la gente (Valenzuela, Arriagada, & Scherman, 2012), por lo que resulta vital entender mejor a este sector de la ciudadanía muchas veces invisibilizado a la hora de pensar en las democracias pero que podría ir creciendo y adquiriendo cada vez mayor protagonismo.

El centro de esta tesis gira en torno a entender cuándo y por qué los ciudadanos, activos en acciones no electorales, votan o se abstienen de las urnas. Para ambas opciones se proponen dos

conceptos simples: participación integrada y participación fragmentada no electoral. Cuando un ciudadano que participa en acciones no electorales llega a las urnas el día de las elecciones, se trata de participación política integrada, por cuanto logró integrar su participación no electoral (PNE) con la participación electoral (PE). En cambio, cuando este ciudadano movilizado no llega a las urnas, se trata de participación fragmentada, por cuanto fragmenta su participación en su dimensión no electoral. Esta relación entre integración y fragmentación tiene como unidad de análisis a los activistas, es decir, a aquellos ciudadanos que declaran haberse movilizado por medio de una o más acciones no-electorales los últimos doce meses pero que pueden o no acompañar dicha movilización con el voto.

En todos los países hay un porcentaje concreto y real de activistas que no participa en elecciones, o bien, que fragmentan su participación política. Por su parte, en términos comparados, dicho porcentaje de la población que se manifiesta fuera de las urnas y no vota es muy variable. En la Figura 1 se observa el porcentaje de activistas de 22 países que fragmenta no electoralmente su participación de acuerdo con la encuesta International Social Survey Project (ISSP) para el año 2014.

FIGURA 1.1. PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA NO ELECTORAL EN 22 DEMOCRACIAS.



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

En la figura queda claro cómo países como Suecia o Dinamarca, pese a tener una actividad no electoral de mucha vitalidad, un porcentaje muy bajo de su población activa políticamente no vota (menores al 5%). En cambio, en países como Chile, Suiza o Corea del Sur, entre un 25% y un 30% de quienes se manifiestan por vías no electorales no complementa dicha participación con el voto.

Esta variación resulta intrigante por cuanto no se trata de países realmente distintos. Todos son democracias liberales, todos son de ingresos medio o altos, en todos el voto es obligatorio, y, lo más importante, en todos hay un porcentaje activo de ciudadanos que se movilizan por vías no electorales todos los años - los cuales van desde un 30% de la población hasta un 80% cada año (revisar anexo o capítulo 3). Sin embargo, sólo algunos son exitosos en integrar su participación política.

Las preguntas de investigación que guían esta tesis se articulan en dos niveles, uno individual y otro contextual. En primer lugar, ¿de qué depende que los ciudadanos activos en participación no electoral integren, o fragmenten, dicha participación con el voto? y, en segundo lugar, ¿por qué en ciertos países los activistas tienden a integrar casi en su mayoría su participación no electoral con la electoral mientras que en otros existen porcentajes tan altos de activistas con participación fragmentada?

El argumento en breve. ¹

Esta tesis se enmarca en una de las áreas más estudiadas dentro de la política comparada, que es el de la participación política. Desde los primeros estudios hasta la actualidad, el concepto de participación política ha vivido una larga transformación, pasando de ser un concepto unidimensional, referido exclusivamente al voto, a uno que comenzó a incluir a otras acciones ciudadanas no institucionales orientadas a generar influencia en un gobierno (van Deth, 2014). A estas otras acciones que se mueven y ejecutan por fuera de las instituciones electorales se les denomina, en términos generales, participación política no electoral (Vráblíková, 2012a).

Pese a que está ampliamente aceptado que tanto las acciones electorales como no electorales son formas legítimas de participación ciudadana en democracias modernas, no hay una

¹ Este argumento se presenta en extenso en el capítulo 2, dedicado al marco teórico. En esta sección se presentan las líneas generales, sobre todo con miras a orientar mejor la sección de diseño.

teoría unificadora para comprender la participación en un sentido integral. Lo anterior se debe a la peculiaridad del voto dentro del universo de acciones políticas, donde lo que sirve para predecir el comportamiento no electoral, no aplica para el voto y viceversa (Milbrath, 1965; van Deth, 2014; Verba, Schlozman, & Brady, 1995). Por lo mismo, la mayoría de los estudios ha encontrado que, cuando se excluye el voto, todas las acciones no electorales constituyen un puro factor altamente correlacionado (por ejemplo, Dalton, 2017; Vráblíková, 2012b). De esta manera, lo que se ha constituido son dos escuelas separadas y especializadas, una de participación electoral y otra de participación no electoral.

La escuela de participación no electoral ha tenido una productividad muy prolífica las últimas dos décadas, especialmente luego de que se desarrollara el modelo cívico voluntarista de Verba Schlozman y Brady (1995), lo que es sin duda el paradigma dominante de participación no electoral. Si bien en este modelo se da un énfasis importante a las redes de movilización y a las motivaciones, el centro de la explicación se mueve en torno a los recursos. La predicción principal de este modelo teórico es que para realizar acciones no electorales se necesitan recursos: dinero, tiempo y, sobre todo, habilidades cívicas. De ahí que la participación política no electoral sea altamente desigual, por cuanto los recursos suelen estar concentrados en quienes tienen mejores posiciones sociales.

Por su parte, las teorías electorales que buscan explicar el voto se han dividido a grandes rasgos entre las explicaciones basadas en preferencias electorales (Aldrich, 1993) y las teorías basadas en aspectos normativos (Blais & Achen, 2019). De acuerdo con lo anterior, la gente vota ya sea porque tiene fuertes preferencias – las cuales pueden tener una motivación instrumental o expresiva-, o bien porque tiene un alto sentido del deber cívico con el voto.

Es llamativo que pese a lo prolífico que han sido ambas escuelas en generar conocimiento respecto a cuando y por qué la gente participa, la relación entre ambas dimensiones continúe siendo un vacío en la literatura. Aún se carece de una teoría unificadora de todas estas formas de acción.

En esta tesis se propone que para entender cuándo ambas formas de participación se integran y cuando se separan, hay que ir a los espacios sociales que permiten que se potencie tanto la participación electoral como la no electoral. Ese espacio privilegiado que sirve de puente entre ambas dimensiones son las organizaciones de la sociedad civil.

El argumento general de este estudio es que el nivel de fragmentación no electoral de la participación política varía según cuán expuestos están los activistas de cada país a contextos que estimulen las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto. O bien, qué tan expuesto están a espacios que estimulen el desarrollo de preferencias electorales y a presiones sociales que permitan que esas preferencias sean canalizadas hacia las urnas.

El espacio asociativo es el lugar donde se desarrollan las habilidades cívicas y las redes necesarias para la movilización no electoral, pero también donde se estimula el desarrollo de preferencias electorales y donde existe la presión social suficiente para que esas preferencias lleguen a las urnas.

De esta manera, la primera expectativa teórica de esta tesis es que *la participación fragmentada no electoral aumente a medida que disminuya la membresía organizacional de los activistas*. Es decir, la integración debería aumentar a medida que los activistas estén organizados y disminuir en la medida que haya más activistas individuales, sin arraigo organizacional.

Pero también juega un rol fundamental la combinación que estas preferencias tengan con los aspectos normativos del voto. Si un individuo siente que votar es su deber, es probable que vote siempre independiente de otras circunstancias. Sin embargo, entre los activistas siempre existe un porcentaje relevante que no cargan valores de deber cívico, sino más bien otros valores menos tradicionales y más críticos como los de compromiso ciudadano (Dalton, 2008b). Es específicamente entre aquellos ciudadanos que no sientan que votar es su deber donde tiene efecto la vida asociativa. De manera tal que la segunda expectativa es que, *el efecto que tienen las organizaciones de integrar la participación política opera solamente entre los miembros que tengan un bajo sentido del deber cívico con el voto*. De esta manera, tener o no tener membresía organizacional resulta intrascendente si la persona siente que votar es su deber, en cuyo caso acudirá igual a las urnas.

Pero la brecha que deja un bajo sentido de deber cívico en los activistas puede ser o no ser cerrada por las organizaciones. El éxito que tengan los países de integrar su participación depende de que sus organizaciones logren canalizar a sus miembros hacia las urnas. Esto implica que los niveles más altos de fragmentación no electoral que muestran algunos países se explican no sólo por la ausencia organizacional, sino porque las organizaciones de la sociedad civil dejan de operar como un puente que integra la PNE con la PE. Frente a esto, se plantea como tercera expectativa

teórica que *la condición necesaria para que la sociedad civil organizada deje de ser un contexto que aumente las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto es que la sociedad civil organizada tenga un distanciamiento efectivo respecto a la política. Un distanciamiento efectivo implica tanto un distanciamiento ideológico (desconfianza o poco sentido de eficacia hacia la política) como material (autonomía de recursos).*

Diseño de investigación

El diseño de investigación de esta tesis es de tipo explicativo observacional con una metodología mixta de dos etapas, también conocido como análisis anidado o nested analysis (Lieberman, 2005). El análisis anidado combina el análisis estadístico de una gran muestra de casos con la investigación en profundidad de uno o más de los casos contenidos en la gran muestra. Estos diseños aprovechan las virtudes de los métodos cuantitativos, por cuanto buscan establecer asociaciones entre las principales variables independientes y las dependientes; pero también de los métodos cualitativos, ya que se proponen encontrar los mecanismos que vinculan estos factores. El objetivo de un análisis anidado es, en última instancia, hacer inferencias sobre la importancia de las causas conociendo también el mecanismo que estaría generando un determinado efecto. Para lograr este objetivo, el análisis anidado propone que luego de un sofisticado análisis estadístico, que permita establecer la relación entre dos variables, controlando por una serie de covariables, se pueda estudiar en profundidad uno o más casos para corroborar la naturaleza del orden causal que no se puede inferir con seguridad por medio del N grande. Por lo tanto, en este estudio una primera etapa será de corte cuantitativo de N grande y luego se profundizará con el estudio en profundidad de un caso.

Análisis de N grande entre países

En la etapa del N grande, se prueban las hipótesis a nivel cuantitativo tomando como unidad de análisis los individuos anidados en distintos países, o bien, los países con datos agregados, dependiendo del tipo de análisis. Para ello se utiliza la International Social Survey (ISSP), que cuenta con dos olas (2004 y 2014) y considera a treinta y ocho países del mundo. La gran ventaja que tiene esta encuesta es que es la más exhaustiva para estudiar participación ciudadana,

ofreciendo información sobre la participación electoral pero también hasta ocho tipos de manifestaciones no electorales. Por lo mismo, es una de las encuestas que suelen ser más utilizadas por los investigadores especializados en participación política (Bolzendahl & Coffé, 2013; Dalton, 2017; Somma & Bargsted, 2018; Vrábliková, 2012b).

Sin embargo, esta encuesta considera a una amplia variedad de países, tanto democráticos como no democráticos, con una gran diversidad de sistemas electorales y con distintos niveles de desarrollo. Debido a esta gran diversidad es que se hace necesario tomar una decisión respecto a los casos que serán seleccionados para el estudio. Esta tesis adopta el diseño de casos más similares (Przeworski & Teune, 1970), ya que no se busca encontrar la validez de este argumento para la totalidad de regímenes en el mundo (para lo cual tendría sentido un diseño de casos “más diferentes”), sino que exclusivamente para democracias liberales, donde tanto el voto como las acciones no convencionales de participación están, en principio, al alcance de la mayoría de los ciudadanos. Además, buscar la similitud entre los países permite suponer que hay una serie de factores que ya están controlados, lo que aumenta el potencial de encontrar factores explicativos teóricamente relevantes para explicar la variación entre ellos (Przeworski y Teune 1970: 35-39).

Se han elaborado tres reglas para decidir la inclusión de los países en este estudio. Primero, todos los países deben ser democracias electorales. Para ello se eliminaron de la lista todos los casos que no cumplían los requisitos mínimos para ser catalogados como democracias electorales de acuerdo con el índice elaborado por Freedom House (House, 2014). En ese sentido, países como Rusia o Venezuela no entran en el análisis.

En segundo lugar, todos los países deben haber adoptado un sistema electoral de voto voluntario para el momento de toma de la segunda ola de la encuesta. Esto ya que gran parte del argumento se sostiene sobre el hecho de que los ciudadanos son capaces de configurar sus repertorios de participación de acuerdo con aspectos normativos, motivaciones y microestructurales. Para ello, se hace necesario que dichas acciones no estén encauzadas por la obligatoriedad de una ley. Para filtrar por países de voto voluntario se utilizó la base de datos de IDEA. En ese sentido, países como Australia y Bélgica, que cuentan con voto obligatorio, no entran en el análisis. Está en esta selección el caso problemático de Chile, ya que para hacer comparaciones entre el 2004 y el 2014, se está comparando un período de voto obligatorio y otro de voto voluntario. Sin embargo, el caso chileno es atípico. Hasta antes del 2012, lo que regía era

no era un voto completamente obligatorio, sino una mezcla entre registro voluntario y voto obligatorio, único en el mundo (Corvalan & Cox, 2013, p. 50). Eso llevó a que la tendencia a la menor participación, sobre todo entre los más jóvenes, se haya visto desde antes de la implementación del voto voluntario (Bargsted, Somma, & Muñoz-Rojas, 2019; Carlin, 2006; Corvalan & Cox, 2013; Luna & Mardones, 2010). Además, el análisis de N grande estará enfocado primeramente al año 2014, momento en el que ya se había implementado el voto voluntario en Chile, Por todo lo anterior, se defiende que tiene sentido conservar el caso chileno.

En tercer lugar, se consideran sólo países de ingresos medios-altos, cuya clasificación tiene como corte es tener más de 12 mil dólares per cápita. Se ha especulado que existen diferencias relevantes respecto a la configuración de la participación política entre países pobres y países de ingresos más altos (Bernhagen & Marsh, 2007a; Hooghe & Quintelier, 2014), por lo que dentro del análisis se considera únicamente a países que, de acuerdo con el banco mundial, sean considerados de ingresos medios altos. En ese sentido, países como Sudáfrica o Filipinas quedan fuera del análisis.

Los criterios anteriores permitieron un total de veintidós países que serán incluidos en la primera etapa de N grande, pertenecientes a las regiones de América Latina, Norte América, Europa y Asia. La lista de países incluidos se puede revisar en la Tabla N 1.

Finalmente, uno de los aspectos centrales de esta propuesta es verificar la estabilidad en las formas de participación a lo largo de los años. Por ello, una buena noticia es que veinte países se repiten en las olas 2004 y 2014, lo que permite hacer una serie de análisis sobre la estabilidad de los patrones de participación que serán desarrollados en el capítulo tres.

La sección cuantitativa contará con distintas etapas y con una combinación de técnicas que permitan abordar la pregunta y las expectativas teóricas desde distintos ángulos. Para ello, se trabaja sobre una variable dependiente que será central en el estudio: el nivel de integración/fragmentación de la participación política no electoral. Para construir esta variable lo primero necesario es observar la dimensionalidad subyacente a las distintas formas de participación política. Se consideran las 8 modalidades de participación recogidas por la encuesta ISSP más el voto y se realiza un análisis factorial basado en principal factors con rotación varimax y luego un análisis factorial con rotación promax. El detalle de este procedimiento se desarrolla en el capítulo tres.

TABLA 1.1. SELECCIÓN DE CASOS DEL ESTUDIO.

| País | Abreviatura |
|---------------------|-------------|
| Austria | AT |
| Chile | CL |
| Republica checa | CZ |
| Dinamarca | DK |
| Suiza | CH |
| Alemania | DE |
| España | ES |
| Finlandia | FI |
| Francia | FR |
| Hungría | HU |
| Israel | IL |
| Islandia | IS |
| Japón | JP |
| Corea, república de | KR |
| Lituania | LT |
| Países Bajos | NL |
| Noruega | NO |
| Polonia | PL |
| Suecia | SE |
| Eslovenia | SI |
| Eslovaquia | SK |
| Taiwán | TW |
| Estados Unidos | US |

Fuente: Elaboración propia en base a ISSP, IDEA y Freedom House.

Luego de la construcción de una serie de indicadores necesarios para el análisis (sobre todo los relativos a la membresía organizacional y el deber cívico), se muestran correlaciones para datos agregados a nivel país, las que se complementan con regresiones lineales simples con un N de 22 países.

Luego, la unidad de análisis baja a nivel de individuo anclado a países. En estas secciones las técnicas de regresión que se utilizan son de efectos fijos e interceptos aleatorios (Finch, Bolin, & Kelley, 2019). La variable dependiente se expresa en una variable dicotómica y nominal, por lo que se utilizan modelos de regresión logísticos binarios y multinomiales (Fox, 2015). Los resultados de estos análisis se presentan en los capítulos cuatro y cinco. En términos concretos, el análisis cuantitativo está orientado a explorar los determinantes de que los individuos integren o fragmenten su participación política, y a comprobar cómo dichos patrones de integración/fragmentación están correlacionados con factores de nivel país.

Análisis de caso. Variación subnacional

Luego de poner a prueba el argumento y las variables principales por medio de análisis estadístico, se pasa a una segunda etapa donde se busca estudiar en profundidad un caso para

entender mejor los mecanismos que están llevando a que la participación política se fragmente. En esta sección, se ahonda en un caso particular: Chile. La selección del caso chileno para estudiarlo en profundidad tiene tres justificaciones fundamentales.

En primer lugar, una justificación metodológica. Si bien no se recomienda llevar a cabo selección de casos por variable dependiente bajo una lógica cuantitativa (King, Keohane, & Verba, 1994), desde un punto de vista cualitativo sería un despropósito no hacerlo, por cuanto el muestreo aleatorio de casos termina siendo más problemático que beneficioso cuando lo que se busca no es generalizar sino entender en profundidad los mecanismos que unen una determinada causa con su efecto (Collier & Mahoney, 1996), tras lo cual tiene sentido buscar casos que contengan valores específicos de las variables de interés. En este caso, Chile es el segundo país con mayor porcentaje de fragmentación no electoral, donde cerca de un 30% de quienes realizan PNE no votan. Además, es un país donde un porcentaje relevante de los activistas fragmenta pese a estar organizado, lo que da pie para hacer un análisis de lo que ocurre dentro del país estudiado. Estas características vuelven al caso chileno un país relevante para estudiar el rol que cumplen, o dejan de cumplir, las organizaciones en el país, aspecto central del argumento teórico.

En segundo lugar, desde un punto de vista práctico, el investigador habita en dicho país y tiene a su disposición un gran material de entrevistas, prensa y literatura secundaria recolectada.

Por último, el caso chileno permite a la vez realizar un análisis comparado a nivel subnacional. En específico, para comprobar el argumento sobre cómo el rol de las organizaciones está condicionado por un distanciamiento efectivo de la política, se estudian dos sectores de la sociedad civil y se busca demostrar que cuentan con acercamientos disímiles hacia los partidos y la política institucional y con distintos grados de autonomía de recursos. Por un lado, el movimiento laboral del sector público, altamente dependiente de sus vínculos con las centrales y los partidos; por otro, el caso del movimiento estudiantil, con mucha mayor autonomía de la política y con mayor gestión de sus propios recursos. Estos casos se estudiarán por medio de revisión bibliográfica, revisión de prensa, datos secundarios y 27 entrevistas semiestructuradas realizadas a líderes estudiantiles y a líderes sindicales del sector público y privado. Las entrevistas se recolectaron entre el 2014 y el 2016 en proyectos en los cuales el autor estuvo involucrado.²

² Las entrevistas a líderes estudiantiles fueron realizadas en el marco del proyecto Fondecyt 11121147, a cargo de Nicolás Somma y del cual el autor de esta tesis fue asistente de investigación. Las entrevistas a dirigentes sindicales

Las diferencias en su votación se ponen a prueba gracias a datos de encuestas en marchas realizada entre el 2017 y 2018 perteneciente al proyecto internacional "Caught in the act of protest" (CCC)³ y que en el caso de Chile su ejecución estuvo a cargo de los investigadores Nicolás Somma, Sofía Donoso y Federico Rossi, y en cuya recolección de datos el autor de esta tesis participó. Además, se incluyen dos casos sombra: las marchas de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (LGTB) y la marcha de derechos humanos (DDHH).

Finalmente, en esta sección también se utilizan datos de la encuesta ELSOC del Centro de Estudios del Conflicto y la Cohesión Social (COES) para caracterizar mejor el caso chileno y ver la correspondencia entre los datos del ISSP y los del COES. Todo para tener mayores elementos para observar importancia a la relación que existe entre las organizaciones y las formas de participación, y cuál es el mecanismo que está mediando entre ambas.

Descripción de los capítulos

La tesis se organiza en siete capítulos. Un capítulo introductorio, uno teórico, cuatro capítulos empíricos y las conclusiones del estudio.

En el capítulo dos se presenta el marco teórico de la tesis. La primera parte del capítulo discute los enfoques existentes para el estudio de la participación política. Se discuten los principales aportes que se han realizado desde la escuela de participación no electoral y desde la escuela electoralista. Reconstruyendo sobre la base de esas teorías, la segunda sección del capítulo presenta el argumento de esta tesis en detalle, donde se presentan sus componentes básicos y expectativas empíricas. Como se señaló, una de las principales dificultades para estudiar por qué la participación se fragmenta, es que no existe una teoría que de cuenta de la relación o el vínculo entre la participación electoral y la no electoral. En consecuencia, el capítulo dos se propone una teoría al respecto poniendo el énfasis en el rol que juegan organizaciones de la sociedad civil. Partiendo de la base de que las organizaciones son el vínculo central entre ambas dimensiones, se describen luego las condiciones para la fragmentación de la participación política. Asimismo, este

fueron recolectadas en el marco de una colaboración con un centro de estudios dedicado a la investigación sobre sindicalismo llamado Centro de Investigación Político Social del Trabajo (CIPSTRA).

³ Para más información sobre el proyecto internacional de encuesta en marchas revisar www.protestsurvey.eu

capítulo describe las condiciones que deben darse para que la participación se fragmente en presencia de activistas organizados, donde el rol de la política resulta fundamental.

El capítulo tres comienza el análisis empírico proponiendo una medición de la participación política y operacionaliza una variable dependiente en base a una discusión teórica que la justifica. Para ello se realizan diversas pruebas psicométricas que consideran hasta 8 tipos de acciones de participación para demostrar que el concepto de participación política es eminentemente bidimensional. Tal y como se ha señalado ampliamente en la literatura, la participación no electoral constituye básicamente una misma dimensión, mientras que el voto se consolida como una dimensión separada. Una vez construidas las variables dependientes del estudio, una nominal y otra dicotómica, se muestran los primeros resultados descriptivos. En este capítulo se busca demostrar que la estructura de la participación política en cada país es menos contingente de lo que muchas veces se suele pensar. Por el contrario, lo que hay es una relativa estabilidad entre las formas de participación que muestran los países entre las distintas olas de medición. Los que integraban más su participación y los que la fragmentaban más el 2004, son en general los mismos que en el 2014.

En el capítulo cuatro se pone a prueba el argumento sobre la importancia de las organizaciones a nivel agregado entre los países de la muestra, para tener un primer acercamiento sobre la influencia de las variables centrales del estudio. Con un N equivalente al número de países, en la primera parte del capítulo se realizan correlaciones bivariadas sobre las variables más sugerentes por la literatura y se termina con un análisis de regresión lineal considerando las correlaciones más relevantes.

En el capítulo cinco se expande sobre los hallazgos del capítulo cuatro, pero ahora realizando análisis a nivel individual y a nivel agregado. El centro de este capítulo gira en torno a la interacción entre las orientaciones normativas hacia el voto y el rol que cumplen las organizaciones. Ello permite sacar conclusiones relevantes para el argumento controlando por variables socio demográfica, pero también por las variables más relevantes para el modelo cívico voluntarista, es decir, las variables de motivación, de redes y de recursos. Para ello se realizan análisis estadísticos multinivel y de efectos fijos. Los resultados del análisis dejan ver el efecto que tienen las organizaciones para contener la fragmentación política a nivel individual y agregado. Pero también, muestra cómo el efecto de las organizaciones está condicionado por

aspectos individuales normativos, específicamente por los niveles de deber cívico con el voto que tengan los individuos.

En el capítulo seis se analiza el caso chileno con un diseño de investigación mixto. Por un lado, se estudian en profundidad las relaciones encontradas en capítulos anteriores, sobre todo respecto a la relevancia de las organizaciones en integrar la participación. Pero también se pone el énfasis en las relaciones que la sociedad civil ha establecido con la política y los partidos a partir de entrevistas a dirigentes de sindicatos y a dirigentes de organizaciones estudiantiles. Luego, se observa si los miembros movilizados de cada una de estas organizaciones tienen diferencias en los niveles de votación gracias a la base de datos de encuesta en marchas (CCC). Con esta base de datos, realizadas a ambos sectores organizados, se pudo medir la diferencia de la tasa de votación de cada grupo de activistas. Controlando por otras covariables relevantes como la edad, se busca demostrar que quienes están organizados en el movimiento laboral vinculado a las centrales deberían aumentar significativamente su porcentaje de votación en relación con quienes se manifiestan y están organizados del sector estudiantil.

En el capítulo siete se ofrecen las conclusiones del estudio, donde se resume el argumento teórico, los hallazgos empíricos, y se exponen las principales implicaciones teóricas y sustantivas de la tesis. Esta sección termina con sugerencias para futuras investigaciones sobre el estudio de la participación política fragmentada, donde se espera otorgar coordenadas de aspectos en los que aún se sabe muy poco y por lo que resulta crucial profundizar en su estudio.

Marco teórico. Hacia una teoría microestructural de la participación política.

Where few take part in decisions there is little democracy; the more participation there is in decisions, the more democracy there is. Such a definition of democracy is crude...; yet it may get at the heart of the matter, since all other institutions associated with democracy can be related to the general question of who participates or is able to participate in political life.

Verba and Nie (1972: PP. 13)

Una condición básica para que un Estado adopte la forma política de una democracia es que los ciudadanos tengan mecanismos institucionales para incidir, de manera directa o indirecta, en un sistema de gobierno (Dahl, 1973; Lijphart, 1997). El mecanismo institucional más tradicional y universalizado de las democracias es el voto, pero no es la única vía que tiene la sociedad civil de generar influencia en la política. El año 1995 Verba, Schlozman, y Brady proveyeron la que es probablemente la definición más utilizada de participación política en la actualidad, entendiéndola como cualquier "*actividad que tiene la intención o el efecto de influir en la acción del gobierno, ya sea directamente al afectar la elaboración o implementación de políticas públicas o indirectamente al influir en la selección de las personas que hacen esas políticas*" (Verba et al., 1995, p. 38). Lo anterior implica que cuando quieren hacerse escuchar, los ciudadanos votan, pero también hacen campañas, firman petitorios, protestan, hacen donaciones, contactan a políticos, entre otras acciones que buscan generar influencia en el campo de la política institucional.

El impacto que generó la ampliación del concepto de participación política hacia el terreno no electoral se ha expresado en una prolífica literatura que ha estudiado sus diversas manifestaciones, principalmente las últimas dos décadas (por ejemplo, Dalton, 2017; Oser, 2017; Somma & Bargsted, 2018; Vrábliková, 2014a). Pero pese a los avances teóricos y empíricos que se han ido acumulando, aún no existe una teoría que permita una comprensión de la participación - tanto en su dimensión electoral como no electoral-, de manera conjunta. Lo que hay es una fractura entre teorías de participación no electoral y teorías de participación electoral (Blais, 2010). Lo anterior no es consecuencia de una ausencia de tentativas por unificar la participación política en un puro modelo teórico. En efecto, el enfoque dominante de participación no electoral, el modelo cívico-voluntarista (Verba, Schlozman, & Brady, 1995), buscó generar una teoría unificada, toda vez que incluyó en su análisis una gran variedad de formas de participación, desde el voto hasta la protesta. El problema fue que su teoría, si bien exitosa a la hora de predecir comportamiento no electoral, tuvo una importante excepción: el voto. El efecto de las principales variables explicativas se mantenía estable para las distintas formas de participación no electoral (PNE), pero se perdían, e incluso en algunos casos se invertían, para la participación electoral (PE)

Diversos trabajos posteriores han dado respaldo a la peculiaridad del voto dentro del universo de acciones políticas. La politóloga Katerina Vrablikova (2011, 2012b) encontró que, cuando se excluye el voto, todas las acciones no electorales constituyen un puro factor altamente correlacionado. Lo anterior la llevó a afirmar que lo electoral y lo no electoral constituyen aspectos cuantitativa y cualitativamente distintos de la participación política (2012b, p. 5) Posteriormente Russell Dalton (2017) también identificó que el voto se comportaba distinto al resto de las acciones políticas a la hora de predecir una serie de características, tanto para análisis de países en conjunto como por separado. El autor comprobó con un análisis factorial que había una dimensión para el voto en solitario y otra para todo el resto de las acciones políticas que formaban una pura dimensión. Desde la otra vereda, Andre Blais (2010), uno de los electoralistas más importantes, también reconoce que todo lo que la comunidad científica sabe acerca de por qué la gente vota, no resulta relevante para la participación no electoral, y viceversa, tras lo cual, tiene sentido que exista una división entre una escuela de participación no electoral y otra de participación electoral (2010, p. 89). Otros tantos estudios han podido comprobar la singularidad del voto dentro del universo de acciones políticas, por lo que suelen incluirla como una dimensión única y separada de las otras formas no electorales (Deth, 2014; Milbrath & Goel, 1977; Theocharis & Van Deth, 2018).

La división entre ambas escuelas, y la noción de que hay una naturaleza bidimensional en la participación política, se consolidó aún más debido a que las tendencias recientes de ambos tipos de participación van en direcciones opuestas. Por una parte, y en una de las tendencias más intrigantes de las democracias contemporáneas, las últimas décadas la PE ha tendido a decrecer de manera global (salvo ciertas excepciones), mientras que la PNE ha tendido a crecer en sus múltiples manifestaciones (Blais, 2010; Norris, 2002). Es decir, cada vez menos gente vota, pero, a la vez, cada vez es más la gente que participa en activismo online, sale a marchar, eleva peticiones o contacta a los políticos.

¿Quiere decir esto que la PNE está reemplazando a la PE? No, pese a que la intuición podría llevar a concluir lo anterior, el grueso de los estudios ha encontrado que la relación entre voto y las distintas formas de PNE es positiva (Barnes & Kaase, 1979; Blais, 2010; Galais, 2014a; Rudig, 2010; Schussman & Soule, 2005; Somma, Bargsted, & Valenzuela, 2015). En otras palabras, quienes salen a marchar, firman peticiones o manifiestan su opinión en redes sociales, suelen acompañar dichas acciones con el voto. Sin embargo, eso no es así para todos los ciudadanos ni es una tendencia general en todos los países. Se sabe que existe un porcentaje, a veces relevante, de ciudadanos que no complementa su participación no electoral con el voto (Portos, Bosi, & Zamponi, 2019; Vrablikova & Linek, 2015). El vínculo entre la dimensión electoral y la no electoral se trata claramente de una relación compleja y esta tesis lo que busca es resolver algo de esa complejidad.

Para entender la compleja relación entre la dimensión electoral y no electoral de la participación se hace necesario, primero que todo, pasar revista por las teorías centrales de cada forma de participación. Sólo con un análisis en profundidad de ambas dimensiones por separado se puede pasar a la siguiente fase, que es establecer cuál es el vínculo que hay que observar para entender la conexión entre ambas.

Este capítulo se ordena de la siguiente manera. En el siguiente punto se ofrece una discusión acerca del concepto de participación política, poniendo énfasis en la estructura bidimensional del mismo. Luego, se repasan las principales teorías de participación política no electoral, dando un énfasis en el modelo central que es el cívico voluntarista. En el punto dos se ofrece una descripción de las principales teorías que buscan dar cuenta de por qué la gente vota. En el punto tres y cuatro se repasa lo que se sabe y lo que no se sabe acerca de la relación entre lo

no electoral y lo electoral. En el punto cinco se expone el modelo teórico de esta tesis. En el punto seis se exponen las expectativas teóricas que se derivan del marco teórico. Finalmente se exponen las conclusiones principales de este capítulo.

Participación no electoral. El modelo cívico voluntarista

Ha habido un largo camino para que las acciones políticas realizadas por fuera de las instituciones electorales -como protestar, elevar una petición o boicotear productos-, comiencen a ser estudiadas como una forma más de participación política. Por largo tiempo las acciones no institucionales eran vistas como alternativas a la acción política contenciosa y no como un complemento a ellas (Para una larga discusión a este respecto revisar, McAdam, 1982). Sin embargo, gracias a la expansión de la protesta en países democráticos, sobre todo en los años 60, las acciones no electorales comenzaron a ser cada vez más consideradas extensiones, y no alternativas, de la participación política electoral (Barnes & Kaase, 1979; Inglehart & Catterberg, 2002; Jennings et al., 1990).

Pese a los avances que hubo en el estudio de las formas no electorales, sobre todo en el campo del estudio de la protesta, tuvieron que pasar varios años para que se propusiera un modelo teórico que buscara dar cuenta de la totalidad de estas manifestaciones políticas por fuera de las urnas. Esta explicación llegó de la mano del libro *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics* de Verba Schlozman, y Brady el año 1995. En este libro los autores no sólo describieron y propusieron una forma de medir la participación política, sino que ofrecieron una primera explicación comprensiva de por qué la gente participa en política en general.

Actualmente, pocos discutirían que el modelo dominante para explicar la PNE en su conjunto es el modelo cívico voluntarista (Schlozman, Brady, & Verba, 2018; Schlozman, Verba, & Brady, 2012; Verba et al., 1995) y su pregunta central ¿qué determina que la gente participe en política? se puede responder en términos simples como: la gente participa en política “cuando puede”, “cuando quiere” y “cuando lo invitan”.

"Cuando puede", sugiere la necesidad de recursos mínimos para activarse: tiempo, dinero y habilidades cívicas para usar el tiempo y el dinero de manera efectiva. “Cuando quiere”, enfoca la atención en la necesidad de tener un compromiso psicológico con la política: interés o

preocupación por los asuntos públicos, sentido de eficacia y conocimiento sobre el proceso político. “Cuando lo invitan”, implica la necesidad de estar conectado con las redes de reclutamiento a través de las cuales los ciudadanos se movilizan hacia la política. Los tres factores tienen un efecto independiente para predecir la participación en términos empíricos, aunque teóricamente están muy conectados.

La predicción central del modelo cívico voluntarista es que los sectores mejor posicionados de cada sociedad - en términos educativos, de ingresos y laborales - van a mostrar mayor intensidad de participación política. ¿Por qué se da este patrón de desigualdad? Básicamente porque la gente participa más en política cuando tienen los recursos para hacerlo, y el proceso es acumulativo. Aquellos que nacen en una posición aventajada, participan en posiciones institucionales que conducen a una mayor adquisición de recursos, lo que deviene casi inevitablemente en mayor participación política.

Uno de los recursos fundamentales son las habilidades cívicas, las que suponen una barrera implícita para la participación: para hacer una petición hay que saber escribir una carta, para participar en reuniones políticas hay que saber hablar en público, para llamar a los medios de comunicación hay que saber expresar ideas políticas. Estas habilidades se desarrollan más a medida que los individuos llegan a niveles más avanzados en las instituciones educativas, están mejor posicionados en la estructura laboral y participan de manera más activa en organizaciones cívicas: instituciones que en su conjunto funcionan como verdaderas “escuelas de la democracia” para los ciudadanos (Verba et al., 1995, p. 34). La consecuencia evidente es que la participación política se encuentra desigualmente distribuida en la población, toda vez que los recursos también están altamente concentrados. Sobre todo, la posibilidad de desarrollar habilidades cívicas está concentrada en los niveles más aventajados dentro de cada sociedad.

Una politóloga que ha buscado desentrañar el mecanismo mediante el cual estas instituciones -en este caso específico las organizaciones de la sociedad civil- transmiten las habilidades cívicas, es Hahrie Han (2014). En su libro *How organizations develop activist*, destaca el importante papel que las asociaciones voluntarias y otras organizaciones democráticas pueden desempeñar en el cultivo de la acción cívica y política. Más allá de la observación general de Tocqueville, la investigadora estudió cómo las asociaciones voluntarias operaban como "escuelas de democracia", y qué hacían para equipar a las personas con las capacidades que necesita para ser

ciudadanos activos. Se argumenta a lo largo del libro, una distinción crucial entre organizadores y movilizadores. Los organizadores invierten en desarrollar las capacidades de las personas para comprometerse con otros en el activismo y convertirse en líderes. Los movilizadores, en cambio, se centran en maximizar el número de personas involucradas sin desarrollar su capacidad de acción cívica. Las organizaciones sabían que sólo con movilizadores no lograrían ser exitosas. Por lo tanto, las organizaciones tenían procedimientos específicos para desarrollar habilidades de liderazgo en sus miembros, ya que necesitaban tanto movilizadores como reclutadores.

Ahora bien, la participación no electoral también se ha estudiado en términos agregados buscando responder a la pregunta de por qué hay países que participan más que otros. A este respecto se ha encontrado que los países de democracias desarrolladas y más avanzadas, en promedio, tienden a participar más que los países de democracias menos longevas y desarrolladas (Bernhagen & Marsh, 2007b; Gaidytė & Muis, 2015; Hooghe & Quintelier, 2014). Uno de los principales investigadores que ha buscado proveer de una teoría que explique de manera más sistemática las diferencias en la cantidad de PNE entre países es Katerina Vrablikova (2011, 2014b, 2017). Sobre la base del modelo cívico voluntarista, la autora encuentra que los países con instituciones más descentralizadas y con mayor apertura a la incidencia de los ciudadanos tienden a mostrar tasas de PNE más altos. En ese sentido, no se trata sólo de experiencia con la democracia, sino que las instituciones que adopta cada país también importan, por cuanto facilitan que las personas que tienen más recursos puedan hacer uso de ellos por medio de la participación política.

En síntesis, lo central para la PNE son los recursos necesarios para participar de ella. Es el acceso diferenciado a esos recursos lo que genera patrones de desigualdad. Pero esos recursos no sólo se transmiten en las instituciones educativas o en el trabajo, también se producen deliberadamente en organizaciones especializadas en ello, como son las organizaciones de la sociedad civil

Ahora bien, el límite del modelo cívico voluntarista, que los diversos autores han reconocido en múltiples trabajos, es que sólo aplica para la participación distinta al voto. En específico, una vez se controla por factores motivacionales (*interés por la política, información y eficacia políticas*), los recursos no dan cuenta de por qué la gente vota (Verba et al., 1995, p. 359). Lo anterior ha determinado que el modelo cívico voluntarista, (donde los factores psicológicos, los recursos y las redes juegan un rol independiente) se aplique únicamente a la PNE, inaugurando

de cierta manera una escuela especializada de una pura dimensión del fenómeno más amplio de participación política.

Participación electoral. Deber cívico y preferencias políticas

Se han ofrecido diversas explicaciones acerca de la peculiaridad del voto dentro del universo de formas de participación política. Sobre todo, llama la atención que los recursos (dinero, tiempo y habilidades cívicas), variables fundamentales del modelo cívico-voluntarista, pierdan significación una vez se controla por aspectos motivacionales. Verba y colaboradores (1995) señalan que, al ser una actividad organizada y facilitada por el Estado, es menor la dependencia que tiene el voto respecto al tiempo y al dinero necesario para realizarlo. En cuanto a las habilidades cívicas, el voto también tiene la particularidad de que es anónimo y relativamente sencillo: no es necesario saber escribir bien o hablar en público para marcar un voto en las elecciones.

Que el modelo cívico voluntarista aplique únicamente a la participación no electoral no implica que lo electoral no esté también desigualmente distribuido. De hecho, hay una prolífica literatura sobre desigualdades en participación política electoral (Gallego, 2010, 2015; Lijphart, 1997; Verba & Nie, 1972; Verba, Nie, & Kim, 1978). Aunque en lo concreto, los patrones de desigualdad que la PNE muestra de manera prácticamente universal, aunque con distintas intensidades (Somma & Bargsted, 2018), no siempre se observa para la participación electoral. Hay importantes estudios que muestran que la desigualdad en la participación electoral dice relación sobre todo con los costos cognitivos que algunos sistemas electorales imponen a sus votantes, por lo que, en la medida que las elecciones son más simples, la desigualdad electoral baja e incluso en algunos casos puede desaparecer (Blais, 2014; Gallego, 2015).

Por su parte, Dalton (2017) señala que las elecciones también son diferentes por cuanto los partidos políticos tienen la facultad y el interés de representar y movilizar a personas de bajo estatus hacia el voto. Por lo tanto, lo relevante que resulta el dinero, el tiempo y las habilidades cívicas para la PNE, pierde peso en situaciones de participación electoral.

En suma, si los recursos no resultan ser los factores determinantes del voto, entonces, ¿qué explica que la gente vote o no vote en una sociedad?

La cantidad de literatura y factores explicativos que se han encontrado como determinantes del voto son muchos como para enumerar en su totalidad. Aún así, es necesario reconocer que gran parte de las escuelas que existen hoy en día derivan de una u otra manera del modelo económico instrumental del voto (Downs, 1957; Riker & Ordeshook, 1968). La idea nuclear es que las personas votan cuando los beneficios esperados son más altos que los costos esperados, y se abstienen de lo contrario.

Efectivamente se ha encontrado que, en los distritos más pequeños, y por ende más competitivos (menor número de habitantes), así como en las elecciones muy reñidas, la gente tiende a votar más (Contreras, Joignant, & Morales, 2016; Simonovits, 2012). Pero dicho efecto no debería operar para las grandes elecciones como las presidenciales, donde la diferencia de unos pocos votos no da vuelta una elección. Desde una perspectiva puramente utilitaria, votar no parece ser una opción "racional" en una gran elección electoral. Dada la probabilidad extremadamente baja de que la decisión de uno sea fundamental (Geys, 2006), los costos de la votación -el tiempo requerido no solo para ir a la mesa electoral sino también para obtener información para decidir qué partido/candidato apoyar-, están condenados a superar los beneficios esperados. Sin embargo, aún en la mayoría de las democracias es más la gente que vota que la que se abstiene, lo que se conoce como la "paradoja del voto" (Grofman, 1993).

El modelo instrumental del voto no resulta exitoso en demostrar por qué, incluso en elecciones evidentemente ganadas y donde ir hacia las urnas resulta a todas luces intrascendente, más personas votan de las que se abstienen. En ese sentido, fue el fracaso, y no el éxito, de los modelos basados en el costo-beneficio del voto los que dieron pie a las teorías más sociológicas del voto. Frente a esto la literatura de la participación electoral ha dado dos respuestas centrales: aquellas basadas en las preferencias y aquellas basadas en el deber cívico (Blais & Achen, 2019).

La primera, enfatiza la fuerza de la preferencia como la causa del voto. En pocas palabras, aquellos que se preocupan mucho por el resultado de una elección probablemente voten, y aquellos que son indiferentes probablemente se abstengan (Brennan & Hamlin, 1998). Las preferencias tienen una interpretación tanto desde el punto de vista instrumental del voto (Aldrich, 1993), donde se vota porque los beneficios importan; pero también, y esto es lo novedoso, desde un punto de vista expresivo, donde se vota no porque los beneficios superen a los costos, sino que para identificarse con posiciones particulares y para expresar el apoyo a esas posiciones (Blais &

Achen, 2019). Ya sea como un acto instrumental, o como un acto "expresivo", las personas quieren votar porque tienen preferencias electorales claras, y acuden a las urnas para apoyar a quien consideran que es el mejor partido o candidato. Esta interpretación de que las elecciones se basan en preferencias está tan extendida que las campañas electorales apelan a ellas para promover que la gente salga de su casa a votar. En el fondo, o se promueve la idea de que la elección es relevante y atractiva para el futuro del país, por lo que hay que votar por quien tenga posibilidades competitivas de ganar ("voto útil"); o bien, hay que votar por quien se cree, independiente de sus posibilidades, pero manteniendo la coherencia con lo ideales ("voto digno"). Quienes votan de manera expresiva, saben que su voto no afecta el resultado final, pero sí resulta interesante acudir a las urnas como un modo de expresión, ya sea de apoyo o de castigo.

No obstante, esta explicación tampoco resulta completamente satisfactoria. Hay más gente desinteresada en la política y en los partidos que personas con preferencias reales. De hecho, cada vez más ciudadanos se alejan y desafectan de la política en general (Torcal & Montero, 2006); pese a lo cual, en la mayoría de las democracias del mundo, sigue siendo mucha más la gente que vota que la que se abstiene. Lo anterior implica que hay una gran cantidad de ciudadanos que, aún sin tener una preferencia real o una vinculación particularmente relevante con un candidato, van a ir a emitir su sufragio el día de las elecciones igual. ¿Por qué una persona que carece de preferencias electorales aún así asumiría el esfuerzo de ir a las urnas?

La respuesta a la pregunta anterior - y que se ha transformado en el principal modelo alternativo al de las preferencias electorales en la literatura especializada-, ha sido sofisticado por los recientes trabajos de André Blais y Christopher Achen (Achen & Hur, 2011; Blais, 2006, 2014; Blais & Achen, 2010, 2019; Blais & Galais, 2016). Desde una perspectiva normativa, las personas votan no porque calculen que los beneficios superan a los costos, tampoco porque tengan una preferencia clara o comulguen mucho con algún candidato y quieran expresar esa preferencia, sino porque consideran que esto es lo "correcto" y lo "ético"; es decir, por un sentido de "deber cívico" (Blais y Achen 2015). En un estudio concluyente a este respecto, el autor Andre Blais concluye que el sentido del "deber cívico" es la motivación principal para, por lo menos, un 40% de los votantes en Canadá, para quienes tener o no preferencia electoral no altera su propensión a ir a las urnas Blais (2000, p. 112)

Esta interpretación sobre la relación entre voto y deber cívico no es particularmente nueva. En el clásico *The American Voter*, los autores señalaron que la diferencia en el porcentaje de voto entre un ciudadano que tiene un muy bajo sentido de deber cívico y un ciudadano con muy alto sentido de deber cívico es de 72% (Campbell, Converse, Miller, & Stokes, 1960, p. 106). En la misma línea, Riker y Ordeshook (1968) incluyen un término de deber en la propensión al voto, sugiriendo que es posible controlar por dicho término en un cálculo de voto racional. En ese sentido lo que hace Andre Blais es continuar con estos hallazgos, pero estableciendo una ruta normativa, y no sobre la base de preferencias, para explicar por qué la gente vota.

Otros autores, como Russell Dalton (2008b) también elaboran sobre lo anterior, indicando que el deber cívico no se trata de cualquier tipo de compromiso psicológico, sino sobre todo de orientaciones normativas que definen cómo se piensa un buen ciudadano. Las normas que guían el voto dependen de los sentimientos tradicionales de un buen ciudadano, por lo que se relacionan con otros valores como pagar los impuestos y obedecer la ley.

El sentido del deber cívico no es exclusivo de occidente, sino que está extendido en todas las democracias liberales. En efecto, el mismo hallazgo se mantiene en las democracias de Asia oriental. A este respecto, Achen y Hur estudiaron el sentido de deber cívico en Corea del Sur y Japón, encontrando, entre otros hallazgos importantes, que del total de ciudadanos que reporta haber votado en las última elecciones en Corea, un 70% declara que lo hizo por un alto sentido del deber cívico (2011). Por lo tanto, el sentido de deber cívico se expandió en conjunto con la expansión de la democracia, y los ciudadanos lo incorporan y transmiten en una diversidad de instituciones de cada país, como las escuelas, las élites políticas, las familias y, a veces, también las autoridades religiosas.

Ambas explicaciones, deber cívico y preferencias, se han probado en conjunto (Blais & Achen, 2019), donde se ha demostrado que los efectos no sólo son independientes, sino que también hay un efecto interactivo. En concreto, tanto el deber como la preferencia tienen fuertes efectos positivos en la participación, pero el efecto de la preferencia opera solamente en aquellas personas con bajo nivel de deber cívico, y, al contrario, se pierde entre aquellos ciudadanos con alto nivel de deber cívico. En otras palabras, aquellos que creen que votar es un deber lo harán igual, independiente de lo atractiva o motivante de la elección.

Estas dos explicaciones han servido también para entender las tendencias a la baja en la participación electoral, sobre todo relacionado con las nuevas generaciones. Se ha encontrado que la gente más joven es menos propensa a interpretar el voto como un deber cívico y por ende participa menos (Blais & Rubenson, 2013; Goerres, 2007). En cambio, se ha encontrado que para la participación no electoral los valores de sentido cívico resultan menos trascendentales, lo que reduce, o incluso revierte, las desigualdades etarias propias de la participación electoral (Dalton, 2008a; Marien, Hooghe, & Quintelier, 2010).

Qué se sabe sobre la relación entre lo electoral y lo no electoral

En las secciones anteriores se revisó que la literatura sobre participación política está separada en dos escuelas. Una no electoral, cuyo modelo dominante es el cívico voluntarista basado en recursos, y otra electoral, sin un único modelo dominante sino más bien con explicaciones compartidas entre aspectos normativos (deber cívico) y de preferencia electoral (ya sea en su versión expresiva o instrumental).

Ahora bien, ¿qué se ha dicho sobre la relación entre la participación política electoral (voto) y la no electoral, luego de la consolidación de la concepción bidimensional de participación política?

Más que una teoría al respecto, lo que hay es una serie de hallazgos empíricos e intuiciones teóricas que es posible derivar principalmente de investigaciones sobre participación no electoral.

Uno de los primeros estudios emblemáticos que dijo algo a este respecto es el de Barnes y Kaase (1979), quienes, siguiendo la senda de Inglehart, estudiaron los cambios en las formas de acción política, donde la participación política “no convencional” de las democracias occidentales tienen una cercana relación con las acciones políticas convencionales, referidas principalmente al voto. Así, los autores muestran en un estudio comparado de democracias europeas que acciones no electorales como la protesta, lejos de ser utilizada por grupos privados de derechos, se lleva a cabo por los grupos más conectados y con más interés por la política institucional, justamente para dar más volumen y peso a sus demandas. De esta manera, la PNE vendría a ser una extensión de la participación política institucional, y no un opuesto a ella. De acuerdo con los autores, a medida que la democracia avanza, los gobiernos se vuelven paulatinamente más sensibles a la elección

popular; luego, nuevas formas de participación también se amplían a más personas como un elemento normal de la sociedad democrática.

Diversos autores posteriores han respaldado el estudio de Barnes y Kaase, donde han demostrado que, incluso después del boom de movimientos sociales en los años sesenta y setenta, acciones como las marchas, los petitorios o el boicot no desaparecieron y, en cambio, crecieron (Dalton, 2008a; Inglehart & Catterberg, 2002; Jennings et al., 1990; Norris, 2002). El argumento medular de estos autores es que la participación política, en sus distintas manifestaciones, se ha diversificado e institucionalizado considerablemente en las últimas décadas, donde acciones como la protesta se erigen como una de las manifestaciones centrales de la nueva cultura de participación y una expresión propia de las democracias modernas (Dalton & Welzel, 2014; Deth, 2007).

La explicación de la participación no electoral, entendida como una continuación de la política electoral, implica que ambas se debiesen reforzar mutuamente. No obstante, hay algunos estudios que han sugerido lo contrario, vale decir, que una parte importante de la disminución de la participación política formal se debe a que ha sido reemplazada paulatinamente por el aumento en la participación política informal, pero esto de la mano principalmente de acciones violentas o radicales (Dalton, 2008a; Norris, 2002). Estas acciones radicales no suelen ser consideradas como participación política, ya que se trata de acciones violentas que entran en conflicto con lo ideales de la democracia.

En lo referido específicamente a las acciones no electorales consideradas parte de la participación política democrática, el grueso de los estudios empíricos ha desacreditado que la disminución en el sufragio se deba a un reemplazo de este por participación en actividades no electorales. Por el contrario, lo que se ha encontrado de manera sistemática es una constante asociación positiva entre voto y acciones no electorales, por lo menos para los países europeos y de Norteamérica (por ejemplo, Barnes & Kaase, 1979; Bean, 1991; Rudig, 2010; Saunders, 2014; Schussman & Soule, 2005).

También se ha descartado que el malestar o desconfianza con la política institucional, expresada principalmente en la protesta, tenga como consecuencia una menor participación de los manifestantes en las urnas. Por el contrario, la protesta se asocia positivamente al voto incluso dentro de quienes no están conformes con la política (Saunders, 2014). Proporcionalmente los manifestantes tienden a votar más que los no manifestantes en las elecciones generales,

independiente de las demandas de la protesta (Galais, 2014b). Lo que sí se ha encontrado es que, dentro de quienes protestan, aquellos que sienten alto malestar con la política votan menos que los manifestantes que no sienten ese rechazo a la política, aunque dicho efecto es pequeño (van Stekelenburg & Klandermans, 2018).

Por su parte, también se ha descartado que los ciclos masivos de protestas alejen a la gente de las urnas. Wolfgang Rüdig (2008) estudió las consecuencias de las protestas masivas en contra de la guerra de Irak el 2003, encontrando que el efecto fue un leve incremento en la participación electoral en términos masivos y ciertos cambios en las preferencias hacia los votos más ideológicos de izquierda.

El emblemático estudio de Shussman y Soule (2005) sobre las condicionantes de la participación en protesta en Estados Unidos, encontró que haber votado es un fuerte predictor de la protesta a nivel individual, lo que fue corroborado un año después en el estudio de Anderson y Méndez (2006), lo que ofrece más evidencia aún de que voto y actividades no electorales se refuerzan mutuamente como tácticas complementarias de participación política en democracias avanzadas.

Respecto a la participación no electoral más allá de la protesta, sobresale el estudio de Jennifer Oser (2017), quien, por medio de un análisis de clases latentes, pone a prueba la idea de que ha emergido un activista que se margina de las actividades no electorales en Estados Unidos. Para ello incluye en el análisis una gran variedad de actividades no electorales, desde peticiones, marchas, activismo online, entre otros. Los resultados de su estudio encontraron efectivamente que había un perfil de activista que participaba mucho más que el resto en todas las actividades no electorales, pero que a la vez tiene muchas más probabilidades de votar que el promedio de la muestra. Vale decir, quien se involucra en acciones no electorales, aumenta sus chances de votar.

Todos los hallazgos anteriores tienen sentido, si uno piensa que la mayoría de los manifestantes están al menos moderadamente comprometidos y preocupados por la política formal, a pesar de que muchas veces carecen de confianza en las instituciones políticas. Manifestarse por fuera de las urnas no es, por lo tanto, una expresión directa de la anti-política.

En síntesis, lo que señala la teoría, y que es respaldado ampliamente por los estudios empíricos realizados en Europa y Norteamérica, es que la asociación entre participación política

electoral y no electoral es positiva. Esto ya que ambas son acciones políticas que se refuerzan mutuamente y con objetivos parecidos en democracias liberales.

Lo que no sabemos sobre la relación entre participación no electoral y voto

Si bien la literatura ha encontrado sistemáticamente una asociación positiva entre la dimensión electoral y la no electoral de la participación política, aún no se sabe exactamente por qué aquello ocurre. Lo que se plantea en términos generales es que resulta lógico que alguien con el suficiente interés por la política y recursos como para embarcarse en acciones no electorales, también vote (Vrablikova & Linek, 2015). Lo anterior resulta problemático, ya que, ante la ausencia de una teoría que de cuenta del mecanismo que une a la participación electoral con la no electoral, es evidente que tampoco exista una que permita entender por qué ambas dimensiones se escinden. En efecto, en todos los países existe una fracción intrigante de ciudadanos que participan por vías no electorales pero que no llega a las urnas (revisar capítulo tres). Se trata de un grupo de ciudadanos que, en vez de integrar la participación política entre su dimensión electoral y no electoral, la fragmentan.

Estos activistas fragmentados suponen un gran desafío para las teorías de participación política, por cuanto se trataría de individuos que, pese a tener los recursos para romper las barreras más demandantes de acción política, la no electoral, deciden eludir la forma más masiva y asequible de involucramiento ciudadano, el voto. Dicha situación plantea dilemas teóricos además para las democracias representativas, basadas en el voto, y abre nuevas vetas para pensar en formas de democracia participativas, basadas en acciones más allá de las elecciones. Pese a la relevancia que tiene dicha forma de manifestación, la literatura no ha buscado resolver de manera sistemática el puzzle que encierra esta manifestación fragmentada de participación política.

Hay razones que podrían estar explicando esta ausencia de estudios sobre las determinantes de la participación fragmentada no electoral.

En primer lugar, dado que el grueso de la evidencia encuentra que la participación no electoral se complementa con la electoral, se asume que se trata de un fenómeno muy marginal en las democracias contemporáneas. Por lo tanto, no resulta en principio un tema de estudio muy relevante. Reflejo de ello es que la mayoría de los estudios asumen que la gente que realiza

acciones políticas no electorales también vota (por ejemplo, Dalton, 2017; Vrábliková, 2012b). Los pocos estudios que han puesto la atención en este grupo de activistas que no vota, los considera una versión particular de “abstencionistas”, y no de activistas políticos (por ejemplo, Portos et al., 2019). La idea de que los ciudadanos que se embarcan en acciones no electorales son un subconjunto - y no un trozo fragmentado de la participación política-, ha logrado un relativo consenso, aunque los estudios que respaldan este punto de vista se han limitado a estudiar las democracias desarrolladas de Europa o Estados Unidos (Barnes & Kaase, 1979; Galais, 2014b; Oser, 2017).

Una segunda explicación para este vacío, y quizás más explicativa aún que la anterior, es que las teorías sobre participación no electoral no dialogan con las teorías de participación electoral. Como se señaló en el punto anterior, el comportamiento de quienes votan parece estar impulsado por razones que van más allá de los recursos disponibles (Verba et al., 1995, p. 48). Por su parte, las teorías electorales más citadas para explicar la participación, dice relación con aspectos normativos o con el desarrollo de preferencias políticas. Por lo tanto, los electoralistas no consideran relevante estudiar qué otras actividades no electorales pueden afectar el voto.

El primer paso para resolver el puzle de la participación fragmentada es establecer de manera precisa cuál es el vínculo específico entre lo electoral y lo no electoral. Sólo entendiendo el puente que une a ambas dimensiones de la participación, se podrá entender cuándo y por qué se produce el quiebre. En los puntos siguientes se propone un argumento al respecto.

Participación política integrada: El puente son las organizaciones.

En los puntos anteriores se revisó que la participación política ha sido tratada por la literatura como un concepto dual, que tiene una dimensión electoral y otra no electoral. Más aún, los caminos para activar ambas formas de involucramiento con la política son diferentes. Por un lado, para la PNE se necesitan recursos (dinero, tiempo y, sobre todo, habilidades cívicas), por el otro, para la PE se necesitan tener desarrollados aspectos normativos- ya sea un alto sentido del deber cívico con el voto o una preferencia electoral clara. La literatura también ha encontrado que lo electoral y no electoral tienden a ir juntos, es decir, quién realiza PNE tiende a complementar dicha participación con el voto, sin embargo, no se sabe exactamente por qué. Asimismo, tampoco se cuenta con un conocimiento claro de por qué la participación política se fragmenta, llevando a

que una minoría de ciudadanos – aunque en ocasiones una minoría relevante, como se demostrará en esta tesis-, participe por vías no electorales, pero no complemente dicha participación con el voto.

En esta tesis, se plantea que para entender por qué ambas formas de participación tienden a ir de la mano o de manera separada, primero hay que encontrar el espacio social donde se originan tanto los recursos necesarios para la PNE, así como los aspectos normativos y sociales que impulsan la PE.

En el modelo cívico voluntarista se deja en claro que las habilidades cívicas se producen en las instituciones de la sociedad civil, donde se mencionan tres principales: espacios de trabajo, instituciones educativas y organizaciones civiles. Es decir, son esas las instituciones donde se dotan a los individuos de los recursos necesarios para movilizarse, principalmente las habilidades cívicas necesarias. El punto inicial del argumento es que, de esas tres instituciones, el lugar de encuentro entre ambas dimensiones de la participación se produce en las organizaciones de la sociedad civil. Para defender el punto anterior se ofrecen dos argumentos.

Primero, desde el punto de vista de la participación no electoral, las organizaciones civiles son las más relevantes. Si bien en espacios de trabajo se pueden adquirir habilidades cívicas, no todos quienes se movilizan trabajan, de hecho, los jóvenes son quienes más realizan acciones no electorales en democracias occidentales- justamente un grupo que trabaja porcentualmente mucho menos que los adultos en esas sociedades. Más bien, quienes suelen desarrollar más las habilidades cívicas para movilizarse en espacios de trabajo son los sindicatos (Lindvall, 2013), una organización civil que habita en espacios laborales. Por su parte, si bien la educación se asocia a mayor cantidad de participación política, ello no implica que la mayoría de quienes se movilizan entre elecciones sean personas con altos niveles de educación. Si se asumiera lo anterior, ¿cómo entender entonces el estallido de protestas por los derechos civiles de los afroamericanos en los años sesenta? En cambio, se ha destacado mucho la importancia de las microestructuras para participar por fuera de las urnas, donde el grueso de quienes se moviliza suele estar organizado (McAdam, 1982; Nicolas Somma, 2010). Las movilizaciones de los afro americanos podría haber ocurrido entre jóvenes sin educación, pero no podría haber ocurrido sin las iglesias negras (Morris, 1981)

En segundo lugar, y esto resulta aún más fundamental que lo anterior, las organizaciones de la sociedad civil son la única institución que une de manera directa y clara la participación no electoral con la electoral. En general la evidencia es muy poca y débil acerca del vínculo entre el tipo de ocupación y el voto (Sobel, 1993), donde se ha encontrado que en realidad tiende a ser el nivel socio económico lo que prima por sobre el tipo de ocupación. Desde el punto de vista de la educación, se ha encontrado que efectivamente hay un efecto importante en lugares como Estados Unidos entre nivel educativo y probabilidad de votar en las elecciones, pero dicho efecto no es relevante en varios países de Europa o Asia (Dalton, 2017; Gallego, 2014). Por mucho tiempo se especuló sobre el mecanismo que vinculaba a la educación con mayores tasas de participación en lugares como Estados Unidos, sin llegar a respuestas completamente satisfactorias (por ejemplo, Jackson, 1995). De manera reciente se ha tendido a aceptar la tesis de Aina Gallego, quien señala que lo que produce que la educación sea tan determinante para el voto sólo en ciertos contextos dice relación con que hay países donde los costos cognitivos de ir a votar son más altos que en otros. Por lo tanto, quienes tienen mejor educación tendrán más facilidades para entender procesos complejos y reunir la información necesaria, por lo que es más probable que voten. Pero en lugares donde los costos cognitivos de ir a sufragar son muy bajos, como en España, la educación deja de tener un efecto relevante en la probabilidad de acudir a las urnas (Gallego, 2014).

Distinto es el caso de las organizaciones de la sociedad civil. Desde el texto clásico de Marvin Olsen (1972), se tiende a aceptar que la participación activa en organizaciones voluntarias - incluidas asociaciones no políticas como las iglesias, los clubes de adulto mayor, o asociaciones culturales-, tiene un efecto positivo en incrementar el sufragio de los ciudadanos (Cassel, 1999; Sallach, Babchuk, & Booth, 1972; Verba & Nie, 1972). Así, gran parte de la explicación sobre la alta participación electoral de ciertos países, por ejemplo, en los países nórdicos (Skov, Kristin, & Svedberg, 2019), descansa en la vitalidad de su sociedad civil organizada. Pero a diferencia del modelo cívico voluntarista, lo que lleva a que las organizaciones potencien el voto no son los recursos que ella ofrece.

El argumento original de Olsen es que las organizaciones tienden a poner a las personas en contacto para discutir sobre cuestiones políticas, lo que les proporciona la información necesaria para votar (Olsen, 1972). En parte como resultado de este estímulo, el individuo presta mayor atención a los mensajes políticos de los medios de comunicación y otras fuentes, y también

desarrolla una identificación e interés política más fuertes. Todos estos factores se combinan para generar en ellos un mayor interés por la política, desarrollando preferencias electorales.

Este argumento resulta bastante intuitivo si se baja a ejemplos reales. Muchos miembros de las organizaciones están expuestos a un proceso implícito de educación política básica a través de la información política de otros miembros. Quienes, por ejemplo, asisten a una iglesia, una junta de vecinos o una organización deportiva, son parte de una comunidad donde se suelen discutir aspectos de la actualidad, que vinculan a los miembros con situaciones reales. Estos contextos discursivos pueden animar con relativa facilidad a los miembros a participar en procesos electorales.

Pero no se trata sólo de ofrecer contextos discursivos que fomentan la participación, también está el rol de la presión social directa en contextos asociativos. Experimentos de campo recientes han demostrado el efecto sustancial de la presión social en la participación. Gerber, Green y Larimer (2008) descubrieron que la participación aumentó del 30% al 38% en una elección primaria de baja prominencia cuando los investigadores amenazaron con decirles a los vecinos de los sujetos si votaron o no. David Nickerson (2008) demuestra el contagio de la votación utilizando un experimento puerta a puerta, donde los sujetos que recibieron un recordatorio para votar tuvieron un 20% más de probabilidades de votar que quienes no lo recibieron.

Los experimentos anteriores resultan cruciales para contextos organizativos. En efecto, se ha encontrado que las organizaciones no sólo cumplen un rol pasivo a la hora de estimular el voto (ofreciendo un contacto con otros y un contexto discursivo), sino que pueden cumplir un rol también activo. Kelly LeRooux (2007) encontró que muchas organizaciones civiles promovían directamente que sus miembros se registraran para las elecciones, les recordaba las fechas de votación e incluso les proveía de transporte público para hacerlo. Asimismo, encontró una asociación positiva entre el porcentaje de apoyo gubernamental a las organizaciones y actividad electoral de las mismas. Es decir, a medida que aumenta la proporción del presupuesto de organizaciones sin fines de lucro que proviene del gobierno, también aumenta la probabilidad de que la organización haga esfuerzos concertados para promover la votación entre sus miembros (Leroux, 2007).

En función de lo anterior, es plausible plantear que la discusión política entre los miembros dentro de las organizaciones está a su vez condicionada por los vínculos que haya entre esas asociaciones

civiles y miembros de la política. Muchos políticos saben que las organizaciones civiles son espacios privilegiados para encontrar votantes, por lo que son hábiles en estrechar lazos con ellas. Al existir vínculos entre la política y las organizaciones de la sociedad civil, las actividades grupales están más condicionadas para desarrollar entre sus miembros cierto tipo de preferencias electorales. Los agentes movilizados o dirigentes de partidos también ven en las asociaciones civiles un blanco interesante para hacer uso del "reclutamiento en bloque", lo que implica movilizar a toda la red preexistente de una organización en particular (Oberschall, 1973).

Esta capacidad que tiene la vida asociativa para aumentar la actividad en las urnas de sus miembros también opera para el caso de organizaciones menos estables como lo son las organizaciones de movimientos sociales. La socióloga Carol Galais confirmó que, *ceteris paribus*, participar en el movimiento social 15M de España aumentó la probabilidad auto informada de votar (Galais, 2014).

En síntesis, las organizaciones son espacios privilegiados para fomentar la actividad electoral. Ellas ofrecen un contexto en el que se potencian diversas virtudes, aumenta la confianza entre los individuos (Putnam, 2004) y se discuten asuntos públicos aumentando las preferencias electorales de sus miembros (Olsen, 1972; Stolle, 1998; Verba & Nie, 1972), pero también, generando mecanismos de presión social entre sus miembros para participar en las urnas (Gerber et al., 2008), lo que se ha encontrado que es altamente condicional de los vínculos de dependencia que dichas organizaciones tengan con la política institucional (Leroux, 2007).

De esta manera, las organizaciones de la sociedad civil es el lugar de encuentro clave para quienes integran su participación política en sus dimensiones electoral y no electoral. Es el espacio donde los miembros adquieren las habilidades cívicas necesarias para movilizarse en actividades no electorales, pero a su vez, es el lugar donde los miembros desarrollan preferencias electorales - ya sea por motivos de presión social o por motivos de socialización en espacios de confianza.

Una proposición que se puede deslizar de la discusión anterior es que la conexión entre el voto y la PNE, está fuertemente condicionada por la vitalidad de la sociedad civil en cada país. El involucramiento masivo de los activistas de un país en organizaciones civiles permite anticipar un alto grado de participación social integrada.

Participación política fragmentada: Explicando la ruptura

Resumiendo el punto anterior, el puente entre la PNE y la PE son las organizaciones civiles. Ellas ofrecen los recursos necesarios para involucrarse en PNE, principalmente las habilidades cívicas; pero, a la vez, están ofreciendo el contexto que estimula el desarrollo de preferencias electorales y presiones sociales hacia la participación en las urnas. De manera tal que se produce un refuerzo y ambas formas de participación tienden a ser complementarias.

Si lo anterior es cierto, ¿por qué hay individuos que se manifiestan políticamente por vías no electorales, pero no por medio del voto? ¿qué podría estar explicando el divorcio entre lo electoral y lo no electoral?

El argumento central de esta tesis es que lo que impide la integración con el voto es una ausencia de instancias que refuercen el vínculo electoral del activista hacia la política institucional. Las rutas teóricas hacia la fragmentación o hacia la integración quedan representados en la Figura 2.1.

Retomando la discusión del punto anterior acerca de las determinantes normativas del voto, es importante señalar que el estar inserto en contextos que estimulen la predisposición subjetiva y social hacia el voto resulta irrelevante si el activista ya tiene un alto sentido del deber cívico con el voto. El deber cívico se puede ver potenciado en organizaciones de la sociedad civil, principalmente religiosas; pero generalmente se le atribuye un rol más preponderante al rol que cumple la familia y, sobre todo, las instituciones educativas (Campbell, 2005). Por lo tanto, aún si se tratase de activistas que actúan sin membresías organizacionales, en la medida que exista un alto sentido de deber cívico, lo más probable es que la mayoría vote igual. Así, la ruta 1 y 2 hacia la integración de la Figura 2.1, está determinado simplemente porque para quienes sienten que votar es su deber ciudadano, resulta relativamente irrelevante tener o no arraigo organizacional en la sociedad civil. Aunque dichos activistas no estén insertos en contextos que estimulen el voto, lo más probable que es la mayoría acuda igual el día de la elección.

Pero existe un porcentaje relevante de ciudadanos que pese a tener bajo nivel de deber cívico también sufraga en las elecciones. De acuerdo con estudios de Blais (2000), menos de la mitad de la población votante se explica por el sentido del deber cívico. Es de esperar que ese porcentaje sea aún menor en el caso de los activistas; en efecto, Rusell Dalton (2008a) encontró

que quienes emprenden actividades no electorales no son ciudadanos definidos por valores altos de deber cívico, sino más bien por valores que él denominó de compromiso ciudadano (*engagement*). Pero existe un contingente relevante de activistas que votará igual en las elecciones, independiente del deber cívico. Esos activistas son sobre todo aquellos que tienen membresías organizacionales, ya que estarán insertos en un contexto que le está fomentando predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto. O, en otras palabras, está inserto en espacios que fomenta que desarrollen preferencias electorales y a presiones sociales para que dichas preferencias lleguen a las urnas. Este camino hacia la integración está graficado en la Figura 2.1 en la ruta 4.

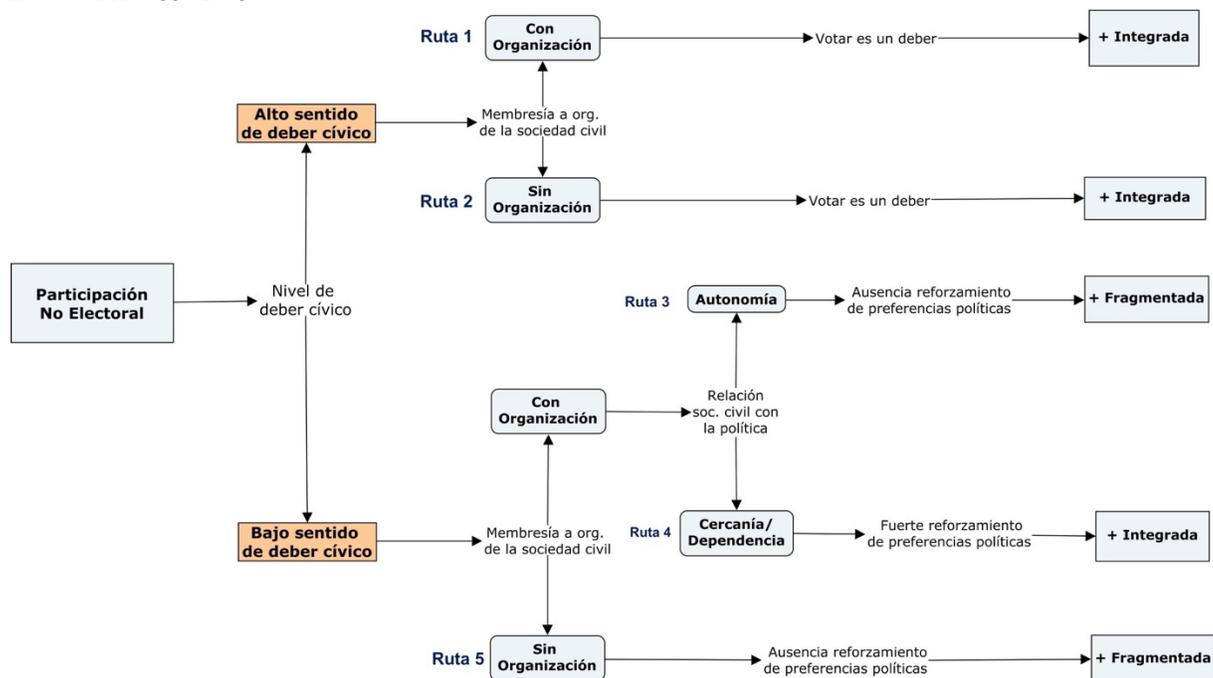
¿Qué explica entonces la fragmentación? Lo primero es señalar que, de acuerdo con la teoría de participación electoral, la fragmentación no electoral puede ocurrir sólo en individuos que tengan un bajo sentido de deber cívico, es decir, que no sientan que abstenerse es una falta grave a su deber como ciudadano. Aún así, quienes estén insertos en espacios sociales que generen preferencias electorales y ejerzan presión para que se participe, es probable que se inclinen de igual manera por las urnas. La única posibilidad de fragmentar, por lo tanto, es que el ciudadano con bajo nivel de deber cívico evite dichos contextos, para lo cual existen dos caminos plausibles para que ello ocurra.

La primera opción, que queda graficada en la ruta 5, es que se trate de ciudadanos que tengan los recursos y motivación para participar en política no electoral, pero dichos recursos los hayan obtenido en instituciones distintas a las organizaciones de la sociedad civil, por ejemplo, espacios educativos o el trabajo (Verba, Scholzman y Brady, 1995). Ello impediría que estén insertos en redes de reclutamiento que puedan ejercer presión social hacia ellos, así como también evitarían exponerse a los mecanismos que aumentan las predisposiciones subjetivas hacia el voto. Es decir, que se escinda del modelo de voluntarismo cívico el aspecto microestructural, y se trate de activistas individuales e individualizados que optan por la acción directa, donde además no deben rendirle cuentas ni a los políticos ni a compañeros de organización. La posibilidad de que se realice fragmentación no electoral de tipo individual resulta bastante plausible en un contexto de expansión de las posibilidades de participación (por ejemplo, el activismo online o el consumismo por razones políticas), donde los ciudadanos tienen a su disposición mayor gama de posibilidades para expresar su malestar o apoyo hacia los miembros de la política.

Por lo tanto, el primer camino para fragmentar la participación se da por la vía de ciudadanos activistas pero individualistas (sin membresías organizacionales) y con bajo nivel de deber cívico. Por ejemplo, para un individuo que no cree en el voto y que no está organizado, salir a marchar, firmar una carta, boicotear un producto o hacer donaciones por una causa política, puede resultar llamativo si dicha opción se muestra eficaz para resolver un problema.

Cada país tiene un porcentaje (aunque sea pequeño) de estos activistas individualizados. Por lo que una predicción que se desprende de los apartados precedentes es que existe una asociación positiva entre el nivel de individualismo de los activistas (ciudadanos que llevan a cabo PNE sin organización) y el porcentaje de fragmentación no electoral de cada país (tienen PNE, pero no votan).

FIGURA 2.1. MAPA DEL ARGUMENTO



Fuente: Elaboración propia

El segundo camino para fragmentar es bastante más complejo y, por lo tanto, necesitará mayor desarrollo en esta tesis. Este es la ruta 3 de la Figura 2.1 y consiste en que quienes participen en acciones no electorales, pese tener membresía en organizaciones de la sociedad civil, no voten.

Para ello, algo debería ocurrir para que estas instituciones intermedias sigan proveyendo de los recursos necesarios para la PNE (habilidades cívicas), pero dejen de ofrecer un contexto que estimule las predisposiciones subjetivas y las presiones sociales hacia el voto.

El argumento que se plantea en esta tesis es que la clave está en la cercanía o autonomía que tengan las organizaciones de la sociedad civil con la política. Es decir, que dichas organizaciones de la sociedad civil hayan logrado autonomía efectiva con la política y los partidos, y que, por ende, hayan dejado de cumplir el tradicional rol de reforzar de encauzar electoralmente a sus miembros, e incluso, en casos específicos, dicha función se vea revertida, alejando al individuo de las urnas.

Por lo tanto, falta entonces resolver una última interrogante antes de cerrar el argumento, ¿por qué podría ocurrir que las organizaciones de la sociedad civil, que suelen beneficiarse de sus vínculos con la política, no les interese estimular a sus miembros para que voten?

Si la fragmentación individual resulta comprensible, o por lo menos razonable, no ocurre lo mismo con la fragmentación colectiva, es decir, que fragmenten su participación ciudadanos que están insertos en comunidades de confianza. Acciones como las marchas, protestas, reuniones políticas o contactar a los políticos suelen tener organizaciones detrás. En ese sentido, ¿qué puede llevar a miembros con arraigo organizacional decidan autonomizarse tanto de la política? En el punto siguiente se desarrolla este punto, que es el argumento final de la tesis.

¿Por qué la autonomía de la sociedad civil? Vinculando la política, las organizaciones y los ciudadanos

Si se reducen las complejidades de las comunidades sociales a los incentivos principales que tiene cada agente - “miembros de la política”, por un lado, y “sociedad civil organizada” por otro -, lo que interesa a los miembros de la política es ganar en respaldo ciudadano por medio de votos, mientras que a la sociedad civil lo que le interesa son los recursos y el apoyo que puedan proveer los miembros de la política.

Los recursos que ofrece la política a la sociedad civil pasan, sobre todo, por ver sus intereses representados en el Estado, con todo el aporte material y simbólico que ello implica. Es así como, en procesos de transformación profunda de las estructuras sociales, como la incontenible

emergencia del movimiento obrero a principios del siglo XX en América Latina, no es de extrañar que fuerzas sociales y política institucional se hayan acercado mutuamente, principalmente por medio de los partidos políticos que intermediaron entre ambos (Garretón, 2002). En ese contexto, tanto la política necesitaba de los votos de estos nuevos sectores sociales, como también estos últimos de los recursos que tenía la política para mejorar sus condiciones de vida (Avendaño, 2017). Algo similar ocurrió en Estados Unidos con el estallido del movimiento de los derechos civiles afroamericanos, donde luego de que la política se volcara hacia las demandas de estos movimientos cuyas bases estaban en organizaciones varias de la sociedad civil, principalmente la iglesias afroamericanas (Morris, 1980), se produjeron cambios en los patrones de votación tan trascendentales que las orientaciones ideológicas de los partidos políticos tradicionales (demócratas y republicanos) cambiarían para siempre (Carmines & Stimson, 1989).

Ahora bien, que la sociedad civil se acerque a la política no es sinónimo de que no exista malestar con ella. Como señala el estudio de Saunders (2014), hay procesos en los cuales, pese a que hay distanciamiento y malestar con los miembros de la política, o bien, que a los miembros de la política puedan disgustarles estas nuevas fuerzas sociales, la necesidad de complementariedad entre ambas partes hace inevitable dicho acercamiento. Por tanto, el contacto no pasa por coincidir en una visión de mundo común, sino por la presencia de los incentivos necesarios para que dicha unión se produzca. Por ello observar votos, más que satisfacción o lealtad con la política institucional, es lo que resulta realmente relevante cuando se observa el comportamiento de la sociedad civil organizada.

Este escenario donde la política y sociedad civil organizada se retroalimentan mutuamente -los primeros con el incentivo de capturar nuevos votantes y los segundos con el incentivo de reforzar sus demandas por medio de los recursos que provee la política- no toma en cuenta con suficiente profundidad que este es un proceso que también tiene costos para ambas partes.

Para los miembros de la política, y sobre todo para el gobierno, un acercamiento desmedido hacia la sociedad civil movilizada puede devenir en fracturas internas dentro de sus militantes. Aparecen las “tribunas del pueblo” dentro del parlamento, que son políticos que aseguran sus lealtades a los llamamientos de las calles en desmedro de las líneas programáticas de los partidos (Tarrow, 1998). Esto puede generar problemas en la capacidad de gobernabilidad, al ver sus programas políticos desbordados por las demandas ciudadanas (Huntington, 1972; O’Donnell,

1972). La ampliación de la política hacia la sociedad pone también en riesgo las bases de apoyo de sus adherentes tradicionales, al ver que sus partidos se inclinan hacia desconocidos sectores sociales con demandas muchas veces contrapuestas a la de los votantes que tradicionalmente representaban.

Desde el punto de vista de la sociedad civil, el acercamiento hacia los miembros de la política también tiene costos. Un acercamiento hacia la política implica necesariamente una pérdida de autonomía de sus objetivos iniciales. Desde las bases de apoyo, al igual que lo que ocurre desde la política, dicho acercamiento puede generar divisiones internas dentro de las organizaciones, donde los adherentes más duros pueden sentir traicionadas las demandas originales (Avendaño, 2012). Por su parte, las identidades que se movilizan desde la sociedad civil, muchas veces se ven amenazadas cuando hay un acercamiento muy evidente hacia los miembros de la política.

Sobre todo, lo que ceden tanto la sociedad civil organizada como los miembros de la política al acercarse mutuamente es, en mayor o menor grado, autonomía. La potestad de definir por ellos mismos sus líneas programáticas y pautas de acción es lo que está constantemente en juego.

Bajo esta perspectiva, cabe la pregunta, ¿Puede la sociedad civil movilizadora ser capaz de reproducirse sin vínculos con la política?

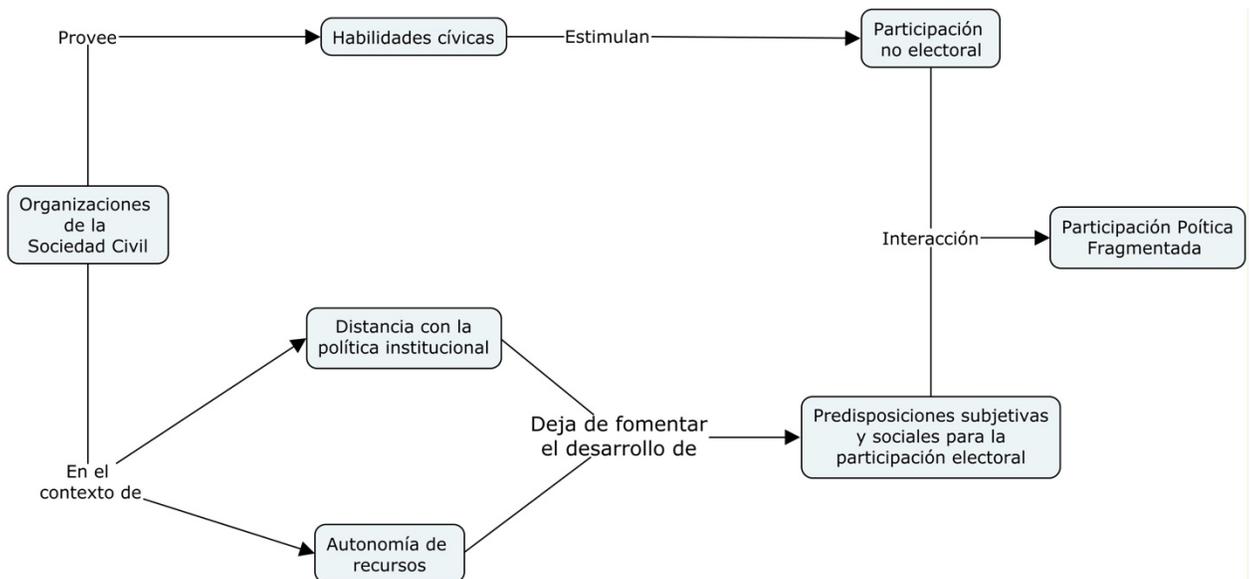
El argumento de este estudio es que sí: en la medida en que haya malestar y cuenten con autonomía de recursos, los individuos organizados pueden, por lo menos durante un cierto período, mantener autonomía efectiva de la política.

La alienación de la política partidista y electoral necesita de un componente subjetivo que lleve a la gente a tener un malestar con los partidos y las instituciones políticas. Ello puede ocurrir por un malestar o desconfianza con la política institucional y sus representantes, o simplemente porque se deja de creer que ella es un método eficaz para decidir asuntos importantes, es decir, por una pérdida de confianza en los procedimientos electorales. En otras palabras, los ciudadanos pueden sentir desafección con sus líderes porque tienen frustración y rabia acumulada debido a su actuar, o bien, porque se deja de creer que las elecciones son un mecanismo relevante para solucionar problemas. A ambas opciones se le denominará en este argumento “malestar con la política”. Pero este malestar, si bien es necesario, no es suficiente.

Para que las organizaciones de la sociedad civil dejen de operar como un contexto que estimula la participación electoral, debe existir además de distanciamiento, una fuente de recursos que vuelva irrelevante el vínculo de la sociedad civil con la política. Es decir, incluso en contextos de alto malestar con la política institucional, si las organizaciones ciudadanas (sindicatos, iglesias, juntas de vecinos, etc..) dependen de ella para subsistir, se seguirán generando contextos que estimulen la participación electoral. Por el contrario, cuando hay malestar con la política, y además la sociedad civil logra asegurar sus recursos gracias a gestiones autónomas de los miembros, la sociedad civil divergente crece, por lo que aumenta a su vez la posibilidad de observar a activistas que, pese a tener arraigo organizacional, no votan. Este argumento queda expresado en la Figura 2.2.

En síntesis, cuando los miembros de las organizaciones de la sociedad civil tienen un distanciamiento subjetivo con la política y además pueden prescindir de los recursos que ella provee, aumenta la probabilidad de que dichos espacios sociales dejen de ser un contexto que genera incentivos subjetivos y presiones sociales hacia la participación electoral. O, en otras palabras, las organizaciones dejan de ser un espacio social que fomente que se desarrollen preferencias electorales y de que haya presiones sociales para que dichas preferencias se expresen el día de las elecciones.

FIGURA 2.2. MAPA DEL ARGUMENTO



Fuente: elaboración propia

Expectativas teóricas

La hipótesis general de este estudio es que el nivel de integración o fragmentación de la participación política varía según cuán expuestos están los individuos a contextos que estimulen las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto. Es de esperar, por lo tanto, que países donde prima una PNE llevada a cabo por ciudadanos organizados y donde dichas organizaciones mantienen una estrecha relación con la política (ya sea por confianza o dependencia), haya un bajo nivel de fragmentación y la participación política esté principalmente integrada. Por el contrario, en países donde lo que prima es un bajo nivel de arraigo organizacional de los activistas o bien, las organizaciones de la sociedad civil estén distanciadas y tengan autonomía de recursos respecto de la política, aumenta la probabilidad de observar participación fragmentada.

En términos más específicos. Se puede señalar como primera expectativa teórica que *la participación fragmentada no electoral aumenta a medida que disminuye la membresía organizacional de quienes llevan a cabo la PNE*. Es decir, a medida que quienes realicen acciones no electorales estén organizados, debería disminuir el porcentaje que no vota.

Una segunda expectativa teórica que se deriva de la discusión anterior es que, *el efecto que tienen las organizaciones de integrar la participación política opera solamente entre los miembros que tengan un bajo sentido del deber cívico con el voto*. De esta manera, tener o no tener membresía organizacional resulta intrascendente si la persona siente que votar es su deber, en cuyo caso acudirá igual a las urnas. En cambio, dentro de quienes no tienen un vínculo normativo fuerte con el voto, tener membresía organizacional aumenta las chances de que existan presiones sociales para acudir a las urnas el día de la elección, lo que suple el efecto del bajo sentido de deber cívico.

El éxito que tengan los países de integrar su participación depende de que sus organizaciones logren canalizar a sus miembros con poco deber cívico hacia las urnas. Sin embargo, esto no siempre se logra. Para ciertos grupos de países, los altos niveles de fragmentación se deben, no sólo un alto nivel de activistas sin organización, sino que, también, a que las organizaciones de la sociedad civil dejan de operar como un puente que integra la PNE con la PE. Es decir, para quienes realicen PNE en ciertos países con alta fragmentación, pertenecer a organizaciones de la sociedad civil deja de aumentar la probabilidad de votar. Por lo tanto, desde un punto de vista cualitativo, se plantea como **tercera expectativa teórica** que *hay dos condiciones necesarias para que la sociedad civil organizada deje de ser un contexto que aumente*

las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto: un distanciamiento material (autonomía de recursos) y un distanciamiento subjetivo (desconfianza o sensación de ineficacia) hacia la política institucional.

En el caso de que haya una sociedad aún dependiente de la política para subsistir, los ciudadanos organizados no verán posibilidad obtener recursos de ningún sector fuera de la política, tras lo cual es probable que el contexto organizacional siga siendo un espacio que genere predisposiciones sociales hacia el voto, por cuanto la política sigue siendo relevante para la organización.

En cambio, cuando el malestar subjetivo es acompañado de autonomía de recursos, se puede producir el mecanismo que abre la posibilidad para que se cumpla la tercera expectativa teórica, es decir, que, pese a que haya arraigo organizacional de los miembros que realizan PNE, no existe en ellos un compromiso con el voto.

Conclusiones

En este capítulo se ha argumentado que para comprender por qué los activistas integran o fragmentan su participación con el voto se hace necesario entender la relación que existe entre participación electoral y participación no electoral. De acuerdo con el conocimiento del autor, este es el único estudio que busca explicar un posible nexo entre las dos dimensiones de la participación política, describiendo también posibles consecuencias de dicha interacción.

El capítulo parte argumentando que esta bi-dimensionalidad de la participación (electoral y no electoral), se refleja también en dos escuelas que se han construido por separado y han dialogado poco entre sí. Sin embargo, es posible encontrar un puente entre ambas. Ese puente son las organizaciones de la sociedad civil, espacio donde se desarrollan las habilidades cívicas necesarias para realizar acciones no electorales, pero también, donde se generan preferencias electorales y presiones para que se expresen. Las preferencias electorales, a su vez, son consecuencia de que los ciudadanos en contextos asociativos están más expuestos a verse afectados por estímulos sociales y discursivos que lo acercan hacia la participación electoral. Así, los países con sociedades civiles de alta vitalidad no sólo participarán más en términos no electorales, sino que lo más esperable es que integren dicha participación con el voto.

Esta teoría microestructural de la participación política abre la posibilidad también de que dicha participación se fragmente. Es decir, que los activistas asiduos en acciones no electorales no voten. Para ello los activistas deben evitar socializar en contextos que generen estímulos subjetivos y sociales hacia el voto. Para evitar esos espacios sociales potenciadores del camino electoral hay dos caminos posibles. Un camino es que los activistas se encuentren individualizados, es decir, que hayan logrado desarrollar las habilidades cívicas para movilizarse por fuera de las organizaciones. Ello es posible, pero para que eso se refleje a nivel país, debe haber un porcentaje relevante de individuos no organizados. El segundo camino es que las mismas organizaciones hayan dejado de fomentar el camino electoral en sus miembros. El argumento a este respecto es que para comprender por qué ciudadanos organizados que se manifiestan por vías no electorales no integran su participación con el voto, se debe poner el acento en la relación entre las organizaciones de la sociedad civil y la política. Así, sólo cuando exista una distancia subjetiva hacia la política institucional pero también una distancia material (autonomía de recursos), se puede esperar que las organizaciones dejen de operar como un contexto que estimula la participación electoral.

Este estudio tiene varias implicancias teóricas para el estudio de la participación política, se trata del primer esfuerzo por entender la relación entre las dos dimensiones de esta. La mayoría de los estudios se han centrado en sólo una de estas dimensiones y no ha existido un intento hasta la fecha de poner a prueba una teoría que las involucre a ambas.

En segundo lugar, en términos de la relación entre grupos organizados y política institucional, no se ha estudiado aún las consecuencias dispares que pueden fomentar las organizaciones. Hay algunos estudios que ponen el acento sobre las consecuencias que tiene el malestar con la política de activistas sobre la participación electoral (Klandermans, Van Stekelenburg, Damen, Van Troost, & Van Leeuwen, 2014), pero no se ha estudiado que las organizaciones pueden cumplir una función mediadora entre aspectos subjetivos y participación electoral efectiva.

Finalmente, desde Alexis de Tocqueville hasta nuestros días, los pensadores y académicos han enfatizado el papel que han jugado las organizaciones en el nacimiento y consolidación de las democracias. Esas mismas organizaciones son las que potenciaron que la participación de los ciudadanos se abriera hacia caminos no institucionales. Resulta sumamente relevante estudiar si

son ahora también las mismas organizaciones las que están tensionando por redefinir los términos de las democracias liberales.

Participación política fragmentada: Una propuesta para medir participación política

Las últimas décadas se ha visto un aumento sostenido de acciones ciudadanas orientadas a incidir en la política institucional. Las democracias han sido un terreno fértil para que cada vez más ciudadanos se manifiesten de manera diversa y novedosa (Norris, 2002). Pero, además, la diversidad de formas de participación también aumenta enormemente en estos períodos contenciosos. Lo últimos años, muchas democracias han vivido importantes olas de participación impulsadas por movimientos sociales - como el chileno el 2011 (Somma & Medel, 2016), el de España el 2008 (Galais, 2014b), el de Estados Unidos el 2011 (Conover, Ferrara, Menczer, & Flammini, 2013) o el de Grecia el 2010 (Rudig, 2010)-, los que han potenciado no sólo la protesta política, sino una enorme una diversidad de tácticas políticas. En efecto, acciones como boicotear productos o el activismo online son incorporaciones recientes que la ciudadanía ha incluido a su repertorio de acciones dirigidas a la política (Stolle, Hooghe, & Micheletti, 2005). Dentro de este contexto, el voto ha ido quedando como una acción más, aunque la más tradicional y sin duda la más importante, dentro de un aumento sostenido de otras formas de participación.

Este capítulo busca ofrecer un acercamiento empírico a esta diversidad de manifestaciones para entender el concepto de participación política en su dimensionalidad. En una primera parte se discute la evolución teórica y empírica que ha tenido el concepto en la literatura, principalmente describiendo cómo se pasó de pensar en la participación desde un punto de vista unidimensional, el voto, a considerarlo un concepto multivariable. Luego, usando datos de las olas del 2004 y del 2014 se busca describir la dimensionalidad subyacente a los múltiples ítems. Se observa que el concepto de participación política responde no sólo desde lo teórico, sino que también desde lo empírico, a una estructura bidimensional, con un conjunto de ítems no electorales altamente correlacionado y otra dimensión aislada para el voto.

En la tercera parte, se ponen a prueba dos hipótesis descriptivas acerca de la relación entre la dimensión electoral y la no electoral: la tesis de la complementariedad y la tesis del reemplazo.

Luego, se describe la prevalencia de cada una de las formas de participación medidas por la encuesta ISSP.

El capítulo concluye que ambas hipótesis son insuficientes, y lo que hay es más bien una superposición parcial entre ambas dimensiones, lo que da pie a cuatro posibilidades de acción, donde la participación fragmentada no electoral sobresale como objetivo de estudio. Finalmente se observa una sorprendente estabilidad en los patrones de participación entre las olas 2004 y 2014. Aquellos que más fragmentaban el 2004, siguen siendo los que más fragmentan el 2014. Ello desmiente que la participación sea consecuencia de situaciones coyunturales y da pie para hablar de culturas de participación ancladas en cada país.

Participación política: historia de la medición del concepto.

La participación es un aspecto indisoluble de las democracias. Sin embargo, el concepto ha sufrido importantes mutaciones en su significado a lo largo de su historia, lo que ha repercutido en constantes actualizaciones desde las ciencias sociales respecto a cómo medirlo y cómo estudiarlo. Hasta antes de los años sesenta primaban los estudios de participación política desde un punto de vista unidimensional, que la homologaban con el voto: único vínculo entre la sociedad civil y sus representantes en la política (Lane, 1959; Lipset, 1960). Esta visión unidimensional coincidía con desarrollos teóricos importantes de la época, como la concepción minimalista de democracia de Schumpeter (1968) que confinaba la participación política al ejercicio de sufragar de manera periódica en las elecciones de representantes, dotando de la legitimidad necesaria al sistema político para que funcione.

Se suele citar el trabajo de Milbrath (1965) como el primer estudio empírico y sistemático de participación política. Sin embargo, este estuvo concentrado en el voto, o en actos relacionados con el voto. Pese a que ya en los años sesenta había fuertes protestas en los países democráticos, ello no se reflejó de manera inmediata en una ampliación del concepto de participación. Lo anterior se puede deber en gran parte a que las teorías clásicas en el estudio de la acción colectiva entendieron que las formas no convencionales de participación, que proliferaban por aquellos años, formaban esferas de acción separadas y ajenas a la racionalidad de ciudadano político.

En estos pioneros trabajos de participación más allá del voto, sobresalen las teorías de comportamiento colectivo (Smelser, 1962) teorías de masas (Kornhauser, 1959) y de privación relativa (Davies, 1962). Estas teorías tendían a ver en las conductas no institucionales procesos psicológicos colectivos, los cuales, producto de condicionantes estructurales, llevaban a la gente a situaciones de frustración, ansiedad o disonancia cognitiva que explotaba de manera irracional por medio de la protesta. Por lo mismo, muy pocos estudios señalaban que estas formas no convencionales de participación podían ser racionales y políticas.

Uno de los primeros en operacionalizar la participación política con ítems que iban tímidamente más allá del voto, fueron Verba y Nie (1972). Los autores consideraron que la participación puede ser estudiada a partir de cuatro indicadores: “hacer campaña”, “votar”, “actividades comunitarias” y “contactos personales”(Verba & Nie, 1972, p. 73). Si bien los autores ampliaron la participación a algunas acciones no directamente electorales, esta sigue siendo una operacionalización de actividades más bien convencionales, por lo que acciones como protestar, elevar peticiones, boicotear productos o hacer colectas de dinero con fines políticos siguen estando ausentes.

Esta división entre manifestaciones convencionales y no convencionales, comenzó a ser cuestionada a partir del “giro político racionalista” que dieron las escuelas de sociología en Estados Unidos (Tarrow, 1998). Diversos autores argumentaron que la participación no convencional y la participación en política institucional eran simplemente repertorios de acción diferentes para un mismo objetivo, que era incidir en la política (ver, Jenkins & Perrow, 1977; McAdam, 1982; Schwartz, 1976; Tilly, 1978)

Nace así la escuela del proceso político, donde las acciones vinculadas a la protesta dejaron de ser vistas como un acto de masas que explota por tensiones estructurales, y comenzaron a ser estudiadas bajo la lógica de actores colectivos racionales, que ajustan sus medios a sus fines, y que, sobre todo, apuntan hacia la política como blanco principal para conseguir sus demandas.

La primera pieza importante de investigación comparativa en este campo fue el estudio de la acción política en ocho naciones de Barnes y Kaase (1979). La principal tesis de los autores es que los nuevos actos de participación política no electoral indicaban una extensión del repertorio de los ciudadanos dentro del ámbito de la democracia. Es decir, se trata de una normalización de las formas no violentas y no institucionalizadas de participación.

A partir del trabajo de Barnes y Kaase, todas estas nuevas formas de acciones no convencionales comenzaron a ser vistas como parte esencial del “proceso político”, por lo que diversos estudios de participación política empezaron a incluir indicadores de protesta y otras acciones no institucionales en sus estudios (por ejemplo, Milbrath & Goel, 1977; Verba, Nie, & Kim, 1987).

El estudio seminal de Verba, Schlozman y Brady (1995), propuso una medición general de la participación con una operacionalización que incluía cuatro dimensiones: “voto”, “participación comunitaria”, “contribución hacia campañas” y “participación en protestas”. De manera más reciente, se han discutido formas más contemporáneas de participación como el consumismo por razones políticas (Stolle, Hooghe, & Micheletti, 2005) o el activismo online (Oser, Hooghe, & Marien, 2013), lo que ha llevado a que los trabajos más recientes que buscan medir participación política a partir de múltiples indicadores incluyan también estas variables (por ejemplo, Dalton, 2017; Schlozman, Brady, & Verba, 2018; Schlozman, Verba, & Brady, 2012).

Autores más contemporáneos también han respaldado la idea que en las democracias modernas estas actividades no institucionales se tienden a ampliar e institucionalizar como prácticas normales de la actividad democrática (Goldstone, 2004). La participación política no electoral, por medio de acciones vinculadas a los movimientos sociales, se ha afianzado a tal punto, que académicos norteamericanos han acuñado el término “social movement society”, justamente para referirse a la institucionalización de las actividades no electorales vinculadas a movimientos sociales en democracias avanzadas (Meyer & Tarrow, 1998).

Ahora bien, dentro de estas variadas formas que tienen los ciudadanos de manifestarse políticamente, ¿existe una estructura dimensional de la participación política? ¿se puede pensar en una dimensión electoral y otra no electoral? Se discute lo que ha dicho la literatura sobre la dimensionalidad de la participación política en el siguiente punto.

Participación política. ¿Un concepto bi-dimensional?

Si bien la idea de que la participación política era un concepto amplio que iba más allá del voto quedó bastante asentada luego del trabajo de Barnes y Kaase, los electoralistas no integraron a sus modelos explicativos las acciones políticas no electorales, entre otras cosas, ya que estas acciones mostraban patrones demasiado distintos al voto, lo que impedía incluirlos en modelos de comportamiento electoral (Blais, 2010). Por lo tanto, y no por pocos años, todas las acciones

ciudadanas por fuera del voto carecieron de un modelo teórico explicativo general- o paradigma en palabras de Kuhn (1962)-, por bastantes años.

Este período “pre-paradigmático” de la PNE terminó gracias al estudio de Verba, Schlozman y Brady (1995). Estos autores ofrecieron un primer gran modelo teórico para explicar cuándo y por qué ocurre la participación política: el modelo cívico-voluntarista (revisar capítulo 2 para una descripción de la teoría). En ese mismo estudio los autores encontraron que el voto se comportaba distinto al resto de los ítems, donde lo que sirve para predecir voto es distinto de lo que sirve para predecir todas las otras actividades. Ello dio inicio a la noción de que la participación política no está dividida entre acciones convencionales y no convencionales, sino entre acciones no electorales- las que pueden ser explicadas por el modelo cívico voluntarista-, y el voto.

Los politólogos Teorell, Torcal y Montero (2007) estudiaron la participación política para 13 países europeos y también encontraron evidencia sobre una estructura unidimensional de la participación política no electoral cuando se excluye el voto del análisis. Contrario a la separación entre formas convencionales y no convencionales, los autores señalaron que no se trata de que algunos ciudadanos prefieran, por ejemplo, contactar a funcionarios y trabajar para un partido político, mientras que otros prefieran, por ejemplo, la protesta o boicotear productos. Por el contrario, los activistas que participan en una actividad no electoral tienden a ser activistas también dentro de las demás acciones, por lo que se trata de una pura dimensión que se refuerza mutuamente. Esta estructura dimensional la confirmaron con un análisis factorial de segundo orden, es decir, en el primer análisis encontraron evidencia para las 5 dimensiones (de un set inicial de más de 10 ítems), y luego, metieron esas soluciones factoriales nuevamente (con excepción del voto) a un análisis de componentes principales, lo que les dio una solución unidimensional de participación no electoral (Teorell, Torcal y Montero, 2007)

De manera posterior, la politóloga Katerina Vrablikova (2011, 2012) utilizando componentes principales y correlaciones tetracóricas, nuevamente encontró que, cuando se excluye el voto y la participación en partidos, todas las acciones no electorales constituyen un puro componente. Eso le permitió crear un índice de participación no electoral para ser usado como variable dependiente.

Russell Dalton (2017) también identificó que el voto se comportaba distinto al resto de las acciones políticas a la hora de predecir una serie de características, tanto para análisis de países en

conjunto como por separado, comprobando con un análisis factorial que había una dimensión para el voto en solitario y otra para todo el resto de las acciones políticas no electorales que formaban una segunda dimensión.

Pero no se trata solamente de diferencias que pueden corroborarse desde análisis cuantitativos, también hay características que hacen de ambas dimensiones dos manifestaciones cualitativamente distintas. En contraste con el voto, las actividades no electorales se pueden realizar en cualquier momento, no solo una vez cada cuatro o cinco años, lo que permite que la PNE pueda estar orientada hacia temas más específicos que las votaciones por representantes. Quién tiene un problema que lo aqueja en el barrio puede salir a marchar, mas no siempre puede salir a votar. El modelo cívico voluntarista señala que la actividad no electoral es más exigente en términos de recursos, es decir, no cualquiera tiene el tiempo, el dinero y, sobre todo, las habilidades cívicas como para participar en reuniones, escribir cartas, hablar en público o contactar a los medios. Por lo mismo, la PNE suele chocar más que el voto con los ideales de igualdad política (Somma & Bargsted, 2018). En efecto, no hay límite para la cantidad de PNE que un individuo puede realizar durante un tiempo específico, mientras que para votar hay que esperar las fechas de las elecciones. Son todas estas diferencias las que han convencido al electoralista Andre Blais (2010), de que la separación relevante no es entre acciones convencionales y no convencionales, sino entre acciones electorales y no electorales. Las acciones no electorales tienden a ir todas de la mano y tienen una fuente de explicación común. En cambio, para el voto se trata de otras teorías y modelos (Blais, 2010, p. 89).

Ahora bien, ¿Existe realmente una estructura bidimensional en la participación política? Y si existe, ¿cuál es la relación entre la participación electoral y la no electoral? En la siguiente sección se observa dicha estructura por medio de un análisis factorial.

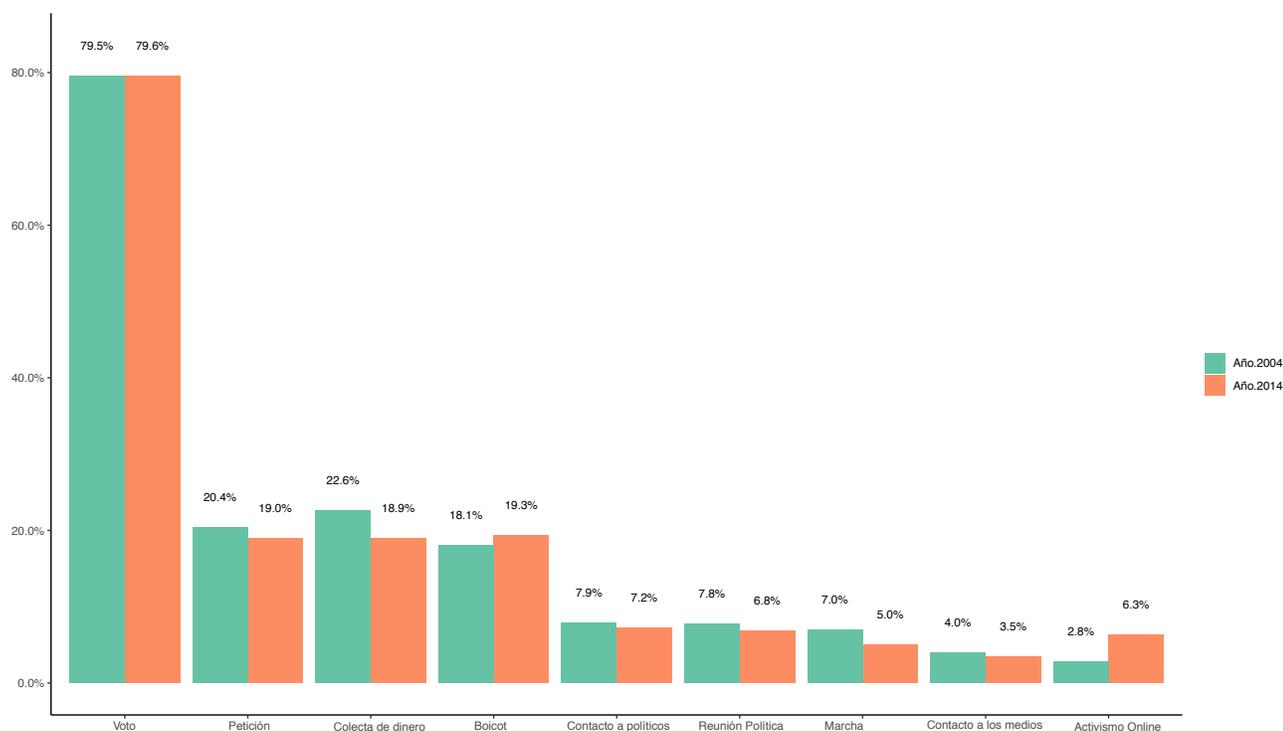
Análisis factorial: explorando las distintas dimensiones de la participación

Lo primero que tiene sentido para avanzar en esta propuesta es corroborar cuáles son las dimensiones subyacentes a las distintas formas de participación política. Sobre todo, si tiene o no sentido reducir la diversidad de formas en que los ciudadanos participan a dos dimensiones: una electoral y otra no electoral. Para ello se utiliza la International Social Survey (ISSP), que cuenta con dos olas (2004 y 2014) y considera a 38 países del mundo. Para esta tesis se utiliza el enfoque

de casos más similares, por cuanto el argumento no busca ser exhaustivo para todos los países del mundo, sino sólo para democracias electorales de países con ingresos medios altos. Por lo tanto, se consideran sólo 22 democracias electorales cuyos casos ya fue presentado en capítulos anteriores.

En la Figura 3.1 se observan los nueve tipos de participación preguntados para las 22 democracias electorales de ambas olas. En el caso del voto la pregunta es si votó para las últimas elecciones de ese país; mientras que respecto a las formas no electorales se considera únicamente si el encuestado declara haberla realizado durante el último año y no si declara haberla realizado alguna vez en su vida. Respecto a esto último, lo que se busca es la seguridad de que se trata de una acción política utilizada de manera activa y no de manera ocasional.

FIGURA 3.1. LAS DIFERENTES ACCIONES POLÍTICAS (ISSP, 2004-2014)



Fuente: Elaboración propia con base de datos ISSP (2004-2014)

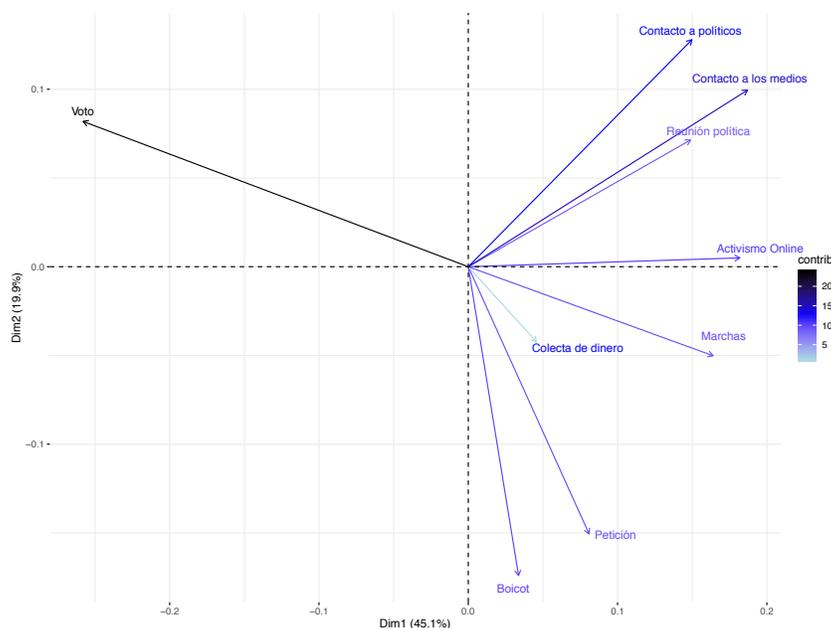
Se observa que quienes declaran haber votado son cerca de un 80%, mientras que las formas no electorales tienen una prevalencia menor, aunque también importante. Sobre todo, se

observa que hay una relativa estabilidad en las distintas formas de acción entre ambas olas. Como cambios esperables, se puede ver un alza en el porcentaje de ciudadanos que utiliza activismo online, la que aumenta de un 2,8% a un 6,4% entre el 2004 y el 2014.

Para tener una aproximación exploratoria hacia la dimensionalidad de las acciones políticas se realiza un gráfico ampliamente usado en medición estadística llamado biplot. Se trata de una generalización multivariante de un diagrama de dispersión de dos variables. Las gráficas bidimensionales o biplots que representan variables pueden examinarse para identificar si algunas variables tienen perfiles similares. Aquellas que tengan perfiles similares aparecerán muy cerca en la gráfica. Esto resulta útil ya que permite una primera visualización para saber qué variables están dimensionalmente más cercanas entre sí (Bartholomew, Steele, & Moustaki, 2008, p. 93)

En la Figura 3.2 se presenta el biplot, que representa claramente la relación inversa que hay entre el voto y el resto de las acciones políticas.

Figura 3.2. Las diferentes acciones políticas (ISSP, 2004-2014)



Fuente: Elaboración propia con base de datos ISSP 2014

A grandes rasgos se ven dos dimensiones, la electoral y la no electoral. Aún así, dentro de las acciones no electorales se ve que hay, a su vez, dos grupos medianamente claros. Primero

aquellas acciones algo más convencionales, como los contactos y la reunión política, y en otro, un grupo de aquellas acciones menos convencionales, como las marchas y el boicot. Esta figura es necesaria complementarla con un análisis factorial. Siguiendo los resultados de este análisis visual, se prueba primero la opción de tres dimensiones, una para el ítem de voto, otro para acciones convencionales y otra para acciones de protesta. Por su parte, los resultados del biplot sugiere que lo que tiene más sentido es pensar que las dos dimensiones de participación no electoral tienen algún grado de asociación entre sí. En términos teóricos, también es bastante factible esperar que ambas dimensiones de la participación no electoral estén altamente correlacionadas, puesto que es muy esperable que quien rompe la barrera más demandante de participación, como lo es una acción no electoral, esté muy susceptible a usar otras.

Para modelar esta situación se emplea un análisis factorial con rotación no ortogonal (oblicua). Este tipo de rotación requiere relajar el supuesto de que los factores no están correlacionados propia de la rotación ortogonal. Una rotación oblicua, en cambio, permite factores correlacionados cuando la teoría así lo sugiere (Bartholomew et al., 2008, p. 191).

La Tabla 3.1 muestra los resultados de la rotación oblicua usando el tipo promax para la ola 2004 y 2014. Como los ítems son todos dicotómicos, la solución se realizó sobre una matriz de correlaciones tetracóricas.

TABLA 3.1. ROTACIONES NO ORTOGONALES (OBLICUAS)

| Tabla 3: Dimensiones de la participación política (Rotación Promax) | | | | | | | |
|--|-------------|----------|-------------|--|-------------|----------|-------------|
| | 2014 | | | | 2004 | | |
| Actividad | Contactos | Protesta | Electoral | | Contactos | Protesta | Electoral |
| Voto | -0.02 | 0.02 | 0.81 | | -0.06 | -0.04 | 0.84 |
| Firmó una petición | -0.04 | 0.83 | 0.03 | | -0.15 | 0.87 | -0.02 |
| Boycott | -0.10 | 0.88 | -0.01 | | 0.02 | 0.64 | 0.02 |
| Marcha o movilización | 0.28 | 0.46 | 0.01 | | 0.11 | 0.57 | -0.06 |
| Activismo online | 0.51 | 0.22 | -0.14 | | 0.61 | 0.17 | -0.19 |
| Colectas de dinero | 0.24 | 0.44 | 0.02 | | 0.32 | 0.28 | 0.08 |
| Reunión Política | 0.57 | 0.14 | 0.16 | | 0.36 | 0.17 | 0.23 |
| Contactó a un político | 0.86 | -0.12 | 0.08 | | 0.80 | -0.04 | 0.06 |
| Contactó a los medios | 0.87 | -0.05 | -0.07 | | 0.96 | -0.15 | -0.05 |
| | | | | | | | |
| Varianza explicada | 26% | 23% | 8% | | 24% | 18% | 9% |

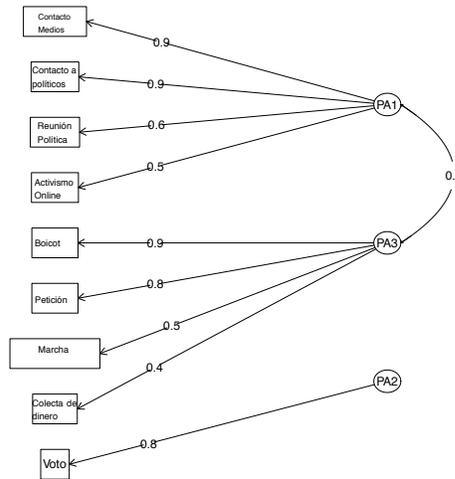
Nota: Análisis factorial exploratorio realizado sobre correlaciones tetracóricas. el método de extracción fue "principal factors".
Fuente: ISSP (2004-2014).

Los resultados arrojaron los tres factores que ya se anticipaban en el biplot. Una dimensión más asociada a ítems más convencionales, pero también al activismo online, a la que se le llamó “contactos”, otra más asociada a los ítems de protesta, a la que se le llamó simplemente “protesta” y una tercera que no correlaciona con ningún ítem excepto con el voto, a la que se le llamó “electoral”.

Lo primero que llama la atención es que estas soluciones nuevamente se mantienen casi idénticas en ambas olas, por lo que se puede asumir que existe cierta estabilidad en las dimensiones latentes a la participación política: por un lado, dos factores de acciones no electorales, y, por otro, un factor asociado al voto aislado de las otras dimensiones.

En la Figura 3.3 se ve un diagrama de las soluciones factoriales donde se observan las correlaciones entre los ítems y los factores, pero también la correlación entre los factores. En los resultados se puede ver la correlación de cada factor con sus respectivos ítems. El aislamiento del ítem de voto con el resto es evidente. Más relevante aún, es que ambos factores de participación no electoral están altamente correlacionados (0.8), mientras que el factor correspondiente al voto se mantiene diferenciado.

FIGURA 3.3. LAS DIFERENTES ACCIONES POLÍTICAS (ISSP, 2004-2014)

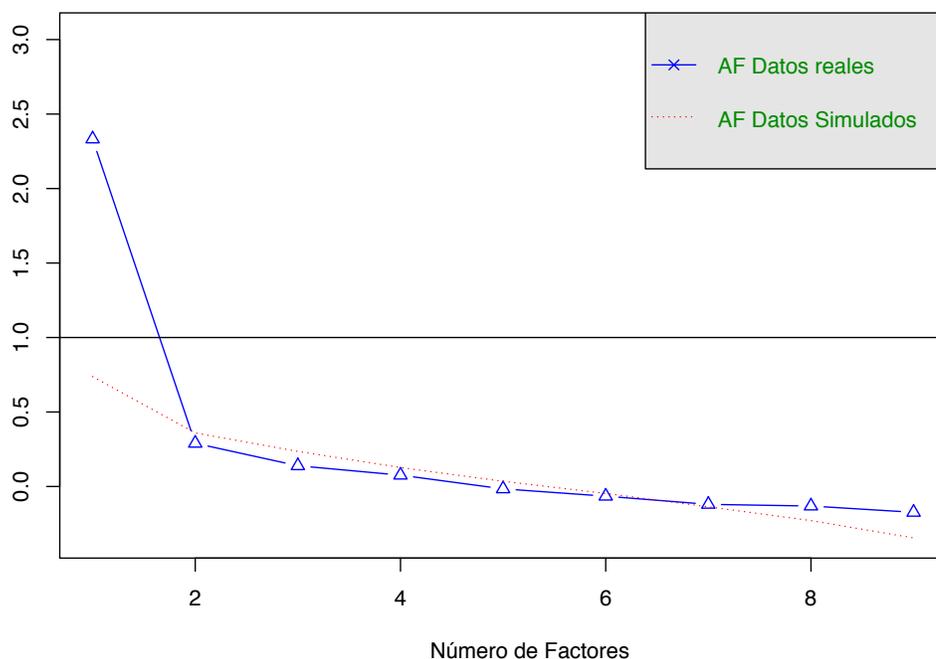


Fuente: Elaboración propia con base de datos ISSP 2014

Por lo tanto, siguiendo lo que han hecho tantos investigadores, se propone una reducción de dimensionalidad excluyendo el voto para ver si el resto de los ítems ajustan como un constructo unidimensional.

La **Figura 3.4** muestra una figura de análisis paralelos (Revelle & Rocklin, 1979). Este análisis compara los valores propios de los factores de los datos observados con los de una matriz de datos aleatoria del mismo tamaño que el original. Luego de realizar un análisis factorial con los valores reales y simulados, se compara la diferencia y se ve hasta cuántos factores es relevante retener comparándolos con los datos simulados. En este caso se ve que, luego de retener un factor, no hay diferencias relevantes respecto a datos simulados. Todo esto ofrece evidencia favorable de que, una vez se retira el voto, todo el resto de los ítems conforman una única dimensión.⁴

FIGURA 3.4 DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA



Fuente: Elaboración propia con base de datos ISSP 2014

Lo anterior se confirma al observar la **Tabla 2**, que muestra la correlación entre ítems no electorales con el factor retenido para las dos olas. Sólo activismo online no tenía una correlación

⁴ Por motivos de presentación, este análisis se realizó con los datos únicamente del 2014. Pero se realizó el ejercicio con datos del 2004 y los resultados de mantienen sustantivamente equivalentes.

completamente satisfactoria el año 2004, la que aumenta el año 2014. Las soluciones factoriales explican el 45% y el 49% de la varianza común para cada ola respectivamente.

En síntesis, se puede decir que la participación política tiene dos grandes dimensiones, una electoral y otra no electoral. Dentro de la no electoral existen dos sub-dimensiones altamente correlacionadas entre sí, una relativa a un factor de contactos y otra relativa a un factor de protestas. Si se saca el voto de la lista, nuevamente se ve que hay un puro factor altamente correlacionado, como se ha encontrado en múltiples estudios (por ejemplo, Dalton, 2017; Deth, 2014; Vráblíková, 2012b).

TABLA 3.2: DIMENSIONES DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

| Actividad | 2004 | 2014 |
|--|------|------|
| Contacto a medios | 0.70 | 0.72 |
| Firmó una petición | 0.66 | 0.68 |
| Boycott | 0.65 | 0.71 |
| Marcha o movilización | 0.73 | 0.75 |
| Activismo online | 0.72 | 0.72 |
| Colectas de dinero | 0.64 | 0.65 |
| Reunión Política | 0.72 | 0.73 |
| Contactó a un político | 0.54 | 0.62 |
| Varianza explicada | 45% | 49% |
| Nota: Análisis factorial exploratorio realizado sobre correlaciones tetracóricas. El método de extracción fue "principal factors". | | |

Fuente: Elaboración propia con base de datos ISSP 2004 y 2014

El siguiente paso es observar la interacción entre estas dos dimensiones, la electoral y la no electoral. Para ello se presenta primero una discusión teórica sobre cómo ha pensado la literatura la relación entre ambas dimensiones y qué expectativas teóricas se pueden esperar antes de observar los resultados.

Tesis de la complementariedad y tesis del reemplazo

¿Cómo se manifiesta la relación entre la participación política electoral y la no electoral, luego de la consolidación de la concepción multidimensional de participación política?

Esta interrogante, no puede ser presentada y desarrollada sin antes situarla en el contexto de las dos grandes tendencias en el comportamiento político de las últimas décadas.

La primera tendencia es la baja sostenida de la participación electoral en prácticamente todas las democracias del mundo (Blais, Gidengil, & Neviite, 2004; Clarke, Sanders, Stewart, & Whiteley, 2004; Lyons & Alexander, 2000). De acuerdo con el International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA) si para el año 1970 cerca de un 80% de la población viviendo en democracias participaba por medio del sufragio, para la década del 2000 esa cifra rondaba el 70%. Las principales explicaciones para la baja electoral en el mundo aluden a una despolitización generalizada de la población más joven. Específicamente, se ha encontrado que la cultura política de las nuevas generaciones tiene un menor sentido cívico (Blais et al., 2004; Wattenberg, 2015), una identificación partidaria o preferencia electoral más baja que el resto de la población (Heath, 2007) y una menor capacidad asociativa (Putnam, 2004). Todo lo anterior pone el acento en nuevas cohortes que dan menor importancia a la política en general, cuyo reflejo sería una menor participación electoral de los ciudadanos como forma de relacionarse con el sistema político.

La segunda tendencia, y hasta cierto punto a contracorriente de la anterior, es que las democracias han visto un aumento sostenido de las formas de participación no electoral. Este aumento comenzó en los años 60 (Barnes & Kaase, 1979, p. 149), pero ha continuado hasta el día de hoy. De acuerdo con estudios que se han basado en la encuesta mundial de valores, prácticamente en todos los países democráticos el porcentaje de personas que declaran participar en acciones tales como marchas, peticiones o boicots, se ha más que triplicado en las últimas tres décadas (Blais, 2010; Hooghe & Quintelier, 2014; Norris, 2002). Como se expuso en el punto anterior, las acciones no electorales se han normalizado, lo que pasa también por el hecho de que los mismos ciudadanos las comienzan a considerar formas legítimas para presionar al gobierno de turno (Della Porta & Diani, 2009, p. 166). Pero esa normalización de la PNE se ha dado sobre todo en la población más joven.

En este escenario mundial, hay dos tesis posibles para pensar la relación entre la dimensión electoral y la no electoral de la participación política: la tesis de la complementariedad y la tesis del reemplazo.

La tesis del reemplazo ha sido sugerida, más no desarrollada, por autores desde hace varias décadas. En el trabajo clásico de Piven y Cloward (1979), los autores ya señalaban que cuando los ciudadanos creen que su voto ya no es influyente, podrían recurrir a formas de acción no electorales. Esta idea ha sido recuperada por Pipa Norris (2002), quién ha señalado que la disminución de la participación política formal ha sido reemplazada paulatinamente por el aumento en la participación política informal, pero esto es así exclusivamente para los grupos más radicalizados. Otros trabajos también han señalado que participar en acciones no electorales puede llevar a reemplazar el voto. En Brasil, por ejemplo, se ha estudiado que la protesta tiene un efecto en el porcentaje de votos nulos y de abstención (Power & Roberts, 1995), aunque dicho efecto es débil. Por su parte, autores han estudiado cómo los descensos en las tasas de desafección ciudadana pueden llevar a que un grupo de manifestantes levante voces alternativas, incluso para países europeos (Portos et al., 2019).

Más allá de la débil evidencia que se ha encontrado para la tesis del reemplazo, esta sigue un argumento que en principio debiese ser intuitivo con las tendencias anteriores: si las formas de participación no electoral han crecido las últimas décadas, sobre todo de la mano de las nuevas generaciones, y, a la vez, las formas de participación electoral han ido a la baja, nuevamente de la mano de la población más temprana, la idea de que una forma de participación está reemplazando a la otra parece evidente. Es decir, la evidencia lleva intuitivamente a colegir que las nuevas generaciones han ido abandonando las prácticas convencionales del voto y la identificación partidaria por nuevas prácticas no electorales como las peticiones o las marchas. O bien, han ido reemplazando un trato indirecto por uno cada vez más directo a la hora de manifestar su voluntad al sistema político (ver, Dalton, 2008a).

Sin embargo, han surgido críticas a la tesis de la despolitización de las nuevas cohortes. El error, por tanto, sería asumir que las nuevas cohortes están más despolitizadas observando solamente los patrones de conducta electoral, sin poner atención a las formas de participación no electoral. De acuerdo a Russell Dalton (Dalton, 2008b), lo que ha habido es un reemplazo de las normas basadas en el deber cívico, por valores que resaltan el “compromiso” o el aspecto “crítico”

de la participación. El primero sin duda ha estado históricamente más relacionado con la participación electoral y está reflejado sobre todo en la población más vieja, el segundo está canalizado sobre todo en la participación no electoral y está reflejado en la población más joven. Lo anterior puede llevar a que aquellos que realizan PNE eviten los actos electorales tradicionales como votar, como una forma de expresar su posición crítica frente a las instituciones tradicionales.

Más allá de lo intuitiva que puede resultar la tesis del reemplazo, los resultados de la investigación empírica reflejan una posición académica más bien minoritaria. Hasta el momento, el grueso de la evidencia empírica ha encontrado sistemáticamente que la asociación entre participación política electoral y no electoral es positiva (por ejemplo, Marsh, 1977; Muller, 1977; Barnes, Kaase, 1979; Saunders, 2014; Rudig, 2015; Shusman y Soule, 2005; Bean, 2010). Es decir, la evidencia ha dado mayor apoyo a la tesis de la complementariedad entre la dimensión electoral y la no electoral de la participación política.

El perfil general de quien se embarca en actividades políticas no electorales es alguien que, en promedio, está bien educado, bien interconectado en la sociedad, y, sobre todo, con alto interés por la política (Schussman & Soule, 2005; Vrablikova & Linek, 2015), por lo que participar también en procesos electorales es una consecuencia esperable de quién busca ganar influencia por vías no electorales. El argumento central de la tesis de la complementariedad es que lo electoral y lo no electoral se refuerzan mutuamente ya que ambas son acciones que tienen objetivos parecidos en sociedades democráticas: generar influencia en el gobierno.

Un enfoque más sofisticado para explicar el vínculo entre la PNE (principalmente contenciosa) y la participación política electoral, se puede desprender de la teoría del “proceso político”, sobre todo la teoría de oportunidades políticas (McAdam, 1982; Tarrow, 1998). Bajo esta perspectiva, habría movimientos exógenos o endógenos a las sociedades que abren espacios dentro de la política institucional, lo que trae como consecuencia que tanto los movimientos sociales como los miembros de la política institucional se acerquen unos a otros. Ello llevaría a que quienes protestan comiencen también a votar por representantes que hacen eco de sus demandas desde el Estado.

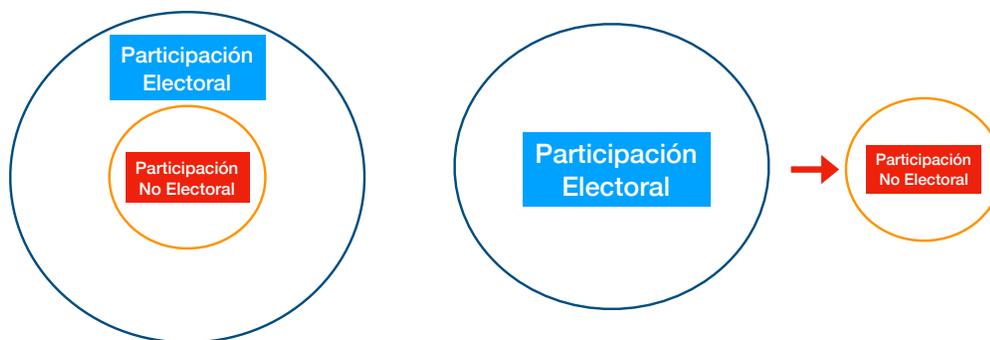
Por lo tanto, en base a los antecedentes anteriores, se puede articular la siguiente deducción: si bien hay un porcentaje importante de la población más joven que se ha restado de la participación electoral las últimas décadas, no son ellos quienes han ido reemplazando dicha abstención con

otras formas de acción política. Se sigue de lo anterior que quienes se abstienen de votar, por lo tanto, se deberían abstener de todas las otras formas de participación. Así, la explicación del aumento de las nuevas formas de acción política no electoral estaría dada por los jóvenes que no se han alejado de la participación electoral, en general los más pudientes y educados de cada sociedad, y que estarían complementando su participación electoral con nuevas formas de participación política.

Si la predicción principal de la tesis del reemplazo es que quienes realizan PNE son un grupo separado de quienes realizan PE, la predicción principal de la tesis de la complementariedad es que quienes realizan PNE son simplemente un subconjunto de quienes votan.

Ambas tesis quedan reflejadas en la Figura 3.5. En el escenario de la izquierda representa la tesis de la complementariedad, donde la participación no electoral se presenta como un subconjunto de la participación electoral, o bien un complemento de ella. En el escenario de la derecha se ve la expectativa teórica de la tesis del reemplazo, donde la participación electoral y no electoral están escindidas.

FIGURA 3.5. MODELO TEÓRICO DE TESIS DE COMPLEMENTARIEDAD Y TESIS DE REEMPLAZO



Fuente: Elaboración propia

Resultados descriptivos

¿Es efectivo que existe una fragmentación de la participación política? A continuación, se busca corroborar empíricamente en qué medida esta combinación de dimensiones se manifiestan en la realidad. Para ello se operacionalizan dos variables y se observa la combinación entre ellas.

La primera es para la participación electoral, donde se codifica si la persona declara haber votado (1) para las últimas elecciones, o si por el contrario declara haberse abstenido de votar (0). En segundo lugar, se codifica la variable de participación no-electoral, donde se codifica si la persona declara haber participado en por lo menos 1 de las actividades no electorales el último año (1) o si declara no haberlo hecho (0). Codificar las acciones no electorales de manera dicotómica encuentra su respaldo en el análisis factorial previo, donde se observó que todas las acciones no electorales están altamente correlacionadas entre sí y responden a una misma dimensión teórica. En ese sentido, es una codificación que se basa en la lógica de parecidos de familia (Goertz, 2005), que encuentra respaldo tanto teórico como empírico.

Si quienes realizan acciones no electorales también votan, se estaría corroborando la tesis de la integración; si, por el contrario, quienes realizan acciones no electorales no votan, se estaría corroborando la tesis del reemplazo. Los resultados, por lo tanto, resultan de un cruce que da como resultado una tabla de 2 por 2.

En la Figura 3.6 se pueden ver los resultados graficados del cruce entre ambas dimensiones para el total de democracias electorales seleccionadas, tanto para el año 2004 como para el año 2014. Los resultados descriptivos del cruce entre ambas variables ameritan una serie de reflexiones.

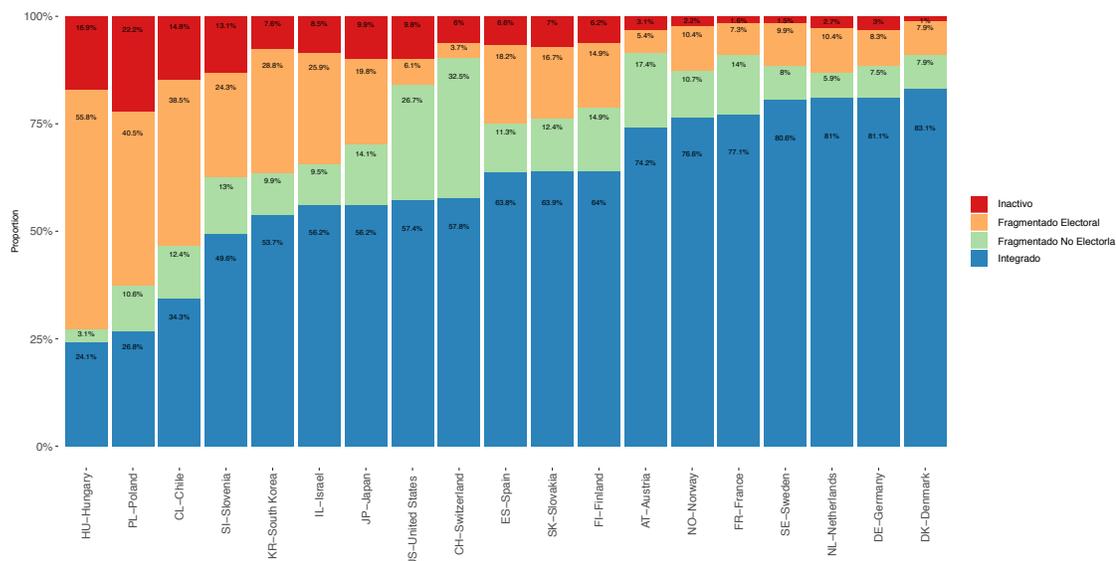
En primer lugar, se puede asegurar que ni la teoría de la integración ni la del reemplazo cumplen totalmente con la evidencia empírica. No se trata de que la dimensión no electoral sea un subconjunto perfecto de la electoral; tampoco están completamente escindidas. Lo que hay es una mezcla de ambas tesis, lo que da como resultado la participación política fragmentada. Cuatro son los fragmentos. En primer lugar, la intersección entre ambas dimensiones genera la participación integrada, que es la mayoría (60%). En segundo lugar, está la participación fragmentada electoral (20.9%), aquellos que sólo votan. Luego, está la participación fragmentada no electoral (10.4%), aquellos que sólo emplean acciones no electorales. Finalmente están los inactivos (8.6%), aquellos que no participan en vías electorales ni tampoco no electorales.

En segundo lugar, se puede ver que, tomando como referencia la participación integrada, la variación es inmensa. Países como Dinamarca, Suecia y Australia tienen a más de un 80% de su población participando de manera integrada. En el otro extremo hay países como Hungría,

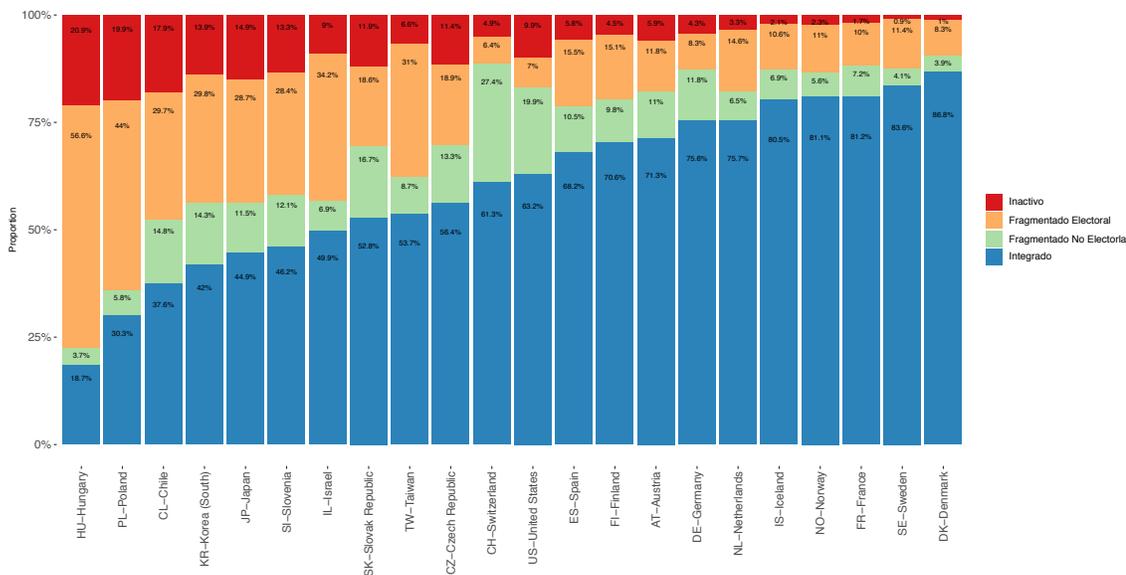
Polonia o Chile, con menos de un 40%. También se observa una variación relevante en las dos formas de participación fragmentada electoral, así como en quienes no participan.

FIGURA 3.6. LAS FORMAS DE LA PARTICIPACIÓN

2004



2014



Fuente: Elaboración propia en base a la ISSP (2004- 2014)

En tercer lugar, la Figura 3.6 deja ver que existe un porcentaje relevante de ciudadanos que deciden embarcarse en acciones como marchas, peticiones y boicots, pero no votan. Es decir, se observa una variación relevante en la participación fragmentada no electoral. Tal como ocurre con las otras combinaciones, su presencia es altamente desigual entre distintas democracias. Hay países donde la presencia de este grupo es muy marginal, como Suecia, Hungría o Dinamarca; y otro donde constituyen un porcentaje alto del total de los ciudadanos de ese país, como en Suiza y Estados Unidos, Eslovaquia o Chile.

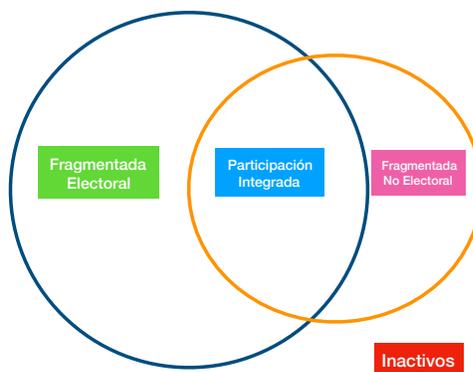
Finalmente, dicha composición de formas de participación muestra una estabilidad notable considerando que hay más de 10 años de diferencia entre una ola y otra: los países muestran un orden sorprendentemente similar tomando la participación integrada como referencia. Lo anterior desmiente las perspectivas que asumen que la participación política de cada país se entiende a partir de eventos coyunturales, por el contrario, al observar bajo la lupa de esta nueva conceptualización, la participación parece tener mucho más que ver con culturas de participación arraigadas en la vida democrática de cada país. Los países nórdicos tienen a más de un 80% de su población integrando de manera activa su participación electoral con acciones no electorales en las dos olas; mientras que en el otro extremo hay países de democracias más jóvenes y de países asiáticos con peores porcentajes de integración. Dichos extremos y tendencias se mantienen relativamente estables entre ambas olas.

Conclusiones

Este capítulo elaboró una nueva propuesta conceptual y de medición de la participación política. Para ello se argumentó que ella debe ser entendida en su doble dimensionalidad: la electoral y la no electoral. El desafío fue cómo identificar y medir la relación de ambas dimensiones. El análisis factorial da pistas fundamentales a este respecto, no se trata solamente de ítems independientes para las acciones no-electorales, sino una serie de ítems altamente correlacionados entre sí que forman una pura dimensión. Por lo tanto, para medir la participación se adopta la perspectiva de parecidos de familia (Goertz, 2005), donde se considera a un ciudadano activo en política no electoral cuando el individuo declara haber llevado a cabo por lo menos una de las acciones correspondientes a la dimensión de participación no electoral.

Los resultados demuestran que ambas dimensiones no se deben observar ni como algo totalmente complementario en sus formas ni como algo completamente escindido, sino más bien como algo que está, hasta cierta medida, fragmentado. Se usa el sustantivo fragmentada ya que la participación bidimensional queda partida en cuatro fragmentos. La figura 3.7 refleja la operacionalización teórica y empírica de esta variable. Están quienes tienen una participación integrada, es decir, cuando los ciudadanos llevan a cabo acciones electorales (votó la última elección) pero también no electorales (participó el último año). Están quienes llevan a cabo participación fragmentada electoral, es decir, ciudadanos que votan, pero no se expresan de manera no electoral. Están también, quienes llevan a cabo participación fragmentada no electoral, es decir, quienes se manifiestan por vías únicamente no electorales. Y finalmente al grupo que no participa, el menos numeroso.

FIGURA 3.7. MODELO TEÓRICO PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA.



Fuente: elaboración propia.

Esta nueva forma de medir participación política deja ver fenómenos nuevos. En particular, hay un porcentaje relevante de ciudadanos que está integrando su participación, pero hay otro porcentaje relevante que no. Esta es una oportunidad de dar mayor visibilidad a un sector de la ciudadanía que no siempre está muy tomado en cuenta a la hora de pensar en la participación política o en la democracia. Y más aún, hay países que, con cierta consistencia, están logrando integrar mientras que otros que fracasan en lo mismo. Resulta sumamente relevante en términos comparados entender cuando y por qué una sociedad logra integrar (o fragmentar muy marginalmente) sus formas de participación. Deben existir factores que estén determinando estos

patrones de participación tan desiguales entre sociedades. Sobre la base de estos hallazgos, en el siguiente capítulo se busca avanzar en términos explicativos para dar cuenta de estos factores.

El rol de las organizaciones en la participación fragmentada

“There are no countries in which associations are more needed, to prevent the despotism of faction or the arbitrary power of a prince, than those which are democratically constituted... In countries in which these associations do not exist, if private individuals are unable to create an artificial and a temporary substitute for them, I can imagine no permanent protection against the most galling tyranny; and a great people may be oppressed by a small faction, or by a single individual, with impunity.”

Alexis de Tocqueville (1841: cap. 23)

El 4 de septiembre del 2014, la Federación de Trabajadores de Correos de Chile (FETRACORTEL) se unió junto a otras tantas organizaciones sindicales a la marcha por una reforma laboral profunda (Sindical.cl, 2014). La federación fue, como lo ha sido en tantas otras ocasiones, muy eficiente a la hora de movilizar a sus miembros hacia las calles, lo que les permitió tener presencia en las distintas manifestaciones a lo largo del país ese día. Sin embargo, sus esfuerzos no se limitan a orientar a sus miembros hacia la política no institucional. El 9 de diciembre del 2017, los dirigentes de FETRACORTEL participaron en un evento del candidato de la nueva mayoría (coalición de centro izquierda en Chile), la que acompañaron con un comunicado donde llamaban explícitamente a sus miembros a apoyar al candidato Alejandro Guillier en su camino a la presidencia (Diario, 2017).

Este tipo de movilización dual, hacia las calles y hacia las urnas, no es extraño en organizaciones de la sociedad civil. Organizaciones como Greenpeace, por ejemplo, asiduos en activismo online, protesta y comunicados, tienen en su página web una serie de comunicados llamando a votar por ciertos candidatos en distintas elecciones que se están realizando en el mundo

(Greenpeace, 2019). Esto mismo se puede observar en agrupaciones, en teoría, menos políticas, como agrupaciones religiosas e incluso en clubes deportivos. Si se hace el ejercicio de revisar las noticias o comunicados de distintas agrupaciones ciudadanas, es fácil encontrar que dichas asociaciones realizan llamados no sólo a participar por vías no electorales, sino que también estimulan que sus miembros definan preferencias electorales.

Cuando Tocqueville (1899) describía a los grupos sociales como "escuelas de democracia", no sólo se refería a las habilidades y normas de una buena ciudadanía democrática que ahí se aprenden, sino también a la capacidad movilizadora que estos tienen sobre sus miembros para la participación política.

Este aspecto microestructural es fundamental en el modelo cívico voluntarista, que señala que muchas personas pueden estar no estar de acuerdo con ciertas causas sociales o programas políticos, sin embargo, también es muy probable que se abstengan de movilizarse a menos que alguien les pida que participen. La relación entre asociaciones y movilización ha sido desarrollada ampliamente en los trabajos de Robert Putnam (2004) sobre el capital social. Los estudios de Putnam señalan que los miembros de asociaciones ciudadanas desarrollan habilidades y recursos que facilitan la participación política no electoral. Pero, además, los grupos sociales inculcan normas de ciudadanía y ayudan a desarrollar preferencias electorales que suelen estimular el sufragio institucional. Ya sea en asociaciones estudiantiles, sindicales o incluso en organizaciones culturales, los miembros son blancos más fáciles de movilización, tanto hacia los espacios no institucionales como hacia las urnas. Por lo tanto, la expectativa teórica es que los patrones de actividad dentro de un grupo social en términos no electorales se superponen con la actividad política electoral.

Por su parte, se ha estudiado mucho en la literatura que gran parte del lo que explica el comportamiento electoral tiene que ver no sólo con aspectos relacionados a la preferencia electoral de los ciudadanos, sino con aspectos normativos (Blais & Achen, 2010, 2019). Quien vota no necesariamente lo hace porque desarrolló una preferencia hacia algún candidato, sino porque siente que es su deber cívico hacerlo. Es pertinente por lo tanto incorporar este elemento de teorías electorales a las posibilidades, pues se ha estudiado que quienes se manifiestan por vías no electorales tienen menor nivel de valores relacionados al deber cívico y más valores relativos al compromiso político (Dalton, 2008b). Es plausible que las normas ciudadanas relativas al deber

cívico hacia el voto sea lo que esté explicando la variación entre países, donde quienes tienen menores niveles de deber cívico dentro de sus activistas sean quienes más fragmenten.

Sin duda que los niveles de deber cívico hacia el voto no están asentados de igual manera entre los activistas de los distintos países, lo que podría estar determinando que algunos países integren y otros no. Si lo que determina la variación entre los niveles de fragmentación /integración de los países se debe exclusivamente a porcentajes divergentes de deber cívico hacia el voto, entonces el rol de las organizaciones se comprobaría como irrelevante. En este capítulo se busca dilucidar la importancia de estos dos factores. Pero también se hace necesario revisar algunas explicaciones alternativas.

Este capítulo se ordena de la siguiente manera. se evalúan una serie de explicaciones alternativas para pensar la participación fragmentada. Para ello se elabora sobre teorías que, si bien no hablan directamente del fenómeno a estudiar, si dan luces que permiten elaborar argumentos alternativos. En el tercer punto se describe la variable dependiente a ser utilizada para esta sección, donde básicamente se expone la pertinencia de utilizar como unidad de análisis a los activistas de cada país (ciudadanos que realizan acciones no electorales) y no la totalidad de la ciudadanía. En la cuarta parte se ofrecen una serie de correlaciones bivariadas con datos agregados por país para complementarlas luego con análisis de regresión lineal múltiple. Finalmente se concluye sobre el rol indiscutible que juegan aún las organizaciones y su posible combinación con otras variables de interés.

Explicaciones alternativas. Otras entradas posibles para pensar el fenómeno de la fragmentación/integración de la participación política

La participación fragmentada no electoral es un fenómeno que carece de literatura propia. No existen modelos teóricos que se hayan probado y que hayan logrado una explicación satisfactoria de por qué los ciudadanos que están activos políticamente no querrían complementar dicha participación con el voto.

Si bien este vacío puede ser un obstáculo para pensar en posibles variables a incluir en un primer análisis, hay una serie de estudios previos que pueden sugerir dónde vale la pena observar posibles influencias.

Primero, en el plano de la riqueza de los países, hay varias explicaciones que podrían estar explicando el fenómeno de la participación fragmentada. De acuerdo con la teoría de movilización de recursos (McCarthy & Zald, 1977) se puede postular que el crecimiento económico genera excedente de recursos financieros, humanos y sociales que pueden volcarse a actividades no esenciales (como activismo social). De esta manera, en países con mayor disponibilidad de recursos, gobiernos nacionales y locales, partidos, fundaciones o think tanks, podrían estar apoyando el activismo social, lo que genera una mayor disponibilidad de recursos para emprender acciones no electorales. De esta manera, los países más ricos, al estar más expuestos a estas tendencias, podrían aumentar el involucramiento político en mayor medida que otros países menos prósperos (Somma et al., 2015).

Una expectativa contraria sobre la relación entre desarrollo y participación puede venir de la teoría del cambio cultural (Inglehart & Welzel, 2005), que plantea que a medida que los países se vuelven más prósperos aumenta la movilización cognitiva (educación, información, autonomía, rechazo a élites y jerarquías), por lo que es esperable que en países más prósperos aparezcan nuevas camadas de individuos comparativamente más disconformes con la política institucional que en países más pobres.

Desde el punto de vista institucional, Katerina Vrablikova (2012b) encontró que los países con instituciones más horizontales y descentralizadas aumentaban el involucramiento ciudadano. Se espera, por lo tanto, que las instituciones que representan mayor nivel de descentralización del poder compartido afecten la PNE en términos agregados por país, ya que brindan a los posibles participantes la oportunidad de tener impacto. Esta teoría es una extensión de la teoría de las oportunidades políticas (McAdam, Tarrow, & Tilly, 2004). De acuerdo con estos autores, sistemas políticos más abiertos, participativos y preocupados por demandas ciudadanas incentivan la movilización y las actividades no electorales. Pero esto en estrecha relación con la política institucional, ya que se trata de una movilización orientada a acuerdos y compromisos con actores políticos institucionales. En cambio, al haber sistemas políticos cerrados, se generan actitudes hostiles, alejamiento, desconfianza hacia la política institucional. Por lo tanto, se puede esperar que países con instituciones más horizontales y descentralizadas exhiban mayor porcentaje de participación integrada que países con sistemas más verticales.

Siguiendo con los factores institucionales, otro elemento que ha resultado útil para pensar la movilización son las variables institucionales de efectividad del gobierno. El politólogo Mason Moseley (2015) argumenta que, para el caso de la movilización latinoamericana, a mayor efectividad del gobierno, menor es la protesta. Es decir, que los gobiernos efectivos en contener las acciones contenciosas son lo que hacen mejor las cosas. Ello podría llevar a suponer que los gobiernos malos y poco efectivos generan un desborde de movilización por fuera de las instituciones y el voto.

Finalmente, gran parte de la respuesta puede no estar en la comparación entre países, sino en el paso del tiempo dentro de los mismos países. En ese sentido, una variable que parece fundamental es la experiencia democrática. Se puede especular con que, a medida que pasan los años desde la fundación de la democracia, cae la épica del momento democrático fundacional, que aumenta el desencanto por promesas incumplidas; o bien, que a medida que avanzan los años en democracia crece la desconfianza de activistas hacia los partidos y los gobiernos (Hooghe & Quintelier, 2014). Esto último generaría que los ciudadanos dejen de participar en política, o bien que lo hagan por fuera de la política electoral.

Una expectativa contraria a la anterior, viene de estudios sobre nuevas y viejas democracias que sugieren que los incentivos individuales y racionales para votar, así como aquellos necesarios para participar en política no electoral, se desarrollan con el tiempo como parte de un proceso de aprendizaje (Bernhagen & Marsh, 2007b). Es decir, toma cierto tiempo para que los ciudadanos gradualmente lleguen a absorber las reglas formales e informales del juego democrático. Por lo tanto, el tiempo en democracia tiende a estimular a los ciudadanos a orientar su participación electoral y no electoral hacia la política institucional, por lo que se debería observar mayor participación integrada con el paso de los años.

Finalmente, una teoría que resulta relevante es la del malestar con la política. Esta explicación se basa en la literatura centrada en los sentimientos antipartidistas y la desafección política (Rudig, 2010; Torcal & Montero, 2006). La alienación de la política partidista y electoral tiene dos objetivos principales de evaluación: los partidos y las elecciones, que son ambas instituciones cruciales de la representación política. La expectativa posible es que, si no se percibe que funcionan correctamente, las personas se alejan de las partes y del proceso electoral y dejan de votar. En pocas palabras, los manifestantes se abstienen de las urnas cuando creen que los

partidos políticos no responden a las demandas de los votantes y no abordan sus problemas, transformando a las elecciones en un ejercicio inútil.

¿Quiénes fragmentan la participación? La entrada desde los activistas

Para poder poner a prueba las variables centrales del estudio, así como todas las variables derivadas de las explicaciones alternativas, se debe pensar la forma correcta de observar el fenómeno de la participación integrada o fragmentada no electoral. Si bien la aproximación descriptiva del capítulo anterior -consistente en diferenciar a los ciudadanos en cuatro tipos de perfiles en torno a la participación- es sumamente útil para describir a la población en su conjunto, puede ser insuficiente si lo que interesa es estudiar por qué en algunos países los activistas (ciudadanos que realizan acciones no electorales) fragmentan su participación más que en otros países.

El problema que surge al usar la variable nominal con las cuatro categorías (inactivo, integrado, fragmentado electoral y fragmentado no electoral) se expone a continuación con un ejemplo. Si en un país A, se tiene que un 6% de la población fragmenta su participación de manera no electoral, mientras que en un país B lo hace un 5%, ello llevaría a colegir que el país A sufre de mayor fragmentación de su participación que el B. Sin embargo, si resulta que en el país A un 80% integra su participación; mientras que en el país B, sólo un 10% la integra; eso quiere decir que, en el fondo, del total de activistas sólo un 7% está fragmentando en el país A, mientras que un 50% de los activistas está fragmentando en el país B. Lo que importa, por lo tanto, no es saber cuanto se fragmenta del total de ciudadanos, sino cuánto se fragmenta del total de activistas.

Para solucionar ese posible sesgo, la unidad de análisis de este capítulo son los activistas y el contraste principal se da entre quienes deciden integrar su acción política con el voto y aquellos que deciden fragmentarla.

Observar la participación política desde la entrada de los activistas no está exento de eventuales cuestionamientos. Los pocos estudios que han elaborado reflexiones en torno al fenómeno de la participación fragmentada no electoral la describen como un tipo de abstencionismo crítico, señalando que se trata de una conducta generada como consecuencia del malestar con la democracia y con la clase política (Vrablikova, 2015, Portos, Bosi & Zamponi,

2019). En ese sentido, se ha sugerido que estos participantes son ciudadanos que, desencantados de la política, se auto excluyen de la vía electoral, pero elevan voces alternativas (Portos, et al 2019, en algún sentido también Norris, 2002). Desde este punto de vista, el contraste principal sería entre abstenerse completamente o abstenerse elevando voces críticas por medio de acciones no electorales. Lo anterior implica asumir el supuesto de que hay una decisión de salir del camino electoral, y las opciones serían salirse completamente y quedar inactivo; o salirse, pero además realizar participación no electoral. Muy similar a la tesis del reemplazo del capítulo anterior.

No obstante, hay varias razones que sugieren que la secuencia es distinta: más que una lógica de salida de lo electoral, la participación fragmentada es principalmente una lógica de no entrada a lo electoral. Las razones que justifican esto son variadas.

En primer lugar, en el curso de la vida la primera posibilidad que tienen los ciudadanos de participar en política no es el voto, sino la participación no electoral. Gran parte de quienes marchan, realizan activismo online, o boicotean productos, son menores de edad; de hecho, quienes más participan en acciones no electorales son siempre lo más jóvenes (Dalton, 2008b; Schussman & Soule, 2005; Vrábliková, 2012a). La evidencia empírica señala que, si el sufragio prevalece en la población más vieja, lo contrario ocurre con la PNE (Blais, 2010). Asimismo, diversos estudios abocados a la protesta ciudadana han encontrado que la activación política no se da en mayoría de edad, sino de manera previa, en época escolar (Castillo, Miranda, Bonhomme, Cox, & Bascopé, 2015). Justamente, la evidencia más sólida al respecto sugiere que el vínculo entre recursos y participación, origen de la participación política no electoral, no se da en edad adulta, sino que en edad escolar (Hooghe & Dassonneville, 2013). Por lo mismo, se ha encontrado que ya existen importantes patrones de desigualdad en la participación política de escolares (Castillo et al., 2015). En otras palabras, para la mayoría de quienes nacieron en sociedades democráticas, muy posiblemente su primera aproximación hacia la participación política haya sido por medio de las acciones no electorales. Por último, se ha encontrado que la participación electoral actúa también como consecuencia de un hábito, es decir, quienes votan una vez, es muy probable que lo sigan haciendo en el futuro (Bargsted et al., 2019). Por lo tanto, tiene más lógica pensar la integración como una opción de entrar o no entrar a la política electoral, más que de salir de lo electoral y reemplazarlo con lo no electoral.

En base a los argumentos anteriores, la variable dependiente en este capítulo es el porcentaje de ciudadanos de cada país que participa en política no electoral (ya se comprobó que hay un mínimo relevante) pero no integra con el voto. Es decir, dentro de quienes rompen la barrera más demandante de participación, que es la no electoral, ¿por qué no votar?

Resultados descriptivos y de correlaciones

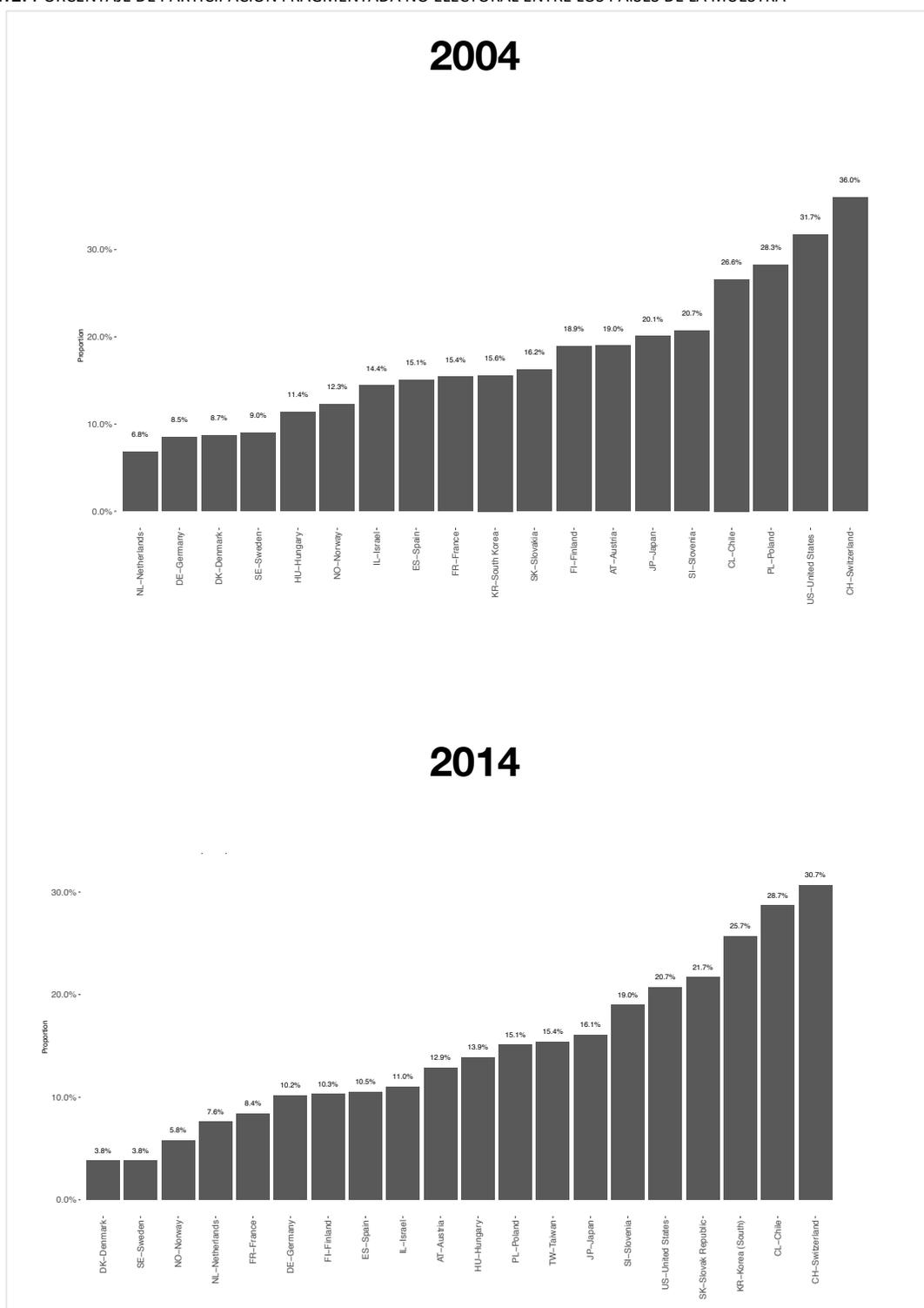
En la Figura 4.1 se puede ver el porcentaje de quienes participan en PNE pero no votan para el año 2004 y el año 2014. Tal cómo ocurrió con los repertorios de participación para la ciudadanía en su conjunto (ver capítulo tres), dentro del universo de activistas también se puede ver una relativa estabilidad entre las dos olas. Los activistas de los países nórdicos suelen integrar su participación, a lo que se suman otros países como Alemania u Holanda. En cambio, en otros países como Suiza o Chile hay un porcentaje relativamente estable de fragmentación, -alrededor de uno de cada tres activistas en estos países no vota.

Por su parte la estabilidad entre una ola y otra se puede ver en la Figura 4.2, que muestra una correlación entre el porcentaje que fragmenta, entre el año 2004 y el año 2014. La correlación muestra un coeficiente de 0.81 y se ve que para ambas olas son básicamente los mismos países los que más y los que menos fragmentan.

Pero, sobre todo, se observa una variación que resulta relevante de explicar. Las condiciones están dadas para ahondar en el problema y buscar las determinantes centrales que pueden estar llevando a estas culturas de participación tan diferentes entre países.

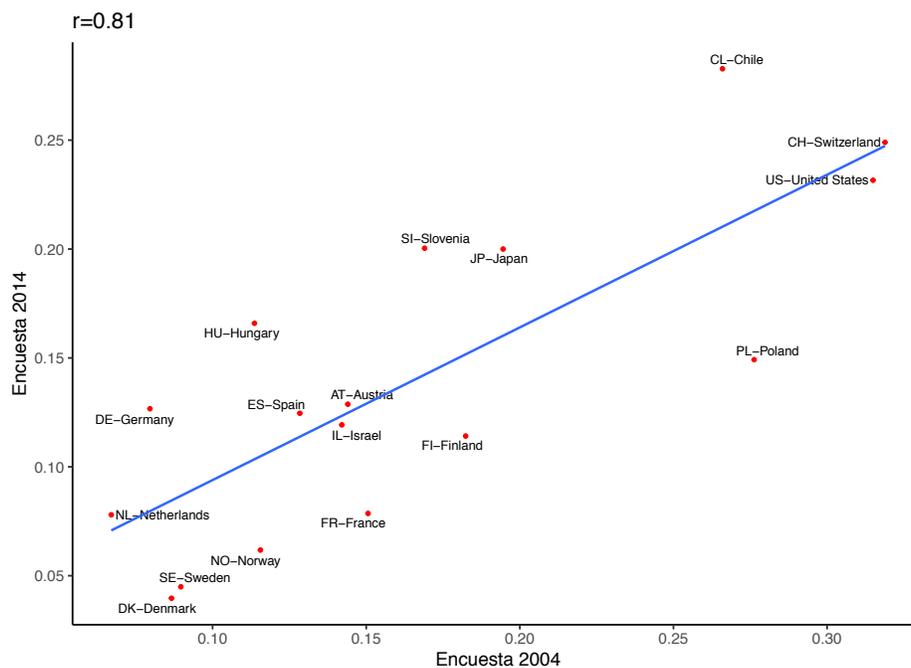
Por lo tanto, lo que se busca explicar es por qué la participación política de los activistas se tiende a fragmentar en ciertos contextos, mientras que se complementa y potencia mutuamente en otros. Esto implica una serie de análisis que tienen lugar a nivel de individuo. Sin embargo, en lo que queda de capítulo se busca una primera aproximación viendo correlaciones generales entre estadísticos a nivel país. Esto despejará algunas cosas claves para proseguir con los análisis de mayor profundidad en el capítulo cuatro.

FIGURA 4.1. PORCENTAJE DE PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA NO ELECTORAL ENTRE LOS PAÍSES DE LA MUESTRA



Fuente: elaboración propia en base a los datos del ISSP

FIGURA 4.2. CORRELACIÓN ENTRE OLA 2004 Y OLA 2014.



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2004 y 2014.

Correlaciones bivariadas

¿Cuál es la importancia de las organizaciones en el porcentaje de fragmentación versus integración de la participación de los distintos países?

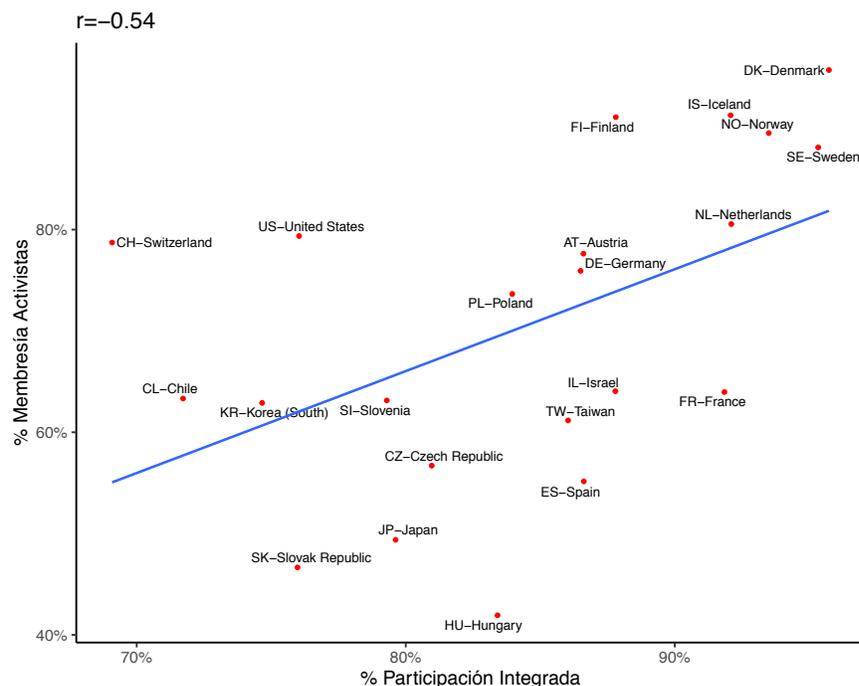
La Figura 4.3 muestra la correlación entre el porcentaje de activistas con membresía a organizaciones voluntarias y el porcentaje de ellos que integra su participación. Hay una primera observación descriptiva que se puede desprender del gráfico: los ciudadanos que realizan participación no electoral tienden a tener membresías en organizaciones de la sociedad civil. Aún así hay una enorme varianza entre ellos: hay países donde la afiliación llega a cerca del 90% y en otros cae a cerca del 40%.

En cuanto a la correlación misma, se observa una asociación relativamente fuerte ($r = 0.54$) y positiva entre el porcentaje de membresía y el porcentaje de activistas que votan (o integran). Países donde los activistas están organizados tienden a fragmentar mucho menos su participación que en países donde los activistas están menos organizados. Por ejemplo, en países como Finlandia

o Dinamarca, prácticamente todos quienes realizan acciones no electorales tienen una membresía a alguna organización de la sociedad civil y votan. En el otro extremo hay países como Chile o Eslovaquia, con porcentajes más bajos de membresía de los activistas a organizaciones de la sociedad civil, así como también con niveles más bajos de integración.

Aún así hay algunas excepciones interesantes. El caso de Hungría resalta por cuanto es uno de los países con menores tasas de membresía, pero sin estar entre los países con mayor porcentaje de fragmentación. Pero los que más resaltan son los casos de Estados Unidos y, sobre todo, de Suiza; países con altos niveles de asociatividad, pero, a su vez, con altas tasas de fragmentación.

FIGURA 4.3. CORRELACIÓN ENTRE MEMBRESÍA Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA ENTRE LOS ACTIVISTAS DE CADA PAÍS PARA TODA LA MUESTRA.



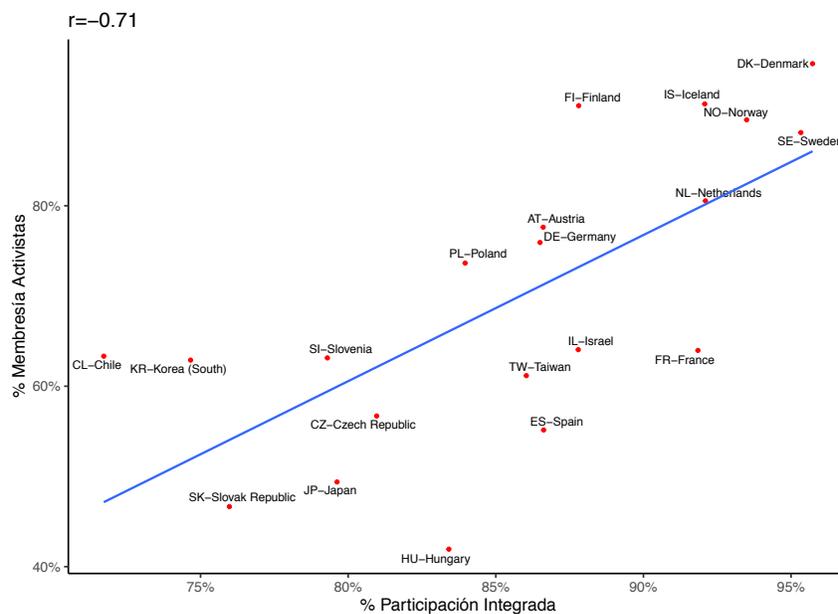
Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014.

Ambos países se podrían considerar datos atípicos. De hecho, si se eliminan de la muestra, la correlación se vuelve mucho más clara y el coeficiente de correlación sube a 0.71 como se ve en la Figura 4.4. En esta última figura se que una correlación mucho más nítida entre membresía e integración de la participación política de los activistas.

Es bastante plausible pensar en que aquellos con menores niveles de asociatividad tendrán menores porcentajes de integración. Es probable que se trate de activistas desanclados, que tienden a la acción directa sin tener que rendirle cuentas ni a compañeros de organización.

Ahora bien, para evaluar la importancia de las otras variables revisadas en el marco teórico y, a su vez, ver si las organizaciones siguen siendo relevantes una vez que se controla por otras variables que también lo son, se realiza una regresión lineal múltiple.

FIGURA 4.4. CORRELACIÓN ENTRE MEMBRESÍA Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA ENTRE LOS ACTIVISTAS DE CADA PAÍS EXCLUYENDO A ESTADOS UNIDOS Y SUIZA.



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014.

Método y variables independientes

Para poner a prueba los argumentos sobre explicaciones alternativas acerca de la participación integrada/fragmentada de los activistas, se propone realizar modelos de regresión lineal múltiple.

Para el análisis, se incluyen una serie de variables agregadas a nivel de país y se considera como variable dependiente el porcentaje agregado de activistas que integran (o fragmentan) su participación para cada uno de los países incluidos en el análisis. Los siguientes análisis consideran

solamente la ola 2014, ya que, como se comprobó en los análisis de secciones anteriores, los porcentajes muestran una importante estabilidad.

Para observar la importancia de las organizaciones, se considera la variable agregada de porcentaje de activistas afiliados a una organización de la sociedad civil para cada país.

Para poner a prueba la tesis de la modernización socio económica, se considera el índice de desarrollo humano para todos los países de la muestra del año 2014. Se decide por este índice antes que mediciones más brutas de ingreso económico, ya que el índice de desarrollo humano se considera como una medida más integral de desarrollo de los países. A este índice se le suma uno más directo que también hace alusión a la modernización, que es el promedio de años de educación para cada país.

Para observar el nivel de descentralización de las instituciones democráticas, se utiliza el mismo indicador que utilizó Katerina Vrablikova (2014a) en sus estudios, que es el indicador de descentralización territorial de Schneider. Dicho indicador se basa en la descentralización fiscal, que se basa a su vez en datos del FMI / Banco Mundial (Schneider, 2003, p. 36). La tesis de la autora es que los países más descentralizados permiten una mejor apertura del sistema político, y, por ende, la participación no electoral aumenta. Habría que ver, por lo tanto, si dicho indicador además de potenciar la participación no electoral, también la integra.

Para evaluar los argumentos relativos al malestar con la política se incluye una variable para el porcentaje agregado en cada país que señala que tiene alta confianza o mucha confianza en los políticos.

Para evaluar la tesis de Moseley sobre la efectividad del gobierno y la contención de la movilización, se incluye el mismo indicador que él usó, que es un índice de efectividad del gobierno del banco mundial (World Bank, 2018).

Finalmente, para evaluar las inclinaciones normativas hacia el voto se consideró el porcentaje de individuos que señaló estar muy de acuerdo con que un buen ciudadano siempre vota en las elecciones. Los estadísticos descriptivos de las variables se pueden ver en la Tabla 4.1.

TABLA 4.1. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS DE LAS VARIABLES

| VARIABLES | N | Media | St. Dev. | Min | Pctl(25) | Pctl(75) | Max |
|------------------------------------|----|--------|----------|-------|----------|----------|-------|
| % Participación fragmentada (NE) | 22 | 0.844 | 0.077 | 0.691 | 0.794 | 0.908 | 0.957 |
| Índice de inclusividad de la inst. | 22 | 13.988 | 10.422 | 0 | 7.5 | 19.4 | 37 |
| Años de democracia | 22 | 60.955 | 47.623 | 21 | 24.5 | 69 | 205 |
| Confianza entre personas | 22 | 0.517 | 0.183 | 0.171 | 0.368 | 0.669 | 0.829 |
| Confianza con la política | 22 | 0.264 | 0.134 | 0.083 | 0.161 | 0.351 | 0.582 |
| % Membresía a organizaciones | 22 | 0.705 | 0.156 | 0.419 | 0.616 | 0.803 | 0.958 |
| % Alto deber cívico con el voto | 22 | 0.528 | 0.111 | 0.263 | 0.450 | 0.616 | 0.696 |
| Años de educación promedio | 22 | 4.677 | 0.442 | 3.815 | 4.323 | 5.012 | 5.513 |
| Índice de desarrollo humano | 22 | 0.889 | 0.031 | 0.828 | 0.877 | 0.913 | 0.944 |
| Efectividad del gobierno | 22 | 1.434 | 0.433 | 0.530 | 1.160 | 1.812 | 2.110 |

Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014, Banco Mundial, Schneider (2013), IDH (2014).

Resultados análisis multivariable

En esta sección se presentan y discuten los resultados de los modelos de regresión multivariada, donde la variable dependiente es el porcentaje de activistas de cada país que integra su participación. Debido al extremadamente pequeño número de casos (N=22) se incluyen sólo las variables indispensables y se prueba por separado el efecto de cada variable independiente sobre la dependiente. La única variable que se incluye en todos los modelos es “años de democracia”, ya que, al haber comprobado en la correlación que hay dos casos extremos, que son Estados Unidos y Suiza, las dos democracias más longevas de la lista, se decide controlar por este factor en todos los modelos.

En la Tabla 4.2, se ven los resultados de la regresión lineal para ocho modelos. Siete de esos modelos corresponden al efecto de cada variable independiente por separado, y el modelo ocho incluye las variables que resultaron más significativas de los modelos anteriores.

En el modelo 1 se ve la importancia de la membresía a organizaciones para explicar la integración de los activistas, controlando por años de democracia. La membresía resulta significativa a un 99% de nivel de confianza y el R2 muestra que el modelo está explicando el 42% de la varianza, lo que es altísimo considerando que se incluyen sólo 2 variables. En ese mismo modelo se observa que los años de democracias tienen un coeficiente negativo con un efecto significativo al 95% de

confianza. Eso quiere decir que, contrario a la expectativa, a mayor cantidad de años de democracia aumenta las posibilidades de fragmentar la participación. Ello se debe sin duda al efecto de los dos países con democracias más longevas en la muestra, que son Estados Unidos y Suiza, ambos con altos porcentajes de fragmentación.

El modelo 2 evalúa la importancia del deber cívico controlando por años de democracia. Efectivamente la variable resulta significativa al 95% de nivel de confianza, aunque explica poco más de la mitad del modelo anterior en términos de ajuste por R2 (25%). Eso significa que, en promedio, los países donde un mayor porcentaje de sus activistas sienten que votar es su deber cívico, van a integrar más su participación que el resto.

En los modelos 3 y 4 se observa la importancia del malestar con la política y de la horizontalidad de las instituciones. Ninguno resultó relevante para explicar participación integrada. Sobre todo, llama la atención que el porcentaje de fragmentación en promedio no esté explicado por el malestar con la clase política. Claramente se trata de un fenómeno más complejo que un alejamiento de las urnas producto de la desconfianza hacia los políticos.

El índice de efectividad del gobierno (modelo 5) tuvo un efecto leve sobre la integración. Los activistas de gobiernos más efectivos votan más, aunque mirando el ajuste del modelo más el pequeño tamaño del efecto, no parece ser un factor decisivo.

En cuanto a las variables relativas a modernización económica (modelo 6 y 7), tanto el índice de desarrollo humano como los años de educación promedio tienen algo que decir. Aunque claramente el efecto del índice de desarrollo humano resulta más decisivo, siendo significativo al 95% de nivel de confianza y explicando un 27% de la varianza total del modelo. En este caso, a mayor desarrollo, mayor integración de la participación.

En síntesis, se descarta, por lo menos para este grupo de países, que el porcentaje de integración/fragmentación que muestran los países se produzca producto de la desconfianza hacia la política, la efectividad del gobierno o por una mayor descentralización de las instituciones democráticas. Sin embargo, no se descarta que sea por modernización económica, por niveles distintos de deber cívico hacia el voto o por porcentaje de activistas organizados. Estas tres variables, que fueron las que resultaron más relevantes en los modelos anteriores, se prueban en un modelo final.

TABLA 4.2. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA/FRAGMENTADA.

| | Variable Dependiente: Porcentaje de participación Integrada | | | | | | | |
|-----------------------------------|---|---------------------|---------------------|---------------------|---------------------|--------------------|--------------------|---------------------|
| | (Modelo 1) | (Modelo 2) | (Modelo 3) | (Modelo 4) | (Modelo 5) | (Modelo 6) | (Modelo 7) | (Modelo 8) |
| % Membresía a organizaciones | 0.379*** (0.102) | | | | | | | 0.257** (0.121) |
| % Alto deber cívico con voto | | 0.352** (0.141) | | | | | | 0.171 (0.134) |
| % Confianza en políticos | | | 0.232 (0.138) | | | | | |
| Índice de centralización | | | | -0.004 (0.019) | | | | |
| Índice de efectividad de gobierno | | | | | 0.101+ (0.058) | | | |
| Índice de desarrollo humano | | | | | | 1.563** (0.607) | | 0.642 (0.609) |
| Años de educación promedio | | | | | | | 0.076+ (0.040) | |
| Años de democracia | -0.039** (0.016) | -0.016 (0.016) | -0.021 (0.018) | -0.005 (0.019) | -0.037* (0.020) | -0.037* (0.019) | -0.021 (0.018) | -0.045** (0.017) |
| Constante | 0.577*** (0.073) | 0.658*** (0.076) | 0.783*** (0.040) | 0.844*** (0.017) | 0.697*** (0.071) | -0.545 (0.539) | 0.490** (0.188) | 0.002 (0.501) |
| Observaciones | 22 | 22 | 22 | 22 | 20 | 22 | 22 | 22 |
| R ² | 0.426 | 0.252 | 0.136 | 0.010 | 0.226 | 0.265 | 0.166 | 0.516 |
| R ² Ajustado | 0.365 | 0.173 | 0.045 | -0.094 | 0.135 | 0.187 | 0.078 | 0.402 |
| F Statistic | 7.045*** | 3.195* | 1.499 | 0.095 | 2.482 | 3.422* | 1.885 | 4.524** |

+p<0.1 **p<0.05 ***p<0.01

Fuente: elaboración propia en base a datos del ISSP 2014.

En el modelo 8 se observa el efecto de membresía a organizaciones, deber cívico, índice de desarrollo humano y años de democracia. Sólo años de democracia y membresía a organizaciones sigue siendo significativo. Ambas a un 95% de nivel de confianza, lo que es bastante si se considera el muy bajo número de casos y los controles que se incluyeron en el modelo. El R2 del modelo es el más alto, llegando a explicar un 52% de la varianza total y un 40% si se considera el R2 ajustado. Ambos indicadores respaldan que se trata de un modelo muy explicativo.

Estos análisis ofrecen una evidencia importante, aunque aun no decisiva, para la primera expectativa teórica de esta tesis. A nivel agregado y controlando por los efectos del deber cívico, nivel de desarrollo y años de democracia, la variable de membresía es la más relevante y

significativa. A mayor cantidad de activistas organizados, mayor porcentaje de ellos acompaña su movilización con el voto.

Discusión sobre la relación entre deber cívico y membresía a partir de casos concretos.

Los resultados de los modelos de regresión, así como de las correlaciones, dan respaldo respecto a la relevancia de las organizaciones de la sociedad civil. Aún así, también fue significativa la importancia del deber cívico. La relevancia del deber cívico va incluso más allá del respaldo que pueda obtener un modelo de regresión, es de sumo intuitivo que quienes estén muy convencidos de que votar es su deber ciudadano acudirán a las urnas, independiente de otros factores. Sin embargo, no es la variable más significativa, en gran parte, porque no todos los activistas que votan lo hacen como consecuencia de un alto sentido del deber cívico.

Lo anterior se puede corroborar en la figura 4.5, donde se ve la correlación entre el porcentaje de activistas de cada país que está muy de acuerdo con que votar es su deber ciudadano y el porcentaje de activistas que integra su participación. Lo relevante de la figura es que se observa que, si bien existe algo de correlación, el deber cívico claramente no es lo único que está explicando la participación integrada. Curiosamente dos de los países que más fragmentan su participación, Chile y Corea del Sur, son países con niveles relativamente altos de deber cívico entre sus activistas (entre el 50% y el 60%). Sin embargo, también se estableció que son países con poca membresía a organizaciones de la sociedad civil. Es esperable que, entre aquellos activistas con bajo deber cívico, la ausencia de membresías organizacionales cobre relevancia.

También cumplen la expectativa los países nórdicos, quienes cuentan con altos niveles de deber cívico y altos niveles de membresía a organizaciones de la sociedad civil, lo que redundará en altos niveles de participación integrada. Ello lleva a que, ya sea por aspectos normativos o sociales, los activistas terminan integrando en su gran mayoría la participación.

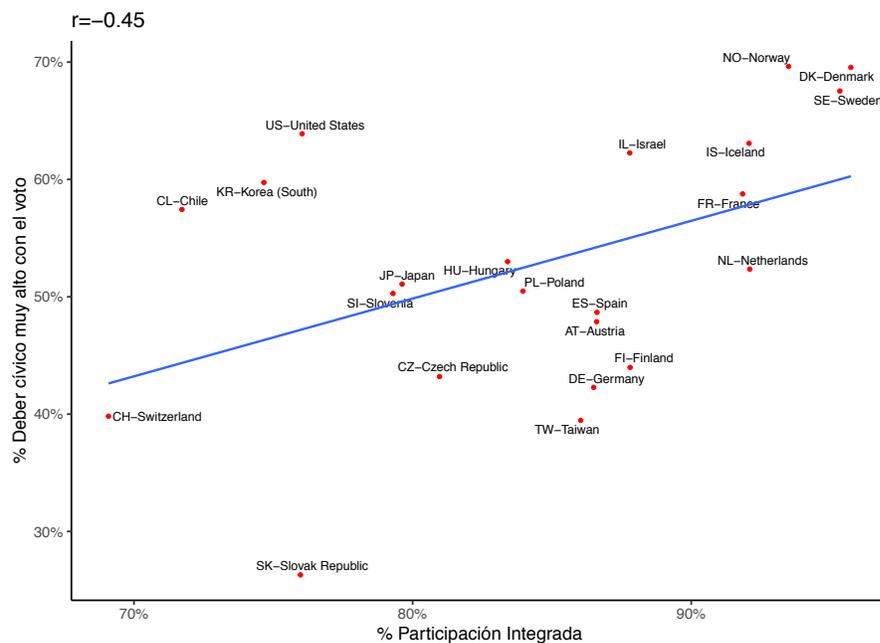
Sin embargo, también hay países que suponen un desafío a estas tendencias y plantean interesantes preguntas para ser abordadas en los siguientes capítulos.

Un ejemplo de estas tendencias contradictorias son los casos de Suiza, Alemania y Finlandia. Estos tres países tienen niveles de deber cívico bastante moderados y parecidos, en torno al 40%; pero que, sin embargo, no integran para nada al mismo nivel. Mientras que en Suiza cerca de un 30% de los activistas fragmentan su participación; en Alemania y Finlandia esa cifra cae a cerca del

10%. Pero eso no es todo, en la figura 4.2 se observó que en los tres países los activistas tienen membresías a organizaciones relativamente parecidas, en torno al 80%. Por lo tanto, la pregunta es, ¿qué está ocurriendo en Alemania y Finlandia, que no está ocurriendo en Suiza, para que tantos activistas integren su participación en los primeros casos, pero fragmenten en el último?

La respuesta a esa pregunta es fundamental, ya que permite hacer avanzar el argumento a un siguiente nivel. En concreto, se plantea que la gran diferencia entre estos tres países es el rol que cumplen, o dejan de cumplir, las organizaciones de la sociedad civil, sobre todo entre aquellos activistas que tienen un bajo sentido del deber cívico con el voto. No basta con tener altos niveles de membresía organizacional, esas organizaciones deben ser efectivas en llevar a sus miembros a las urnas. O, en otras palabras, es muy probable que en Alemania y Finlandia las organizaciones logren con mayor éxito integrar la participación que en otros países como Suiza.

FIGURA 4.5. CORRELACIÓN ENTRE DEBER CÍVICO Y PARTICIPACIÓN INTEGRADA



Fuente: elaboración propia en base a datos del ISSP 2014.

El ejemplo anterior aplica también para un conjunto más amplio de países. Las comunidades que se forman en las organizaciones permiten que los individuos entren en contacto, aumenten la confianza entre ellos y, por ende, sean blanco de invitaciones no sólo a movilizarse por vías no electorales, sino que también hacia las urnas. Sin embargo, también podría ocurrir que las organizaciones dejen de estimular a sus miembros hacia la política electoral. Hay indicios, de que las organizaciones pueden estar cumpliendo roles diversos en distintos países. ¿Es posible que haya países donde sus ciudadanos activos en política no electoral y con membresía organizacional, no acudan a las urnas? En el siguiente capítulo se explora en la pregunta anterior viendo los determinantes individuales y complementando con variables de nivel país gracias a modelos multinivel. De esta manera, se explora más en la interacción de variables individuales que pueden permitir observar este fenómeno.

Conclusiones

Los ciudadanos movilizados son un subconjunto interesante para explorar a nivel de cada país. Se trata de individuos que ya están activos políticamente, por medio de actividades no electorales, pero que, sin embargo, pueden tener o no tener una relación con la política electoral. Más aún, el porcentaje de activistas que integra o fragmenta su participación muestra una importante varianza entre países.

En este capítulo se puso el foco en entender a este grupo de ciudadanos desde una perspectiva comparada. Para ello, se prestó especial atención al rol que cumplen las organizaciones de la sociedad civil como puente entre la participación no electoral y la electoral. Específicamente, de acuerdo con las expectativas teóricas, se encontró que existe una correlación importante entre porcentaje de activistas con membresía organizacional y porcentaje de activistas que integra su participación con el voto. Más aún, la membresía organizacional resultó la más decisiva de una serie de otras variables que se pusieron a prueba en modelo lineales múltiples.

Por su parte, también se discutió la importancia del porcentaje de activistas que tienen un alto sentido deber cívico hacia el voto. Esta variable también resultó significativa en los modelos lineales, lo que indica que, a medida que un país tiene más valores de deber cívico hacia el voto entre sus activistas, mayor es la integración. Sin embargo, el deber cívico pierde significación frente a la importancia de la membresía a organizacional en los modelos de regresión.

El problema que queda planteado es que ni la afiliación organizacional ni el deber cívico dan cuenta en su totalidad de por qué los activistas integran o fragmentan su participación. Ambos elementos deben ser tomados en cuenta para especular sobre las posibles funciones que están cumpliendo los factores sociales y normativos.

De todas maneras, el análisis comparado agregado permite sacar una conclusión bastante concreta: las organizaciones importan. El porcentaje de asociatividad de cada país es incluso más relevante que el deber cívico promedio o que el nivel de desarrollo. Sin embargo, para observar cuando y cómo importan, se debe ir al nivel individual, que tome como unidad de análisis al individuo anclado en cada país. Dicho análisis se presenta en el siguiente capítulo.

Organizaciones y deber cívico. Un efecto de interacción.

“Si desdeñan hoy el ejercicio de su derecho de dueños, tendrán mañana aterrados que postrarse ante un tirano que los salve. Deber es el sufragio, como todo derecho; ¡y el que falta al deber de votar debiera ser castigado con no menor pena que el que abandona su arma al enemigo!”

José Martí

Nueva York, 6 de noviembre de 1884

El día de las elecciones presidenciales en Chile, el año 2017, la presidenta en ejercicio, Michelle Bachelet, declaraba en el lugar de votación “yo me equivoqué, porque pensé que la gente tenía un espíritu cívico más grande que el que han demostrado tener” (CNN, 2017). Con esto la presidenta hacía alusión al descenso que había mostrado el país en el sufragio luego de la instauración del voto voluntario el año 2012. La atribución de causalidad que la presidenta deslizaba en su frase era que el bajo sentido de deber cívico de los chilenos determinó el descenso en la votación.

Sin embargo, ello no es una explicación satisfactoria si se busca explicar por qué los activistas (aquellos ciudadanos ya activos en política) no están llegando a las urnas. Por el contrario, como se observó en el capítulo anterior, en Chile el porcentaje de activistas que señala estar muy de acuerdo con que votar es su deber ciudadano es incluso mayor que en países como Alemania, Austria u Holanda; países donde la participación política se da casi en su totalidad de manera integrada.

En cambio, en Chile, pese a tener niveles de deber cívico más altos que los países mencionados, uno de cada tres activistas se abstiene en las elecciones, y estas tendencias muestran relativa estabilidad si se comparan las olas 2004 y 2014.

Si bien el sentido del deber cívico es relevante - quién siente que votar es su deber como ciudadano es muy probable que acuda a las urnas independiente de otros factores-, incluso en los países

con mucha orientación normativa hacia el voto, dicho porcentaje dentro de los activistas no llega al más del 70%. Es decir, siempre queda una brecha donde habitan activistas que no sienten que votar sea su deber ciudadano. La única posibilidad es que haya otro mecanismo que esté encauzando a aquellos ciudadanos movilizados que no tienen un alto sentido del deber cívico, mecanismo que sí estaría operando en países como Alemania, pero que no sería del todo efectivos en países como Chile. En este capítulo se busca demostrar que esa brecha la llenan las organizaciones de la sociedad civil.

En ese sentido, lo que hay es un efecto de interacción: el arraigo asociativo de los activistas no resulta relevante entre aquellos que tienen altos valores cívicos hacia el voto, pero resulta fundamental para encauzar a quienes no lo tienen. Así, la pertenencia a comunidades que puedan despertar y movilizar a sus miembros, estimularlos en la política y formar en ellos preferencias electorales, es lo que marca la diferencia entre países con alta y baja integración.

Sin embargo, no todos los países son igualmente exitosos a la hora de integrar a sus activistas por medio de las asociaciones civiles. En este capítulo se observa que gran parte de la fragmentación se debe también a que hay contextos donde las organizaciones dejan de ser el puente que permite la integración entre la dimensión electoral y la no electoral.

Ello implicaría que la historia es un poco más compleja: para que los países integren exitosamente su participación no basta con la alta vitalidad de la sociedad civil. Es necesario que esas organizaciones cumplan con el rol de estimular que sus miembros desarrollen preferencias políticas y ejerzan sobre ellos presiones sociales para expresar esas preferencias políticas en las urnas.

Por lo tanto, el argumento es que es una combinación particular entre orientaciones normativas y sociales lo que permite entender la integración o el quiebre entre ambas formas de participación en contextos organizativos. Para apoyar este argumento se realizan modelos multinivel y de efectos fijos que permitan observar la importancia de las organizaciones tanto a nivel de variables país como a nivel de individuos.

El capítulo se organiza de la siguiente manera. En el siguiente punto se discute qué tipo de orientación hacia el voto están estimulando las organizaciones. Luego se discute teóricamente los dos caminos para la fragmentación, que son la del activista individual y la del activista organizado. En el cuarto punto se discuten explicaciones alternativas que podrían anular el efecto de las organizaciones sobre la integración de la participación política. Tanto las teorías centrales como

las explicaciones alternativas encuentran una operacionalización en el punto cinco en el que se explican las variables a ser utilizadas en los análisis multivariados. En el punto seis se ofrecen los resultados de las regresiones multinomiales y logísticas donde se ponen a prueba las expectativas teóricas. Finalmente, se exponen las conclusiones más relevantes de este capítulo.

Organizaciones y aspectos normativos y sociales de voto

Este capítulo busca profundizar sobre el rol que tienen las organizaciones en la integración de la participación política de los activistas. Para ello, hay que partir discutiendo de qué manera pueden los espacios asociativos de la sociedad civil estar estimulando que sus miembros acudan a las urnas.

De acuerdo con la literatura más sistemática que busca responder a la pregunta de por qué la gente vota, hay dos conjuntos distintos de consideraciones para los votantes potenciales: el normativo (o ético) y el no normativo (o no ético). Primero, el ciudadano puede votar por un alto sentido del deber cívico: votar es su deber. Hay una abundante literatura que ha establecido que independiente de otras consideraciones, si el votante siente que el voto es un acto de deber cívico importante, va a votar siempre en las elecciones (Blais & Achen, 2019). En segundo lugar, el ciudadano puede votar debido a que tiene una fuerte preferencia y le importan las elecciones, por lo tanto, el voto se transforma en un motivo instrumental o expresivo (Brennan & Hamlin, 1998). De esta manera, la abstención ocurre cuando no está presente un deber suficientemente fuerte ni una preferencia suficientemente clara.

En este escenario, ¿cuál es el rol que cumplen las organizaciones? ¿los miembros de asociaciones civiles tienen un refuerzo del aspecto ético o del aspecto social del voto?

Si bien hay algunos estudios que mencionan que las organizaciones pueden tener un rol en potenciar el deber cívico, estas aluden sobre todo a las organizaciones políticas y no a asociaciones de la sociedad civil (Wauters, 2018). Aún así, se ha encontrado evidencia de que hay organizaciones de la sociedad civil, sobre todo las religiosas (Cassel, 1999), que podrían estar estimulando el sentido cívico del voto. Sin embargo, la literatura que estudia los espacios sociales donde se adquieren con mayor fuerza los valores cívicos hacia el voto ha encontrado mayor evidencia para otros tipos de instituciones, principalmente las educativas (Campbell, 2005) y la

familia (Metzger & Smetana, 2010). Si bien es probable que exista un interés por la participación política y los valores de deber cívico, otros investigadores también han estudiado que no siempre suelen ir de la mano. El emblemático estudio de Russell Dalton acerca de las normas que guían la participación ciudadana, estableció que los valores de “deber cívico” suelen estar más relacionados con actitudes más bien individuales, como obedecer a la ley y servir en el ejército; mientras que la participación en asociaciones voluntarias están más correlacionadas con valores de “compromiso ciudadano” (o engagement), las que a su vez se relacionan más con acciones políticas no convencionales (Dalton, 2008b).

De esta manera, no hay una evidencia categórica de que las asociaciones voluntarias estén canalizando a sus miembros hacia las urnas al incrementar su sentido de deber cívico. En cambio, si hay es bastante evidencia de que las asociaciones potencian el aspecto social del voto.

El argumento central que ha ofrecido la literatura que ya se revisó en el marco teórico, es que las asociaciones civiles tienen un rol indirecto y directo en estimular el voto. Indirecto al servir como un contexto donde se desarrollan un sinfín de actitudes y motivaciones que lo favorecen. Sobre todo, las asociaciones son el espacio donde se desarrolla confianza en las personas (también llamado capital social), lo que genera mayor flujo de información y lo que disminuye el costo cognitivo de participar en elecciones. Todo lo anterior redundando en que las organizaciones son espacios donde se desarrollan preferencias electorales. Pero también hay un rol directo, por cuanto las organizaciones estimulan a que esas preferencias electorales lleguen a las urnas el día de la votación.

Por lo tanto, las organizaciones integran la participación sobre todo sirviendo como un contexto que permite que aquellos que no cuentan un alto sentido de deber cívico puedan desarrollar preferencias electorales y presionando para que aquellas preferencias electorales se expresen en las urnas.

En este contexto, existen dos rutas para la fragmentación. La primera, es que se trate de un activista individual, que se moviliza por fuera de las asociaciones civiles, pero que además tiene un bajo sentido del deber cívico. El segundo camino, algo más complejo, es que el activista, pese a tener membresía organizacional, decida no acompañar su participación con las urnas. Ello implicaría que las organizaciones dejan de ofrecer los estímulos sociales que permite que se

desarrollen preferencias electorales. Ambas rutas hacia la fragmentación se describen a continuación.

El activista fragmentado individual

Del punto anterior se desprende que las organizaciones tienen la facultad de integrar la participación política de sus miembros movilizados, por lo tanto, es de esperar que quienes no acompañen su participación política con el voto, sean principalmente los votantes sin membresías organizacionales. Ello obliga a pensar el perfil del activista individualista, que, sin membresías o arraigo asociativo, se moviliza de manera desorganizada.

Hasta hace poco tiempo atrás, las teorías de acción colectiva no habían puesto mayor atención a la importancia del activista sin organización. La teoría de la movilización de recursos (McCarthy & Zald, 1977), una de las teorías centrales de acción colectiva, gira en torno a la importancia que tienen las organizaciones de movimientos sociales, que son una forma de organización de la sociedad civil. De hecho, se puede decir que las teorías dominantes en el campo de los movimientos sociales siguen articulando sus predicciones en torno a la presencia de organizaciones. No es de extrañar que gran parte de los estudios abocados a la movilización hayan puesto el acento en estudiar a las asociaciones civiles. Por ejemplo, se han hecho investigaciones cualitativas para estudiar la profesionalización de organizaciones de movimientos sociales, que terminan siendo ONG's (Staggenborg, 1988), así como también investigaciones sobre la diversidad de asociaciones civiles y cómo ello está relacionado con diferentes tipos de "voz política" (Minkoff, Aisenbrey, & Agnone, 2008). Así, las organizaciones se han transformado en un aspecto central para el estudio de la movilización política.

Casi como un paradigma, se ha pensado en la necesidad de organizarse como una constante en la teoría e investigación de la movilización política, sobre todo la vinculada a la protesta. Sin embargo, estudios recientes han demostrado que la organización no siempre es necesaria, incluso para las acciones colectivas coordinadas de movimientos sociales. Shussman y Earl han estudiado que los movimientos que surgen en línea, o "movimientos electrónicos", pueden desafiar las teorías de los movimientos basadas en la preeminencia de las organizaciones (Schussman & Earl, 2004). Los autores profundizan en la tesis de movimientos sin organizaciones en un libro posterior, donde

discuten las facilidades de la coordinación online y los costos de organizarse (Earl & Kimport, 2011). De manera más reciente, Klanderman y colaboradores encontraron que un porcentaje importante de quienes iban a las marchas en Europa, lo hacía sin organizaciones detrás (Klandermans et al., 2014). Estos hallazgos llevan a pensar que la movilización individual puede estar creciendo en tiempos de expansión digital.

En suma, puede que los ciudadanos tengan motivación para participar (por ejemplo, porque comulgan con las ideas de un movimiento social o con la demanda de una comunidad vecinal), y, por lo tanto, firmen peticiones, se sumen a un boicot, se presenten en la convocatoria a una marcha o apoyen en una colecta de dinero. Sin embargo, todas esas actividades implican recursos. Ello implica que estos activistas tienen que haber desarrollado habilidades cívicas, pero en instituciones distintas a las organizaciones de la sociedad civil. Si bien las organizaciones son un espacio fundamental para adquirir habilidades cívicas no son el único. Por ejemplo, estas se pueden adquirir en instituciones que permitan menor contacto con otros, como el trabajo o las instituciones educativas.

Por lo tanto, la primera opción para fragmentar la participación es que se hayan desarrollado ciudadanos que tengan los recursos y motivación para participar en política no electoral, pero que dichas motivaciones no se deban a reclutamiento organizativo y que dichos recursos lo hayan obtenido en instituciones distintas a las organizaciones de la sociedad civil. Es decir, que se desprenda del modelo de voluntarismo cívico el aspecto microestructural, y se trate de activistas individuales.

Cuando dichos individuos, poco organizados tienen además un bajo sentido de deber cívico, es decir, sienten que votar no es su deber como buen ciudadano, es probable que se resuelvan solamente por la acción directa, donde además no deben rendirle cuentas ni a los políticos ni a compañeros de organización. Ello impediría que se encuentren insertos en contextos donde se estimulen preferencias políticas y presiones sociales para expresar esas preferencias en las urnas, tras lo cual la posibilidad de fragmentar aumenta.

El activista fragmentado organizado

La fragmentación de los activistas puede ocurrir por una ausencia de espacios colectivos que estimulen y canalicen preferencias electorales. Pero ¿puede ocurrir que haya activistas organizados que no votan?

Sin duda este escenario es más desafiante de dilucidar en términos teóricos, pero es posible pensarlo desde un planteamiento simple: para que exista *el activista fragmentado organizado*, las organizaciones deben dejar de ser un contexto que estimule preferencias políticas y presiones sociales para expresar esas preferencias en las urnas.

En ese sentido, se puede esperar que no siempre la sociedad civil sea exitosa en integrar la participación y que ese fracaso de las organizaciones explique gran parte de la fragmentación de algunos países. Las organizaciones pueden ser un lugar que integre la participación política, pero también, un espacio donde se reproduzca la fragmentación. Esa reproducción de la fragmentación ocurre cuando las organizaciones siguen dotando a sus miembros de las habilidades cívicas y de las redes necesarias para emprender acciones no electorales, pero dejan de ser un espacio que desarrolle motivaciones y presiones sociales hacia el voto.

¿Por qué las organizaciones podrían activar políticamente a sus miembros por la vía no electoral pero no por la vía electoral?

Si bien este punto se desarrolla en mayor profundidad en el capítulo seis, la premisa es que las asociaciones civiles, aunque no sean organizaciones abiertamente políticas, suelen tener vínculos con partidos y miembros de la política. En presencia de estos vínculos, para las asociaciones resulta relevante quien tenga autoridad sobre recursos que muchas de ellas necesitan. Sin embargo, hay contextos donde la política institucional deja de ser relevante. El supuesto sobre el que se desarrollan todos los estímulos que permiten que las organizaciones sean un contexto que fomente el desarrollo de preferencias electorales es que las asociaciones de la sociedad civil tengan algún vínculo con la política. O por lo menos, que no se encuentren totalmente autonomizadas de ella. Cuando la sociedad civil está alejada material e ideológicamente de los políticos, no sólo dejan de ser un contexto que estimule preferencias electorales, sino que incluso puede generar el efecto contrario. Pero al igual que en los casos anteriores, para que ello ocurra debe existir una ausencia de valores de deber cívico en los ciudadanos miembros de esas organizaciones. Por lo

tanto, es nuevamente una combinación particular entre orientaciones normativas y sociales (valores y preferencias) lo que permite entender el quiebre entre ambas formas de participación en contextos organizativos.

Explicaciones alternativas

En el capítulo anterior se revisó que efectivamente existe una correlación significativa entre membresía organizacional e integración política. Pero ello solamente a nivel agregado. Al incluir variables de nivel individual surgen otras alternativas para pensar la integración que resultan relevantes de estudiar.

Primero, los espacios asociativos pueden exponer a los ciudadanos a puntos de vista conflictivos, lo que puede crear incertidumbre y deprimir la participación (Mutz, 2002). De esta manera, quienes participen en más de una organización pueden estar expuestos a redes que crean la necesidad de rendir cuentas a grupos en conflicto. En este escenario, los miembros no saben qué lado apoyar, frente a múltiples grupos en competencia, lo que puede crear incertidumbre y deprimir la participación electoral.

Por su parte, el análisis a nivel individual permite evaluar la teoría de las “grievances” o “carencias colectivas”, la que supone que los manifestantes que están en peores condiciones en la escala social evitan la política a través de los canales adecuados, esto ya que carecen de acceso a la línea tradicional de influencia política y no pueden perseguir sus demandas a través de las elecciones (McAdam & Snow, 1997, p. 397). Desde este punto de vista, los activistas desfavorecidos pero luchadores, que provienen de los estratos más bajos de la jerarquía socioeconómica, evitan la votación ya que ven la arena electoral de la política convencional como cerrada para ellos: no tienen acceso ni posibilidad de que se escuche su voz.

En tercer lugar, de acuerdo con las teorías de capital social, este se constituye por la confianza entre las personas y su rol asociativo (Atkinson & Fowler, 2014). En ese sentido, se abre la posibilidad de que lo que esté integrando la participación sea, en realidad, la confianza entre las personas y no la membresía organizacional.

Finalmente, se puede pensar que no se trata realmente de estar o no organizado, sino que lo que importa es estar motivado por la política, frente a lo cual estar organizado sería una consecuencia secundaria de aquello. Ello implicaría que el efecto de la organización se pierde al

controlar por aspectos motivacionales, tales como discutir de política, estar interesado en política y la frecuencia y flujo de información sobre política. Tal como lo estudio Verba et al (1995), las organizaciones en si mismas pierden relevancia para explicar la participación electoral una vez se controla por aspectos motivacionales. Aunque los autores comprobaron dicho efecto únicamente para la población en general, y no para los ciudadanos ya activados en política como es el caso que se pondrá a prueba en esta sección. Aún así, es plausible que los aspectos motivaciones sean la verdadera clave para entender el rol de las organizaciones. Ello implicaría que las organizaciones, y sus eventuales vínculos con la política, no son las relevantes para que los activistas integren o no su participación con el voto, sino que lo relevante es que estén motivados hacia la política, donde estar organizado podría ser una consecuencia de aquello.

Datos y Método

En esta sección se emplean nuevamente los datos de la International Social Survey (ISSP 2014) para el año 2014. Pero esta vez se consideran los datos a nivel individual anclados a países. Se consideran datos de 30,366 personas que viven en 22 democracias de distintas regiones en el mundo.

Variables dependientes

Las variables dependientes de este capítulo son dos. Primero una variable con cuatro categorías construida en el capítulo tres, que considera: a quienes no participan, a quienes integran su participación, a quienes fragmentan de manera no electoral y a quienes fragmentan de manera electoral.

En segundo lugar, para comprobar el argumento central de esta tesis, se emplea una variable dependiente dicotómica, la que tiene como unidad de análisis a todos los activistas (realizan al menos una acción no electoral). La categoría de referencia de esta segunda variable dependiente son los activistas que no votan (fragmentan) y la dependiente son los que votan (integran). Este es el contraste que resulta más relevante, ya que es lo que permite saber por qué los ciudadanos ya activos en política (activistas) integra o fragmentan su participación política. Es decir, dentro de quienes rompen la barrera más demandante de participación, que es la no electoral, ¿por qué no votar?

Variables independientes

La variable relativa a organizaciones se construye sobre tres categorías de pertenencia a una organización voluntaria: no participa, afiliado o un miembro activo. Las organizaciones incluidas son: iglesia, sindicato, deportiva, cultural o cualquier otra organización de la sociedad civil. Para observar el efecto de las organizaciones voluntarias, se excluyen los partidos políticos, los que son incluidos a los modelos como variable de control.

Para medir el sentimiento de deber cívico se emplean dos estrategias. Primero se considera una variable que mide qué tan de acuerdo está con la afirmación: “un buen ciudadano siempre vota”. Solo aquellos que están completamente de acuerdo (es decir, puntaje 7 en una escala de 1 a 7 puntos) se consideran en este estudio como ciudadanos con fuerte sentido de deber cívico. Dichos ciudadanos con fuerte deber cívico representan a cerca de la mitad de la muestra (53%).

En segundo lugar, también resulta relevante incluir medidas más complejas de deber cívico, ya que se ha estudiado que el sentimiento de deber ciudadano con el voto está relacionado con otros deberes como el deber de cumplir con la ley y de pagar impuestos (Armingeon & Schädel, 2015; Dalton & Welzel, 2014). De esta forma, lo que hay son valores que conforman un entramado valórico más amplio que sólo votar, los que gatillan el deber cívico hacia el voto. Específicamente, Dalton presenta dos dimensiones de normas para el buen ciudadano. El tradicional llamado "deber ciudadano" consiste en el deber de denunciar el delito, obedecer siempre la ley, servir en el ejército, servir en un jurado y votar en las elecciones. La "dimensión ciudadanía comprometida" aprovecha la idea de que los ciudadanos deben formarse sus propias opiniones, apoyar a los más desfavorecidos, ser activos en la política y ser activos en grupos voluntarios (Dalton, 2008b, 2008a). En efecto, se ha estudiado que el factor "normas de un buen ciudadano", que captura lo que la gente piensa que un buen ciudadano debe hacer y no hacer, también afecta la participación (Vráblíková, 2012b).

Afortunadamente la encuesta ISSP incluye hasta 7 preguntas respecto a valores ciudadanos. Gracias a esa batería de preguntas se pudo replicar la construcción de Dalton de dos tipos de estas normas: valores de "ciudadanía comprometida" y valores relativos al "deber ciudadano". Los puntajes de factores derivados del análisis factorial se utilizan como una medida de los dos tipos de valores de ciudadanía. El primer factor de “compromiso ciudadano” correlaciona positivamente con los siguientes ítems: “los ciudadanos deben formarse sus propias

opiniones”, “apoyar a los que están peor”, “ser activos en política” y “ser activos en grupos voluntarios”. El segundo factor de “deber ciudadano” correlaciona positivamente con los siguientes ítems: “deber de denunciar el delito”, “obedecer siempre la ley”, “servir en el ejército”, “servir en un jurado” y “votar en las elecciones”. El análisis factorial de las normas de buen ciudadano se puede revisar en el anexo metodológico de esta tesis.

Para controlar por el efecto que tenga la confianza entre las personas, variable que podría anular el efecto de las organizaciones, se incluye una variable ordinal de confianza frente a la pregunta “¿Se puede confiar en las personas o no se puede ser demasiado cuidadoso al tratar con ellas?”.

Como variables motivacionales, se incluyen las más utilizadas en literatura especializada al respecto que son el interés por la política, la frecuencia con la que se informa de política y la frecuencia con que discute sobre política.

Para capturar el efecto del malestar con la política se incluyen variables de confianza en los políticos, de satisfacción con la democracia y de percepción de corrupción en la administración pública.

TABLA 5.1. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS

| Variable | N | Media | St. Dev. | Min | Pctl(25) | Pctl(75) | Max |
|------------------------------------|--------|--------|----------|--------|----------|----------|---------|
| Participación Integrada | 11,954 | 0.868 | 0.338 | 0.000 | 1.000 | 1.000 | 1.000 |
| Nivel de educación | 31,263 | 1.993 | 0.781 | 1 | 1 | 3 | 3 |
| Edad | 31,240 | 49.553 | 17.644 | 15.000 | 35.000 | 63.000 | 102.000 |
| Sexo | 31,263 | 1.527 | 0.499 | 1 | 1 | 2 | 2 |
| Interés por la política | 30,638 | 2.431 | 0.876 | 1.000 | 2.000 | 3.000 | 4.000 |
| Informado en temas políticos | 30,829 | 5.516 | 1.851 | 1.000 | 5.000 | 7.000 | 7.000 |
| Confianza en los políticos | 29,931 | 2.500 | 1.117 | 1.000 | 2.000 | 3.000 | 5.000 |
| Satisfacción con la democracia | 29,445 | 6.702 | 2.454 | 1.000 | 5.000 | 9.000 | 11.000 |
| Nivel de corrupción | 28,188 | 3.038 | 1.032 | 1.000 | 2.000 | 4.000 | 5.000 |
| Confianza en las personas | 30,357 | 3.419 | 0.745 | 2.000 | 3.000 | 4.000 | 5.000 |
| Discute sobre política | 30,892 | 2.441 | 0.902 | 1.000 | 2.000 | 3.000 | 4.000 |
| Membresía organizacional | 31,263 | 2.015 | 0.858 | 1 | 1 | 3 | 3 |
| Milita en partidos | 31,263 | 0.105 | 0.371 | 0 | 0 | 0 | 2 |
| Valores de deber ciudadano | 27,431 | -0.005 | 0.830 | -4.259 | -0.366 | 0.621 | 1.212 |
| Valores de ciudadanía comprometida | 27,431 | 0.005 | 0.853 | -3.417 | -0.535 | 0.629 | 2.179 |
| Deber cívico | 31,263 | 0.488 | 0.500 | 0 | 0 | 1 | 1 |

Fuente: elaboración propia en base a ISSP

Capturar la posible relevancia de la teoría de las “grievances” resulta más difícil, por cuanto la encuesta no tiene estandarizada para todos los países una variable relativa al nivel socioeconómico. Lo que sí hay es una variable que mide el nivel educacional. Por lo tanto, el nivel educacional sirve tanto para evaluar recursos como también en tanto proxy de nivel socio económico.

Finalmente, como variables de control se incluye el sexo del encuestado, la edad y la edad al cuadrado para capturar efectos no lineales. Los estadísticos descriptivos de las variables están presentados en la tabla 5.1.

Análisis

En la primera parte del análisis se realiza un modelo logístico multinomial para observar los determinantes de cada uno de los tres caminos de participación en relación con quienes no participan: integrados, fragmentado electoral, fragmentado no electoral. Para ello se realiza un modelo de efectos fijos para los 22 países incluidos en el análisis.

Posteriormente se profundiza en el análisis respecto a los activistas para explorar qué determina que voten o no voten una vez se rompe la barrera de la participación no electoral. Para esto se realizan modelos logísticos binomiales multinivel (considerando las variables más relevantes del análisis del capítulo anterior) y logístico binomiales de efectos fijos. Con ello se busca comprobar si se sostiene el efecto de las variables organizacionales frente a los factores individuales y contextuales.

Luego, se realizan modelos de efectos fijos con una interacción entre valores de deber cívico y pertenencia a organizaciones. Es decir, para ver si la capacidad que tienen las organizaciones de contener la participación integrada dentro de los activistas está condicionada por los niveles de deber cívico.

Finalmente, se crea una última variable en la que se dividen los países entre aquellos con alta, mediana y baja fragmentación y se interactúa esa variable de conglomerados con valores de deber cívico y membresía organizacional. El objetivo de este último análisis es comprobar que gran parte de la fragmentación de ciertos grupos de países se debe a que sus organizaciones pierden capacidad de integrar la participación.

Resultados

Modelos multinomiales

La Figura 5.1 se presenta los resultados del modelo logístico multinomial de efectos fijos, tomando como categoría de referencia a los inactivos. Se decide exponer los resultados en figuras en vez de tablas para reducir la complejidad de una interpretación que suele ser confusa. La tabla de regresiones, que da origen al gráfico, queda disponible en el anexo metodológico. Los resultados se muestran con la transformación exponencial a odds ratio⁵.

Hay una serie de resultados que resultan ser relevantes para caracterizar a los distintos tipos de participantes. En cuanto a las variables socio demográficas, con la edad ocurre algo interesante, aunque esperable, y es que quienes fragmentan de manera no electoral son los más jóvenes, incluso más que quienes no participan. Esta característica da más respaldo al hecho de que la participación no electoral es probablemente el primer tipo de encuentro con la política que tienen los ciudadanos con interés por la política, y no el voto. En cuanto al género, ser hombre aumenta las chances de involucrarse en todas las formas de participación en referencia a quienes no participan.

En cuanto a los recursos, como era de esperar, quienes no participan son quienes tienen peores niveles educativos. Sobre todo, quienes tienen educación terciaria tienen cerca de tres veces más chances de realizar participación integrada que quienes no participan. Pero también de manera relevante, la educación superior aumenta las chances de participación no electoral incluso más que quienes sólo votan. Esto descarta parcialmente la teoría de las grievances, que señala que quienes fragmentan son los ciudadanos marginales más desfavorecidos. Más bien, quienes están en peores situación educacional y asociativa suelen abstenerse de cualquier forma de participación, incluida la fragmentada no electoral. Si bien la relación entre desigualdad y participación no es el centro de este capítulo se realiza una interpretación sustantiva al respecto en las conclusiones de esta tesis.

Por su parte, tener membresías organizacionales, como se había predicho, aumenta la probabilidad de participar en general. Donde dicho efecto es más fuerte es en la participación integrada, es decir, quienes están insertos en redes asociativas lo más probable es que integren su

⁵ También se pueden denominar razón de chances o chances.

participación. Pero tener membresías también aumenta de manera significativa las chances de fragmentar de manera no electoral y electoral, siendo la primera incluso más probable que la segunda.

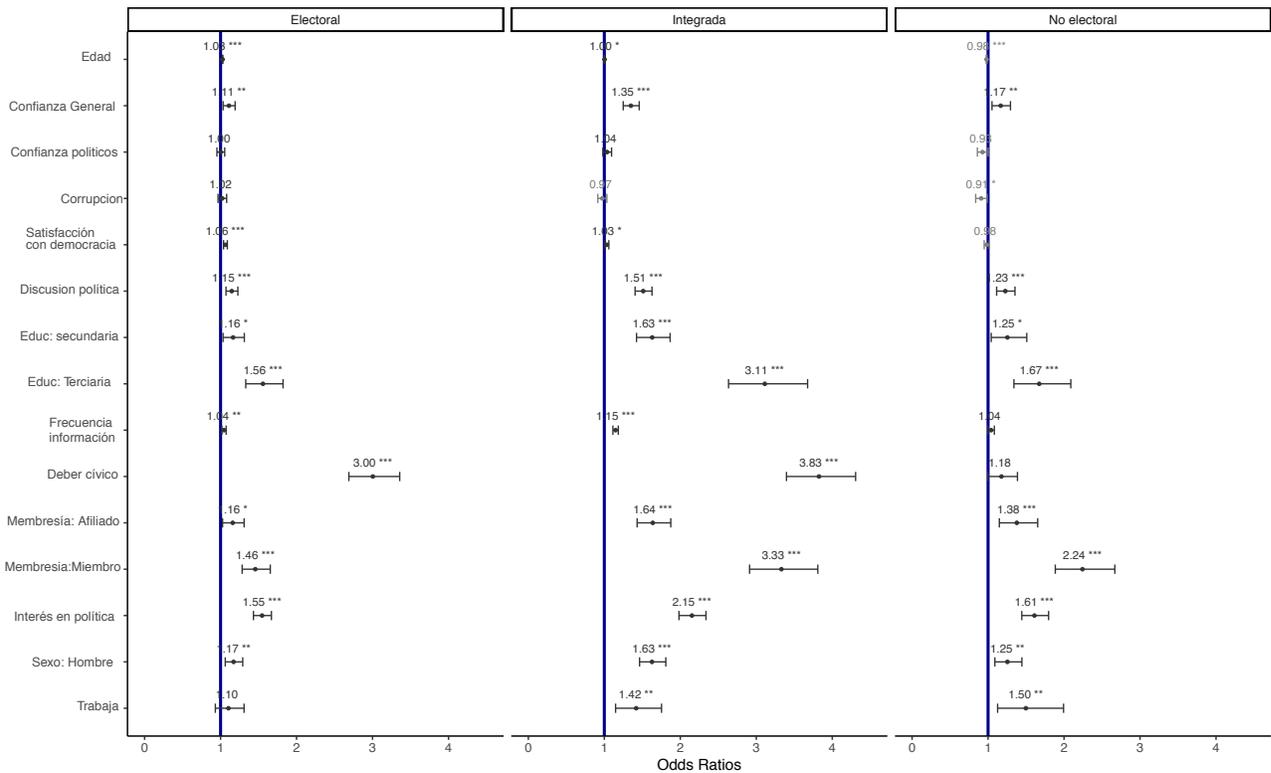
El efecto que tiene la membresía organizacional muestra un punto sumamente relevante. Si bien claramente la organización fomenta más la participación integrada, también aumenta la probabilidad de fragmentar de manera no electoral si se la compara con los inactivos. Lo que sugieren estos resultados es que hay un porcentaje importante de activistas organizados que no están votando. Hay una fragmentación dentro de las organizaciones en las que se va a profundizar en una sección más adelante de este mismo capítulo y, sobre todo, en el capítulo 6.

En cuanto a las motivaciones, se observa que todas las formas de compromiso psicológico por la política tienen impacto en las distintas formas de participación. También es relevante descartar que quienes realicen participación fragmentada se deba a una ausencia de involucramiento motivacional con la política, por cuanto todos los factores de motivación aumentan la probabilidad de pertenencia a este perfil ciudadano en referencia a quienes no participan.

Donde se ven diferencias más claras es respecto al malestar con la política. A diferencia de lo que ocurre con la participación integrada, donde mayores niveles de valoración por la democracia y de confianza en la política aumentan las chances de pertenecer a dicho perfil, lo contrario ocurre con la participación fragmentada no electoral. Donde a mayores niveles de confianza en la limpieza de los procedimientos públicos, menores chances de fragmentar no electoralmente. Sin embargo, dichos efectos no son importantes, y sólo resultan significativos para el caso de la corrupción.

El efecto realmente fuerte se da respecto a quienes sienten fuertemente que votar es su deber ciudadano. Ello aumenta tres veces las chances de pertenecer al perfil fragmentado electoral y cerca de cuatro veces las chances de pertenecer al perfil integrado, en referencia a quienes no participan. No obstante, dicho efecto es nulo para el caso de la participación fragmentada no electoral. Esta la diferencia más relevante de las que se observan en la Figura 5.1.

FIGURA 5.1. EXPLICANDO LOS DISTINTOS PERFILES DE PARTICIPACIÓN. MODELO LOGÍSTICO MULTINOMIAL (REFERENCIA: INACTIVOS).



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Todo esto sugiere que quienes fragmentan su participación por la vía no electoral no son muy distintos a quienes la integran si se toma como referencia a quienes no participan: ambos consiguen recursos de las instituciones educacionales y asociaciones de la sociedad civil, ambos tienen interés por la política, discuten sobre política y tienen mayores niveles de confianza en las personas. Sin embargo, sí hay algunas diferencias: quienes fragmentan tienen menor sentido del deber cívico y son la población más joven de todas las alternativas de participación. Además, tienen mayor malestar con la corrupción y creen menos en la democracia.

Este panorama general da muchas luces para el análisis, pero resulta insuficiente. El universo en el que vale la pena profundizar es el de los activistas. Ya se estableció que dentro de quienes se movilizan hay un porcentaje importante que no vota, y que esa variación es relevante entre países. Más aún, dentro de ese grupo hay un porcentaje alto que tiene bajos niveles de deber

cívico, pero que cuenta con altos niveles de integración. Es en esa brecha donde vale la pena profundizar.

Modelos logits binomiales

En las siguientes secciones se proponen modelos logísticos binomiales, donde la unidad de análisis son los activistas (realizan PNE) y la variable dependiente es dicotómica (votó o no votó). La pregunta central es por qué dentro de quienes participan en política no electoral, el umbral más demandante de participación, algunos votan y otros no, y qué rol juega en esto la interacción entre organizaciones y deber cívico.

La Tabla 5.2 presenta los resultados de dos modelos, un primer modelo logístico binomial multinivel y un segundo modelo logístico binomial de efectos fijos. En ambos se usa como segundo nivel a los 22 países.

Los resultados tanto del modelo multinivel como del modelo de efectos fijos apoyan la relación positiva teorizada entre la pertenencia a organizaciones y la probabilidad de integrar la participación. En el modelo multinivel, se observa que el porcentaje de activistas que tienen membresía organizacional y la duración de las democracias siguen siendo significativas. En ambos modelos, quienes tienen membresía a organizaciones tienen cerca de un 50% más de chances (odds ratio) de integrar su participación política.

Que el efecto de las organizaciones sea significativo resulta una fuerte evidencia sobre el rol de las organizaciones, ya que se está controlando por variables motivacionales que suelen absorber el efecto de las organizaciones, como el interés por la política, la información sobre política y la discusión sobre política. Asimismo, también se controla por variables de malestar con la política y sociodemográficas. Lo que nos dicen estos resultados es que claramente las organizaciones de la sociedad civil están otorgando algo que va más allá de la motivación por la política o de contrarrestar el malestar con ella, lo que se comprueba tanto a nivel de efectos fijos como en el modelo multinivel. Se retoma el punto sobre las organizaciones al final de esta sección, pero antes, es importante revisar los efectos de las otras variables.

En cuanto a las otras variables, se observa evidencia respecto a que los activistas que no votan efectivamente cuentan con mayores niveles de insatisfacción con la política que los que no votan.

TABLA 5.2. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA. BINOMIAL EFECTOS PRINCIPALES (REFERENCIA: FRAGMENTADA NO ELECTORAL).

| | Modelo 1 | Modelo 2 |
|--|--------------------|--------------------|
| (Intercepto) | -3.72 (4.80) | -3.86*** (0.30) |
| Educ: Secundaria (referencia: primaria) | 0.18* (0.08) | 0.23*** (0.07) |
| Educ: Terciaria (referencia: primaria) | 0.55*** (0.08) | 0.58*** (0.08) |
| Edad | 0.07*** (0.01) | 0.07*** (0.01) |
| Edad 2 | -0.00*** (0.00) | -0.00*** (0.00) |
| Sexo: Mujer | 0.18** (0.05) | 0.19*** (0.05) |
| Trabajo (referencia: no trabaja) | -0.05 (0.12) | -0.08 (0.12) |
| Interes por la política (1-4) | 0.33*** (0.04) | 0.35*** (0.04) |
| Frecuencia de información política (1-7) | 0.06*** (0.02) | 0.07*** (0.02) |
| Discusión sobre política (1-4) | 0.16*** (0.04) | 0.15*** (0.04) |
| Confianza en las personas (1-4) | 0.16*** (0.04) | 0.16*** (0.04) |
| Confianza en políticos (1-4) | 0.04 (0.03) | 0.05 (0.03) |
| Corrupción (1-5) | 0.04 (0.03) | 0.03 (0.03) |
| Satisfacción con la democracia (1-10) | 0.06*** (0.01) | 0.06*** (0.01) |
| Membresía a Partidos | 0.49*** (0.10) | 0.48*** (0.09) |
| Deber cívico | 1.22*** (0.06) | 1.18*** (0.06) |
| Org: afiliado (referencia: sin organización) | 0.12 (0.07) | 0.13* (0.07) |
| Org: miembro (referencia: sin organización) | 0.35*** (0.07) | 0.37*** (0.06) |
| Variables de segundo nivel | | |
| Índice de Desarrollo humano | -1.84 (6.15) | |
| Efectividad de gobierno | 0.21 (0.46) | |
| Duración de la democracia | -0.01*** (0.00) | |
| Promedio membresía por país | 2.309** (0.812) | |
| Promedio de deber cívico por país | 0.36 (1.02) | |
| AIC | 9269.06 | 10368.67 |
| BIC | 9450.26 | 10667.70 |
| Deviance | 9156.92 | 10290.67 |
| Log Likelihood | -4610.53 | -5145.33 |
| Num. obs. | 14045 | 15797 |
| Num. grupos: V4 | 22 | |
| Var: V4 (Intercept) | 0.14 | |

***p < 0.001, **p < 0.01, *p < 0.05

Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

En específico, los activistas que votan tienen más confianza en la democracia (1.06 odds ratio) y en los políticos (1.10 odds ratio). También cuentan con mayor confianza entre ellos, aunque dicho efecto es menor y débil, puesto que se pierde cuando se reemplaza la variable de deber cívico por la de factor de deber cívico ciudadano (ver anexo), lo que descarta que sea la confianza y no las organizaciones lo que está integrando la participación. En cuanto a las motivaciones, efectivamente quienes integran su participación declaran tener mayor interés por la política, están más informados, y suelen discutir más de política en su vida cotidiana.

Respecto a las variables socio demográficas, como era de esperar, ser joven aumenta las chances de fragmentar y con cada año que pasa se hace más probable que los activistas acompañen su participación no electoral con el voto. Ser mujer, por su parte, tienen 28% más de chances de integrar respecto a los hombres.

En cuanto las variables de recursos, quienes tienen educación secundaria (1.31 odds ratio) y terciaria (1.81 odds ratio) tienen muchas más chances de integrar que quienes cuentan con educación primaria.

Pero sin duda el efecto más relevante de todas las variables se da entre quienes están muy de acuerdo con que votar es un deber cívico. Los activistas que están muy de acuerdo con esa afirmación tienen casi 3.5 veces más chances (odds ratio) de votar que quienes no están muy de acuerdo. Pese a que el deber cívico con el voto es el efecto más relevante del modelo, hay una serie de otras variables que igualmente impactan en las probabilidades que tienen los activistas de emitir un sufragio. Eso quiere decir que el deber cívico, si bien explica bastante, no lo está explicando todo, sobre todo, cobra mucha relevancia la membresía organizacional, variable que resulta significativa tanto a nivel agregado por país como a nivel individual. ¿Cómo está impactando la membresía organizacional en la probabilidad de integrar el voto y qué relación tiene con el deber cívico? La mejor forma de explorar la pregunta anterior es observando la interacción entre valores y membresía a organizaciones.

Modelos de interacción

El problema que surge de los capítulos anteriores es que, por un lado, queda claro que quienes sienten que su deber es votar, muy probablemente lo hagan independientes de otros

factores. No obstante, el porcentaje de activistas que está muy de acuerdo con que votar es su deber como ciudadano es menor que el porcentaje que vota. Por su parte, la variación mostrada en los porcentajes de fragmentación no coincide con la variación mostrada en los porcentajes de activistas con alto deber cívico. Los dos antecedentes anteriores implican que hay otra variable que está supliendo el rol del deber cívico en el momento de llevar, o no llevar, a los activistas a las urnas.

En este apartado se ofrece evidencia de que los países que más logran integrar su participación lo hacen ya que las asociaciones de la sociedad civil han sido exitosas en encauzar a los activistas hacia las urnas. Pero esa integración encauzada por organizaciones opera ahí donde existan individuos con menores niveles de deber cívico hacia el voto. De manera tal que, quienes tengan arraigo organizacional, podrán suplir esa ausencia de deber cívico con un contexto que estimula que se desarrollen preferencias electorales.

En específico, esta sección se busca ofrecer evidencia para la segunda expectativa teórica de este estudio: *el efecto que tienen las organizaciones de integrar la participación política opera solamente dentro de quienes tienen un bajo sentido del deber cívico.*

Para probar la expectativa anterior, lo que hace falta es realizar una interacción entre deber cívico con el voto y membresía organizacional. En la Tabla 5.3 se pueden observar los resultados de dos modelos de regresión logística con efectos fijos de países. El modelo 3 usa una variable dicotómica de deber cívico; el modelo 4 incluye los factores asociados a valores de buen ciudadano, emulando la propuesta de Dalton, con un factor de compromiso ciudadano y otro de deber cívico.

Los resultados de la interacción se muestran en la Tabla 5.3. La característica más llamativa de esta tabla es que el efecto interactivo de deber cívico y de membresía organizacional es relevante y significativo tanto para la variable de deber cívico como variable individual como para el modelo que usa el factor de deber cívico ciudadano.

Analizando tanto el modelo 3 como el modelo 4, se observa que los coeficientes individuales de membresía y deber cívico son positivos y significativos, mientras que el coeficiente de interacción es negativo y significativo. Esto es un típico resultado de efectos interactivos, que para este caso significa, efectivamente, que el efecto de tener o no tener membresía organizacional resulta relevante de manera diferenciada según el nivel de deber cívico.

TABLA 5.3. EXPLICANDO LA PARTICIPACIÓN INTEGRADA. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL CON INTERACCIÓN (REFERENCIA: FRAGMENTADA NO ELECTORAL).

| | Modelo 3 | Modelo 4 |
|--|-------------------|-------------------|
| (Intercepto) | -3.95** (0.30) | -3.45** (0.31) |
| Educ: Secundaria (referencia: primaria) | 0.23** (0.07) | 0.22** (0.07) |
| Educ: Terciaria (referencia: primaria) | 0.58** (0.08) | 0.58** (0.08) |
| Edad | 0.07** (0.01) | 0.07** (0.01) |
| Edad 2 | -0.00** (0.00) | -0.00** (0.00) |
| Sexo: Mujer | 0.20** (0.05) | 0.18** (0.05) |
| Trabajo (referencia: no trabaja) | -0.08 (0.12) | -0.08 (0.12) |
| Interes por la política (1-4) | 0.35** (0.04) | 0.40** (0.04) |
| Frecuencia de información política (1-7) | 0.07** (0.02) | 0.08** (0.02) |
| Confianza en las personas (1-4) | 0.16** (0.04) | 0.14** (0.04) |
| Confianza en políticos (1-4) | 0.05 (0.03) | 0.06* (0.03) |
| Corrupción (1-5) | 0.03 (0.03) | 0.01 (0.03) |
| Satisfacción con la democracia (1-10) | 0.06** (0.01) | 0.05** (0.01) |
| Discusión sobre política (1-4) | 0.15** (0.04) | 0.15** (0.04) |
| Membresía a Partidos | 0.49** (0.09) | 0.54** (0.09) |
| Deber cívico | 1.38** (0.10) | |
| Org: Afiliado (referencia: sin organización) | 0.16* (0.08) | 0.11 (0.07) |
| Org: Miembro (referencia: sin organización) | 0.51** (0.07) | 0.36** (0.07) |
| Deber cívico* Afiliado | -0.10 (0.15) | |
| Deber cívico*Miembro | -0.43** (0.13) | |
| Factor compromiso ciudadano | | 0.09** (0.03) |
| Factor deber cívico | | 0.34** (0.05) |
| Factor deber cívico* Afiliado | | -0.01 (0.07) |
| Factor deber cívico*Miembro | | -0.14* (0.07) |
| AIC | 10361.01 | 10010.63 |
| BIC | 10675.38 | 10330.26 |
| Log Likelihood | -5139.50 | -4963.32 |
| Deviance | 10279.01 | 9926.63 |
| Num. obs. | 15797 | 14916 |

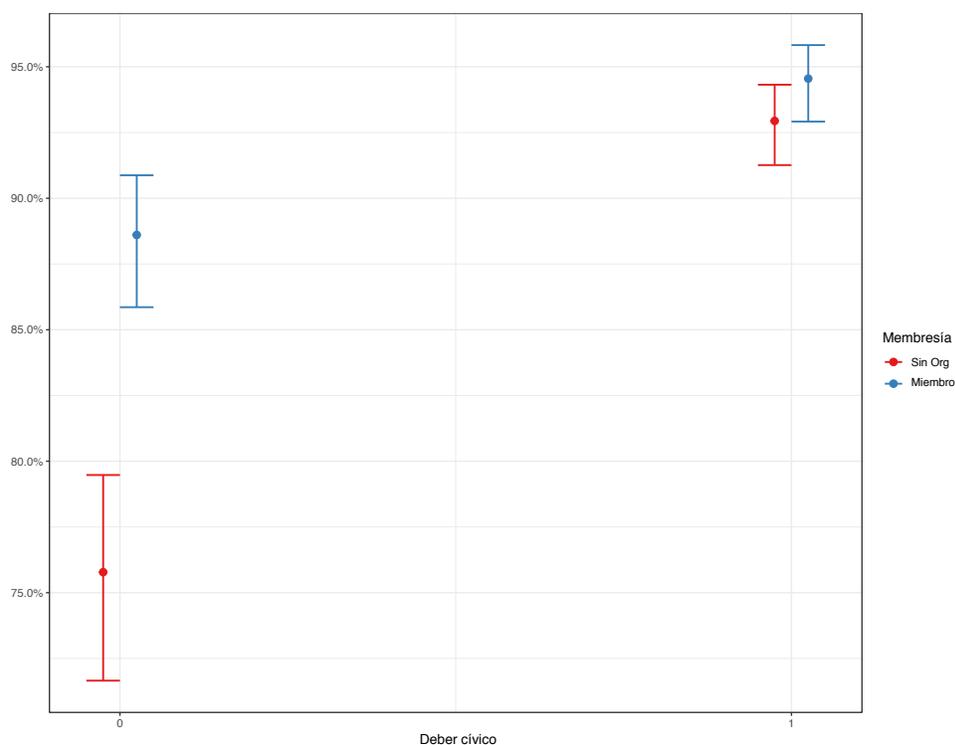
**p < 0.01, *p < 0.05

Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Ambos efectos quedan capturados en las Figuras 5.2 y 5.3, cuyos ejes horizontales los constituyen la variable dicotómica de deber cívico y el factor de deber cívico respectivamente.

En la Figura 5.2 lo que se observa es la probabilidad predicha que tienen los activistas de votar según tengan o no membresía organizacional y según se tenga o no un muy alto sentido de deber cívico con el voto. No se grafica la categoría de afiliados para reflejar la diferencia fundamental, que es la que hay entre activistas in organización y con organización.

FIGURA 5.2. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL CON INTERACCIÓN ENTRE DEBER CÍVICO Y MEMBRESÍA.



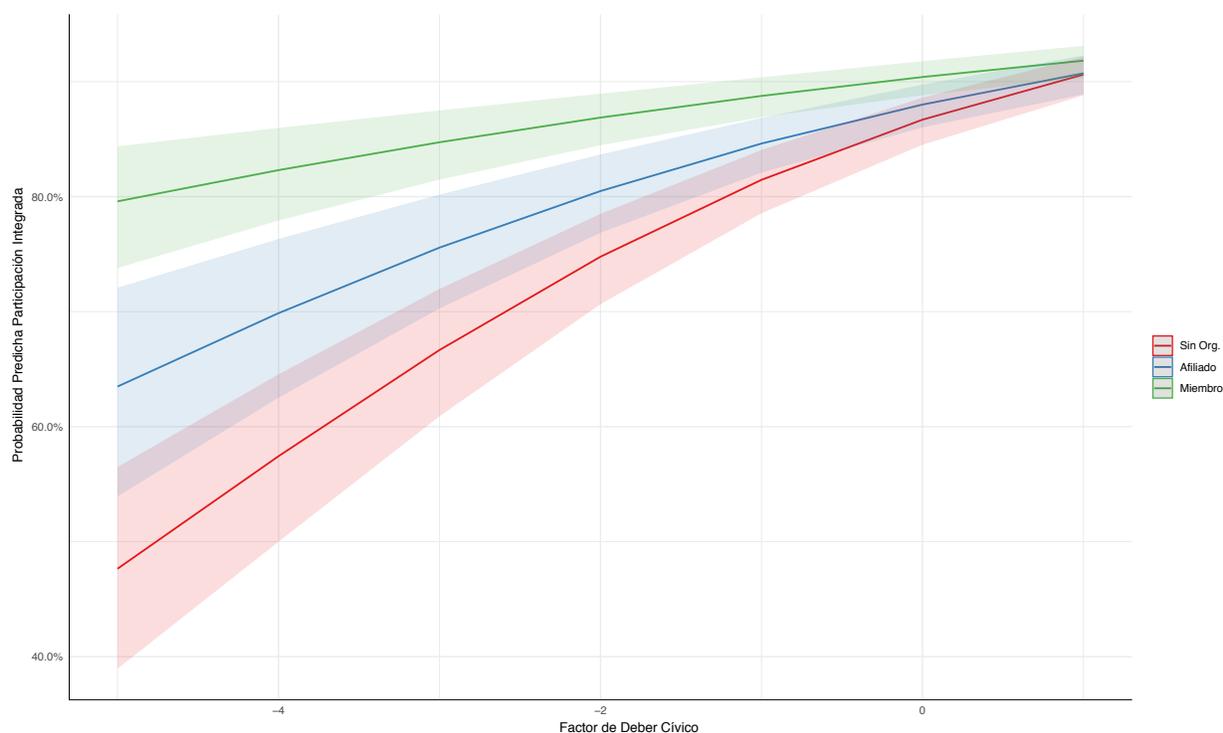
Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

En palabras simples, lo que la Figura 5.2 refleja es que, manteniendo todas las otras variables constantes en su media, cuando los activistas tienen un alto sentido del deber cívico con el voto, estar o no estar organizado no resulta relevante, ambos están cerca entre el 90% y el 95% de probabilidad de votar. Es decir, prácticamente todos quienes tienen un muy alto sentido de deber cívico votan. En cambio, cuando los activistas no tienen un sentido de deber cívico alto con el voto, estar organizado resulta muy relevante. Quienes carecen de deber cívico y no tienen

membresía a asociaciones civiles, tienen un 76% de probabilidades de votar. En cambio, cuando los activistas tienen membresía a organizaciones, ese porcentaje sube a 88%.

En la figura 5.3, lo que se observa es cómo varía la probabilidad de votar según el nivel organizacional pero ahora interactuado por el deber cívico medido como factor de valores de buen ciudadano. Considerando la propuesta de Dalton, sobre la pertinencia de medir valores ciudadanos de deber cívico como un factor de varios indicadores relacionados, se observa que la caída en la probabilidad de integrar es aún más abrupta cuando se cuenta con bajo niveles de valores de deber cívico. Sin embargo, también queda claro la capacidad de contención de esa caída que tienen las organizaciones de la sociedad civil.

FIGURA 5.3. MODELO LOGÍSTICO BINOMIAL CON INTERACCIÓN ENTRE FACTOR DE DEBER CÍVICO Y MEMBRESÍA.



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

En específico, para quienes tienen altos valores de deber cívico ciudadano, la membresía a organizaciones resulta irrelevante. En cambio, cuando el activista tiene muy bajos niveles de deber cívico y no cuenta con membresías organizacionales, su probabilidad de integrar ronda el 50%.

Pero mientras mantenga membresías activas con la sociedad civil, su probabilidad de votar no va a bajar del 80%, incluso para los valores más bajos de deber cívico. Todos estos resultados se obtienen controlando por factores motivacionales, de malestar con la política y sociodemográficos, por lo que se puede decir con bastante evidencia que las organizaciones siguen mostrando su relevancia. En concreto, se puede decir cuándo importan las organizaciones en la participación fragmentada. Y es que, ante la ausencia de membresía organizacional, la ausencia de deber cívico hacia el voto tiene un impacto devastador en la probabilidad de votar. Por el contrario, ante la presencia de organizaciones, la ausencia de deber cívico no resulta trascendental. Pero ¿está la sociedad civil de todos los países cumpliendo la misma función? En el siguiente punto se ahonda en aquello.

Triple interacción. Deber cívico, membresía y conglomerados de países.

Uno de los objetivos de este capítulo no era sólo dar cuenta de la interacción anterior, sino que también explorar el rol diferenciado que pueden estar cumpliendo las organizaciones en los países con alta fragmentación. Ello abre una interrogante respecto a si tener una sociedad civil más débil, para este contexto, implica no sólo tener menos membresía organizacional, sino que también tener asociaciones civiles que no son capaces de encausar a sus miembros hacia el voto. Los países que son exitosos en integrar su participación no lo hacen porque todos sus ciudadanos tienen un alto nivel de deber cívico (si fuera así, países como Chile o Estados Unidos no mostrarían niveles tan altos de fragmentación) sino sobre todo por la capacidad que muestran sus asociaciones civiles de canalizar a sus miembros hacia el voto. En países como Estados Unidos, que tienen un alto sentido del deber cívico y un alto nivel de organización de su sociedad civil, algo está ocurriendo que sus organizaciones no están canalizando a sus miembros hacia la política institucional por medio de los sufragios. Caso parecido el de Suiza, que tiene niveles de organización y de deber cívico parecido a Alemania, sin embargo, este último logra integrara a casi toda su población activa en política, mientras que el primero es el país más fragmentado de la muestra.

En esta sección se busca abrir camino para probar una parte fundamental del argumento de esta tesis. Lo fundamental es que el éxito que tengan los países de integrar su participación depende de que sus organizaciones logren canalizar a sus miembros hacia las urnas. Sin embargo, esto no siempre se logra. Para ciertos grupos de países, los altos niveles de fragmentación se debe no sólo

un alto nivel de activistas sin organización, sino que, también, a que las organizaciones de la sociedad civil dejan de operar como un puente que integra la PNE con la PE.

Para explorar la posibilidad de que haya una pérdida en la capacidad de las organizaciones de ciertos países de contener la caída en el sufragio entre sus miembros con bajo nivel de capacidad cívica, la primera tarea fue crear una nueva variable categórica que agrupara a países con alta fragmentación, países con alta integración y países intermedios. Ello permite realizar una interacción triple entre deber cívico, membresía organizacional y conglomerado de países.

Si bien el ideal sería ver país por país este efecto, lo anterior es altamente dificultoso ya que no hay un N suficiente por país como para hacer dicha interacción triple. Por lo tanto, lo más factible es agrupar a los países según sus distintos grados de fragmentación/integración.

Para agrupar a los países con alta fragmentación el criterio fue que por lo menos uno de cada cinco activistas no votara (20% de fragmentación). Para los países de alta integración fue que por lo menos el 95% de sus activistas votara. Todo lo que está entre medio queda en la categoría de intermedios. Los resultados de la agrupación se pueden ver en la tabla 5.4.

TABLA 5.4. CONGLOMERADO DE PAÍSES.

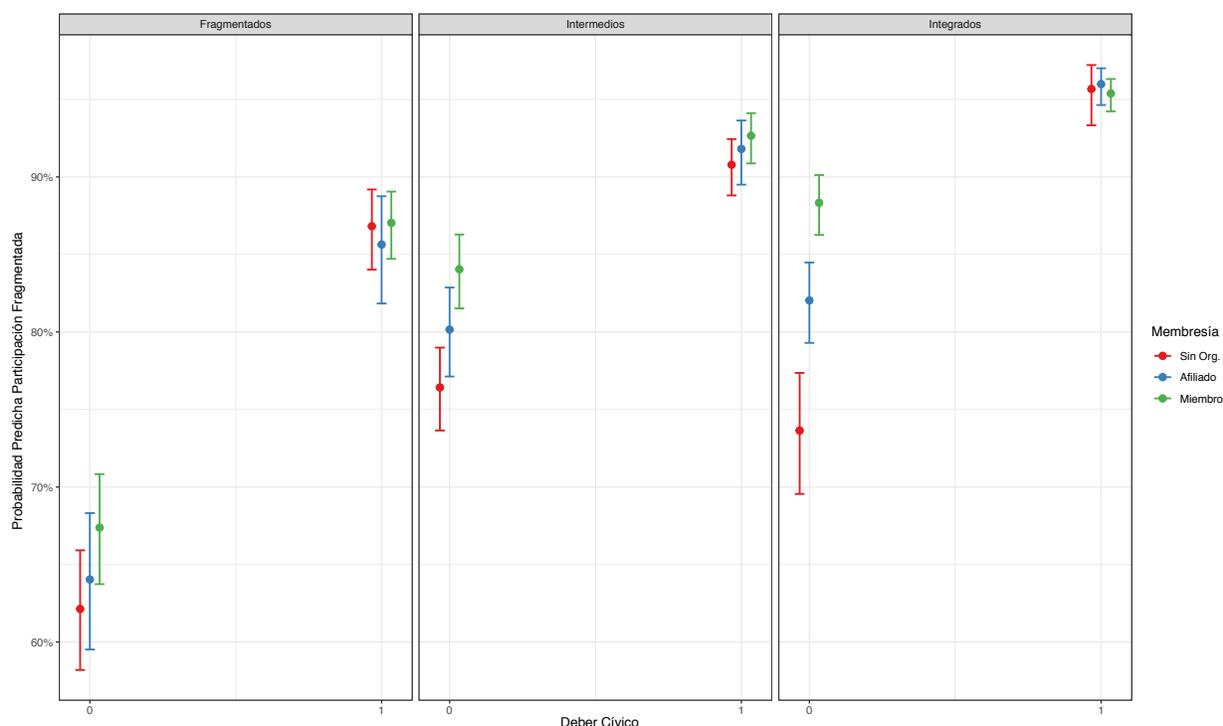
| Fragmentados | Integrados | Intermedios |
|---------------------|-------------------|--------------------|
| CL-Chile | DK-Denmark | AT-Austria |
| KR-Korea (South) | FI-Finland | TW-Taiwan |
| SK-Slovak Republic | FR-France | CZ-Czech Republic |
| SI-Slovenia | DE-Germany | IL-Israel |
| CH-Switzerland | IS-Iceland | JP-Japan |
| US-United States | NL-Netherlands | HU-Hungary |
| | NO-Norway | PL-Poland |
| | SE-Sweden | ES-Spain |

Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Puesto que lo únicamente novedoso son los coeficientes de interacción, se decide presentar únicamente los resultados graficados, y las tablas de regresión con efectos fijos y triple interacción se pueden ver en el anexo. Tanto para la variable dicotómica como para el factor de deber cívico, las dobles y triples interacciones con los conglomerados resultaron significativas.

Primero se observa el resultado de la interacción con la variable dicotómica de deber cívico. Como se puede ver en la Figura 5.4, la triple interacción muestra resultados sumamente reveladores. Para los tres tipos de países, tener o no tener organizaciones resulta irrelevante entre quienes están muy convencidos que votar es su deber. En cambio, es entre quienes no tienen ese convencimiento donde se observan las diferencias. Los países que más integran no solamente tienen mayor cantidad de activistas enraizados en la sociedad civil, sino que también, las organizaciones de esa sociedad civil cumplen un rol radicalmente distinto a los otros países. En el simple, para los países integrados las organizaciones marcan la diferencia. Son capaces de contener el desplome que se produce por el menor deber cívico de sus activistas. En los países intermedios la membresía organizacional también marca una diferencia, aunque menor. Finalmente, en los países fragmentados las organizaciones se vuelven, en promedio, irrelevantes.

FIGURA 5.4. TRIPLE INTERACCIÓN ENTRE DEBER CÍVICO, MEMBRESÍA Y CONGLOMERADO DE PAÍSES.

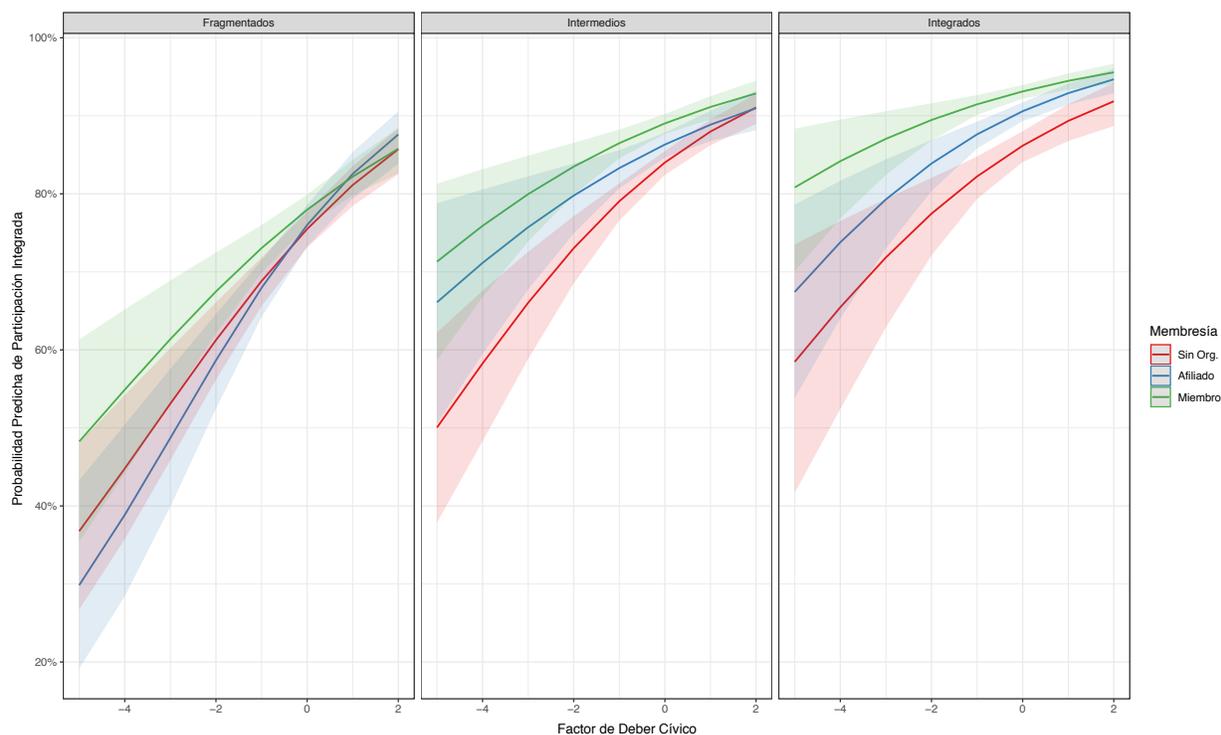


Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

En síntesis, dentro de quienes tienen un bajo nivel de deber cívico hacia el voto, la diferencia es enorme en los países que más integran, se vuelve más leve en los países intermedios y la diferencia se vuelve irrelevante en los países con alta fragmentación.

Una última, y final, forma de observar los resultados es la que se ve en la Figura 5.5. En este caso se gráfica el factor de deber cívico en el eje horizontal. Como se puede observar, el rol que cumplen las organizaciones en los países integrados es básicamente el de contener a quienes van disminuyendo en sus niveles de compromiso cívico con el voto. Dicho efecto es menos fuerte entre los países intermedios y se termina por derrumbar en los países fragmentados, donde estar o no organizado casi no afecta en promedio la caída en el porcentaje de activistas que votan.

FIGURA 5.5. EXPLICANDO LOS DISTINTOS PERFILES DE PARTICIPACIÓN. MODELO DE TRIPLE INTERACCIÓN



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Los resultados de esta triple interacción plantean un enorme desafío. No se trata sólo de establecer que las organizaciones, condicionadas por el nivel de deber cívico hacia el voto, son un elemento fundamental para el voto, sino por qué es fundamental. Si la respuesta ofrecida en esta tesis es que el efecto de las organizaciones se trata sobre todo de ofrecer un contexto que estimula las preferencias electorales de los activistas se expresen en las urnas- reemplazando el sentido de deber cívico por un mayor interés expresivo o instrumental hacia el voto-, entonces también hay que explicar por que las organizaciones dejan de tener dicho efecto en algunos países. Una

explicación que pueda dar cuenta de ese puzle sólo se puede responder adentrándose en un estudio de caso, que es de lo que tratará el siguiente capítulo.

Conclusión

Todos estos resultados se obtienen controlando por factores motivacionales, de malestar con la política y sociodemográficos, por lo que se pueden decir con bastante evidencia algunas cosas a estas alturas. En primer lugar, se sigue encontrando respaldo para la importancia de las organizaciones de la sociedad civil para la integración de la participación de los activistas. En segundo lugar, dicha importancia no pasa por aumentar las motivaciones para participar en política. Las organizaciones ofrecen algo más que simplemente despertar el interés por la política. En tercer lugar, luego de estos análisis se sabe dónde importan las organizaciones: ahí donde haya activistas con bajos niveles de deber cívico hacia el voto.

Sin embargo, también se observó que no todos los activistas organizados votan - o integran su participación política. Hay un porcentaje de ellos importante de ellos, más presente en los países fragmentados, que no responde a la expectativa teórica sobre la membresía organizacional. Eso sugiere que hay un segundo camino para la participación fragmentada: donde las organizaciones logran dotar a los activistas de los recursos necesarios para embarcarse en PNE (habilidades cívicas) pero dejan de servir como un contexto que estimula el voto. Este segundo camino hacia la fragmentación será el problema central del siguiente capítulo.

Desconfianza y autonomía. Distanciamiento efectivo de la sociedad civil movilizadora con la política en Chile.

Desde la transición a la democracia en 1990, Chile viene mostrando progresivos niveles de desafección con la política institucional, sobre todo entre los más jóvenes, lo que lo tiene actualmente como el país con los niveles más bajos de participación electoral en América y uno de los más bajos de las democracias occidentales (IDEA, 2019). Por otro lado, diversos estudios dan cuenta de que desde mediados de la década del 2000 el país ha vivido un incremento de la participación política no electoral, sobre todo de la mano de actividades de protesta (Medel & Somma, 2016; PNUD, 2015). La evidencia internacional sugiere que un incremento en la protesta debería incrementar el interés de los activistas por la política y encauzar a quienes protestan hacia la participación electoral (Galais, 2014b; Saunders, 2014). Sin embargo, ello no ha ocurrido en los niveles esperados. Por lo menos hasta el año 2014, Chile es el segundo país con mayor porcentaje de activistas que no vota dentro de las 22 democracias liberales seleccionadas para este estudio (ISSP, 2014). Prácticamente uno de cada tres chilenos que realiza actividades no electorales no acompaña dicha práctica con el sufragio, y dicha tendencia se mantiene estable desde el 2004 (revisar capítulo tres).

Este capítulo busca profundizar en el caso de Chile, un país que se ha repolitizado en términos no electorales pero que no logra integrar dicha efervescencia con la política electoral. El objetivo de este estudio de caso es encontrar evidencia para entender el mecanismo que está operando dentro de las organizaciones de la sociedad civil para que fomenten o dejen de incentivar en sus activistas la integración con el voto.

El argumento ofrecido, y presentado en capítulos anteriores, dice relación con que las instituciones de la sociedad civil -el origen social de ambas dimensiones de participación-, cumplen tradicionalmente una doble función. Por un lado, son las encargadas de dotar de los recursos necesarios, principalmente de las habilidades cívicas y de reunión, para llevar a cabo la participación no electoral (PNE), pero por otro, son un contexto que estimula el desarrollo de

preferencias electorales y estimula que dichas preferencias se manifiesten en las urnas. Ergo, las asociaciones civiles son el puente que tradicionalmente ha unido ambas dimensiones de la participación política y lo que explica que países con sociedades civiles fuertes tiendan a tener alta actividad no electoral integrada a la electoral.

Chile es un caso particular de fragmentación por un doble sentido. Primero, en Chile un porcentaje particularmente alto de activistas no tiene membresía activa en asociaciones civiles, ello implica que se trata de activistas individuales, con poco arraigo en las asociaciones que tradicionalmente suelen reforzar el comportamiento electoral. Este fenómeno no es particular del caso chileno, sino que se observa una presencia importante de la participación no electoral sin organizaciones en otros países, como Estados Unidos, muy probablemente de la mano de tecnologías que vuelven más asequible la participación sin organización.

Pero también, y esto es lo que se profundiza en este capítulo, existe un porcentaje relevante de activistas que, estando organizados, no están integrando su participación política.

Lo anterior transforma a Chile en un caso atípico, pero ejemplar, por cuanto no sólo fragmenta su participación por la ausencia de organizaciones, sino que también de manera organizada. Este segundo camino hacia la fragmentación es el que se busca ampliar con un estudio en profundidad del caso chileno. ¿Puede ocurrir que las organizaciones sociales sigan dotando a los ciudadanos de recursos necesarios para la actividad no electoral, pero dejen de ofrecer un contexto que estimule las predisposiciones sociales hacia el voto?

El argumento ofrecido en este capítulo es que aquella ruptura es posible cuando hay un distanciamiento efectivo entre las organizaciones de la sociedad civil y la política institucional. Para que haya un distanciamiento efectivo se tienen que dar dos condiciones. Primero, debe haber un alejamiento ideológico entre la sociedad civil y la política institucional. En segundo lugar, las organizaciones deben poder prescindir de los recursos que ofrece la política, es decir, deben poder movilizarse y reproducirse sin la ayuda de los partidos y de los miembros de la política. Si las organizaciones tienen una alta y manifiesta distancia ideológica con la política, pero no pueden movilizarse sin su ayuda, es probable que no se produzca la ruptura. Sólo si ambas condiciones coexisten en un contexto socio político las organizaciones dejarán de ser un contexto que promueva el interés por las urnas, de hecho, puede incluso ser un contexto discursivo que aleje a las personas de estas.

La particularidad del caso chileno, y que lo transforma en un caso interesante para probar este argumento, es que a nivel subnacional el alejamiento de las organizaciones de la sociedad civil no ha sido homogéneo. En específico, si bien existe un malestar relativamente generalizado, en este capítulo se argumenta que las organizaciones sindicales del sector público han mantenido vínculos de dependencia con la política institucional, situación de claro contraste con la mayoría de las organizaciones estudiantiles, que se han mantenido autónomas y en abierto rechazo a los partidos políticos. Lo anterior da pie para probar si alejamientos disímiles hacia la política genera entre los miembros de las organizaciones que se movilizan comportamientos también disímiles hacia la política electoral.

Para probar el argumento, este capítulo utiliza un diseño de investigación mixto. Primero presenta el caso de Chile en perspectiva comparada, para situarlo como un país con un alto grado de fragmentación entre la dimensión electoral y la no electoral de la participación política. Para esta sección se obtiene evidencia de la base de datos de la encuesta mundial de valores, de la encuesta ELSOC del COES y de la encuesta ISSP.

En la segunda sección, se ofrece un acercamiento cualitativo hacia sectores organizados de la sociedad civil para explicar cuándo y por qué las relaciones con la política pueden ser relevantes para sectores organizados y cuándo pueden dejar de serlo. En específico, se ofrece un acercamiento hacia organizaciones vinculadas a dos movimientos sociales que cuentan con acercamientos disímiles hacia la política institucional: el laboral del sector público y el estudiantil. Para ello se ofrece evidencia a partir de 27 entrevistas semi-estructuradas realizadas a dirigentes de organizaciones estudiantiles y de organizaciones sindicales. Las entrevistas provienen de proyectos en los que el autor ha participado y a partir de las cuales ya ha realizado publicaciones previas sobre temas relacionados.

Finalmente, se busca poner a prueba si los sectores movilizados vinculados a ambos movimientos (con diferentes distanciamientos hacia la política) tienen comportamientos electorales diferenciados. Lo anterior es posible gracias a la base de datos de encuestas en marchas. Dicha base de datos corresponde al proyecto “caught in the act of protest” donde se recolecta con un procedimiento que busca ser aleatorio a personas en el lugar de la marcha para encuestarlas en un set de preguntas, entre ellas, por su participación electoral.

La última sección concluye, en base a evidencia cuantitativa y cualitativa, que gran parte de las dificultades que ha tenido Chile para encauzar la participación no electoral hacia las urnas, se debe a que en gran parte de las organizaciones de la sociedad civil - espacio privilegiado para integrar la participación política- se ha generado un malestar y una autonomía de recursos, lo que permite que sus dirigentes promuevan entre sus miembros un discurso hostil hacia la política institucional y desalentando que sus miembros integren ambas dimensiones de la participación.

Acercamientos disímiles con la política institucional: El caso de estudio

Una de las características de la transición chilena a la democracia fue la progresiva desmovilización y despolitización de la sociedad civil (Carlin, 2006; Silva, 2006). La efervescencia social mostrada en el momento del plebiscito fue decayendo en los gobiernos subsiguientes. Distintos estudios muestran que los chilenos tienen cada vez menos interés por la política (PNUD, 2015), menos afiliación y simpatía por los partidos políticos (Luna & Mardones, 2010), y un progresivo declive de la participación electoral (Bargsted et al., 2019; Contreras & Navia, 2013; Corvalan & Cox, 2013).

El rol que tuvieron los políticos en esa despolitización es controvertido. Ciertos autores señalan que se trató de un acto deliberado de las nuevas dirigencias políticas que gobernaron al país (coalición llamada concertación de partidos por la democracia), quienes rompieron el vínculo que otrora entablaron con el movimiento de protesta de mediados de la década de 1980, abandonando a antiguos aliados y dando un giro centrista más conservador (Philip Oxhorn, 1994; Roberts, 2016). Otros enfatizan más bien el acomodamiento de los partidos frente a la despolitización ya iniciada por la dictadura, por lo que se trató más bien de la continuación de una lógica de ensimismamiento político (Silva, 2004). Lo concreto, es que ya a principios de los 2000 diversos autores daban cuenta del preocupante distanciamiento que la ciudadanía comenzaba a entablar con sus gobernantes (por ejemplo, Garretón, 2002; Olavarría, 2003; Silva, 2004).

Pese a que la despolitización, sobre todo entre lo más jóvenes, parecía ser la nueva cultura política en Chile, desde mediados de la década del 2000 hasta esta parte, la participación no electoral (PNE), sobre todo de la mano de la protesta colectiva, ha tenido un vertiginoso crecimiento (PNUD, 2015; Somma & Medel, 2016). Acciones como elevar peticiones, salir a

marchar, performances públicas y contactar a políticos, entre otras acciones destinadas a influir en el gobierno de turno, ha sido un fenómeno que se ha masificado y que ha generado un impacto cultural, político y social sin precedentes en el país. La evolución de este crecimiento ha ido de la mano sin duda con la consolidación de importantes movimientos sociales - como el estudiantil secundario (Donoso, 2013), el estudiantil universitario (Avendaño, 2014), el de pensionados (Bugueño & Maillet, 2019), el de trabajadores contratistas (Aravena & Nuñez, 2009) y el movimiento feminista (Reyes-Housholder & Roque, 2019), por mencionar lo más masivos - que han catapultado este estallido de PNE en el país. Distintas encuestas y estudios han registrado y estudiado este crecimiento de la politización, el que sin duda ha ido de la mano con un mayor uso de la tecnología en las protestas (Cabalin Quijada, 2014; Valenzuela et al., 2012).

Esta efervescencia mostrada en las calles y espacios no institucionales los últimos años genera un importante contraste con lo que ocurre en el plano de la participación electoral (PE). Dentro de las democracias del mundo, Chile asoma como uno de los casos con menor porcentaje de votantes (PNUD, 2016). Antes de la inclusión del voto obligatorio el año 2012, la situación no era positiva, sobre todo entre la gente más joven (Contreras et al., 2016; Quiroga & Cabello, 2018), pero luego de la ley de voto voluntario e inscripción automática, las tasas de votación quedaron bajo el 50%.

Esta tendencia opuesta entre aumento de PNE y disminución del PE ha tenido consecuencias para la relación entre estas dos dimensiones de la participación política: en Chile, la participación política está altamente fragmentada. Esto contrasta con lo que señala la teoría, y que es respaldado ampliamente por los estudios empíricos realizados en Europa y Norteamérica, y es que la asociación entre participación política electoral y no electoral tiende a ser positiva, por lo menos para los países europeos y de Norteamérica (Barnes & Kaase, 1979; Bean, 1991; Saunders, 2014; Schussman & Soule, 2005; Vrablikova & Linek, 2015).

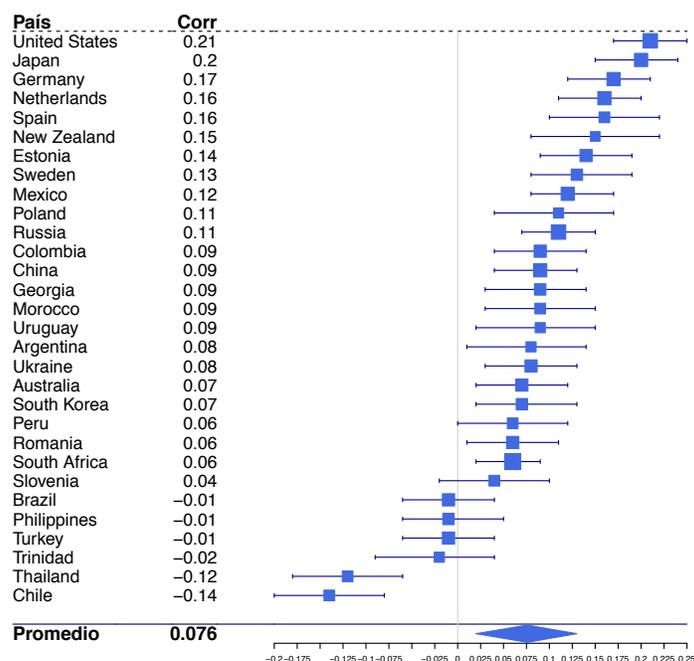
La **Figura 6.1** muestra la correlación entre voto y protesta⁶ para los distintos países a quienes se le aplicó la sexta ola de la encuesta mundial de valores el año 2014. En dicha encuesta no se pregunta por acciones no electorales en generales, sino exclusivamente relacionadas a la protesta. En correspondencia con estudios anteriores, que afirman que hay una complementariedad

⁶ Debido a que las respuestas en la encuesta mundial de valores tanto para voto como para protesta era dicotómica, se realizan correlaciones tetracóricas (Fox, 2007)

entre voto y protesta, se ve que efectivamente los países de Europa y Norteamérica tienen una correlación positiva y significativa entre ambas formas de participación política. Predominan Estados Unidos, Japón, Alemania y Holanda; países industrializados y con democracias liberales avanzadas. Sin embargo, se puede observar también que hay algunos países donde la correlación no existe e incluso es negativa. Chile se encuentra en el extremo de los países con correlación negativa y significativa entre voto y protesta.

Si se replica el ejercicio anterior para los países seleccionados en los análisis de los capítulos precedentes⁷, se ve en la Figura 6.2 que Chile se mantiene las posiciones relativamente equivalentes. Mientras que países como Estados Unidos mantienen una correlación positiva, otros como Corea, Francia, Taiwán y, nuevamente, Chile tienen correlaciones positivas pero débiles y no significativas. Es decir, la relación entre voto y PNE es o negativa o no significativa para Chile.

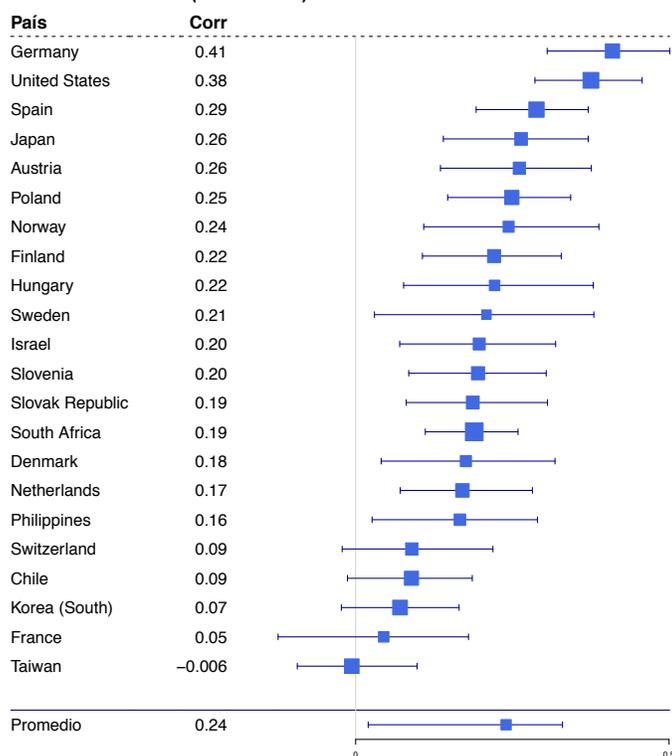
FIGURA 6.1. CORRELACIÓN ENTRE VOTO Y PROTESTA (WVS 6)



Fuente: Elaboración propia en base a la encuesta mundial de valores 2014.

⁷ Debido a que las respuestas en la encuesta ISSP también eran dicotómicas, se realizan correlaciones tetracóricas (Fox, 2007). Para esta variables la relación incluye no sólo la protesta sino todas las actividades no electorales preguntadas en la encuesta.

FIGURA 6.2. CORRELACIÓN ENTRE VOTO Y PROTESTA (ISSP 2014)



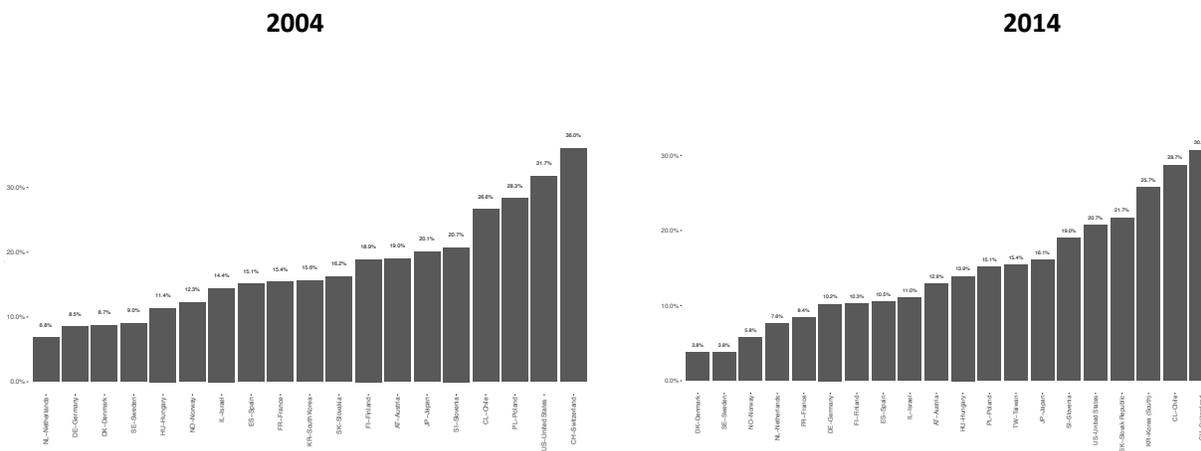
Fuente: Elaboración propia en base a la encuesta ISSP, 2014

Si bien la correlación ofrece luces sobre la relación entre PNE y voto, también puede ser engañosa si es muy alta la cantidad de ceros (Fox, 2007). En específico, una correlación tetracórica positiva puede darse debido a que hay muchas personas que no votan y no participan (0,0) y algunas pocas que realizan ambas cosas (1,1), pero no nos está dando una medida precisa de cuanto gente fragmenta su participación (0,1).

Por las limitaciones del procedimiento anterior se complementan las correlaciones con la Figura 6.3, que muestra a los países de la muestra ISSP según el porcentaje de población con participación no electoral que se abstiene de las urnas. Si se ve la figura izquierda, se puede apreciar que ya para el año 2004, incluso en tiempos de voto obligatorio el país contaba con un alto porcentaje de población fragmentada no electoral (26,6%). Para el año 2014 esa cifra sube a 28,7% y Chile pasa a ser el segundo país con mayor porcentaje de activistas que no votan, sólo después de Suiza. Lo anterior lo corroboran los datos de la encuesta ELSOC del año 2017, donde, del total de activistas con posibilidad de haber sufragado en la última elección, un 33% declara

que ha participado en alguna forma de PNE el último año pero que no votó en la última elección. Es decir, ya sea mirando datos del ISSP o de la encuesta ELSOC, se puede señalar que la cerca de un tercio de los chilenos que se movilizan fuera de las urnas, no integran dicha participación con el voto.

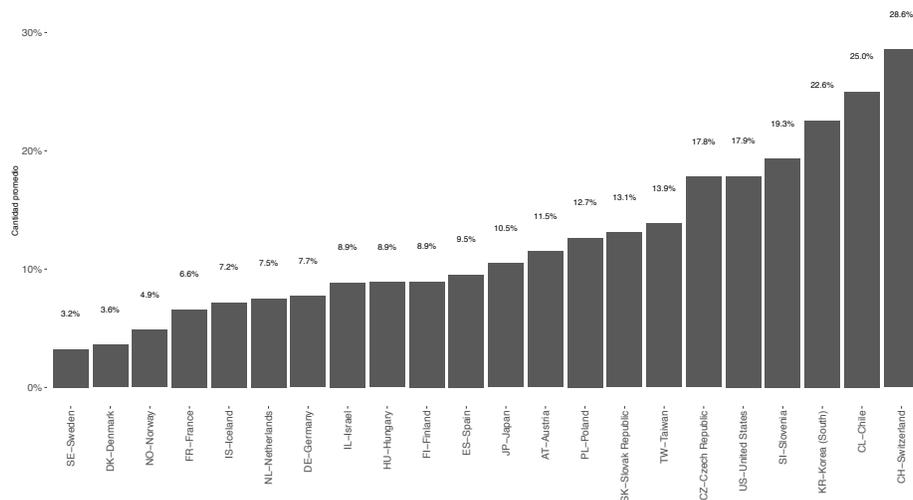
FIGURA 6.3. EVOLUCIÓN DE LA PARTICIPACIÓN FRAGMENTADA EN CHILE DESDE UNA PERSPECTIVA COMPARADA



Fuente: Elaboración propia en base a la encuesta ISSP, 2014

Por lo tanto, en Chile hay un porcentaje alto de participación fragmentada. Pero vale la pena explorar qué tipo de participación fragmentada es. En el capítulo cuatro se demostró que uno de los factores explicativos más relevantes para dar cuenta de por qué países fragmentan más que otros dice relación con la vitalidad de la sociedad civil. Países donde los activistas están más vinculados a las organizaciones suelen tener mayores niveles de integración de su participación. En Chile efectivamente casi el 40% de los activistas no tienen enraizamiento en asociaciones civiles (ISSP) pero, además, un porcentaje inusualmente alto de activistas organizados no integra su participación (25%). En la Figura 6.4 se puede ver que uno de cada cuatro ciudadanos con membresía activa en organizaciones civiles y que declara haber realizado actividades no electorales el último año (o activistas), no vota. Lo anterior implica que la fragmentación en Chile no es sólo producto de la individualización de la participación no electoral, sino que también tiene un fuerte componente colectivo.

FIGURA 6.4. ACTIVISTAS ORGANIZADOS QUE NO VOTAN

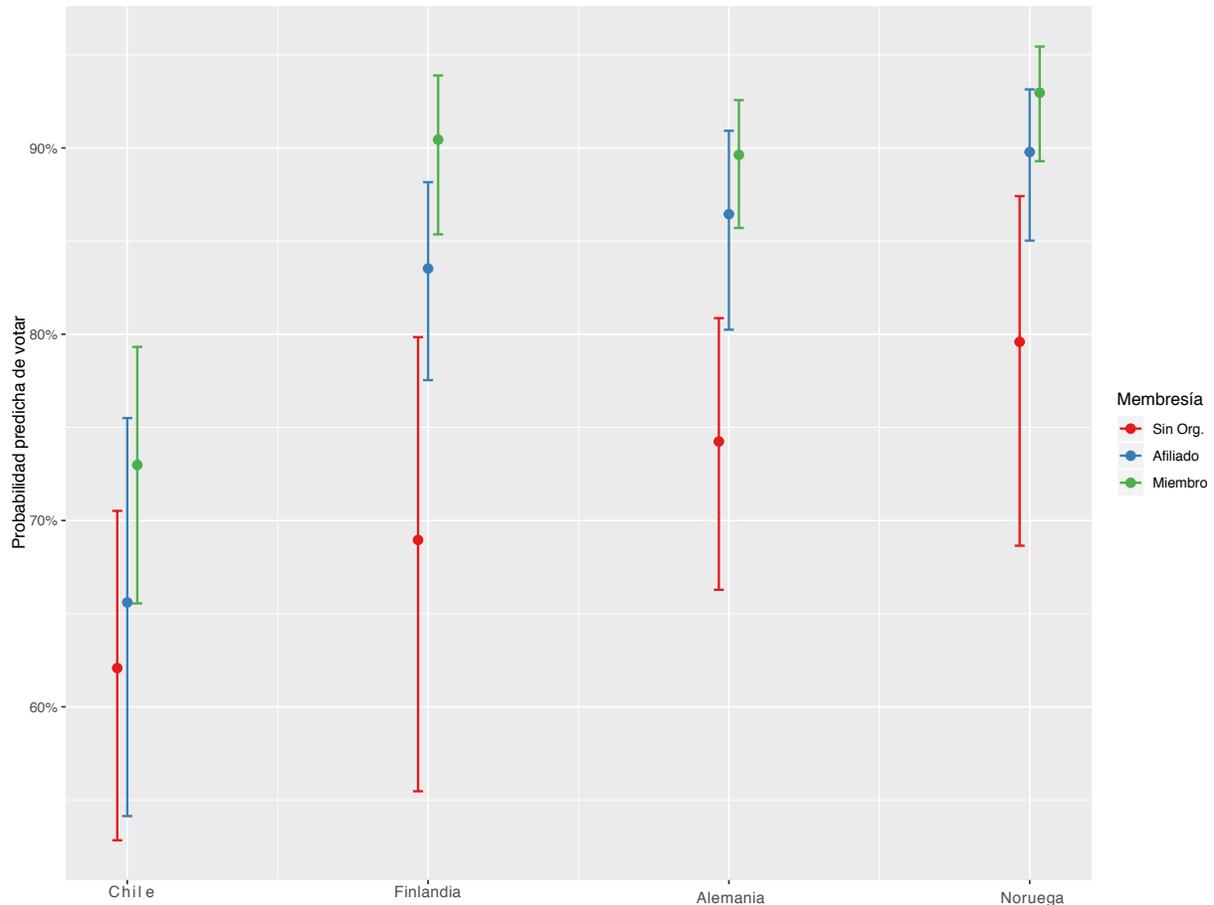


Fuente: Elaboración propia en base a la encuesta ISSP, 2014

Este componente colectivo de la fragmentación política queda más claro en la Figura 6.5, donde se presentan probabilidades predichas de votar para activistas (activos en PNE los últimos 12 meses) según membresía organizacional para Chile y otros cuatro países que tienen mayores niveles de integración. Estas probabilidades predichas se obtienen con una regresión logística binomial donde votar es la variable dependiente, la submuestra son los activistas de estos cuatro países y se controla por edad, género y educación (regresión completa en el anexo metodológico). Esta comparación es interesante ya que muestra que, si bien los activistas en Chile votan menos que en Alemania, Finlandia y Noruega en general, las verdaderas ventajas que sacan estos últimos países se explican, sobre todo, por el rol que cumplen las organizaciones. En Alemania, los activistas que no tienen membresía organizacional de ningún tipo tienen una probabilidad predicha de votar de menos del 80%; en cambio, quienes sí tienen membresía activa a organizaciones tienen menos de un 10% de probabilidades de abstenerse y dicha diferencia es estadísticamente significativa. En Chile, cerca de un 25% de los activistas que tienen membresías organizacionales no votan y además dicha diferencia no es significativa respecto a quienes no tienen membresías a asociaciones civiles.

Lo revisado hasta ahora permite asentar dos antecedentes que resultan claves para los análisis posteriores. En primer lugar, en Chile la relación entre la dimensión electoral y la dimensión no electoral de la participación política no es positiva ni fuerte, por el contrario, un porcentaje inusualmente alto de ciudadanos que se expresan políticamente no participan de los procesos electorarios. En segundo lugar, es una fragmentación que se debe no sólo a una debilidad de la sociedad civil en términos de membresía absoluta, sino producto de una aparente incapacidad de las asociaciones civiles de encauzar a sus miembros activos hacia las urnas, lo que se refleja en que uno de cada cuatro activistas organizados no vota, y con que, a diferencia de países como Alemania o Finlandia, estar organizado no refleja diferencias estadísticamente significativas respecto a quienes no están organizados.

FIGURA 6.5. PROBABILIDAD PREDICHA DE VOTAR DE LOS ACTIVISTAS DE CUATRO PAÍSES



Fuente: Elaboración propia en base a la encuesta ISSP, 2014

Malestar y autonomía con la política institucional. Estudiantes y sindicatos.

¿Qué explica que en Chile los activistas fragmenten tanto su participación? Y a su vez, ¿Cómo explicar que, a diferencia de lo que se observa en Europa y Estados Unidos, las organizaciones de la sociedad civil y los movimientos sociales no acerquen a los activistas a las urnas?

Si bien esta es una pregunta que no se ha estudiado, la literatura si ha dado cuenta de un fenómeno relacionado y altamente relevante: en Chile ha habido un proceso de separación entre política institucional y sociedad civil (Hipsler, 1996; Silva, 2004). Elementos como el sistema binominal (Siavelis, 2000), problemas de legitimidad de las instituciones democráticas heredadas de la dictadura (Garretón, 2004b) y la cooptación de las organizaciones ciudadanas por partidos políticos tradicionales que respondían a intereses cupulares (Garretón, 2004a; Venegas, 2017; Winn, 2004), han sido los argumentos más recurrentes. Lo anterior se traduce en un menor interés por la política, en una baja en la afiliación partidaria y en una menor participación electoral, sobre todo entre los más jóvenes.

Pero como se señaló en la introducción, la ruptura de la sociedad con la política no ha implicado una disminución de la participación no electoral. Por el contrario, la participación no electoral impulsada por movimientos sociales ha tendido a crecer en el país, pero los movimientos sociales no han estado ajenos a la tendencia anterior. También en los movimientos sociales se ha estudiado que ha habido un evidente alejamiento de la política institucional (Barozet, 2016; Nicolás Somma & Medel, 2016; Von Bülow & Ponte, 2015). Así se ha estudiado, entre otras cosas, la separación entre la política y el movimiento Mapuche (Bidegain, 2015; Tricot, 2009), el movimiento estudiantil (Donoso, 2013), el movimiento sindical del sector privado (Crocco, 2017; Medel Sierralta, 2017; Winn, 2004) y el movimiento medio ambiental (Akchurin, 2015), entre otros.

Si bien esta literatura es esclarecedora respecto del alejamiento subjetivo que viven los activistas respecto a los partidos y el gobierno, el argumento del malestar o la desconfianza de la sociedad civil activa con la clase política no es suficiente para explicar el alejamiento de las personas de las urnas. Se han hecho importantes estudios que demuestran que el malestar o desconfianza con la política institucional no tiene como consecuencia una menor participación

electoral de la sociedad civil movilizada. Por el contrario, una situación de alta efervescencia, como la protesta social, se asocia al voto incluso dentro de quienes no están conformes con la política (Galais, 2014a; Rudig, 2010; Saunders, 2014). Por ejemplo, Galais estudió la importancia de las movilizaciones de los indignados, un movimiento particularmente anti políticos, que podría llevar a suponer que los manifestantes se iban a abstener de las urnas, sin embargo, se volvió a comprobar totalmente lo contrario: haber participado en el movimiento aumentó las chances de que los activistas votaran en las siguientes elecciones (Galais, 2014a).

Sin embargo, la explicación anterior no aplica para todos los casos: en Chile el vínculo de los activistas con organizaciones de la sociedad civil o con movimientos sociales genera un efecto débil o nulo sobre la participación electoral. En esta sección se busca abrir esa explicación, donde el argumento es que además de malestar con la política institucional, debe haber un distanciamiento efectivo de las organizaciones respecto a la política institucional. Distanciamiento efectivo implica que las organizaciones, además de tener malestar con la política institucional, deben ser autónomas de los recursos que ella provee. De lo contrario, aunque tengan malestar con los partidos y con los políticos, la necesidad de generar vínculos para su movilización va a estimular que sus miembros desarrollen preferencias electorales.

La posibilidad de probar este argumento desde el caso de Chile se da a partir de una peculiaridad que se busca demostrar en el siguiente apartado. Y es que, si bien ha habido una mayor autonomía política de una sociedad civil altamente descontenta, ese alejamiento no ha sido homogéneo para todos los sectores organizados y movilizados. Es decir, hay una fuente importante de variación subnacional. En los siguientes apartados se profundiza, desde la mirada de los actores, en dos conjuntos de organizaciones vinculadas a dos movimientos sociales con relaciones disímiles con la política institucional y los partidos políticos: el caso del movimiento estudiantil y el caso del movimiento laboral del sector público. Ambos se analizan en los dos ejes de análisis ofrecido por el argumento anterior: distancia ideológica (en este caso malestar con la política) y distancia material (autonomía de recursos).

Movimiento estudiantil

Malestar con los partidos tradicionales y con el gobierno

Diversos autores han señalado que el movimiento estudiantil tuvo un renacer a mediados de la década del 2000 (Garretón, 2011; Rifo, 2013), pero caracterizado por un fuerte distanciamiento respecto a la política institucional. En esta sección se profundiza en esta tesis desde la mirada de los actores. Las entrevistas fueron realizadas a 12 dirigentes estudiantiles el año 2015, donde la totalidad pertenecía a organizaciones vinculadas al movimiento estudiantil⁸. Todos los entrevistados fueron seleccionados porque ocupaban o ocuparon cargos relevantes dentro de las federaciones o centros de alumnos de las principales universidades, por lo que el criterio fue el puesto que ostentaban dichos dirigentes y no una representatividad de movimientos o partidos dentro del país. Del total de entrevistados, 10 de ellos pertenecían a colectivos políticos y sólo dos de ellos a partidos. Los diez que pertenecían a colectivos o movimientos políticos tenían un discurso que reflejaba una relación de tensión y desconfianza con las autoridades políticas y con los partidos institucionales. Las excepciones eran los dirigentes partidistas, ya sean socialistas o comunistas. En el discurso se alude mucho a que las autoridades rompen acuerdos, se recuerdan los espaldarazos del presente y las promesas incumplidas del pasado.

Como señala el ex presidente de la Federación de estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso (FEPUCV) y militante del movimiento político Izquierda Autónoma.

“Yo creo que la relación es de desconfianza, creo que en Chile pasó algo que poco a poco comienza a andar en el sentido inverso, de que lo que hace la dictadura y lo que logra con éxito la Concertación también en estos veinte años, fue separar lo político de lo social. Entendiendo esto como la resolución de los asuntos públicos, el interés por lo público sólo era el trabajo de estos profesionales por lo más político, y que por tanto los Movimientos Sociales o la ciudadanía organizada empoderada, no tenía posibilidad alguna de disidencia. Por tanto, tenían que preocuparse de cosas propias de su reivindicación, concreta y muy proteccionista del Estado, etcétera. Eso permite entender cómo se han relacionado los Movimientos Sociales en general, con la política en Chile, y eso es más evidente en el Movimiento Estudiantil.”

⁸ Estas entrevistas fueron realizadas en el marco del proyecto Fondecyt 11121147, a cargo de Nicolás Somma y del cual el autor de esta tesis fue asistente de investigación.

El discurso del dirigente anterior es bastante extendido dentro de los estudiantes, y alude a un abandono por parte de los partidos de la Concertación. Tradicionalmente habían existido fuertes lazos entre los estudiantes y los partidos políticos de la Concertación, lazos que sobrevivieron en gran medida a lo que ocurrió en época de dictadura (Schneider, 1995; Thielemann, 2011). Luego, en el período de la transición hacia la democracia, los vínculos de los partidos gobernantes con las organizaciones estudiantiles aún eran bastante fuertes, lo que les permitió tener dirigencias partidistas importantes dirigiendo el movimiento (Disi, 2018; Garretón, 2004a). Sin embargo, esta situación comenzó a cambiar a fines de los años noventa, cuando los partidos de la Concertación comienzan a ceder terreno frente a otros partidos como el comunista u otros movimientos emergentes como la Surda (Rifo, 2013; Thielemann, 2011).

El proceso de alejamiento de las dirigencias estudiantiles con los partidos y el rechazo que generan queda bien reflejada en palabras del secretario general de la federación de la Universidad de Valparaíso,

“Mira en general igual que a nivel nacional yo creo que cuando dicen partido, te dicen no, no quiero nada con los partidos. Los partidos son como el SIDA, antes todos querían, ahora nadie quiere partidos políticos, con las autoridades es casi lo mismo, nadie escapa, ni el alcalde, ni el Intendente.”

El rechazo a los partidos queda reflejado en que, si para principios de los años de la transición la mayoría de las federaciones universitarias estaban aún a cargo de dirigentes vinculados a los partidos de la concertación, para mediados de la década del 2000, los partidos tradicionales habían perdido las principales federaciones estudiantiles (Abate & Pérez, 2014; Thielemann, 2011).

Dentro de los grupos emergentes, que comenzaron a dirigir al movimiento, cobra principal relevancia la figura del *colectivo político*, como forma de organización distinta a la partidista tradicional (Avendaño, 2014; Jiménez & Valle, 2011). De hecho, de acuerdo con los entrevistados se vuelve algo muy mal visto que las juventudes partidistas dirijan el movimiento, se resalta mucho la importancia de la autonomía política. De acuerdo con los entrevistados, gran parte de la pérdida de influencia de las juventudes partidistas se debe al descrédito de los partidos políticos y a una mala imagen de los políticos de la concertación, pero también a un despertar de los mismos

estudiantes de base, quienes comienzan a fiscalizar y a exigir autonomía de sus dirigentes respecto a los partidos tradicionales.

El argumento anterior queda muy bien reflejado en el siguiente apartado del ex vicepresidente de la Federación de estudiantes de la Universidad de Chile y militante de un colectivo político,

“Cuando había menos movilización, por lo tanto, menos fiscalización de los estudiantes a sus dirigentes, los dirigentes de los partidos con representación tendían a suplantar la representación y a ir por su lado relacionándose con los parlamentarios. Pero de un tiempo a esta parte hay muchas más movilizaciones, hay mucha más participación y por lo tanto los dirigentes están mucho más fiscalizados tienen que rendir cuentas por todo lo que dicen y hacen. Ese tipo de prácticas se mantienen, pero mucho más condenadas, y con mucho menos efecto. Porque como te comentaba antes ese tipo socialista, DC, o Comunistas han retrocedido mucho en el Movimiento Estudiantil”

La organización por medio de colectivos políticos ha logrado sobrepasar con creces la antigua conducción de los partidos tradicionales, y logra representar mejor a uno que reivindica la autonomía de la política institucional como un valor, presente en el discurso mismo de los principales dirigentes, quienes se organizan y autogestionan en organizaciones cada vez más distantes de los partidos tradicionales (Somma & Medel, 2016). De ahí que gran parte de la identidad de los colectivos estaba determinada por ser anti-partidos tradicionales. Este discurso lleva el rechazo a la política tradicional como una definición de identidad, lo que queda reflejada en esta cita del Ex Secretario General del Centro de Estudiantes de Derecho, U. Central, y miembro del colectivo estudiantil La Voz.

“La verdad es que nosotros por antonomasia nos definimos como Anti Concertación, entonces la verdad que no nos interesaba mucho generar ningún tipo de contacto con la gente del Parlamento de esa época y sí bueno, con nuestras autoridades la relación era compleja también”

Es importante señalar que este proceso de mayor autonomía no implica una pérdida de influencia hacia la esfera política. De hecho, el estudiantil ha sido posiblemente el movimiento que más impacto ha generado en la agenda política los años recientes, principalmente con reformas institucionales (Donoso, 2016). Estas reformas, sin embargo, siempre han generado divisiones dentro de las distintas organizaciones vinculadas al movimiento y son resaltadas en el discurso

cuando se alude a una "división del movimiento ante la apertura del gobierno". Se comenta que es típico que el movimiento se fragmente cuando el gobierno tiene una apertura hacia las demandas estudiantiles. Habrá quienes estarán dispuestos a dialogar y negociar, mientras que otro grupo muy significativo no verá con buenos ojos esta situación y será crítico de aquella fracción del movimiento que opta por el diálogo con las autoridades. Estas contradicciones quedan reflejadas en el discurso de la secretaria ejecutiva de la Federación de estudiantes de la Universidad católica, vinculada al movimiento político Nueva Acción Universitaria (NAU)

“el Movimiento Estudiantil tiene una encrucijada, los Movimientos Sociales tienen una encrucijada. ¿Por qué confiar en los mismos? A propósito del tema de la Nueva Mayoría que está en un proceso de reforma, ¿o por qué debiésemos confiar, si la experiencia te dice otra cosa? En los mismos, que para hacer estas reformas lo hicieron en el sentido inverso. Es como el papá luego que dejó al cuidado a una niñera porque salió y el cabro chico aparece todo con moretones y ensangrentado y pregunta ¿qué pasó? Es como que la segunda vez que sale, volviere a entregarle el cuidado de su niño a una niñera, ¿por qué debiese confiar? Y ahí está el tema de profunda desconfianza, escepticismo, algunos más, otros menos profundos. Y ahí está el desafío del Movimiento Estudiantil, o del Movimiento Social, de construir sus propios elementos para incidir en la política”

En este contexto, los movimientos sociales han apuntado sus dardos sobre todo al Poder Ejecutivo, esperando que sea el gobierno de turno mediante una acción directa, y no una intromisión de los partidos en sus movimientos quienes les den una solución inmediata a sus demandas. Pese a que para las elecciones del 2013 ex dirigentes estudiantiles salieron elegidos diputados de la república, las organizaciones estudiantiles han mantenido el discurso crítico frente a los partidos. La experiencia les ha mostrado que un acercamiento con los partidos puede llevar a fracturas internas peligrosas, y, al contrario, la distancia con la política no ha rendido pocos frutos (Albala & Tricot Salomon, 2019). Las organizaciones estudiantiles movilizadas han logrado mantener un movimiento cohesionado, en gran parte, gracias a un discurso que resalta la autonomía respecto de los partidos. Esta capacidad de influencia que tienen las organizaciones estudiantiles, de la mano de un discurso anti partidos y anti-gobierno, sólo es posible si dichas organizaciones pueden prescindir de los recursos que ofrece la política para movilizarse. Lo que se profundiza en el siguiente punto.

Autonomía de recursos

Para que las organizaciones estudiantiles rechacen de manera tan categórica a los partidos y a los miembros de la política institucional deben poder prescindir de ellos para movilizarse. En efecto, el impacto que ha tenido el movimiento estudiantil en moldear la política chilena ha sido inmenso desde sus movilizaciones el 2006 (Donoso, 2017; Navia & Pirinoli, 2015), generando grandes reformas educativas, sobre todo en los gobiernos de Bachelet.

Pese a que algunos ex dirigentes estudiantiles, luego de las movilizaciones, postularon al congreso como diputados, lo que se puede leer como una táctica interna del movimiento hacia la política (Donoso, 2017), en el discurso se sigue reivindicando la autonomía, como se revisó en el punto anterior. Pero, además, la autonomía no es un fenómeno puramente discursivo, sino que tiene como base material la estructura del funcionamiento autónomo que tienen las organizaciones estudiantiles para movilizarse. En concreto, las principales formas de financiamiento del movimiento estudiantil siguen siendo la autogestión y los aportes específicos que las federaciones y centros de alumnos reciben de manera directa de las universidades (Somma & Medel, 2016).

Fundamental para garantizar la autogestión, es que existen dos estructuras organizativas de niveles distintos. Primero las federaciones de estudiantes y en segundo lugar las organizaciones político-estudiantiles que habitan esas federaciones. Las Federaciones de Estudiantes suelen tener un presupuesto anual, que está compuesto por fondos que la misma Universidad les entrega. Pero también hay actividades para que las mismas Federaciones realizan para poder auto gestionarse: fiestas, seminarios, gente que puede incluso donar plata. Las organizaciones estudiantiles de base se financian básicamente con aportes de los militantes sobre un sistema de cuotas para los miembros de la organización, donde cada miembro aporta de manera regular.

Cuando se trata de campañas específicas, por ejemplo, juntar recursos para ir a marchar un día, o para una movilización específica lo central es la capacidad de auto gestión de los grupos estudiantiles. Gran parte de los recursos se basan en redes interpersonales (familia, amigos o contactos) que excluyen pedir recursos de movilización a los partidos. Como señala un ex Secretario Ejecutivo de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Valparaíso (FEUV) y miembro del colectivo Oveja Negra.

“Las platas auto gestionadas que son las platas que van poniendo los estudiantes, en las cooperaciones, en las salidas a calles, como el tarreo, peñas y todo eso se junta y bueno las mismas

organizaciones van poniendo dinero a disposición. La mitad del material que usamos en las protestas lo conseguimos, me acuerdo para una fecha de julio nos conseguimos materiales en una casa equis que habían arreglado, y no sabían donde botar la madera, la fuimos a buscar y la trajimos con otros compañeros. Los neumáticos los dan los portuarios, o sea todo ese material sale”

A nivel aún más micro, es decir, a nivel de dirigentes o de campañas específicas para listas de estudiantes, se menciona el importante aporte de familiares. En segundo plano también los profesores son una red relevante. Muchas campañas de dirigentes estudiantiles usan estas redes de apoyo, sin un financiamiento constante por parte de alguna institución.

Respecto a los aportes directos que reciben los centros de estudiantes y las federaciones por parte de las facultades o la universidad, la particularidad es que estos aportes no comprometen la autonomía de las organizaciones. Es decir, independiente del grupo estudiantil que llegue a la federación, el aporte basal no se compromete. Es relevante, empero, que existe una marcada asimetría en cuanto a la cantidad de recursos con los que cuentan las distintas federaciones. Por ejemplo, en la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile, el centro de alumnos recibe más recursos que en la facultad de ciencias de la misma universidad. En cuanto a las federaciones, una universidad privada, con una federación débil, recibirá poca o nula plata por parte de la universidad. Pero existen federaciones fuertes con aportes basales permanentes. Se menciona que son la Federación de estudiantes de la Universidad de Chile (Fech) y la Federación de estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile (Feuc) las federaciones que reciben más recursos, por lo que son las que financian la mayor parte de las marchas cuando hay costos de escenarios u otros elementos. Como señala un dirigente estudiantil, ex presidente del Centro de Estudiantes Facultad de Economía y Negocios, de la Universidad de Chile y miembro del colectivo Estudiantes de Izquierda,

“Sí, en particular la Facultad sí. De hecho, el presupuesto de la Facultad hay un porcentaje que está definido para el Centro de estudiantes y nosotros teníamos autonomía de cómo usarlo. Además, como es una Facultad de Economía y hay mucha gente que sale a trabajar a eventos privados, nosotros teníamos auspiciadores, de distintas empresas. En algún momento como que nos preocupamos de que esos auspiciadores no fueran como “del imperio” y en verdad nos daban hartas platas, y con eso nosotros financiábamos una agenda que nosotros hacíamos

cuando entregábamos gratuitamente a los estudiantes o cosas por el estilo. Y toda la actividad que nosotros hacíamos, un foro semana, de debate, invitábamos a gente relativamente buena, hacíamos fiestas, lo que hacen todos los Centros de Estudiantes”.

En síntesis, en los niveles más altos (federaciones) hay aporte directo de universidades, donaciones y autogestión. A nivel de las organizaciones, hay autogestión, sistemas de cuotas de los miembros y apoyo familiar.

Además de los recursos económicos, están los recursos técnicos y culturales internos, lo que tiene que ver con la naturaleza misma de los miembros del movimiento que tienen un capital cultural avanzado respecto a otros movimientos. Ello se refleja en un uso intensivo de redes sociales (Cabalin Quijada, 2014; Valenzuela et al., 2012), lo que se ha transformado en un método más para ganar autonomía y capacidad de autogestión. Asimismo, muchos estudiantes ponen a disposición sus conocimientos técnicos profesionales para sus organizaciones o movimientos. Por ejemplo, los estudiantes de enfermería y medicina cuidaban a los estudiantes en toma, los estudiantes de derecho se preparaban en términos jurídicos con material de respaldo, los estudiantes de teatro y música desplegaban su creatividad en el movimiento lo que sumaba en capital cultural y técnico para fortalecer a la organización. Todo lo anterior redundaba en que las organizaciones estudiantiles, bases del movimiento social, han logrado ganar una autonomía de recursos que les permite una base material para articular una identidad anti partidos y anti política. El contexto discursivo anti políticos tiene como base el que para movilizarse puedan prescindir del apoyo de los partidos.

Movimiento laboral del sector público⁹

Malestar con la política institucional

Los sindicatos en Chile, desde los años 30 hasta el golpe de Estado de 1973, eran los brazos de los partidos políticos en el mundo del trabajo, que se movían desde, y hacia, la política institucional (Barozet, 2016; Garcés, 2004). En este contexto, la Central Única de Trabajadores

⁹ Una parte del argumento de esta sección ha sido publicado por el autor el año 2017 mientras trabajaba en esta tesis. El artículo está titulado *Alliances et autonomie politique: Les deux faces du syndicalisme chilien*. Publicado en: *Cahiers des Amériques latines* [En línea], 86, 2017.

(CUT) era el organismo mediador entre la política y el sindicalismo, siendo una organización que, si bien mantenía vínculos estrechos con los partidos, buscaba a su vez ser representativa de las demandas de la clase obrera en su conjunto.

El golpe de Estado del año 1973 inauguró una dictadura que fue refundacional en muchos aspectos. Uno de ellos fue la revolución laboral que promulgó un nuevo código laboral el año 1979, el mismo que opera hasta el día de hoy. Las características básicas de este modelo, y que resultan determinantes en el funcionamiento a nivel sindical en el sector privado, son el establecimiento de una flexibilidad y desregulación excesiva de las relaciones individuales; y una hiper-regulación de las relaciones colectivas (Rojas Miño, 2007). Pero además, estuvo caracterizada por una desmovilización de los antiguos sectores de trabajadores organizados (Winn, 2004)

El fin de la dictadura el año 1990, abría una posibilidad para devolver gran parte de los derechos perdidos a los trabajadores. El antiguo modelo de imbricación entre el mundo sindical y los partidos políticos fue en gran parte lo que se buscó emular con la refundación de la CUT (ahora, Central Unitaria de Trabajadores) a comienzos de la transición, buscando que el sindicalismo en Chile se volviera a articular como una proyección de los partidos políticos hacia el movimiento sindical (Osorio, 2016). La misma refundación de la CUT, el año 1988, nace como un acuerdo político entre los partidos de la incipiente Concertación, que habían logrado mantener vínculos con el mundo sindical. En ese sentido, desde sus orígenes la nueva CUT buscó ser un brazo sindical del nuevo pacto de centro-izquierda concertacionista, y no un instrumento de reivindicaciones más transversales como lo fue en los años 60 (Durán, 1997; Osorio, 2017). A esta central se sumó la revitalizada Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), central que había logrado sobrevivir a la dictadura.

Que la nueva CUT naciera desde los partidos que lideraron la transición fue determinante para que la central diera un planteamiento mucho más reformista que transformador (Winn, 2004). Si bien una de las promesas principales de los gobiernos democráticos de comienzos de la transición decía relación con la promulgación de un nuevo código laboral, que desechara el impuesto en dictadura (Narbona, 2014), los gobiernos de la concertación fueron paulatinamente abandonando dichas pretensiones de transformación de la estructura legal laboral. Si bien hubo dos reformas laborales importantes durante los años noventa, estas afectaron aspectos

principalmente de protección individual de los trabajadores, dejando intacto el corazón del modelo en materia de regulaciones colectivas, e incluso en muchos sentidos profundizándolo (Cifuentes, 2009; Rojas Miño, 2007). Las promesas de un nuevo código laboral se terminan por abandonar definitivamente en el gobierno de Ricardo Lagos (2000-2006), cuando ya se dejó de hablar de un nuevo código del trabajo y más bien se trataba de hacer ajustes a la institucionalidad que ya estaba instalada (Narbona, 2014).

Durante todo este tiempo, la CUT, en vez de mantener posiciones firmes que obligaran a los gobiernos de la concertación a redactar un nuevo código laboral, mantuvo más bien una actitud de alianza con las nuevas autoridades (Osorio, 2016). El costo principal de esta alianza entre partidos y CUT, es que el movimiento laboral se encuentra actualmente fracturado en Chile, donde por un lado hay un clivaje liderado por las centrales (principalmente la CUT, la ANEF), y representativo sobre todo del sindicalismo del sector público; y por otro, un clivaje dado por el sindicalismo más autónomo de las centrales y de los partidos, representado sobre todo por el sindicalismo del sector privado (Medel, 2017; Osorio, 2016).

Las entrevistas a dirigentes sindicales respaldan esta dicotomía principal entre un sindicalismo del sector público, altamente cercano y dependiente de los partidos políticos y de las centrales, y un sindicalismo privado aislado social y políticamente. El sector privado se declara preso por las limitaciones del código laboral, con un fuerte aislamiento político.

Como señala un dirigente de la Federación Walmart de la Región Metropolitana, *“porque nuestra CUT, antigua CUT, histórica CUT, hoy día se ha transformado en una central que lo único que defiende son los intereses de los trabajadores públicos, pero a los privados no los toma nadie.”*

En ese sentido, la CUT ha roto los lazos con las bases, como señala un dirigente de la federación de trabajadores Padre Alberto Hurtado, del área de la salud, la CUT para el sector privado se ha transformado en *“un mono con cabeza grande, pero con manos cortas.”*

El alejamiento entre el sindicalismo del sector privado y la CUT, es de acuerdo con los entrevistados, es consecuencia de la cooptación de la central por parte de los gobiernos de la concertación, y al abandono que hubo por parte de dichos gobiernos a cualquier pretensión transformadora de la herencia institucional autoritaria. El sindicalismo del sector público, en cambio, al no estar amarrado a proyectos refundacionales tan fuertes, logró una mayor autonomía

y poder organizativo que llevó a que la CUT orientara hacia ellos todos sus recursos políticos.

En consecuencia, las relaciones que se plantea el sindicalismo del sector público con la CUT, que es una extensión de los partidos, varían entre críticas moderadas hasta apreciaciones moderadas. Si bien los dirigentes son explícitos en reconocer los vínculos que mantienen los sindicatos con los partidos políticos, en algunos casos, los dirigentes son críticos de esos vínculos. Como señala un dirigente del sindicato del colegio de profesores de la región metropolitana,

“Particularmente la orgánica nuestra, la que yo represento, tenemos muchas diferencias con la CUT. Creemos que la CUT, de alguna manera, representa el viejo estilo de sindicalismo. Este estilo muy manejado partidistamente, con poca autonomía del poder político, donde de alguna manera el movimiento sindical, social, gremial, se pone al servicio partidista, y nosotros esperamos algo inverso a eso, donde el movimiento social tenga tanta fuerza que haga a los partidos ponerse al servicio del movimiento social, que nos parece que es mucho más representativo de lo genuinas necesidades de la sociedad y es una concepción inversa”.

Por su parte, hay otros que rescatan la trascendencia que tiene la CUT y la ANEF y la valoran positivamente, más no así su conducción, como señala un dirigente de la Asociación de Fiscalizadores del Servicio de Impuestos Internos,

“La CUT es lo más grande, no sé si los dirigentes...Son las herramientas que tienen los trabajadores en Chile para avanzar en sus reivindicaciones. No existen otras. No tenemos el poder económico, no tenemos las armas, no tenemos el gobierno, no tenemos el Congreso y tenemos la CUT y la ANEF para avanzar en las reivindicaciones laborales. No sé si con eso explico lo importante que es la CUT y la ANEF.”

Otros dirigentes reconocen aún más abiertamente cierta distancia con la conducción de la CUT y de la ANEF, aun así, en el sector público se ufanan de estar siempre disponibles para la central. Como señala un dirigente del hospital Gustavo Fricke vinculado a la Confederación Nacional de Trabajadores de la Salud (FENATS),

“Nosotros asumimos todos los llamados de la central unitaria de trabajadores aun teniendo diferencia con su cúpula ya que la cúpula es dirigida no muy democráticamente, pero si asumimos los mandatos a la central unitaria de trabajadores, yo pienso que la central unitaria de

trabajadores debería ser más democrática. Una persona un voto. No ese voto ponderado que piensan.”

Por muchas diferencias que haya, por lo tanto, se reconoce que la CUT está ahí. Como señala un dirigente de la Asociación de Gendarmes Concepción-Chile, (AGECH).

“tenemos contacto y tenemos gente conocida en la CUT, por lo tanto, creo que no se van a negar a que el día de mañana nosotros le pidamos apoyo en cualquier marcha o paro que tengamos que hacer. Yo creo que ellos siempre van a estar llanos a estar con nosotros”

Recursos

En el punto anterior se argumentó que en el movimiento laboral los vínculos con la política tienen al movimiento fracturado por lo menos en dos grandes clivajes. Por un lado, aquellos cercanos a las centrales sindicales y, por consecuencia, a los partidos políticos; y aquellos que se han mantenido al margen de la influencia de las centrales y se han desarrollado de manera autónoma. Para esta tesis se pone el foco en la facción del movimiento cercano a la política: el movimiento laboral del sector público. Este sector del sindicalismo ha tenido una alta capacidad de movilización desde la transición a la democracia, pero para ello han recibido un apoyo fundamental de las centrales y los partidos.

Lo más destacado es que han logrado “institucionalizar” de manera no formal huelgas sectoriales ilegales, donde por medio de un paro nacional de actividades, se ha transformado en la más grande negociación colectiva (informal) de Chile. El sindicalismo del sector público ha logrado mantener autonomía del código laboral, puesto lo rige un estatuto administrativo que le permite negociar de manera directa con el gobierno los reajustes laborales. Estas son negociaciones que ocurren una vez al año donde, a diferencia de lo que ocurre en el sector privado, adquieren mucha relevancia las centrales sindicales, principalmente la CUT y la Agrupación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), las dos agrupaciones más importantes entre las que conforman la mesa del sector público (MSP). En esta mesa los dirigentes negocian directamente con representantes del Ministerio de Hacienda (Quiroga, Guerrero, & Schuster, 2016). Las redes partidarias en ambas centrales sindicales son fundamentales, y todos sus presidentes han pertenecido a partidos de la antigua Concertación o de la actual Nueva Mayoría. De ahí que las

alianzas de las centrales de trabajadores con la política institucional sea un elemento altamente relevante para las huelgas del sector público, por cuanto movilizan las influencias políticas necesarias para presionar a los gobiernos de turno y hacer avanzar sus demandas (F. Quiroga et al., 2016).

Cómo señala un dirigente de la Asociación Nacional de Funcionarios Penitenciarios (ANFUP),

“Si correcto. Nosotros somos afiliados a la ANEF, por lo tanto, en cada marcha, protesta, o en cada huelga que tengamos nosotros, la ANEF siempre está al lado nuestro. Además, tengo yo un funcionario compañero que es dirigente, que además él pertenece a la ANEF. Es más, nuestro presidente, de la ANFUP del año pasado, el era presidente de la ANEF regional, por tanto, cada vez que teníamos que llevar alguna movilización, está la ANEF con nosotros. Dentro de la ANEF están los demás servicios que nos apoyan, está salud no es cierto, la intendencia, de todos los servicios públicos. De todos los servicios públicos se compone la ANEF, por lo tanto, cada vez que hacemos alguna manifestación, están ellos apoyando.”

¿Pero en qué consiste ese apoyo en términos específicos? ¿Por qué necesitan de las federaciones para movilizarse? Cómo señalan distintos dirigentes cuando se le pregunta por cuándo resultan relevantes los vínculos con las centrales sindicales, se señala que éstas son importantes especialmente cuando se tiene que negociar los reajustes, ya que las centrales ofrecen recursos concretos como asesorías legales, fundamentales para procesos de negociación. Como señala un dirigente de un sindicato de La Confederación Nacional de Profesionales Universitarios de los Servicios de Salud (FENPRUSS),

“Nosotros cómo Fenpruss hospital Carlos Van Buren tenemos asesoría legal, tenemos una abogada que presta en temas de derecho administrativo, y estatuto administrativo, por tanto, tenemos el aporte ahí permanente en cualquier toma de decisiones que tenemos, y que tengan que ver con algún tipo de legalidad, en la cual pudiéramos incurrir en falta, o para defender a nuestros propios funcionarios que están en problemas”.

Pero no se trata sólo de asesorías legales, sino de visibilización y de generar empatía con un público más amplio. En períodos de movilización, los recursos que ofrecen las centrales también dicen relación con la posibilidad de contactar a la prensa y difundir las demandas. Cómo señala un dirigente de la Asociación Nacional de Funcionarios Penitenciarios (ANFUP),

“Mira, la ANEF, por ejemplo, tiene hartos contactos con prensa. Para nosotros la huelga, este paro que hicimos el año recién pasado, sin prensa no iba a surgir, no hubiese sido escuchado en la opinión pública, por lo tanto, necesitábamos mucha prensa. Y entonces la ANEF, fue una de las que nos generó y nos trajo redes. Diarios, televisión, eso es más o menos el aporte que nos hace hoy en día la ANEF.”

Es así como gran parte de la explicación de por qué el sindicalismo del sector público mantiene esta relación estrecha con los partidos, se puede explicar por los recursos que ellos ofrecen para movilizarse de manera exitosa. Los partidos y las centrales han sido un actor gravitante para hacer avanzar las demandas del sindicalismo del sector público en un escenario de conflicto. Este enorme apoyo externo cierra gran parte de la explicación respecto a la capacidad que ha mantenido dicho sector de mantener huelgas ilegales, que han recibido grados de reconocimiento importantes, aunque no formales, por parte de los gobiernos de turno.

Resumen del argumento e hipótesis derivadas

El argumento central de esta tesis es que lo que genera integración o fragmentación de la participación política es la experiencia que ocurre dentro de las organizaciones de la sociedad civil. Estas organizaciones cumplen doble función, por un lado, dotan de recursos necesarios para la PNE y por otro, son un contexto que estimula que se desarrollen las preferencias electorales necesarias para la PE, sobre todo entre quienes tienen un bajo sentido del deber cívico con el voto.

Pero también puede ocurrir que la participación se fragmente pese a la pertenencia de activistas a asociaciones civiles. El argumento es que para que esta fragmentación de activistas organizados ocurra, estas asociaciones ciudadanas deben de dejar de ofrecer un contexto discursivo que refuerce que el individuo desarrolle preferencias electorales y exprese esa preferencia hacia las urnas. Ello ocurre cuando hay un distanciamiento efectivo entre organizaciones ciudadanas y política. Un distanciamiento efectivo implica que debe haber un malestar ciudadano hacia los partidos y los miembros de la política, pero aquello no basta. Los activistas organizados deben poder movilizarse con prescindencia de los miembros de la política. Si las organizaciones pueden llevar a cabo sus actividades, recreativas y de protesta, independiente de los recursos de la política, es más probable que el malestar se exprese también en las urnas.

En cambio, si el malestar ciudadano no va de la mano con autonomía material, es muy probable que las organizaciones sigan siendo un contexto discursivo que fomente preferencias electorales, por cuanto a las organizaciones no les será indiferente quienes están en el gobierno. Tienen aliados en los partidos. En esos casos, se vota no necesariamente porque se esté conforme con los partidos o con la clase política, se vota porque la política institucional es relevante.

Las diferencias encontradas, en las dimensiones relevantes para el argumento, se resumen en la Tabla 6.1.

A partir del argumento anterior, en la siguiente sección se van a probar cuatro hipótesis de investigación específicas para este capítulo y que serán probadas en una última sección cuantitativa. La primera más general, las últimas dos más arriesgadas y una cuarta que propone una interacción entre tipo de convocatoria y membresía a una organización

TABLA 6.1. DIFERENCIAS ENTRE LAS ORGANIZACIONES VINCULADA AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL Y LAS VINCULADAS A LAS CENTRALES SINDICALES.

| | ORGANIZACIONES VINCULADA AL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL | ORGANIZACIONES VINCULADAS A LAS CENTRALES SINDICALES |
|---|---|---|
| MALESTAR CON LA POLÍTICA INSTITUCIONAL | Alta. Discursos anti partidos. | Media. Lealtad con centrales mas no con dirigentes. |
| AUTONOMÍA DE RECURSOS RESPECTO A LA POLÍTICA | Alta autonomía | Dependiente de centrales y partidos |

H1. En actividades no electorales convocadas por el movimiento laboral vinculado a las centrales sindicales, los participantes tienen más probabilidades de votar [o de integrar su participación] que quienes participen de una actividad convocada por el movimiento estudiantil.

H2. En actividades no electorales convocadas por el movimiento laboral vinculado a las centrales sindicales, la membresía de los activistas a organizaciones aumenta las probabilidades de votar [o de integrar su participación] de los participantes respecto a los no organizados.

H3. En actividades no electorales convocadas por el movimiento estudiantil, la membresía a organizaciones no aumenta las probabilidades de votar [o de integrar su participación] de los participantes respecto a los no organizados.

H4. La interacción entre membresía y tipo de convocatoria es relevante, ya que la diferencia entre tener o no tener membresía es significativamente distinta entre el movimiento laboral vinculado a las centrales y el movimiento estudiantil.

Datos y métodos

Poner a prueba las hipótesis anteriores implica saber si quienes realizaron actividades no electorales, convocadas por distintos movimientos, estaban o no vinculados a organizaciones civiles, pero también saber si estos activistas votaron o no para las últimas elecciones. Eso es muy difícil de probar en base a encuestas de opinión pública, ya que implicaría identificar y asociar actividades no electorales con convocatorias de distintos movimientos sociales, lo que no es posible dada la generalidad de las preguntas que se suelen hacer a ese respecto.

Afortunadamente, el autor tuvo acceso a una base de datos de encuestas realizadas a participantes en marchas convocadas por ambos movimientos sociales. Esta encuesta se enmarca en un proyecto Fondecyt a cargo de los investigadores Nicolás Somma, Sofía Donoso y Federico Rossi y su metodología está alineada con la red internacional 'Caught in the Act of Protest: Contextualizing Contestation' (CCC) ¹⁰

El terreno de las marchas, en las cuales el autor participó, se realizó entre los años 2017 y 2018 y contó con el patrocinio de la Pontificia Universidad Católica de Chile y del Centro de Estudios del Conflicto y la Cohesión Social (COES).

Esta es una base de datos muy particular puesto que su procedimiento busca ser aleatorio y representativo, considerando las limitaciones propias de una encuesta en marcha. El procedimiento es que en cada marcha hay un grupo de encuestadores y un grupo de "punteros". Los punteros están encargados de señalar a las personas a ser encuestadas de acuerdo con la metodología de muestreo en marcha.

¹⁰ Para ver más información revisar, <http://www.protestsurvey.eu>

El cuestionario incluye información sobre variados temas relacionados con la protesta y sus demandas, pero también con información del individuo como actitudes políticas e ideológicas, historia previa del activismo e información sociodemográfica. Gracias a esta fuente de datos, se pueden relacionar las variables centrales de nuestras hipótesis, básicamente relacionar convocatoria según distintos movimientos sociales con votación declarada y afiliación organizacional.

Esta base de datos resulta muy pertinente para probar las hipótesis de investigación ya que cuenta con una marcha convocada por los estudiantes y otra convocada por las centrales de trabajadores, lo que permite saber si la gente que acudió a la marcha convocada por ambos movimientos integra, o no, dicha participación con el voto.

Además de los dos casos analizados en profundidad en la sección anterior, se incluyen dos casos sombras que son una marcha convocada por la organización de derechos humanos y otra marcha convocada por organizaciones LGTB. Para ambos casos sombras se puede decir que en general, y en base a la literatura previa, es esperable que haya una fuerte separación entre bases y política institucional (Akchurin, 2015; Somma, Rossi, & Donoso, 2019); muy parecido, aunque quizás no tan pronunciado, a lo que ocurre con el movimiento estudiantil. El número de casos de cada marcha se presenta en la Tabla 6.2.

La siguiente sección se va a dividir entre resultados descriptivos, que permitan un acercamiento más general e intuitivo hacia los datos, y una segunda parte multivariada que permita controlar por los factores más importantes que pudiesen estar interfiriendo en el efecto de las variables centrales.

TABLA 6.2. TERRENOS Y MUESTRAS DE LA BASE DE DATOS CCC

| Movimiento | Frecuencia | Fecha de Terreno |
|------------------------------|-------------------|-------------------------|
| LGTB | 216 | 2017 |
| Laboral convocada por la CUT | 329 | 2017 |
| Estudiantil | 195 | 2018 |
| DDHH | 271 | 2018 |

Fuente. Base de datos de encuesta en marchas.

Un posible problema de la comparación anterior es que se ha estudiado que las personas jóvenes votan menos que los más viejos (Bargsted et al., 2019; Contreras & Navia, 2013). En promedio las organizaciones laborales suelen ser tener más edad que en las organizaciones estudiantiles, lo que arrastra el problema anterior. En este diseño la solución se ofrece por dos vías. Primero se ofrecen los dos casos sombras que se mencionaron más arriba, que son el movimiento de los derechos humanos y el movimiento LGTB. De acuerdo con la literatura, ambos casos, al igual que el estudiantil, mantienen relaciones distantes y autónomas con la política institucional, por lo que la militancia en dichas organizaciones tampoco debería estimular a los participantes hacia las urnas. En segundo lugar, se ofrecen regresiones multivariadas, donde se busca controlar por el efecto de la edad, así como por otras características demográficas de los participantes. Esto con el fin de observar específicamente el efecto de la membresía en organizaciones estudiantiles o laborales, sin que dicho efecto se vea afectado por otros factores como la edad u otras posibles variables.

Un último obstáculo para probar el argumento se da puesto que no se puede determinar cuales organizaciones están directamente vinculadas a cada movimiento. Para el caso de la marcha de trabajadores eso se resuelve de manera simple, ya que se incluyen solamente organizaciones sindicales para el análisis. Pero en el caso de los estudiantes eso puede ser más problemático, ya que un estudiante puede señalar que pertenece a organizaciones de mujeres o de minorías sexuales. Ambas pueden ser organizaciones estudiantiles vinculadas al movimiento, pero no se puede estar seguro de aquello. Sólo se sabe que el participante se siente lo suficientemente cercano a los organizadores de la marcha como para asistir, por lo que, para el caso estudiantil, se usó la distinción gruesa de si el manifestante pertenece de manera activa, o no, a una organización de la sociedad civil.

El supuesto es que, si las organizaciones son relevantes a la hora de acercar a sus miembros al voto, eso se verá reflejado en quienes declaren pertenecer a una organización de la sociedad civil en el contexto de una manifestación laboral u estudiantil.

En la siguiente sección se explora el efecto de distintos tipos de movimientos sobre la probabilidad de que los asistentes a sus convocatorias voten, y, en términos específicos, el efecto de estar o no estar organizado sobre el voto para las distintas convocatorias.

Resultados

Resultados descriptivos y test bivariados

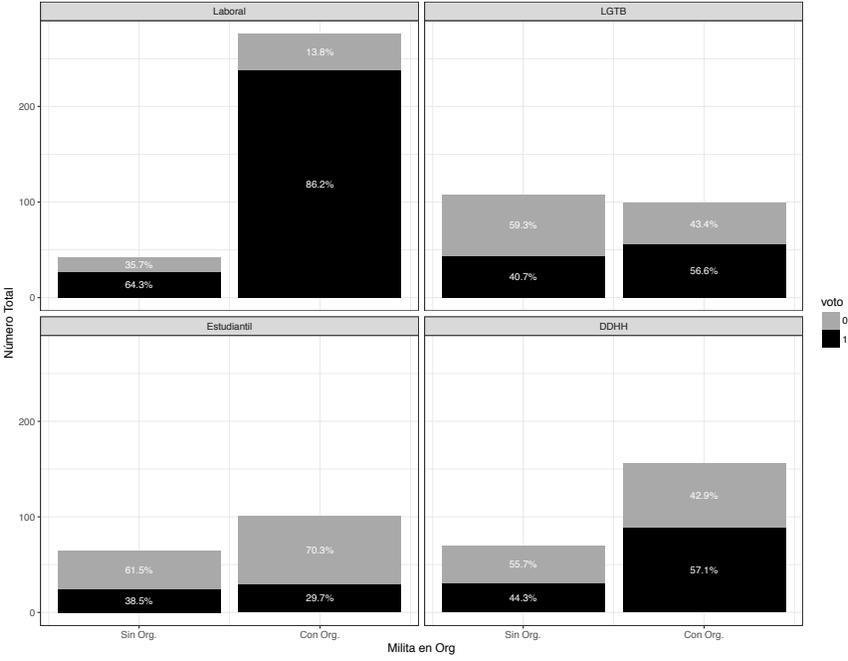
¿Votan más quienes participan en una marcha convocada por el movimiento laboral vinculado a las centrales que las marchas convocadas por otros movimientos? En la Figura 6.6 se ve un gráfico de barras que responde esta pregunta en términos descriptivos para cuatro marchas: la laboral, la de minorías sexuales (o LGTB) la estudiantil y la de derechos humanos (DDHH). En el eje vertical se ve la frecuencia de las respuestas- la muestra de cada marcha es entre 200 y 300. En el eje horizontal se ven dos categorías: tener o no membresía activa a una organización de la sociedad civil. Finalmente, dentro de cada barra se ve el porcentaje que declaró haber votado para las últimas elecciones.¹¹

La primera observación general de la Figura 6.6 es que, efectivamente, quienes participaron en la manifestación convocada por el movimiento laboral votan más que quienes participan en otras manifestaciones. En términos del contraste principal (movimiento laboral versus estudiantil), la mayoría de quienes participaron en la marcha convocada por la CUT vota, mientras que la mayoría de quienes participaron en la marcha convocada por los estudiantes se abstiene. Esto da soporte parcial a la hipótesis 1, aunque aún sin controlar por otras variables que resultan cruciales, como la edad. En cuanto a los casos sombras (LGTB y DDHH), se observa que el porcentaje de voto es superior al estudiantil, pero muy menor al laboral.

En segundo lugar, se observa que el rol que cumplen las organizaciones es muy disímil para cada tipo de manifestación: los manifestantes del movimiento laboral están en promedio mucho más organizados. Por su parte, también es muy distinta la diferencia que genera estar o no organizado para cada tipo de convocatoria. En términos concretos, dentro del movimiento laboral quienes no están organizados votan mucho menos (64,3%) que quienes están organizados (86,2%). Lo contrario ocurre en el caso del movimiento estudiantil, donde quienes no están organizados votan más (38.5%) que quienes sí están organizados (29.7%). Para las otras dos manifestaciones, las organizaciones aumentan levemente el porcentaje de votos, pero a un nivel bastante menor que para el caso del movimiento laboral.

¹¹ Para realizar una buena descripción, el autor se aseguró de que el encuestado haya tenido la edad mínima para votar en las últimas elecciones. Por lo mismo, hay una leve pérdida en el N, sobre todo para el caso del movimiento estudiantil.

FIGURA 6.6. PORCENTAJE DE VOTANTES PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES.

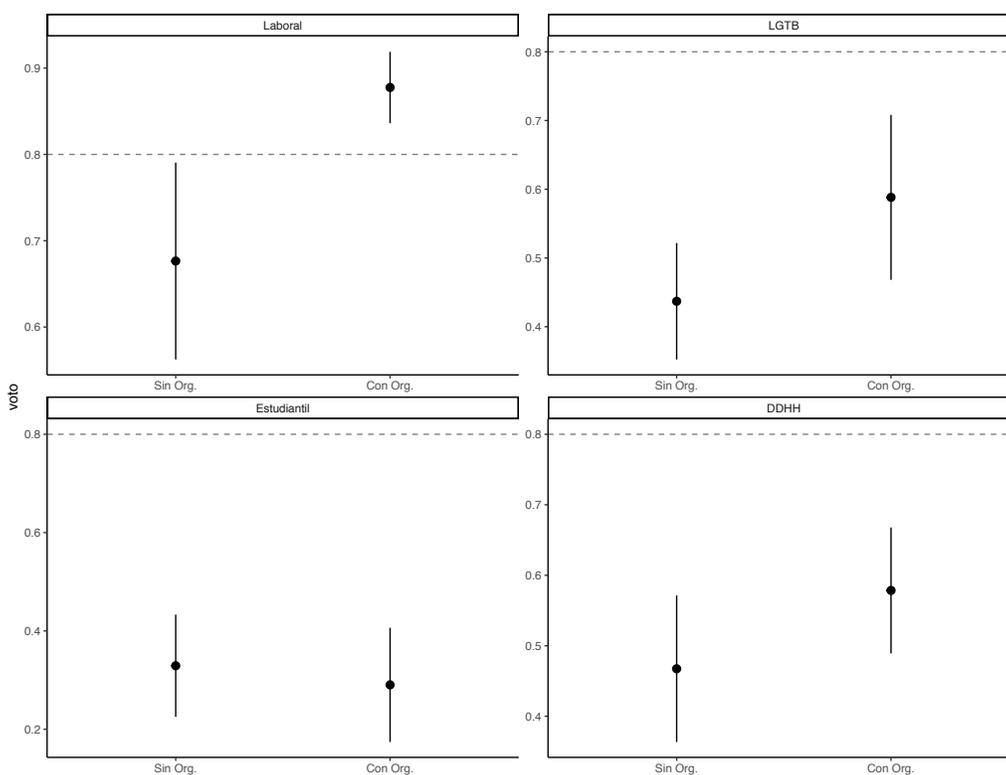


Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

¿Es significativa la diferencia que se observa entre estar o no estar organizado en el porcentaje de voto, o dichas diferencias se deben atribuir simplemente al azar? Para responder esto se realiza una prueba de proporciones para observar si estar o no organizado genera diferencias significativas para cada uno de los grupos. En la Figura 6.7 se ven graficados los intervalos de confianza al 95% de nivel de confianza. Se observa que sólo para el caso laboral estar organizado genera diferencias relevantes, mientras que para los otros grupos dichas diferencias no resultan significativas. El número de casos es bajo para todos los grupos, sobre todo para los que participaron en el movimiento laboral y no estaban organizados, por lo que la diferencia debía ser muy relevante para que los intervalos no se cruzaran, lo que da bastante relevancia al hallazgo encontrado para el caso del movimiento laboral.

Para el caso estudiantil, en el contexto de una baja tasa de votación, pese a lo sorprendente que resulta que quienes declaren estar organizados voten menos que los que no lo están, en base a pruebas de inferencia estadística lo correcto es simplemente decir que el efecto de estar organizado no es relevante.

FIGURA 6.7. TEST DE DIFERENCIA DE PROPORCIONES EN EL VOTO PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES.



Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

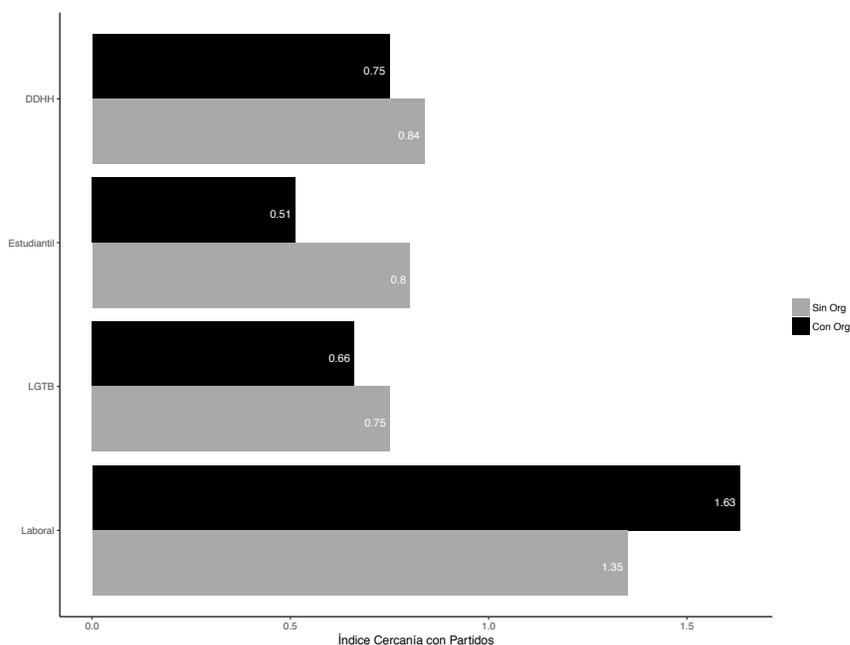
¿Cómo saber si las diferencias observadas entre los que están organizados y los que no están organizados se deben a niveles distintos de cercanía con la política?

Además de la evidencia cualitativa ofrecida en la sección anterior, en base a entrevistas y literatura secundaria, en la Figura 6.8 se observa el promedio de cercanía a los partidos políticos para cada una de las manifestaciones. Esto se realiza viendo las medias de un índice de cercanía a los partidos que va del 1 al 4. Para obtener estadísticos aún más limpios, se excluyó a la población de cada manifestación que declaró tener algún tipo de afiliación partidista.

Nuevamente se ve que es los manifestantes de la marcha convocada por las centrales laborales son los que declaran tener mayor cercanía con los partidos políticos en general, pero eso además se ve potenciado para quienes están organizados. En cambio, y de manera sumamente interesante, los manifestantes que declaran estar organizados en las otras marchas tienen en promedio menos cercanía con los partidos que aquellos que no están organizados. Lo anterior es relevante ya que da mayor evidencia a favor de que las organizaciones no sólo pueden cumplir un

rol que potencie o acerque a la gente a la política, sino que también uno que los aleje de ella. En el caso del movimiento estudiantil los que están organizados no sólo votan menos, sino que también sienten menos cercanía con los partidos que los que no están organizados.

FIGURA 6.8 PROMEDIO DE CERCANÍA A LOS PARTIDOS PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES.



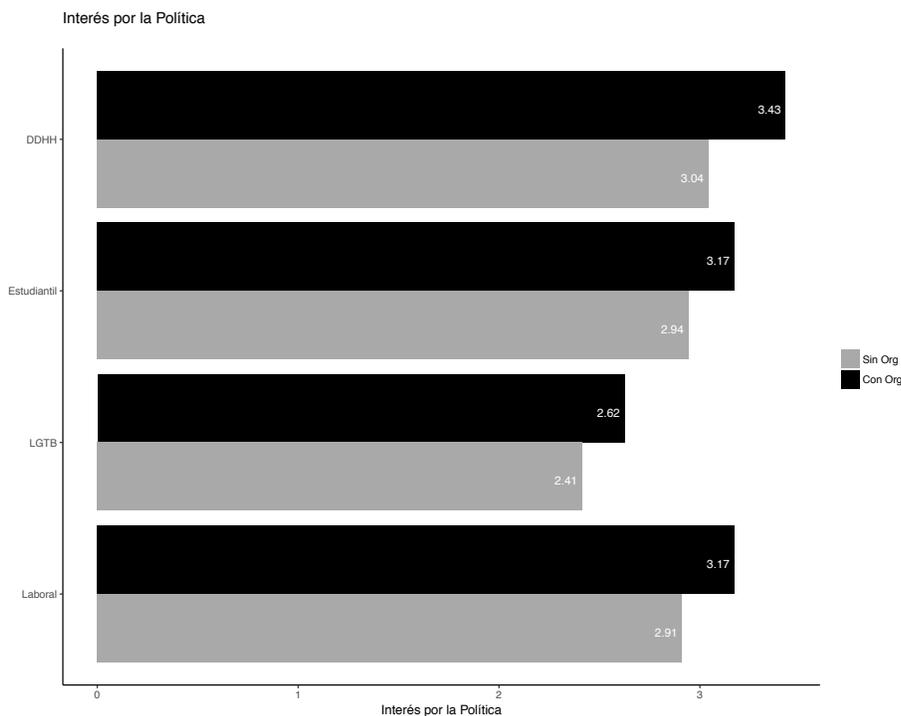
Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

Se podría especular que lo que ocurre realmente es que los manifestantes que están organizados en la convocatoria de la marcha laboral simplemente tienen un mayor interés por la política, mientras que quienes están manifestándose en las otras marchas lo hacen por un rol más bien expresivo o porque se trata de una actividad social recreativa.

En la Figura 6.9 se muestra evidencia en contra de la especulación anterior. Es decir, no se puede atribuir un menor interés por la política en los manifestantes de las otras marchas. Tampoco es cierto que las organizaciones de los activistas de las marchas distintas a la laboral no promuevan el interés por la política. En todas las convocatorias la organización aumenta el interés por la política. Más aún, en el contraste entre estudiantes y laboral se observa que los organizados de ambas marchas tienen el mismo interés por la política. Lo mismo ocurre para las otras dos convocatorias, donde el interés por la política es incluso más alto en el caso de los derechos

humanos que para el movimiento laboral. Lo anterior es relevante, ya que señala que las organizaciones no están alejando a las personas de su interés por la política, pero sí de los partidos políticos y del voto.

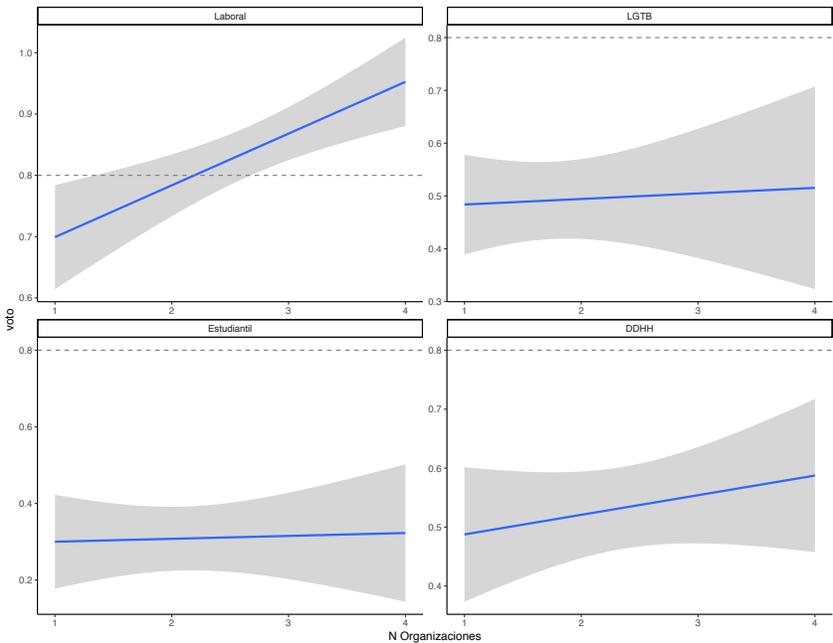
FIGURA 6.9 PROMEDIO DE INTERÉS POR LA POLÍTICA PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES.



Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

¿Hay un punto en el cual las organizaciones sí empiecen a ser relevantes? Puede que los estudiantes que participan en sólo una organización no se acerquen a las urnas, pero quienes están muy imbricados en microestructuras sí lo hagan. Para observar lo anterior se realizan correlaciones bi-variadas simples entre voto y número de organizaciones en las que el manifestante declara participar. En la Figura 6.10 se observa que el efecto del número de organizaciones es relevante y aumenta la probabilidad de voto, pero sólo para el caso del movimiento laboral. La recta se mantiene particularmente plana para el caso del movimiento estudiantil, independiente del número de organizaciones en las que se declare participar. Lo mismo ocurre con el movimiento de LGTB mientras que hay una leve inclinación para el caso de la convocatoria de derechos humanos.

FIGURA 6.10 PROMEDIO DE INTERÉS POR LA POLÍTICA PARA CUATRO MARCHAS SEGÚN MEMBRESÍA A ORGANIZACIONES.



Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

Análisis multivariado

Todo el análisis descriptivo anterior resulta sumamente revelador en muchos aspectos. Pero existen particularidades de las marchas que también las hacen muy diferentes y difícilmente comparables si no se controla por variables demográficas. También interesa saber si el efecto de la convocatoria y de la membresía a las organizaciones sobre el voto se mantiene una vez se controla por variables motivacionales. Finalmente, es importante controlar por si los manifestantes mantienen las diferencias observadas en la sección anterior una vez se controla por la variable de haber sido invitado a marchar.

En el fondo, se busca comprobar las hipótesis controlando por las variables del modelo cívico voluntarista, es decir, por las variables que permiten saber cuándo el manifestante puede ir a marchar, quiere ir a marchar, y es invitado a ello.

Para controlar por todos estos factores se realiza un análisis de regresión logístico binomial, donde la variable dependiente es el voto. A diferencia de los análisis descriptivos, en esta sección se incluye solamente las marchas laboral y estudiantil, que es el contraste principal que interesa observar.

Para las variables demográficas, se controla por el género, la edad y la educación. Respecto a las variables motivacionales se incluyen la eficacia de la marcha y el interés por la política. En cuanto al aspecto microestructural, se incluye el declarar haber sido invitado a participar y la afiliación organizacional. Los estadísticos descriptivos de estas variables se pueden revisar en la Tabla 6.3. Para mayores detalles acerca de la codificación específica y el fraseo de las preguntas, revisar el anexo metodológico.

TABLA 6.3. ESTADÍSTICOS DESCRIPTIVOS ENCUESTA EN MARCHAS CCC

| Variable | N | Media | Desv.std. | Min | Pctl(25) | Pctl(75) | Max |
|--------------------------------|-----|--------|-----------|-----|----------|----------|-----|
| Voto (0-1) | 484 | 0.661 | 0.474 | 0 | 0 | 1 | 1 |
| Género (Mujer =1) | 483 | 0.447 | 0.498 | 0 | 0 | 1 | 1 |
| Edad | 507 | 37.501 | 17.571 | 18 | 22 | 52 | 88 |
| Educación (1-4) | 493 | 2.688 | 0.689 | 1 | 2 | 3 | 4 |
| Invitación a participar (Sí=1) | 524 | 0.281 | 0.450 | 0 | 0 | 1 | 1 |
| Eficacia de la protesta | 502 | 8.466 | 1.590 | 2 | 8 | 10 | 10 |
| Interés por la política | 508 | 3.307 | 0.870 | 1 | 3 | 4 | 4 |
| Membresía a organizaciones | 524 | 2.397 | 0.854 | 1 | 2 | 3 | 3 |

Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

En la sección anterior se vio, con evidencia cuantitativa y cualitativa que hay una autonomía (ideológica y de recursos) disímil hacia la política entre el movimiento laboral y el estudiantil. Lo anterior permite predecir que la participación se tiende a fragmentar en sectores organizados de la sociedad civil vinculados al movimiento estudiantil, pero a integrar en las organizaciones vinculadas al movimiento laboral cercanos a las centrales y los partidos.

¿Se mantiene dicho efecto controlando por otras variables fundamentales como la edad o el interés por la política? En la Tabla 6.4 se presentan dos modelos de regresión logística binomial donde la variable dependiente es el voto. En el modelo 1 se encuentra evidencia para comprobar la hipótesis 1, y es que, aún controlando por factores demográficos, motivacionales y de redes, se mantiene el efecto del tipo de marcha: los manifestantes de la convocatoria de la CUT votan más que los manifestantes de la convocatoria estudiantil. En términos de chances, al observar los odds ratio (3.811) se ve que los manifestantes de convocatorias laborales tienen casi 4 veces más chances de votar que los manifestantes estudiantiles.

TABLA 6.4 EXPLICANDO LA PROBABILIDAD DE VOTAR. REGRESIÓN LOGÍSTICA BINOMIAL.

| | <i>Variable Dependiente: Voto</i> | |
|-----------------------------------|-----------------------------------|----------------------|
| | Modelo 1 | Modelo 2 |
| Mujer (=1) | 0.125 (0.261) | 0.158 (0.265) |
| Edad | 0.043*** (0.011) | 0.045*** (0.011) |
| Educación (4 tramos) | 0.116 (0.192) | 0.161 (0.194) |
| Lo Invitaron (=1) | -0.286 (0.280) | -0.333 (0.284) |
| Eficacia política (1-4) | 0.173** (0.082) | 0.179** (0.083) |
| Interés por la política (1-4) | 0.592*** (0.155) | 0.541*** (0.156) |
| Org: Afiliado (Ref= sin org.) | -0.247 (0.440) | -0.706 (0.650) |
| Org: Miembro (Ref= sin org.) | 0.177 (0.315) | -0.551 (0.421) |
| Marcha Laboral (Ref= Estudiantil) | 1.338*** (0.312) | 0.253 (0.524) |
| Org: Afiliado* Marcha Laboral | | 1.130 (0.878) |
| Org: Miembro*Marcha Laboral | | 1.552*** (0.601) |
| Constante | -5.363*** (0.960) | -5.003*** (0.970) |
| Observaciones | 441 | 441 |
| Pseudo R2 | 0.428 | 0.442 |
| Log Likelihood | -197.769 | -194.475 |
| Akaike Inf. Crit. | 415.538 | 412.951 |

*p<0.1 **p<0.05 ***p<0.01

Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

Como era de esperar, los factores motivacionales (eficacia de la protesta e interés por la política) así como la edad resultaron altamente significativos para explicar la integración con el voto.

Eso sí, no resultó por sí sólo relevante la membresía organizacional. Esto tiene sentido, por cuanto ya se observó en los resultados descriptivos que las organizaciones no tienen un efecto en el caso de la convocatoria estudiantil, lo que anula el efecto de esa variable en promedio con la convocatoria laboral. Por lo tanto, lo correcto para ver si dicho efecto se mantiene es realizar una interacción entre membresía organizacional y tipo de convocatoria.

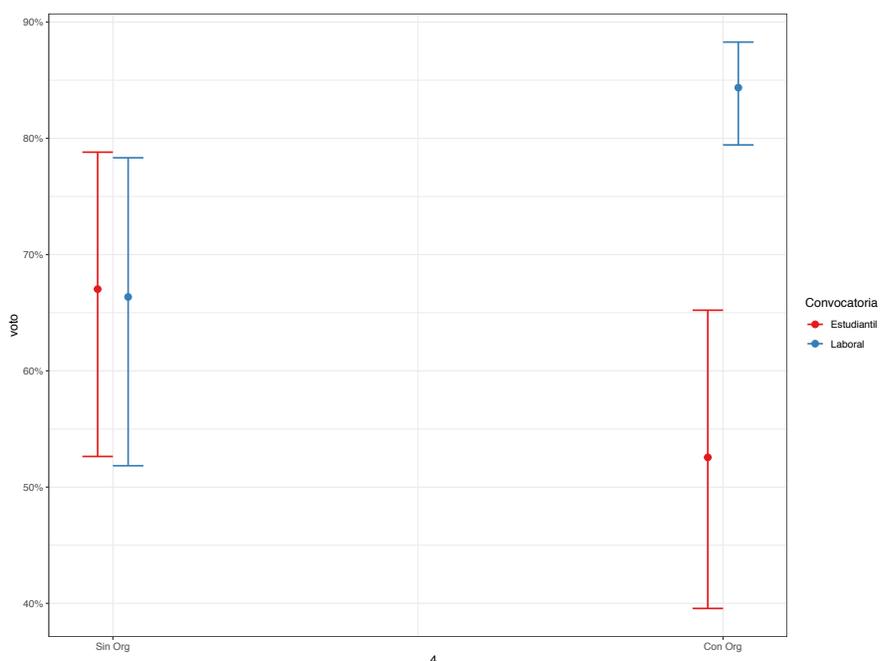
En el modelo 2 de la tabla 6.4 se ven los resultados de la interacción entre afiliación a organizaciones y tipo de convocatoria utilizando las mismas variables que en el modelo anterior. Se observa que la interacción resulta significativa, aún controlando por las variables de explicaciones alternativas. Eso quiere decir que el efecto que la membresía a organizaciones ejerce sobre el voto es condicional al tipo de convocatoria. Esta interacción es una evidencia fuerte de que estar organizado en una marcha del movimiento laboral versus estar organizado en una marcha del movimiento estudiantil genera efectos muy distintos sobre la probabilidad de votar

Para visualizar de mejor manera cómo la convocatoria modera el efecto de la organización sobre el voto, en la Figura 6.11 se observa un gráfico de la interacción. En primer lugar, se observa que, controlando por factores demográficos y motivacionales, estar en una organización laboral vinculada a la CUT efectivamente genera mayores chances de integración respecto a los no organizados, lo que da respaldo a la hipótesis 2.

En segundo lugar, se observa que el efecto de estar o no estar organizado no genera diferencias estadísticamente significativas para el caso de los estudiantes, manteniendo las otras variables constantes, lo que da respaldo a la hipótesis 3.

Finalmente, se observa que, controlando por factores demográficos y motivacionales, no existen diferencias relevantes en la probabilidad de votar entre la convocatoria de estudiantes y laboral para quienes no están organizados. Donde si existen diferencias es entre quienes sí están organizados, donde los trabajadores tienen un 84% de probabilidades de votar versus un 53% de los estudiantes. Estas diferencias son estadísticamente significativas, lo que da respaldo a la hipótesis 4, por cuanto la diferencia entre estar y no estar organizado es significativamente distinto para el caso laboral y caso estudiantil.

FIGURA 6.11 INTERACCIÓN ENTRE ORGANIZACIONES Y CONVOCATORIA SOBRE LA PROBABILIDAD DE VOTAR.



Fuente: elaboración propia en base a encuesta en marchas CCC.

Conclusión

El año 2015 el PNUD lanzaba un libro llamado “tiempos de re-politización”, donde describía una sociedad chilena que se volcaba hacia la política en las calles. Sin embargo, esta repolitización por vías no electorales contrasta enormemente con la participación electoral del país, la que ha venido sufriendo un contante colapso en su participación desde la transición a la democracia. Diversos estudios han dado cuenta de que la sociedad civil en Chile, si bien repolitizada, se encuentra particularmente alejada de los partidos políticos, de las instituciones políticas y, sobre todo, de las urnas.

Esta aparente contradicción del caso chileno, entre política no electoral y el sufragio, es representativo de un fenómeno más amplio. A ese fenómeno se le llama en esta tesis participación fragmentada no electoral, que ocurre cuando la activación de los ciudadanos hacia la política no va de la mano con la actividad electoral. En capítulos anteriores se argumentó que las organizaciones civiles son fundamentales para que la participación no electoral se integre con la electoral. Ellas son las que permiten que sus miembros desarrollen las habilidades cívicas

necesarias para embarcarse en actividades no electorales, pero en el proceso también generan un contexto discursivo que permite que se desarrollen preferencias electorales, impulsando a sus miembros hacia las urnas. Sin embargo, no se sabe por qué en ciertos casos, como el chileno, pueden dejar de hacerlo. En este capítulo se busca explicar esta ruta hacia la fragmentación, profundizando para ello en dos casos a nivel subnacional: las organizaciones estudiantiles y las laborales del sector público.

El caso chileno resulta relevante no sólo porque cerca de un tercio de su población activa en participación no electoral no vota, sino que también porque un porcentaje importante de esa fragmentación ocurre pese a que los miembros cuentan con membresías activas a organizaciones de la sociedad civil. En la primera parte de este capítulo se ofrece evidencia que muestra cómo las organizaciones civiles no cumplen la función de integrar el voto en Chile. Esto corrobora que en Chile se estarían dando las dos rutas hacia la fragmentación, la que ocurre por fuera, pero también, la que ocurre por dentro de las organizaciones.

Para profundizar en la segunda ruta, la que se da por dentro de las organizaciones, se estudian en profundidad dos sectores de la sociedad civil organizada en Chile: las organizaciones estudiantiles vinculadas al movimiento estudiantil y las organizaciones laborales del sector público.

A partir de un análisis de literatura secundaria y 27 entrevistas realizadas entre el 2014 y el 2016, se encontró que ambos sectores de la sociedad civil organizada cuentan con distanciamiento disímil hacia la política institucional. El movimiento laboral del sector público se encuentra vinculado y altamente dependiente de sus vínculos con los partidos y con las centrales sindicales (controladas por los partidos). Por otro lado, está el movimiento estudiantil, altamente distante y con mucha autonomía en la gestión de sus recursos.

Una conclusión relevante que sugiere el análisis cualitativo es que el hecho de que la participación no electoral esté culturalmente articulada por fuera, e incluso en alguno caso en contra, de la política partidista, no implica como consecuencia el abstencionismo electoral. En este capítulo se argumentó que lo determinante no es que la gente en términos masivos esté o no conforme con la política, sino si las organizaciones que están detrás de las acciones no electorales colectivas, como las huelgas o las marchas, pueden o no prescindir de los recursos de la política institucional, lo que, sumado al malestar, generan un contexto discursivo anti-partido y anti-urnas,

como en el caso del movimiento estudiantil. Cuando el vínculo entre organizaciones y política institucional es de dependencia, los miembros de dichas organizaciones ven a los partidos y a los políticos como aliados relevantes, como en el caso del movimiento laboral del sector público. En dicho caso, lo más probable es que los miembros encuentren los incentivos en los espacios asociativos para llegar a las urnas el día de las elecciones.

Para probar este argumento se utilizó una base de datos de encuesta en marchas, que permitía comparar marchas convocadas por organizaciones estudiantiles y marchas convocadas por las centrales sindicales. A lo anterior se sumaron dos casos sombras que son una marcha convocada por minorías sexuales y otra por derechos humanos. Los resultados tanto del análisis descriptivo como multivariado permiten concluir que los participantes de marchas laborales votan más que el resto, sobre todo más que los estudiantes. Asimismo, el rol que cumplen las organizaciones es muy distinto. Para el caso del movimiento laboral tener o no membresía organizacional resulta relevante es las probabilidades del activista de integrar su participación. En el caso del movimiento estudiantil, tener membresía organizacional no resulta relevante.

La realidad de la sociedad chilena está mejor representada por el movimiento estudiantil que por el laboral. De hecho, para las otras dos marchas tener organizaciones tampoco era relevante en sus probabilidades de votar. Ello ocurre porque el vínculo entre organizaciones sociales y política institucional está roto, producto de un malestar ideológico, pero también de una autonomía material. La consecuencia de ello es que las organizaciones dejan fomentar entre sus miembros el sentido de relevancia que tienen las urnas, por lo que el tradicional rol integrador que cumplen las organizaciones se pierde.

El distinto material empírico con el que se trabajó en este capítulo ofrece una importante evidencia para comenzar a construir una teoría sobre los mecanismos que unen a la participación política fragmentada y las organizaciones.

Conclusión

“The civil element is composed of the rights necessary for individual freedom—liberty of the person, freedom of speech, thought, the right to own property and to conclude valid contracts, and the right to justice... By the political element I mean the right to participate in the exercise of political power, as a member of a body invested with political authority or as an elector of the members of such a body. The corresponding institutions are Parliament and the councils of local government. By the social element I mean the whole range from the right to a modicum of economic welfare and security to the right to share to the full in the social heritage and to live the life of a civilised being according to the standards prevailing in the society. The institutions most closely connected with it are the education systems and the social services.”

T.H.Marshall, *Citizenship and Social Class*
(Cambridge, 1950 p. 25.)

El epígrafe anterior corresponde a un pasaje del célebre libro de T.H. Marschall *Citizenship and Social Class* (1950), donde el autor describe a la ciudadanía política a partir del derecho a participar en procesos electorales institucionales. De acuerdo con el autor, ciudadanía política se consolidó gracias a la expansión de la ciudadanía civil, vale decir, de la igualdad de los ciudadanos ante la ley y de la primacía del Estado de derecho.

Lo que no contempló en su obra T.H. Marschall, así como prácticamente ninguno de sus contemporáneos, fue que esa misma expansión las libertades civiles en contextos democráticos (ciudadanía civil), iba a poner al alcance de los ciudadanos nuevas formas de participación política más allá de las instituciones electorales. Los derechos a participación, propios de la ciudadanía

política, iban a ampliarse hacia áreas con menor control de las instituciones, pero no por ello, menos democráticas.

Actualmente, en todas las democracias existen garantías legales de libertad de expresión y asociación, permitiendo a sus ciudadanos presionar al sistema político tanto por medio de acciones electorales como no electorales. Ambas formas de participar son legales y legítimas, pero, a la vez, son distintas. Lo que ha servido para explicar la participación no electoral, no sirve para explicar a electoral, y viceversa. Aunque ambas expresiones tengan ideológicamente el mismo objetivo, incidir en la política, sus diferencias han llevado a que se constituyan dos escuelas diferenciadas, con modelos teóricos distintos y con poco diálogo entre ellas.

Ante esto, ¿qué se sabe sobre la relación entre la dimensión electoral y la no electoral de la participación política? Hasta lo que alcanza el conocimiento del autor de esta tesis, un trabajo sistemático y completo al respecto sigue estando ausente. No obstante, sí se ha comprobado empíricamente que existe correlación positiva entre ambas dimensiones. Los trabajos más célebres al respecto han considerado que la participación no electoral es una expansión democrática de la participación electoral, y no su opuesto (Barnes & Kaase, 1979). Esto se ha corroborado con estudios posteriores que han encontrado que el voto predice actos no electorales como la protesta (Schussman & Soule, 2005), o que participar en movilizaciones predice mayor probabilidad de voto en el futuro (Saunders, 2014). La dimensión no electoral, por lo tanto, se ha tendido a pensar como un subconjunto de la electoral. Son los que ya están activos en política institucional los que buscan ampliar su voz política con otras acciones ciudadanas.

Sin embargo, lo anterior es básicamente un supuesto en base a evidencia esporádica, ya que se carece aún de un estudio sistemático que busque describir y explicar las complejas relaciones que se pueden dar entre ambas dimensiones. Esta tesis es un paso para llenar ese vacío, para lo cual se parte de una observación empírica: la relación entre la dimensión electoral y no electoral se puede dar no solamente de manera integrada, sino que también de manera fragmentada. Es decir, hay un porcentaje relevante de ciudadanos que rompe la barrera más costosa de participación, que es la no electoral, pero que sin embargo no acompaña dicha acción con el voto. Más aún, dicho porcentaje de ciudadanos tiene una importante variación entre países.

¿por qué los activistas, aquellos que ya rompieron la barrera más demandante de participación, integran o fragmentan su participación política?

Para pensar en una respuesta a esta pregunta en esta tesis se partió revisando por qué la gente vota y por qué participa en formas no electorales en general.

Las principales teorías electoralistas se pueden dividir entre las éticas y las no éticas (Blais & Achen, 2019). Dentro de las éticas las explicaciones giran en torno al rol que cumplen los valores de deber cívico. Si un ciudadano siente que votar es su deber, es probable que vote independiente de otros factores o circunstancias. Esta primera aproximación podría ofrecer una respuesta rápida al enigma. Si los activistas que integran su participación lo hicieran solamente porque tienen mayor deber cívico que los que fragmentan, la explicación sería simple: son los países con mayor deber cívico entre sus activistas los que muestran mayores porcentajes de integración. Sin embargo, la respuesta no es tan simple. La literatura ha demostrado que quienes se embarcan en actividades no electorales suelen estar motivados por valores distintos a los de deber cívico (Dalton, 2008b; Oser, 2017). Asimismo, se encontró que no hay una correspondencia directa entre países con promedio alto de deber cívico entre sus activistas y porcentaje de integración (capítulo 4).

Por lo tanto, la explicación debe estar complementada por el aspecto no ético hacia el voto. Este aspecto no ético pasa fundamentalmente por el desarrollo de preferencias electorales. Estas preferencias pueden tener un motivo instrumental (Downs, 1957; Geys, 2006), donde votar se hace en torno a un cálculo de costo beneficio; o uno expresivo (Brennan & Hamlin, 1998), donde se vota para manifestar su respaldo o rechazo a un candidato.

El argumento general de este estudio es que el nivel de fragmentación no electoral de la participación política varía según cuán expuestos están los activistas de cada país a contextos que estimulen las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto. O bien, qué tan expuesto están a espacios que estimulen el desarrollo de preferencias electorales y a presiones que permitan que esas preferencias sean canalizadas hacia las urnas.

El argumento más concreto es que ese espacio de encuentro entre ambas dimensiones son las organizaciones de la sociedad civil. En ellas está la clave para entender la participación fragmentada. De acuerdo con el modelo dominante para PNE, el cívico voluntarista (Verba et al., 1995), el espacio asociativo es el lugar donde se desarrollan las habilidades cívicas y las redes necesarias para la movilización no electoral. Por su parte, desde las teorías electoralistas se reconoce en los espacios asociativos una particular capacidad para estimular el desarrollo de

preferencias electorales y donde existe la presión social suficiente para que esas preferencias lleguen a las urnas (Olsen, 1972).

De esta manera, la primera expectativa teórica de esta tesis es que la participación fragmentada no electoral aumenta a medida que disminuye la membresía organizacional de los activistas. Es decir, la integración debería aumentar a medida que quienes realicen acciones no electorales estén organizados.

Pero también juega un rol fundamental la combinación que estas preferencias tengan con los aspectos normativos del voto. De manera tal que la segunda expectativa era que, el efecto que tienen las organizaciones de integrar la participación política opera solamente entre los miembros que tengan un bajo sentido del deber cívico con el voto. Tener o no tener membresía organizacional resulta intrascendente si la persona siente que votar es su deber, en ambos casos acudirá igual a las urnas.

Pero la brecha que deja el deber cívico en los activistas puede ser o no ser cerrada por las organizaciones. El éxito que tengan los países de integrar su participación depende de que sus organizaciones logren canalizar a sus miembros hacia las urnas. Esto implica que los niveles más altos de fragmentación no electoral que muestran algunos países se explican no sólo por la ausencia organizacional, sino porque las organizaciones de la sociedad civil dejan de operar como un puente que integra la PNE con la PE. Frente a esto, se plantea como tercera expectativa teórica que la condición necesaria para que la sociedad civil organizada deje de ser un contexto que aumente las predisposiciones subjetivas y sociales hacia el voto es que la ciudadanía tenga un distanciamiento efectivo respecto a la política. Un distanciamiento efectivo implica tanto un distanciamiento ideológico (desconfianza o poco sentido de eficacia hacia la política) como material (autonomía de recursos).

A continuación, se discuten los principales hallazgos de los análisis de cada capítulo empírico en relación con el argumento y las expectativas teóricas. Luego, se desarrollan las implicancias teóricas de estos hallazgos. En un segundo punto, se revisan las implicancias substantivas, espacio en el que se presentan algunos últimos datos descriptivos para reflexionar sobre consecuencias positivas y negativas de la participación fragmentada. La tesis termina con sugerencias para futuras investigaciones.

Hallazgos empíricos

Esta tesis buscó poner a prueba el argumento y las expectativas que se desprenden de él a partir de un método mixto, que combinó un análisis de N grande con el estudio de un caso en profundidad. Para el estudio de N grande se realizó un análisis de regresión lineal con datos agregados a nivel de país. Luego, con datos a nivel de individuo, se utilizaron estrategias de análisis multinivel y de efectos fijos. Para el análisis de caso se utilizaron técnicas mixtas: entrevistas, revisión de prensa, bibliografía secundaria, encuestas de opinión y una base de datos de encuestas en marchas.

La primera tarea necesaria para encontrar evidencia para el argumento era resolver cómo medir participación política. Asimismo, era necesario comprobar que la estructura bidimensional de la participación política tenía respaldo empírico. Para ello en el capítulo tres se realizan técnicas de medición multidimensional, la que comprobó que existe una dimensión de voto, que no relaciona con ninguna otra forma de participación, y dos dimensiones altamente relacionadas entre sí de participación no electoral (contactos y protesta). Sin embargo, cuando se elimina el voto del conjunto de ítems, todas las variables conforman una pura dimensión. Estas técnicas de medición permitieron dar puntapié al análisis, luego de comprobar que tiene sentido hablar de una dimensión electoral de la participación, básicamente el voto, y de una dimensión no electoral.

Luego, el capítulo cuatro buscó encontrar cual era la relación entre ambas dimensiones, para lo que se orientó el análisis en torno a dos hipótesis descriptivas: la hipótesis del reemplazo y la hipótesis de la integración. Los resultados demuestran que ambas dimensiones no se deben observar ni como algo totalmente complementario en sus formas ni como algo completamente escindido, sino más bien como algo que está, en mayor o menor medida, fragmentado. Se usa el sustantivo fragmentado ya que sólo un porcentaje de la población logra integrar ambas dimensiones. El cruce dio pie a cuatro tipos de ciudadanos. Están quienes tienen una participación integrada, es decir, cuando los ciudadanos llevan a cabo acciones electorales (votó la última elección) pero también no electorales (participó el último año). Están quienes llevan a cabo participación fragmentada electoral, es decir, ciudadanos que votan, pero no se expresan de manera no electoral. Están también quienes llevan a cabo participación fragmentada no electoral, es decir, quienes se manifiestan por vías únicamente no electorales. Y finalmente un grupo inactivo, el menos numeroso.

Al observar cómo se presentaba esta tipología de participación a nivel de países, se pudo comprobar dos cosas muy relevantes. Primero, que la variación era inmensa. Había países donde lo que primaba era la participación integrada, asimismo, la variación respecto a la participación fragmentada no electoral pasaba de ser casi marginal en ciertos países a mostrar una presencia muy relevante en otros. Segundo, los países muestran una relativa estabilidad en sus formas de participación. Aquellos que tendían a integrar el 2004, lo seguían haciendo en casi los mismos porcentajes el 2014, lo mismo ocurría para los que fragmentaban. El siguiente paso era explicar por qué la participación se fragmenta y dar sentido a la variación entre países.

El capítulo cuatro puso el foco en entender a los activistas (aquellos activos en PNE) de cada país desde una perspectiva comparada, para entender cuáles son las determinantes de que integren o no su participación política. Lo primero que se puso a prueba es si basta con la motivación normativa para explicar las diferencias. A partir del marco teórico se había establecido que cuando la orientación hacia lo electoral pasa por un aspecto normativo, la gente va a votar independiente de otros factores. El politólogo Andre Blais (2000) ha encontrado en otros estudios que cerca de la mitad de la votación de algunas democracias occidentales puede ser explicado únicamente por aspectos éticos. En el capítulo tres de esta tesis se observó efectivamente que había un porcentaje de activistas que estaban muy de acuerdo con que un buen ciudadano siempre vota. El promedio de deber cívico para toda la muestra ronda el 50%, pero con variaciones muy importantes entre países. No obstante, esas variaciones no eran útiles para explicar las tasas de participación fragmentada. Países con niveles de deber cívico muy parecidos tenían tasas de fragmentación muy distintas.

Por lo tanto, había respaldo para considerar también los argumentos no éticos del voto. La gente vota no sólo porque sienta que es su deber, sino porque desarrolla preferencias electorales y está inserto en contextos que estimulan que esas preferencias lleguen a las urnas. Pero ¿en qué espacio social o qué características contextuales permiten que se desarrollen esas preferencias? Por medio de correlaciones bivariadas y de análisis de regresión lineal, se comprobó que lo que resulta más trascendental para explicar la participación integrada de los activistas, incluso más que el sentido de deber cívico es la membresía a organizaciones de la sociedad civil. De esta manera, había un primer importante respaldo para la primera expectativa teórica acerca del rol de las organizaciones en integrar la participación.

Sin embargo, faltaba ver qué interacción específica es la que estaba ocurriendo entre deber cívico y organizaciones, para entender cuándo eran relevante las organizaciones y qué rol pueden estar cumpliendo.

En el capítulo cinco se cambia la unidad de análisis del país por la del individuo anclado a cada país. Por lo mismo, los modelos de regresión se realizan con efectos fijos y con intercepto aleatorio (multinivel). El capítulo se centró sobre todo en explorar la relación que existe entre deber cívico, pertenencia a organizaciones y probabilidad de integrar/fragmentar la participación de los activistas. Antes de observar el efecto interactivo, se encuentra que el deber cívico y la pertenencia a organizaciones son importantes por sí mismos. En concreto, controlando por factores motivacionales, de malestar con la política y sociodemográficos, las organizaciones siguen siendo relevantes, tanto a nivel individual como a nivel agregado. Ello quiere decir que la función que cumplen las organizaciones en los países que logran integrar su participación no pasa solo por crear un ambiente que desarrolla distintas motivaciones hacia o contra la política, sino que también existen estímulos propios de esos espacios sociales que potencian que las preferencias electorales lleguen a las urnas. Esto ofrece evidencia más sustantiva para la primera expectativa teórica. Es decir, a medida que quienes realicen acciones no electorales estén organizados, debería disminuir el porcentaje que no vota.

Lo relevante de la interacción con el deber cívico fue saber dónde importan las organizaciones. Y la respuesta, es que tener membresía a organizaciones es relevante, pero sólo ahí donde haya activistas con bajos niveles de deber cívico hacia el voto. Cuando los activistas carecen de membresías organizacionales, la integración se derrumba a medida que bajan los niveles de deber cívico hacia el voto, a la vez que la fragmentación aumenta. Todo esto dio respaldo a la segunda expectativa teórica, que es que el efecto que tienen las organizaciones de integrar la participación política opera solamente entre los miembros que tengan un bajo sentido del deber cívico con el voto.

Pero la brecha que deja el deber cívico en los activistas puede ser o no ser cerrada por las organizaciones. Es decir, no en todos los países las organizaciones son exitosas en llevar a sus activistas hacia las urnas. Ello ya se había especulado con las correlaciones bivariadas, pero se terminó de comprobar en una regresión que usó una triple interacción, donde conglomerados de países (con poca, media y alta fragmentación) se interactuó con deber cívico y membresía

organizacional. Lo que diferencia a los países que son más exitosos en integrar su participación con el resto no es sólo que sus activistas tienen mayores niveles de arraigo organizacional, sino que sus organizaciones son efectivas en canalizar a sus miembros hacia las urnas.

El siguiente paso fue entender por qué las organizaciones pueden canalizar o dejar de potenciar el voto de sus miembros. El argumento es que ello tiene que ver con el vínculo que tienen las organizaciones con la política. Ahí donde hay una autonomía efectiva de la política, es decir, una autonomía tanto ideológica como material, las organizaciones dejan de ser un espacio que tenga incentivos para generar preferencias electorales y para presionar a sus miembros para que esas preferencias lleguen a las urnas.

Para comprobar este argumento, en el capítulo seis se profundiza en un caso particular: Chile. El caso chileno resultó interesante no sólo porque mostraba altos niveles de fragmentación en su población activa en política, sino porque existía una importante variación subnacional en su sociedad civil organizada respecto a sus relaciones con la política.

A partir de un análisis de literatura secundaria y más de treinta entrevistas realizadas a dirigentes de organizaciones estudiantiles y laborales, se encontró que ambos sectores de la sociedad civil organizada cuentan con un distanciamiento disímil hacia la política institucional. El movimiento laboral del sector público se encuentra vinculado y altamente dependiente de sus vínculos con los partidos y con las centrales sindicales (controladas por los partidos). Por otro lado, está el movimiento estudiantil, altamente distante y con mucha autonomía en la gestión de sus recursos.

Luego se utilizó una base de datos de encuesta en marchas, que permitía comparar marchas convocadas por organizaciones estudiantiles y marchas convocadas por las centrales sindicales. A lo anterior se sumaron dos casos sombras que son una marcha convocada por minorías sexuales y otra por derechos humanos. Los resultados tanto del análisis descriptivo como multivariado permiten concluir que los participantes de marchas laborales votan más que el resto, sobre todo más que los estudiantes. Asimismo, el rol que cumplen las organizaciones es muy distinto. Para el caso del movimiento laboral tener o no membresía organizacional resulta relevante en las probabilidades de los activistas de integrar su participación. En el caso del movimiento estudiantil, tener membresía organizacional no resulta relevante.

Una conclusión fundamental que se puede desprender del capítulo seis es que el puro malestar con los políticos no tiene como consecuencia el abstencionismo electoral. De hecho, las organizaciones laborales mostraban cierto nivel de malestar hacia los políticos. Lo determinante es que ese malestar vaya de la mano con organizaciones que puedan prescindir de los recursos de la política institucional, lo que, sumado al malestar, generan un contexto discursivo anti-partido y anti-urnas, como en el caso del movimiento estudiantil. Cuando el vínculo entre organizaciones y política institucional es de dependencia, las preferencias electorales se ven potenciados en un espacio que ve a la política como un espacio relevante, como en el caso del movimiento laboral del sector público.

Esto permite encontrar evidencias para la tercera expectativa teórica que señalaba que hay dos condiciones necesarias para que la sociedad civil organizada deje de ser un contexto que aumente las predicciones subjetivas y sociales hacia el voto: una ciudadanía con distanciamiento material (autonomía de recursos) y un distanciamiento subjetivo (desconfianza o sensación de ineficacia) de los miembros de las organizaciones hacia la política institucional.

La realidad de la sociedad chilena está mejor representada por el movimiento estudiantil que por el laboral. De hecho, para las otras dos marchas tener organizaciones tampoco era relevante en sus probabilidades de votar. Ello ocurre porque el vínculo entre organizaciones sociales y política institucional está roto, producto de un malestar ideológico, pero también de una autonomía material. La consecuencia de ello es que las organizaciones dejan de fomentar entre sus miembros el sentido de relevancia que tienen las urnas, por lo que el tradicional rol integrador que cumplen las organizaciones se pierde. Esta ruptura es la que permitiría explicar, por lo menos para el caso chileno, por qué las organizaciones sociales no cumplen el rol que sí cumplen en otras latitudes, de integrar la participación política de sus miembros movilizados.

Implicancias substantivas

¿Es buena o mala para la democracia la participación fragmentada?

Un apartado sobre las implicancias substantivas no puede estar exenta de una pregunta que la precede: ¿es bueno o malo para la democracia la participación fragmentada?

Ciertamente hay argumentos para ambos lados y son múltiples las aristas desde donde se puede entrar al problema. Uno de ellos, quizás el más importante, es la relación entre la participación fragmentada y la desigualdad política. Este es sin duda uno de los temas que es el que más ha preocupado a sociólogos y politólogos desde el inicio del estudio sistemático de la participación política. No por nada, Lijphart (1997) ha llamado a este fenómeno el “dilema no resuelto de las democracias”. El patrón es simple, quienes tienen mejores posiciones sociales en términos de ingreso y educación participan más en política. Esto se ha estudiado tanto para la participación electoral como para la no electoral.

Los patrones de desigualdad efectivamente existen en la participación electoral y han sido objeto de un largo debate (Verba et al., 1978), no obstante, dichos patrones de desigualdad no son universales (Gallego, 2015). De hecho, es el tipo de participación menos desigual (Schlozman et al., 2018), donde factores como las reglas electorales o el voto obligatorio pueden llevar a disminuir las brechas (Contreras et al., 2016). En cambio, los patrones de desigualdad en participación no electoral sí tienen un patrón global. En todos los países donde se ha estudiado la desigualdad en participación electoral los resultados muestran que la voz política tiende a concentrarse en unos pocos (Nicolás Somma & Bargsted, 2018).

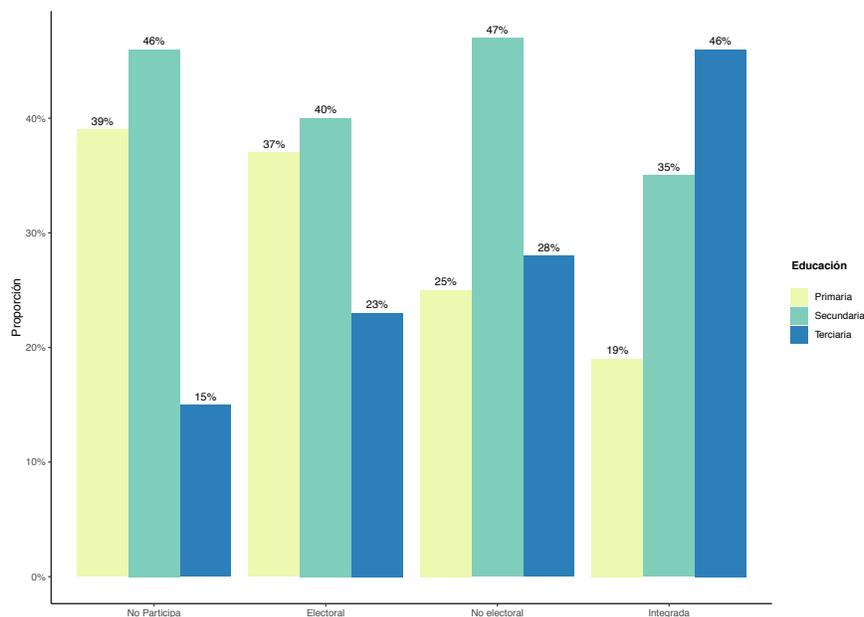
Desde ese punto de vista, ¿qué tanto ayuda la participación fragmentada a reproducir los patrones de desigualdad en la voz política?

En la Figura 7.1 se observan los niveles educativos - divididos en educación primaria, secundaria y terciaria - de quienes realizan cada uno de los cuatro tipos de ciudadanos identificados en esta tesis¹². Se puede corroborar que la participación integrada - aquellos que votan y han realizado por lo menos una acción no electoral los últimos doce meses -, es altamente desigual. Tiende a ser realizada principalmente por ciudadanos con estudios universitarios, seguidos de ciudadanos con estudios secundarios y sólo una minoría de activistas con estudios primarios integra su participación. El espejo de la participación integrada son los inactivos y, en cierta medida también, quienes realizan sólo participación electoral. La participación fragmentada no electoral se ubica entre medio de estas tendencias. Hay casi tantos activistas con educación

¹² Para la educación secundaria y terciaria se considera también a quienes tienen estudios cursados pero no terminados en esas categorías.

primaria que con educación terciaria, pero sobresalen sobre todo quienes tienen educación secundaria.

FIGURA 7.1. DESIGUALDAD EN LA VOZ POLÍTICA POR NIVEL EDUCACIONAL.



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Lo anterior podría sugerir que se trata de un tipo de participación más propio de sectores medios, aunque también hay que tener cuidado con lo que los distintos niveles de educación representan para cada país. Tener sólo estudios de educación secundaria en Chile puede ser muy distinto a tener educación secundaria en Alemania. Una forma de solucionar esto es observando directamente nivel socio económico.

En la encuesta ISSP no existe una pregunta estandarizada sobre nivel socio económico, pero sí existe una pregunta interesante sobre nivel socio económico auto percibido, es decir, dónde percibe el encuestado que se ubica respecto a distintas clases sociales. Esta información, si bien no está exenta de problemas, puede dar un proxy de las características socio económicas de cada uno de los participantes.

En la Figura 7.2 se observa la distribución dentro de cada uno de los tipos de ciudadanos según nivel socio económico auto percibido. Quienes se ubican en nivel económico muy bajo son la mayoría entre los inactivos, entre los fragmentados electorales y entre los fragmentados no

electorales; pero no así en la participación integrada. Esto resulta interesante, porque refleja una diferencia fundamental entre dos tipos de activistas. Los activistas que integran su participación no sólo tienen mayores niveles educativos que los otros tipos de ciudadanos, sino que también se tienden a percibir de nivel socio económico medio hacia arriba. En cambio, el activista fragmentado no electoral, se siente principalmente de niveles socio económicos medios hacia abajo.

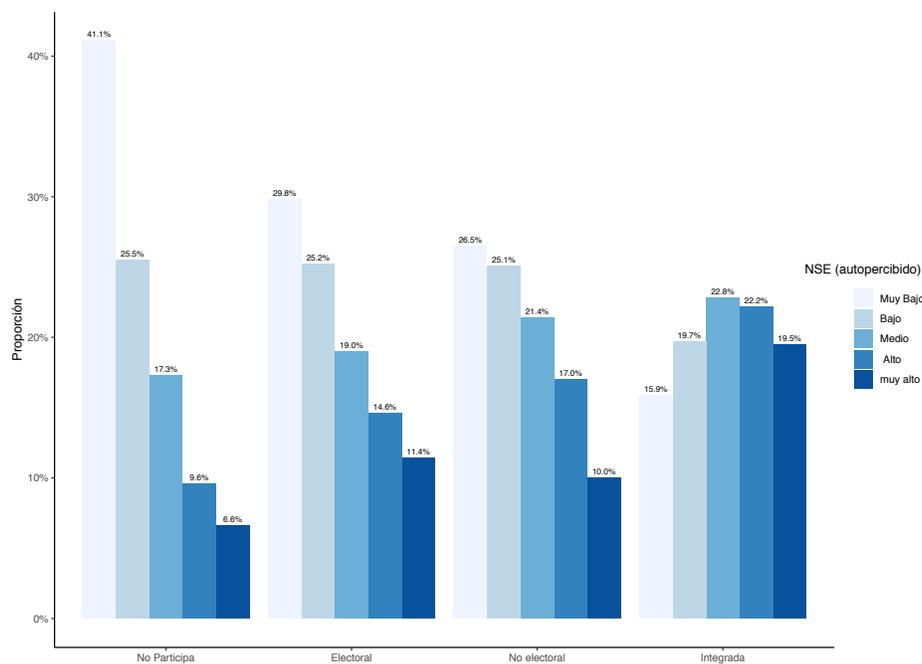
Una observación relevante a este respecto es que, desde la lupa de la participación fragmentada, las nociones sobre desigualdad en la participación cambian radicalmente. Si se considera sólo a los que votan, se puede corroborar que la participación electoral es altamente desigual, pero en un sentido contrario al que usualmente se le imputa. Quienes sólo votan, suelen ser los que tienen niveles de educación primaria y secundaria, y la mayoría se siente de sectores muy bajos o bajos. Quienes sólo realizan actividades no electorales tienen un poco más de educación que quienes sólo votan, pero también se sienten de sectores muy bajos o bajos en la escala socio económica. En cambio, quienes integran la participación, suelen ser universitarios y se sienten de sectores medios o altos.

Todos los indicios anteriores permiten sacar una conclusión bastante evidente: desde el punto de vista de la desigualdad, lograr integrar la participación de quienes fragmentan de manera no electoral es una oportunidad para reducir la concentración de la voz política. Hay un universo de activistas que no son quienes tienen mejores posiciones educativas y tampoco se sienten parte de los sectores más pudientes que pueden contribuir a nivelar la desigualdad si decidieran integrar su participación con el voto.

Se puede pensar que también se nivelaría la desigualdad de la participación fragmentada electoral si los activistas fragmentados no electorales dejaran de participar por vías no institucionales. En palabras alegóricas, si estos ciudadanos abandonaran las calles y se activasen en las elecciones, subiría el nivel educativo de los fragmentados electorales. Sin embargo, al igual que ocurre con el voto, es muy probable que quien ya está activo en política no electoral lo siga haciendo en el futuro. Se ha estudiado que gran parte de lo que explica por qué la gente se moviliza, tiene que ver con la experiencia de la participación previa (McAdam, 1986; Nepstad & Smith, 1999). Por lo tanto, el camino más sensato a seguir para quienes ya rompieron la barrera de la participación no electoral es complementar, y no reemplazar, su participación con el voto.

Desde el punto de vista de la desigualdad, por lo tanto, la participación fragmentada parece más negativa que positiva, concentra en los más pudientes la participación integrada y deja fuera de las urnas a un sector importante de la clase media y baja.

FIGURA 7.2. DESIGUALDAD EN LA VOZ POLÍTICA POR NSE AUTO PERCIBIDO



Fuente: elaboración propia en base a ISSP 2014

Por su parte, la participación no electoral es para muchos ciudadanos la primera forma de incursión en acciones políticas. De hecho, son los más jóvenes quienes más practican acciones no electorales. De ahí que muchos lleguen a la edad legal para votar con historial de participación previa (Castillo et al., 2015). En ese sentido, un país con muy altos porcentajes de participación fragmentada podría estar reflejando a una clase política hermética, que no logra seducir hacia las urnas a la población más joven, lo que puede llevar a problemas de legitimidad y alimentar sentimientos anti-partidistas. En el fondo, es muy distinto que la alta abstención de electoral se deba a una alta cantidad de inactivos, que a una alta de cantidad ciudadanos activos en política no electoral.

Desde la otra vereda, también hay argumentos a favor de la participación fragmentada. Para quienes creen en la movilización ciudadana como mecanismo efectivo para profundizar y

hacer avanzar la democracia y la justicia social, hay diversos estudios que muestran que los vínculos con la política institucional tienden a desmovilizar a los ciudadanos (Bidegain, 2015; Disi Pavlic, 2019). La autonomía que otorga moverse por fuera de las instituciones no es algo que debe ser subestimado. Se puede pensar en el caso de Chile, donde pocos discutirían que ha sido la movilización masiva del 2019 lo que ha abierto el camino para tener una nueva constitución política -la primera redactada en democracia. Sin duda que los activistas no votantes, desarraigados de los partidos políticos, han sido una parte fundamental de esta historia. Sin embargo, el costo de esta movilización anti políticos ha sido altísimo, no sólo en deterioro institucional como también en vidas humanas y represión hacia la sociedad civil, por lo que dicho camino también tiene bemoles.

Por su parte, una alta participación fragmentada no electoral podría ser reflejo de un gobierno más especializado en un trato directo con las demandas de la ciudadanía. Aunque es tema para profundizar, el caso suizo, con una ciudadanía civil activa en organizaciones sociales, con altos niveles de valoración de la democracia (Blais, 2014), pero con organizaciones que no fomentan la participación electoral, podría ser reflejo de aquello. Aunque vale la pena profundizarlo, se puede especular que el distanciamiento efectivo de las organizaciones con la política en el caso Suizo, se estaría produciendo porque los miembros de las organizaciones no ven a la política como un lugar eficaz para resolver problemas, más que por un malestar directo con ella.

Por último, un porcentaje constante, aunque en renovación, de participación fragmentada no electoral puede permitir que los partidos políticos estén tensionados por seducir a un público más exigente hacia las urnas. Es distinto promover el voto en un público desinteresado por la política que en uno ya activo y demandante. Eso obligaría a que los políticos profesionales estén constantemente preocupados de desarrollar nuevas estrategias electorales y estar abiertos a reinventarse en función de las demandas de las nuevas generaciones. Aunque lo anterior también encierra el riesgo de que los políticos le den la espalda a los activistas, aumentando la brecha entre política y sociedad, como ocurrió en el caso chileno.

Aún reconociendo los potenciales efectos positivos que puede tener la participación fragmentada, un ideal ineludible de las democracias es la igualdad política. En dicho sentido, quienes fragmentan su participación están sub-representados a la hora de elegir a las autoridades que los gobiernan, a la vez que ayudan a concentrar en los ciudadanos con más recursos la

participación integrada. Es por ello por lo que no es un ejercicio fútil pensar en posibles mecanismos para integrar la participación.

¿Cómo integrar la participación política?

En base a los hallazgos de esta tesis, el camino para integrar la participación es concreto: fortalecer a la sociedad civil y que la política estreche relaciones con ella. Los países con mayor integración de su participación son aquellos en los que las organizaciones son exitosas en encauzar a sus miembros politizados hacia las urnas. En efecto, los países con mayor integración no son los que muestran mayores niveles de deber cívico, de interés por la política o de confianza en sus políticos. Si ese fuera el caso, entonces países como Alemania o Finlandia no mostrarían niveles de integración cercanos a un 90%. Lo que lleva a esos países a integrar es el rol que cumplen las organizaciones de la sociedad civil.

El camino más plausible para la integración es que la vida organizada, fuente fundamental de los recursos necesarios para la participación no electoral, logre reestablecer un vínculo ideológico o de dependencia con la política institucional. Pero dadas las características de las democracias contemporáneas, resulta un desafío reestablecer cualquiera de ambos lazos.

En cuanto a los recursos, resulta difícil pensar que las organizaciones vuelvan a depender de la política, y en efecto, es cuestionable que aquello sea deseable. Las organizaciones laborales del sector público en Chile, por ejemplo, efectivamente son exitosas en integrar la participación de sus miembros. Pero ello es así sobre todo por la dependencia que tienen dichas organizaciones de los recursos de la política, más que por una cercanía ideológica con ella (Medel Sierralta, 2017).

Por su parte, en términos ideológicos, hay una tendencia que parece difícil de revertir. La autonomía parece ser un valor que se ha asentado en las sociedades modernas. A su vez, en la medida que los países se vuelven más prósperos es más probable que desarrollen visiones críticas hacia las instituciones tradicionales (Inglehart & Welzel, 2005). En ese sentido, los activistas pueden ser movilizadas por nuevos grupos de la sociedad civil, más autónomos de la política institucional.

Hay otro tipo de fenómenos que también pueden generar un incremento en la participación fragmentada que escapa al rol de las organizaciones. Uno de ellos, que fue explorado en esta tesis, es el rol que pueden estar jugando los movimientos sociales en encauzar o alejar a los activistas de

las urnas. Si bien las actividades no electorales suelen estar canalizadas desde la sociedad civil organizada, las demostraciones públicas propias de los movimientos sociales permiten que proliferen activistas ocasionales. En ese sentido, un movimiento social tiene la particularidad de que permite adherencia de miembros y no miembros en sus actividades no electorales (Klandermans et al., 2014). Diversos autores han encontrado que los movimientos sociales pueden existir como estructuras de coordinación sin organización detrás, lo que es un fenómeno en expansión que está siendo facilitado por las nuevas tecnologías de información (Earl & Kimport, 2011). Así, es probable que cuando la actividad no electoral está impulsada principalmente por movimientos sociales y no por la sociedad civil organizada, la probabilidad de fragmentar aumente, sobre todo en contextos de alta desafección con la política institucional.

Ante el tamaño decreciente de agrupaciones vinculadas a valores de deber cívico, como la iglesia, o ante la gentrificación de otros tradicionalmente activos en movilización, como los sindicatos, es esperable que la tendencia vaya en dirección a movilizaciones sin organización.

Si la separación entre política y la sociedad que se observa en Chile fuese una tendencia que se comienza a globalizar, es esperable que los espacios asociativos pierdan cada vez más la capacidad de canalizar a sus miembros hacia las urnas. En un escenario de constante expansión de la política no electoral y ante la normalización de los movimientos sociales, sólo los políticos podrán revertir esta tendencia.

Implicancias teóricas

El análisis desarrollado en esta tesis realiza aportes sustantivos al estudio de la participación y la representación política. La estructura bidimensional de la participación ha generado dos escuelas especializada en cada una de ellas. Pero la dimensión electoral y no electoral de la participación no sólo se pueden estudiar por separado, sino que también, como se demuestra en esta tesis, se puede estudiar en su interacción. Ello implicó que había que demostrar empíricamente que no sólo había conjunción o separación entre ellas, sino que la interacción genera un fenómeno nuevo que no se ha trabajado en la literatura, el de la participación fragmentada. Ello supuso revisar los elementos claves en la literatura de cada escuela para encontrar el puente entre ambas, que permita entender cuándo y por qué se da la fragmentación política. Tener una teoría completa sobre la participación, que permita entenderla en su interacción

y en sus fragmentos, implica nuevos desafíos y una nueva forma de acercarse al fenómeno. Sobre todo, una visión completa puede presentar nuevos desafíos para el eterno problema de la desigualdad política. No basta con decir que la participación electoral es más o menos desigual solamente observando cada dimensión. Una aparente igualdad puede esconder otras desigualdades si se observa la interacción entre ambas.

Por su parte, pensar en la participación política desde un punto de la lupa de la fragmentación implicó que en esta tesis se trajeran categorías tradicionalmente reservadas para cada escuela a un terreno compartido. Por ejemplo, para entender cuando ocurre la participación fragmentada no electoral fue fundamental pensar en el sentido de deber cívico con el voto, concepto tradicionalmente utilizado sólo para estudios electorales. Asimismo, para comprender cuando ocurre la integración, se trajo a colación el rol que pueden cumplir los movimientos sociales y las organizaciones a las que pertenecen los activistas en desarrollar preferencias electorales.

Otro aporte teórico que resulta relevante destacar el rol dual que pueden jugar las organizaciones sociales a la hora de integrar la participación. Las organizaciones son un lugar natural para que muchos grupos sociales movilicen a sus miembros y también suelen proporcionar incentivos sociales para desarrollar preferencias electorales. Pero esto no es siempre así. En esta tesis se ofreció evidencia de que las organizaciones pueden desincentivar la participación electoral en vez de incentivarla. Si en países con una sociedad civil fuerte, las organizaciones dejan de incentivar el desarrollo de preferencias electorales y dejan de ser un contexto que presione para que esas preferencias se expresen en las urnas, el resultado será, en mayor o menor medida, la fragmentación. Ello abre importantes vetas de análisis para pensar en el rol medular que pueden jugar las organizaciones para estrechar vínculos entre ciudadanía y política.

Dirección para futuras investigaciones

Los aportes teóricos y los hallazgos empíricos de esta tesis abren caminos interesantes para futuras investigaciones. El foco de este estudio estuvo puesto en la entrada desde los activistas, para entender cuándo y por qué integran o fragmentan su participación. Pero quedan otros contrastes importantes en los cuales vale la pena mayor profundidad. Por ejemplo, el paso de los

inactivos a la participación se puede estar dando de manera parcelada, o bien, de manera integrada. Asimismo, el mundo de los votantes fragmentados es algo que no se desarrolló con profundidad, se trata de un grupo muy numeroso, que en varios países constituyen la mayoría. Saber qué determina este participante votante fragmentado, que sólo participa en los períodos establecidos por la ley, puede llevar a repensar las teorías de la participación electoral.

En esta tesis no sólo se puso el foco en las organizaciones a nivel comparado entre países, sino que también se desarrolló la mirada de los actores desde organizaciones subnacionales para el caso de Chile. No obstante, más estudios cualitativos se necesitan para establecer mejor la racionalidad del participante fragmentado. Ello se beneficiaría mucho de estudios llevados a cabo en distintos contextos socio políticos. Utilizando la entrada teórica de la participación fragmentada, se podría pensar en técnicas grupales de levantamiento de información como grupos de discusión o etnografías dentro de organizaciones que movilizan a sus miembros.

Una entrada que resultaría sumamente provechosa para profundizar en las dinámicas de los participantes es el de los estudios longitudinales. Si bien en esta tesis se habló de culturas de participación, dada la enorme estabilidad que muestran los perfiles a lo largo del tiempo, ello no descarta que existan dinámicas también fluctuantes. Estudios con bases de datos longitudinales, idealmente panel, permitirían rastrear qué eventos vitales pueden llevar a fragmentar o integrar la participación política.

Los argumentos de esta tesis fueron aplicados a un grupo de países con características similares. Sin embargo, sería interesante saber qué tan lejos es capaz de viajar este argumento. Por ejemplo, puede que las razones que lleven a integrar o fragmentar la participación en autoritarismos electorales no sean tan distintas, o puede que las democracias con voto obligatorio generen un tipo distinto de activista fragmentado no electoral que en países con voto voluntario.

Se ha señalado que la participación política está en el corazón de la democracia (Verba et al., 1995). Un gobierno democrático necesita que la gente participe, indirecta o directamente, en las decisiones que se toman. Para ello, las democracias han creado una institucionalidad electoral que permite la expresión de sus ciudadanos. Pero la expansión constante de libertades civiles y el desarrollo tecnológico dejan cada vez más disponibles opciones no electorales de participación, las que generan presiones más directas e inmediatas sobre los gobernantes. Explicar cómo estos dos canales de comunicación interactúan entre sí, es uno de los desafíos más importantes que tiene

el estudio de la participación política en un escenario tan cambiante. Esta disertación espera haber hecho una contribución a este debate.

Apéndice

Anexo entrevistas.

| Entrevista Dirigentes sindicales | Fecha de la entrevista |
|---|-------------------------------|
| Dirigente de la Asociación de Fiscalizadores del Servicio de Impuestos Internos (AFIICH) | 6/16/16 |
| Dirigente de la Asociación de Gendarmes Concepción-Chile (AGECH) | 7/25/15 |
| Dirigente de la Asociación Nacional de Funcionarios Penitenciarios (ANFUP) | 8/6/15 |
| Dirigente de la Corporación Municipal de Pudahuel (CODEP) | 8/14/15 |
| Dirigente del Colegio de profesores nacional | 8/19/15 |
| Dirigente del Colegio de profesores Talcahuano | 8/15/16 |
| Dirigente de la Confederación Nacional de la Salud Municipal (CONFUSAM) VIÑA | 8/15/15 |
| Dirigente del Hospital Gustavo Fricke | 8/28/16 |
| Dirigente de la Confederación Nacional de Trabajadores de la Salud (FENATS) | 9/11/15 |
| Dirigente de la Confederación Nacional de Profesionales Universitarios de los Servicios de Salud (FENPRUSS) del Hospital Carlos Van Buren | 6/16/15 |
| Dirigente del Sindicato hospital Salvador | 7/25/15 |
| Dirigente de la Confederación Nacional de la Salud Municipal (CONFUSAM) nacional | 8/6/16 |
| Dirigente del Sindicato Sename Playa Ancha | 8/14/15 |
| Dirigente del Sindicato federación WALMART | 8/19/15 |
| Dirigente del Sindicato Clínica UC | 8/15/16 |

Entrevistas dirigentes estudiantiles

| | |
|--|---------|
| Entrevista a Nicolás del Canto (ex Coordinador de Inserción del NAU, PUC) | 8/15/14 |
| Entrevista a María José Elizalde (ex Consejera Fech, Juventudes Socialistas) | 8/28/14 |
| Entrevista a Francisco Figueroa (ex Vicepresidente FECH, Izquierda Autónoma) | 9/11/14 |
| Entrevista a Felipe Garrido (ex Secretario Ejecutivo FEUV, Oveja Negra) | 10/8/14 |
| Entrevista a Diego Gómez (ex Consejero Territorial PUC, Movimiento Gremial) | 9/11/14 |
| Entrevista a Pablo Ortúzar (ex Vicepresidente del Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales, U. de Chile, FEL – MAL – Movimiento Gremial) | 6/16/14 |
| Entrevista a Camilo Pérez (ex Presidente del Centro de Estudiantes Facultad de Economía y Negocios, U. de Chile, Estudiantes de Izquierda) | 7/25/14 |
| Entrevista a María Ignacia Pinto (Secretaria ejecutiva de la FEUC, NAU) | 8/6/14 |
| Entrevista a Felipe Ramírez (ex Secretario general de la FECH, FEL) | 8/6/14 |
| Entrevista a Jonathan Serracino (ex Presidente de la FEUAH, Nueva Izquierda) | 8/14/14 |
| Entrevista a Jorge Sharp (ex Presidente de la FEPUCV, Izquierda Autónoma) | 8/19/14 |
| Entrevista a Pablo Zenteno (ex Secretario General del Centro de Estudiantes de Derecho, U. Central, Movimiento Estudiantil La Voz) | 6/16/14 |

Nota: Los dirigentes sindicales solicitaron anonimato, puesto que muchos habían participado en huelgas y querían evitar represalias. Por lo mismo, sus nombres son omitidos.

Referencias

- Abate, J., & Pérez, C. (2014). Las mil cabezas del movimiento estudiantil. Recuperado 4 de enero de 2017, de <http://www.latercera.com/noticia/las-mil-cabezas-del-movimiento-estudiantil/>
- Achen, C. H., & Hur, A. (2011). Civic Duty and Voter Turnout in Japan and South Korea *, 45–69.
- Akchurin, M. (2015). *The politics of water: Privatizing water and sanitation utilities in Argentina and Chile*. The University of Chicago.
- Albala, A., & Tricot Salomon, V. (2019). Social Movements and Political Representation in Chile (1990–2013). *Latin American Perspectives*, XX(Xxx), 1–19.
- Aldrich, J. H. (1993). Rational Choice and Turnout Author (s): John H . Aldrich Source : American Journal of Political Science , Vol . 37 , No . 1 (Feb ., 1993), pp . 246-278
Published by : Midwest Political Science Association Stable URL :
<http://www.jstor.org/stable/21115>. *American Journal of Political Science*, 37(1), 246–278.
- Anderson, C. J., & Mendes, S. M. (2006). Learning to lose: Election outcomes, democratic experience and political protest potential. *British Journal of Political Science*, 36(1), 91–111.
- Aravena, A., & Nuñez, D. (2009). *El renacer de la huelga obrera en Chile: el movimiento sindical en la primera década del siglo XXI*. ICAL.
- Armingeon, K., & Schädel, L. (2015). Social Inequality in Political Participation: The Dark Sides of Individualisation. *West European Politics*, 38(1), 1–27.
- Atkinson, M. D., & Fowler, A. (2014). Social capital and voter turnout: Evidence from saint's day fiestas in Mexico. *British Journal of political science*, 44(1), 41–59.
- Avendaño, O. (2014). Fracturas y representación política en el movimiento estudiantil. *Última Década*, 41(1), 41–68.
- Avendaño, O. (2017). *Los partidos frente a la cuestión agraria en Chile, 1946-1973: representación de intereses, gradualismo y transformación estructural*. LOM Ediciones.

- Baeza, A. (2019, octubre 8). Piñera asegura que “en medio de esta América Latina convulsionada, Chile es un verdadero oasis con una democracia estable”. *La Tercera*. Recuperado de <https://www.latercera.com/politica/noticia/pinera-asegura-medio-esta-america-latina-convulsionada-chile-verdadero-oasis-una-democracia-estable/851913/>
- Bargsted, M., Somma, N. M., & Muñoz-Rojas, B. (2019). Participación electoral en Chile. Una aproximación de edad, período y cohorte. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 39(1), 75–98.
- Barnes, S. H., & Kaase, M. (1979). *Political Action : Mass Participation in Five Western Democracies*. Beverly Hills: SAGE Publications.
- Barozet, E. (2016). Entre la urna, las redes sociales y la calle: las relaciones entre movimientos sociales y partidos políticos en el Chile democrático. En M. A. Garretón (Ed.), *La gran ruptura* (pp. 21–58). Santiago: LOM.
- Bartholomew, D. J., Steele, F., & Moustaki, I. (2008). *Analysis of multivariate social science data*. Chapman and Hall/CRC.
- Bean, C. (1991). Participation and Political Protest: A Model with Australian Evidence. *Political Behavior*, 13(3), 253–283.
- Bernhagen, P., & Marsh, M. (2007a). Voting and protesting: Explaining citizen participation in old and new European democracies. *Democratization*, 14(1), 44–72.
- Bernhagen, P., & Marsh, M. (2007b). Voting and protesting: Explaining citizen participation in old and new European democracies. *Democratization*, 14(1), 44–72.
- Bidegain, G. (2015). *Autonomización de los movimientos sociales e intensificación de la protesta: Estudiantes y mapuches en Chile (1990-2013)*. Instituto de Ciencia Política de la Pontificia Universidad Católica de Chile para.
- Blais, A. (2000). To vote or not to vote?: the merits and limits of rational choice theory. Recuperado de <http://books.google.it/books?id=xPz-IH8z7wYC>
- Blais, A. (2006). What Affects Voter Turnout? *Annual Review of Political Science*, 9(1), 111–125.
- Blais, A. (2010). Political Participation. En L. LeDuc, R. G. Niemi, & P. Norris (Eds.),

Comparing democracies. SAGE Publications.

- Blais, A. (2014). Why is turnout so low in Switzerland? Comparing the attitudes of Swiss and German citizens towards electoral democracy. *Swiss Political Science Review*, 20(4), 520–528.
- Blais, A., & Achen, C. H. (2010). Taking Civic Duty Seriously: Political Theory and Voter Turnout. *Unpublished manuscript*, 26. Recuperado de <https://www.princeton.edu/csdp/events/Achen031110/Achen031110.pdf>
- Blais, A., & Achen, C. H. (2019). Civic Duty and Voter Turnout. *Political Behavior*, 41(2), 473–497.
- Blais, A., & Galais, C. (2016). Measuring the civic duty to vote: A proposal. *Electoral Studies*, 41(514), 60–69.
- Blais, A., Gidengil, E., & Nevitte, N. (2004). Where does turnout decline come from? *European journal of political research*, 43(2), 221–236.
- Blais, A., & Rubenson, D. (2013). The source of turnout decline: New values or new contexts? *Comparative Political Studies*, 46(1), 95–117.
- Bolzendahl, C., & Coffé, H. (2013). Are “Good” Citizens “Good” Participants? Testing Citizenship Norms and Political Participation across 25 Nations. *Political Studies*, 61(SUPPL.1), 63–83.
- Brennan, G., & Hamlin, A. (1998). Expressive voting and electoral equilibrium. *Public Choice*, 95(1–2), 149–175.
- Bugueño, J., & Maillet, A. (2019). Entre marchas, plebiscitos e iniciativas de ley: innovación en el repertorio de estrategias del movimiento No Más AFP en Chile (2014-2018). *Izquierdas*, (48), 1–21.
- Cabalin Quijada, C. (2014). Estudiantes conectados y movilizados: El uso de Facebook en las protestas estudiantiles en Chile. *Comunicar: Revista científica iberoamericana de comunicación y educación*, (43), 25–33.
- Campbell, A., Converse, P. E., Miller, W. E., & Stokes, D. E. (1960). *The American voter*. The University of Chicago Press Chicago and London.

- Campbell, D. (2005). Schools and Civic Norms. *Education Next*, 5(3), 62.
- Carlin, R. E. (2006). The decline of citizen participation in electoral politics in post-authoritarian Chile. *Democratization*, 13(4), 632–651.
- Carmines, E. G., & Stimson, J. A. (1989). *Issue evolution: Race and the transformation of American politics*. Princeton University Press.
- Cassel, C. A. (1999). Voluntary associations, churches, and social participation theories of turnout. *Social Science Quarterly*, 80(3), 504–517.
- Castillo, J. C., Miranda, D., Bonhomme, M., Cox, C., & Bascopé, M. (2015). Mitigating the political participation gap from the school: the roles of civic knowledge and classroom climate. *Journal of Youth Studies*, 18(1), 16–35.
- Cifuentes, L. (2009). SUBCONTRATACIÓN Y ACCIÓN SINDICAL EN CHILE. EL CASO DE LAS MOVILIZACIONES EN EL SECTOR CUPRÍFERO DURANTE LOS AÑOS 2006 - 2008, 39–56.
- Clarke, H. D., Sanders, D., Stewart, M. C., & Whiteley, P. (2004). *Political Choice in Britain*. *Political Choice in Britain*.
- CNN. (2017, diciembre 17). Michelle Bachelet por voto voluntario: “Yo me equivoqué”. Recuperado de https://www.cnnchile.com/pais/michelle-bachelet-por-voto-voluntario-yo-me-equivoque_20171217/
- Collier, D., & Mahoney, J. (1996). Insights and pitfalls: Selection bias in qualitative research. *World Politics*, 49(1), 56–91.
- Conover, M. D., Ferrara, E., Menczer, F., & Flammini, A. (2013). The digital evolution of occupy wall street. *PloS one*, 8(5), e64679.
- Contreras, G., Joignant, A., & Morales, M. (2016). The return of censitary suffrage? The effects of automatic voter registration and voluntary voting in Chile. *Democratization*, 23(3), 520–544.
- Contreras, G., & Navia, P. (2013). Diferencias generacionales en la participación electoral en Chile, 1988-2010. *Revista de Ciencia Política*, 33(2), 419–441.
- Corvalan, A., & Cox, P. (2013). Class-biased electoral participation: The youth vote in Chile.

- Latin American Politics and Society*, 55(3), 47–68.
- Crocco, F. G. (2017). Coping with Neoliberalism Through Legal Mobilization: The Chilean Labor Movement's New Tactics and Allies. En *Social Movements in Chile* (pp. 191–217). Springer.
- Dahl, R. A. (1973). *Polyarchy: Participation and opposition*. Yale University Press.
- Dalton, R. J. (2008a). Citizen Politics. Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies. *Citizen Politics. Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies*. Cq Press.
- Dalton, R. J. (2008b). Citizenship norms and the expansion of political participation. *Political Studies*, 56(1), 76–98.
- Dalton, R. J. (2017). *The Participation Gap: Social Status and Political Inequality*. Oxford University Press.
- Dalton, R. J., & Welzel, C. (2014). *The civic culture transformed: From allegiant to assertive citizens. The Civic Culture Transformed: From Allegiant to Assertive Citizens*. Cambridge University Press.
- Davies, J. C. (1962). Toward a Theory of Revolution. *American Sociological Review*, 27(1), 5–19.
- De Tocqueville, A. (1899). *Democracy in america* (Vol. 15). Colonial Press.
- Della Porta, D., & Diani, M. (2009). *Social movements: An introduction*. John Wiley & Sons.
- Deth, J. W. Van. (2007). Creative Participation – Creative Democracy.
- Deth, J. W. Van. (2014). A conceptual map of political participation, 49(3), 349–367.
- Diario, L. izquierda. (2017, diciembre 9). FETRACORTEL llama a votar por Gullier ¿qué pensamos los trabajadores de correos? Recuperado de <http://www.laizquierdadiario.cl/FETRACORTEL-llama-a-votar-por-Gullier-que-pensamos-los-trabajadores-de-correos>
- Disi Pavlic, R. (2019). Policies, parties, and protests: explaining student protest events in Latin America. *Social Movement Studies*, 00(00), 1–18.

- Disi, R. (2018). Sentenced to debt: Explaining student mobilization in Chile. *Latin American Research Review*, 53(3), 448-465.
- Donoso, S. (2013). Dynamics of change in Chile: Explaining the emergence of the 2006 pingüino movement. *Journal of Latin American Studies*, 45(1), 1-29.
- Donoso, S. (2016). When social movements become a democratizing force: The political impact of the student movement in Chile. *Research in Social Movements, Conflicts and Change*, 39, 167-196.
- Donoso, S. (2017). "Outsider" and "Insider" Strategies: Chile's Student Movement, 1990-2014. En *Social movements in Chile* (pp. 65-97). Springer.
- Downs, A. (1957). An Economic Theory of Political Action in a Democracy. *Journal of Political Economy*.
- Durán, R. (1997). Movilización Y Desmovilización Chilena a La Democracia. *América Latina, Hoy*, 16.
- Earl, J., & Kimport, K. (2011). *Digitally enabled social change: Activism in the internet age*. MIT Press.
- Finch, W. H., Bolin, J. E., & Kelley, K. (2019). *Multilevel modeling using R*. Chapman and Hall/CRC.
- Fox, J. (2015). *Applied regression analysis and generalized linear models*. Sage Publications.
- Gaidytė, T., & Muis, J. (2015). *Why are citizens in post-communist countries less politically active than in West European societies? The contextual impact of social trust*.
- Galais, C. (2014a). Don't Vote for Them: The Effects of the Spanish Indignant Movement on Attitudes about Voting. *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, 24(3), 334-350.
- Galais, C. (2014b). Journal of Elections, Public Don't Vote for Them: The Effects of the Spanish Indignant Movement on Attitudes about Voting, (January 2015), 37-41.
- Gallego, A. (2010). Understanding unequal turnout: Education and voting in comparative perspective. *Electoral Studies*, 29(2), 239-248.
- Gallego, A. (2015). *Unequal political participation worldwide. Unequal Political Participation*

- Worldwide* (Vol. 16). Cambridge: University Press.
- Garcés, M. (2004). Los Movimientos Sociales Populares En El Siglo XX. *Política*, (43), 13–33.
- Garretón, M. A. (2002). La transformación de la acción colectiva en América Latina. *Revista de la CEPAL*.
- Garretón, M. A. (2004a). De la transición a los problemas de calidad en la democracia chilena. *Política*, (42), 179–206.
- Garretón, M. A. (2004b). *Incomplete democracy: political democratization in Chile and Latin America*. UNC Press Books.
- Garretón, M. A. (2011). Movilizaciones y movimiento social en la democratización política chilena. En R. Q. C. y Muñoz (Ed.), *La sociedad española en la Transición Los movimientos sociales en el proceso democratizador*. Biblioteca Nueva.
- Gerber, A. S., Green, D. P., & Larimer, C. W. (2008). Social pressure and voter turnout: Evidence from a large-scale field experiment. *American Political Science Review*, 102(1), 33–48.
- Geys, B. (2006). “Rational” theories of voter turnout: A review. *Political Studies Review*.
- Goerres, A. (2007). Why are older people more likely to vote? The impact of ageing on electoral turnout in Europe. *British Journal of Politics and International Relations*, 9(1), 90–121.
- Goertz, G. (2005). *Social Science Concepts : A User ' s Guide* (Vol. 0). Princeton: Princeton University Press.
- Goldstone, J. (2004). More social movements or fewer? Beyond political opportunity structure to relational fields. *Theory and Society*, 33(3), 333–365.
- Greenpeace. (2019, febrero 5). Tres razones por las que deberías votar en las elecciones europeas de mayo - ES | Greenpeace España. Recuperado de <https://es.greenpeace.org/es/noticias/tres-razones-por-las-que-deberias-votar-en-las-elecciones-europeas-de-mayo/>
- Grofman, B. (1993). Is turnout the paradox that ate rational choice theory. *Information, participation, and choice: An economic theory of democracy in perspective*, 93–103.

- Han, H. (2014). *How Organizations Develop Activists. How Organizations Develop Activists*. Oxford University Press.
- Heath, O. (2007). Explaining turnout decline in Britain, 1964--2005: party identification and the political context. *Political Behavior*, 29(4), 493–516.
- Hipsher, P. L. (1996). Democratization and the decline of urban social movements in Chile and Spain. *Comparative Politics*, 28(3), 292–297.
- Hooghe, M., & Dassonneville, R. (2013). Voters and Candidates of the Future: The Intention of Electoral Participation among Adolescents in 22 European Countries. *Young*, 21(1), 1–28.
- Hooghe, M., & Quintelier, E. (2014). Political participation in European countries: The effect of authoritarian rule, corruption, lack of good governance and economic downturn. *Comparative European Politics*, 12(2), 209–232.
- House, F. (2014). *Freedom in the world: the annual survey of political rights and civil liberties 1998-1999*. New York, Freedom House. Recuperado de [www. freedomhouse. org](http://www.freedomhouse.org)
- Huntington, S. P. (1972). *Political Order in Changing Societies*. Yale University Press.
- Inglehart, R., & Catterberg, G. (2002). Trends in Political Action: The developmental trend and the post-honeymoon decline. *International Journal of Comparative Sociology*, 43(3–5), 300–316.
- Inglehart, R., & Welzel, C. (2005). Modernization, cultural change, and democracy: The human development sequence. *Modernization, Cultural Change, and Democracy: The Human Development Sequence*, 1–333.
- Jackson, R. A. (1995). Clarifying the relationship between education and turnout. *American Politics Research*, 23(3), 279–299.
- Jenkins, J. C., & Perrow, C. (1977). Insurgency of the Powerless : Farm Worker Movements (1946-1972). *American Sociological Review*, 42(2), 249–268.
- Jennings, M. K., Deth, J. W. van, Barnes, S. H., Fuchs, D., Heunks, Inglehart, ... Thomassen, M. H.-D. K. J. J. A. (1990). *Continuities in Political Action*. *Journal of Chemical Information and Modeling* (Vol. 53).
- Jiménez, M., & Valle, C. (2011, agosto 19). Los «colectivos», la nueva forma de organización

que emerge en las universidades. Recuperado 5 de enero de 2017, de <http://www.lasegunda.com/Noticias/Politica/2011/08/673797/los-colectivos-la-nueva-forma-de-organizacion-que-emerge-en-las-universidades>

- King, G., Keohane, R. O., & Verba, S. (1994). *Designing social inquiry: Scientific inference in qualitative research*. Princeton university press.
- Klandermans, B., Van Stekelenburg, J., Damen, M. L., Van Troost, D., & Van Leeuwen, A. (2014). Mobilization without organization: The case of unaffiliated demonstrators. *European Sociological Review*, 30(6), 702–716.
- Kornhauser, W. (1959). *The politics of mass society*. ILLINOIS: THE FREE PRESS OF GLENCOE,.
- Kuhn, T. S. (1962). *The structure of scientific revolutions*. Chicago and London.
- Lane, R. E. (1959). *Political Life: Why People Get Involved in Politics*. Glencoe: The Free Press.
- Leroux, K. (2007). The Role of Community-Based Organizations in Promoting Political Participation. *Urban Affairs Review*, 410–422.
- Lieberman, E. S. (2005). Nested Analysis as a Mixed-Method Strategy for Comparative Research. *American Political Science Review*, 435–452(3), 1–18. Recuperado de papers3://publication/uuid/2D5EDF2D-02EB-435C-AD2D-55062DA6CDB7
- Lijphart, A. (1997). Unequal participation: Democracy's unresolved dilemma. *American Political Science Review*, 91(9), 1–14.
- Lindvall, J. (2013). Union Density and Political Strikes. *World Politics*, 65(03), 539–569.
- Lipset, S. (1960). *Political man: the social bases of politics*. The Johns Hopkins University Press.
- Luna, J. P., & Mardones, R. (2010). Chile: Are the parties over? *Journal of Democracy*, 21(3), 107–121.
- Lyons, W., & Alexander, R. (2000). A tale of two electorates: Generational replacement and the decline of voting in presidential elections. *The Journal of Politics*, 62(4), 1014–1034.
- Marien, S., Hooghe, M., & Quintelier, E. (2010). Inequalities in non-institutionalised forms of political participation: A multi-level analysis of 25 countries. *Political Studies*, 58(1), 187–

- Marshall, T. H., Bottomore, T., & others. (1950). *Citizenship and social class* (Vol. 11). Cambridge.
- McAdam, D. (1982). *Political Process and the Development of Black Insurgency*. The University of Chicago Press.
- McAdam, D. (1986). Recruitment to High-Risk Activism: The Case of Freedom Summer. *American journal of Sociology*, 92(1), 64–90.
- McAdam, D., & Snow, D. S. (1997). *Social movements: Readings on their emergence, mobilization, and dynamics*. Roxbury Pub.
- McAdam, D., Tarrow, S., & Tilly, C. (2004). *Dynamics of Contention*. (D. McAdam, S. Tarrow, & C. Tilly, Eds.), *Dynamics of Contention* (Vol. 31). New York: cambridge university press.
- McCarthy, J. D., & Zald, M. N. (1977). Resource Mobilization and Social Movements: A Partial Theory'. *The American Journal of Sociology*, 82(6), 1–31.
- Medel Sierralta, R. (2017). Alianzas et autonomía politique. Les deux faces du syndicalisme chilienAlianzas y autonomía política: las dos caras del sindicalismo chilenoAlliances and political autonomy: the two sides of Chilean trade unionism. *Cahiers des Amériques latines*.
- Medel, R., & Somma, N. (2016). ¿Marchas, ocupaciones o barricadas? *Política y gobierno*, XXII(1), 163–199.
- Metzger, A., & Smetana, J. G. (2010). Social cognitive development and adolescent civic engagement. *Handbook of research on civic engagement in youth*, 221–248.
- Meyer, D., & Tarrow, S. (1998). *The social movement society : contentious politics for a new century. People, passions, and power*.
- Milbrath, L. (1965). *Political participation: How and why do people get involved in politics?* Rand McNally College Pub. Co.
- Milbrath, L. W. (1965). *Political Participation: How and Why Do People Get Involved in Politics?* Chicago: Rand McNally & Company.

- Milbrath, L. W., & Goel, M. L. (1977). *Political participation: How and why do people get involved in politics?* Rand McNally College Pub. Co.
- Minkoff, D., Aisenbrey, S., & Agnone, J. (2008). Organizational diversity in the US advocacy sector. *Social Problems*, 55(4), 525–548.
- Montes, R. (2019, octubre 26). Más de un millón de personas protestan en Chile en una histórica marcha | Internacional | EL PAÍS. *El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2019/10/25/america/1572033004_292219.html
- Morris, A. (1981). Black Southern Student Sit-in Movement: An Analysis of Internal Organization. *American Sociological Review*, 46(6), 744–767.
- Moseley, M. W. (2015). Contentious engagement: Understanding protest participation in Latin American democracies. *Journal of Politics in Latin America*, 7(3), 3–48.
- Mutz, D. C. (2002). The Consequences of Cross-Cutting Networks for Political Participation. *American Journal of Political Science*, 46(4), 838.
- Narbona, K. (2014). *Antecedentes del Modelo de Relaciones Laborales Chileno*. Santiago.
- Navia, P., & Pirinoli, S. (2015). The Effect of the Student Protests on the Evolution of Educational Reform Legislation in Chile, 1990-2012. En *LASA* (pp. 1–23).
- Nepstad, S. E., & Smith, C. (1999). Rethinking Recruitment to High-Risk/Cost Activism: the Case of Nicaragua Exchange. *Mobilization: An International Journal*, 4(1), 25–40.
- Nickerson, D. W. (2008). Is voting contagious? Evidence from two field experiments. *American Political Science Review*, 102(1), 49–57.
- Norris, P. (2002). *Democratic Phoenix: Political Activism Worldwide*. American Political Science Association Annual Meeting.
- O'Donnell, G. A. (1972). *Modernización y autoritarismo* (Vol. 14). Editorial Paidós.
- Oberschall, A. (1973). *Social conflict and social movements*. Prentice Hall.
- Olavarría, M. (2003). Protected neoliberalism: Perverse institutionalization and the crisis of representation in postdictatorship Chile. *Latin American Perspectives*, 30(6), 10–38.
- Olsen, M. (1972). Social Participation and Voting Turnout : A Multivariate Analysis. *American*

- Sociological Review*, 37(3), 317–333.
- Oser, J. (2017). Assessing How Participators Combine Acts in Their “Political Tool Kits”: A Person-Centered Measurement Approach for Analyzing Citizen Participation. *Social Indicators Research*, 133(1), 235–258.
- Osorio, S. (2016). Central Unitaria de Trabajadores: rol histórico, trayectoria política y desafíos para un nuevo sindicalismo | Solidaridad. Recuperado 4 de enero de 2017, de <http://www.periodico-solidaridad.cl/2016/05/29/central-unitaria-de-trabajadores-rol-historico-trayectoria-politica-y-desafios-para-un-nuevo-sindicalismo/>
- Osorio, S. (2017). De la estrategia concertacionista al sindicalismo de contención. Un balance de 25 años de trayectoria de la CUT. En J. Pinto & J. I. Ponce (Eds.), *Conflictividad laboral, acción sindical y mundo del trabajo bajo el neoliberalismo en Chile*. América en movimiento.
- Philip Oxhorn. (1994). Where Did All the Protesters Go?: Popular Mobilization and the Transition to Democracy in Chile. *Latin American Perspectives*, 21(3), 49–68.
- Piven, F., & Cloward, R. (1979). *Poor people's movements Why They Succeed, How They Fail*. New York: Vintage Books.
- PNUD. (2015). *Informe sobre Desarrollo Humano en Chile 2015. Los tiempos de la politización*.
- PNUD. (2016). *Participación electoral: Chile en perspectiva comparada 1990-2016*.
- Portos, M., Bosi, L., & Zamponi, L. (2019). Life beyond the ballot box: the political participation and non-participation of electoral abstainers. *European Societies*, 0(0), 1–35.
- Power, T. J., & Roberts, J. T. (1995). Compulsory voting, invalid ballots, and abstention in Brazil. *Political Research Quarterly*, 48(4), 795–826.
- Przeworski, A., & Teune, H. (1970). Research designs. En *The logic of comparative social inquiry*. New York: Wiley-Interscience.
- Putnam, R. (2004). Bowling alone. *New Republic*.
- Putnam, R. D. (2004). *Democracies in Flux. Democracies in Flux*.
- Quiroga, M. M., & Cabello, B. R. (2018). El efecto de las generaciones políticas sobre la

- participación electoral. El caso de Chile, 1999-2013. *Perfiles Latinoamericanos*, 26(52), 1999–2013.
- Revelle, W., & Rocklin, T. (1979). Very simple structure: An alternative procedure for estimating the optimal number of interpretable factors. *Multivariate Behavioral Research*, 14(4), 403–414.
- Reyes-Housholder, C., & Roque, B. (2019). Chile 2018: desafíos al poder de género desde la calle hasta La Moneda. *Revista de ciencia política (Santiago)*, 39(2), 191–216.
- Rifo, M. (2013). Movimiento estudiantil, sistema educativo y crisis política actual en Chile. *Polis, Revista Latinoamericana*, 12(36), 223–240.
- Riker, W. H., & Ordeshook, P. C. (1968). A Theory of the Calculus of Voting. *American Political Science Review*.
- Roberts, K. M. (2016). (Re)Politicizing Inequalities: Movements, Parties, and Social Citizenship in Chile. *Journal of Politics in Latin America*, 8(3), 125–154.
- Rojas Miño, I. (2007). Las reformas laborales al modelo normativo de negociación colectiva del plan laboral. *Ius et Praxis*.
- Rudig, W. (2010). Boon or burden? Anti-war protest and political parties, 086.
- Sallach, D. L., Babchuk, N., & Booth, A. (1972). Social involvement and political activity: Another view. *Social Science Quarterly*, 879–892.
- Saunders, C. (2014). Anti-politics in Action? Measurement Dilemmas in the Study of Unconventional Political Participation. *Political Research Quarterly*, 67(3), 574–588.
- Schlozman, K. L., Brady, H. E., & Verba, S. (2018). *Unequal and Unrepresented: Political Inequality and the People's Voice in the New Gilded Age*. Princeton University Press.
- Schlozman, K. L., Verba, S., & Brady, H. E. (2012). *The unheavenly chorus: Unequal political voice and the broken promise of American democracy. The Unheavenly Chorus: Unequal Political Voice and the Broken Promise of American Democracy*.
- Schneider, A. (2003). Decentralization: Conceptualization and measurement. *Studies in comparative international development*, 38(3), 32–56.

- Schneider, C. (1995). *Shantytown Protest in Pinochet's Chile* (Vol. 7). Temple University Press.
- Schumpeter, J. (1968). *Capitalismo, socialismo y democracia*. Madrid: Aguilar.
- Schussman, A., & Earl, J. (2004). From barricades to firewalls? Strategic voting and social movement leadership in the Internet age. *Sociological Inquiry*, 74(4), 439–463.
- Schussman, A., & Soule, S. A. (2005). Process and Protest: Accounting for Individual Protest Participation. *Social Forces*, 84(2), 1083–1108.
- Schwartz, M. (1976). *Radical protest and social structure: the Southern Farmers' Alliance and cotton tenancy, 1880-1890*. University of Chicago Press.
- Siavelis, P. M. (2000). *The president and congress in post-authoritarian Chile: Legislative and electoral constraints to democratic consolidation*. University Park: PA: Pennsylvania State University Press.
- Silva, P. (2004). Doing politics in a depoliticised society: Social change and political deactivation in Chile. *Bulletin of Latin American Research*, 23(1), 63–78.
- Silva, P. (2006). The politics of neo-liberalism in Latin America: legitimacy, depoliticization and technocratic rule in Chile. En *The Neo-Liberal Revolution* (pp. 39–57). Springer.
- Simonovits, G. (2012). Competition and turnout revisited: The importance of measuring expected closeness accurately. *Electoral Studies*.
- Sindical.cl. (2014, septiembre 4). Sindical.cl – Así se vivió la marcha tanto en Santiago como en regiones. Recuperado de <https://sindical.cl/asi-se-vivio-la-marcha-tanto-en-santiago-como-en-regiones/>
- Skov, L., Kristin, H., & Svedberg, L. (2019). *Civic Engagement in Scandinavia. Volunteering, Informa Help and Giving in Denmark, Norway and Sweden*. Springer.
- Smelser, N. J. (1962). *Theory of Collective Behavior*. New York: THE FREE PRESS.
- Sobel, R. (1993). From occupational involvement to political participation: An exploratory analysis. *Political Behavior*, 15(4), 339–353.
- Somma, N. M., Rossi, F. M., & Donoso, S. (2019). The Attachment of Demonstrators to Institutional Politics: Comparing LGBTIQ Pride Marches in Argentina and Chile. *Bulletin*

of Latin American Research.

- Somma, Nicolas. (2010). How do Voluntary Organizations Foster Protest? *Sociological Quarterly*, 51, 384–407.
- Somma, Nicolás, & Bargsted, M. (2018). Political inequality in 38 countries: A distributional approach. *Comparative Sociology*, 17(5), 469–495.
- Somma, Nicolás, Bargsted, M., & Valenzuela, P. (2015). *Mapeando las relaciones entre protesta y política institucional a través del tiempo y el espacio*. Santiago.
- Somma, Nicolás, & Medel, R. (2016). Shifting relationships between social movements and institutional politics. En M. Donoso, Sofia; von Bülow (Ed.), *Postransitional social movements in Chile: Organization, trajectories and political impacts* (pp. 1–39). New York: Palgrave-MacMillan.
- Staggenborg, S. (1988). The consequences of professionalization and formalization in the pro-choice movement. *American sociological review*, 585–605.
- Stolle, D. (1998). Bowling together, bowling alone: The development of generalized trust in voluntary associations. *Political Psychology*, 19(3), 497–524.
- Stolle, D., Hooghe, M., & Micheletti, M. (2005). Politics in the supermarket: Political consumerism as a form of political participation. *International Political Science Review*, 26(3), 245–269.
- Tarrow, S. (1998). *Power in Movements*. New York: Cambridge University Press.
- Teorell, J., Torcal, M., & Montero, J. R. (2007). Political participation. Mapping the terrain, 334–357. Recuperado de http://swb.bsz-bw.de/DB=2.1/SET=2/TTL=1/SHW?FRST=1&ADI_LND=
- Theocharis, Y., & Van Deth, J. W. (2018). The continuous expansion of citizen participation: A new taxonomy. *European Political Science Review*, 10(1), 139–163.
- Thielemann, L. (2011). Para una periodificación del movimiento estudiantil de la transición (1987 - 2011). *Revista Pretérito Imperfecto*, 1(2), 1–12.
- Tilly, C. (1978). *From Mobilization to Revolution*. Addison-Wesley.

- Torcal, M., & Montero, J. R. (2006). *Political disaffection in contemporary democracies: social capital, institutions and politics*. Routledge.
- Tricot, T. (2009). El nuevo movimiento mapuche: hacia la (re)construcción del mundo y país mapuche. *Polis (Santiago)*, 8(24), 175–196.
- Valenzuela, S., Arriagada, A., & Scherman, A. (2012). The Social Media Basis of Youth Protest Behavior: The Case of Chile. *Journal of Communication*, 62(2), 299–314.
- van Deth, J. W. (2014). A conceptual map of political participation. *Acta Politica*, 49(3), 349–367.
- van Stekelenburg, J., & Klandermans, B. (2018). In Politics We Trust...or Not? Trusting and Distrusting Demonstrators Compared. *Political Psychology*, 39(4), 775–792.
- Venegas, J. I. (2017). *¿Por qué los jóvenes chilenos rechazan la política? Desafección política juvenil en el Chile postransición*. Ril editores.
- Verba, S., & Nie, N. H. (1972). *Participation in America: Political democracy and social equality*. Harper & Row.
- Verba, S., Nie, N. H., & Kim, J.-O. (1978). *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Study*. New York: Cambridge University Press.
- Verba, S., Nie, N. H., & Kim, J.-O. (1987). *Participation and Political Equality: A Seven-Nation Comparison*. (Vol. 9). University of Chicago Press.
- Verba, S., Schlozman, K. L., & Brady, H. E. (1995). *Voice and equality: Civic voluntarism in American politics*. (H. E. Verba, S., Schlozman, K. L., & Brady, Ed.). Harvard University Press.
- Von Bülow, M., & Ponte, G. B. (2015). It takes two to tango: Students, political parties, and protest in Chile (2005--2013). En *Handbook of social movements across Latin America* (pp. 179–194). Springer.
- Vrábliková, K. (2011). Non-electoral Political Participation , Mobilization and Political Opportunity Structure in Western Democracies. *7th Annual CSD Graduate Student Conference*, (September), 1–32.
- Vrábliková, K. (2012a). *Between Contestation and Consensus: How Context Matters for Non-*

- electoral Political Participation in Western Democracies. Doctoral dissertation.*
Masarykova univerzita.
- Vráblíková, K. (2012b). *Between Contestation and Consensus: How Context Matters for Non-electoral Political Participation in Western Democracies* Disertační.
- Vráblíková, K. (2014a). How Context Matters? Mobilization, Political Opportunity Structures, and Nonelectoral Political Participation in Old and New Democracies. *Comparative Political Studies*, 47(2), 203–229.
- Vráblíková, K. (2014b). How Context Matters? Mobilization, Political Opportunity Structures, and Nonelectoral Political Participation in Old and New Democracies. *Comparative Political Studies*, 47(2), 203–229.
- Vráblíková, K. (2017). Protest and Social Movements in Political Science, *C*, 33–55.
- Vrablikova, K., & Linek, L. (2015). Explaining the Composition of an Individual 's Political Repertoire : Voting and Protesting. En *MPSA Conference* (pp. 1–21). Chicago.
- Wattenberg, M. P. (2015). *Is voting for young people?* Routledge.
- Wauters, B. (2018). Which party members participate in direct political action? A cross-national analysis. *International Political Science Review*, 39(2), 225–241.
- Winn, P. (2004). *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973--2002*. Duke University Press.
- World Bank. (2018). World Bank Open Data | Data. Recuperado 17 de diciembre de 2019, de <https://data.worldbank.org/>